Unable to recognize this page.
Christian Jacq

Ramses

BAJO LA ACACIA DE OCCIDENTE

Traduccion de
Manuel Serrat

Los rayos del sol poniente cubrian de oro celeste la fachada de los templos de Pi-Ramses, la capital que Ramses el Grande habia hecho construir en el Delta. La ciudad de turquesa, denominada de ese modo por el color de las tejas bar-
nizadas que adornaban la fachada de las mansiones, encarnaba la riqueza, el poder y la belleza.

Era agradable vivir alli, pero aquella noche Serramanna, el gigante sardo, no disfrutaba de la suavidad del aire ni de la ternura de un cielo que se tenla de rosa. Tocado con un cas-
co adornado con cuernos, con la espada al costado, el bigote rizado, el antiguo pirata, convertido en jefe de la guardia personal de Ramses, galopaba de muy mal humor hacia la ciudad del principe hitita Uri-Techup, en arresto domiciliario desde hacia varios anos.

Uri-Techup, hijo destronado del emperador del Hatti, Muwattali, enemigo jurado de Ramses. Uri-Techup, que habia asesinado a su propio padre para ocupar su lugar. Pero habia sido menos astuto que Hattusil, el hermano del emperador.
Cuando Uri-Techup creia tener el pais en sus manos, Hattusil
se habia apoderado del trono, obligando a su rival a que se diera a la fuga, organizada convenientemente por el diploma-
tico Acha, amigo de infancia de Ramses. Serramanna sonrio.
¡EI implacable guerrero anatolio en fuga! En el colmo de la

ironia, habia sido Ramses, el hombre al que Uri-Techup odiaba
mas en el mundo, quien le habia concedido asilo politico, a cam-
bio de informaciones sobre las tropas hititas y su armamento.
Cuando en el ano 2I del reinado de Ramses, y ante la sor-
presa de ambos pueblos, Egipto y el Hatti habian firmado
un tratado de paz y de ayuda mutua en caso de agresion ex-
terior, Uri-Techup creyo que su ultima hora habia llegado.
~No era acaso la victima expiatoria por excelencia y un per-
fecto regalo ofrecido por Ramses a Hattusil para sellar su
entendimiento? Pero por respeto al derecho de asilo, el fa-
raon se habia negado a extraditar a su huesped.

Ahora, Uri-Techup no contaba ya. Y a Serramanna no le
gustaba en absoluto la mision que Ramses le habia confiado.

La mansion del hitita se hallaba en el lindero norte de la
ciudad, en el centro de un palmeral; al menos habria goza-
do de una existencia lujosa en esa tierra de faraones que tan-
to habia deseado destruir.

Serramanna admiraba a Ramses y le seria fiel hasta el fi-
nal; asi pues, ejecutaria la terrible orden que el rey le habia
dado, pero a reganadientes.

A la entrada de la mansion habia dos policias, elegidos
por Serramanna, armados con punales y bastones.

-~ Sin novedad ?

-Nada, jefe. El hitita duerme la mona en el jardin, junto
al estanque.

El gigante sardo cruzo el umbral de la propiedad y, con

apresuradas zancadas, tomo la arenosa avenida que
llevaba
al estanque. Tres policias mas vigilaban permanentemente
al
ex general en jefe del ejercito hitita, que se pasaba el
tiempo
comiendo, bebiendo, nadando y durmiendo.

Unas golondrinas jugaban en el cielo, una abubilla rozo el
hombro de Serramanna. Con las mandibulas crispadas,
prie-
tos los punos, maligna la mirada, se preparaba para actuar.
Por primera vez lamentaba estar al servicio de Ramses.

Como una fiera venteando la proximidad del peligro,
Uri-Techup desperto antes de oir los pesados pasos del gi-
gante.

8

Grande, musculoso, Uri-Techup llevaba los cabellos lar-
gos; en su torso resaltaba un bosque de vello rojo. Ignoran-
do el frio, incluso durante el invierno anatolio, no habia
perdido ni una pizca de su fuerza.

Tendido en las losas que bordeaban el estanque, con los
ojos entornados, el hitita vio acercarse al jefe de la guardia
personal de Ramses el Grande y comprendio que habia lle-
gado la hora.

Tras la firma del monstruoso tratado de paz entre Egipto y
el Hatti, Uri-Techup ya no se sentia seguro. Habia pensado
en mas de una ocasion en evadirse, pero los hombres de
Se-
rramanna no le habian dado la oportunidad. Si hubiera es-
capado a la extradicion habria sido degollado como un cer-
do por un animal tan implacable como el mismo.

-Levantate -ordeno Serramanna.

Uri-Techup no solia recibir ordenes. Con lentitud, como
si saboreara sus ultimos gestos, se levanto e hizo frente al
hombre que iba a cortarle el cuello.

Los ojos del sardo reflejaban un furor contenido a duras penas.

-Hiere, carnicero -dijo el hitita con desden-, puesto que tu dueno lo exige. Ni siquiera te concedere el placer de defenderme.

Los dedos de Serramanna se crisparon sobre el pomo de su corta espada.

-Largate.

Uri-Techup creyo haber oido mal.

-~Que quieres decir?

-Eres libre.

-~Libre?... ~Que quieres decir?

-Abandonas esta casa y te vas adonde quieras. El faraon aplica la ley. Ya no existe ninguna razon para retenerte aqui.

- jBromeas!

-Es la paz, Uri-Techup. Pero si cometes el error de quedarte en Egipto y provocas el menor disturbio, te detendre. Y te aseguro que ya no seras considerado un dignatario extranjero, sino un criminal de derecho comun. Cuando llegue
el momento de hundirte la espada en el vientre, no vacilare.

-De momento, no tienes derecho a tocarme. ~Es eso, no es cierto?

-j Largate!

Una estera, un taparrabos, unas sandalias, una hogaza de pan, un manojo de cebollas y dos amuletos de loza que po-

dria cambiar por alimento: ese era el escaso equipaje conce-
dido a Uri-Techup, quien durante varias horas vago por las calles de Pi-Ramses como un sonambulo. La recuperada li-
bertad actuaba como la embriaguez, y el hitita no conseguia
ya razonar.

<<No hay mas hermosa ciudad que Pi-Ramses-afirmaba una cancion popular-; se considera al pequeno como al grande, la acacia y el sicomoro conceden su sombra a los paseantes, los palacios resplandecen de oro y turquesa, el viento es suave, los pajaros juegan alrededor de los estan-
ques.>> Uri-Techup se dejo hechizar por el encanto de la ca-
pital, construida en una region fertil, junto a un brazo del Nilo, enmarcada por dos anchos canales. Prados que abun-
daban en generosa hierba, numerosos vergeles que alberga-
ban famosos manzanos, vastos olivares de los que se decia que proporcionaban mas aceite que arenas habia en la ribe-
ra, vinedos que daban un vino dulce y afrutado, casas flori-
das... Pi-Ramses era muy distinta de la abrupta Hattusa, la capital del Imperio hitita, ciudad fortificada en la altiplani-
cie de Anatolia.

Un pensamiento doloroso como un mordisco arranco a Uri-Techup de su sopor. Nunca seria el emperador del Hat-
ti, pero se vengaria de Ramses, que habia cometido el error
de concederle la libertad. Si suprimia al faraon, al que todo el mundo consideraba un dios desde su victoria de Kadesh sobre la coalicion que deberia haberle aplastado, Uri-Te-
chup sumiria Egipto en el caos, y tal vez todo el Proximo Oriente. ~Que le quedaba salvo su ardiente deseo de perju-
dicar y destruir, que le consolaria de haber sido el juguete de un adverso destino?

A su alrededor circulaba una abigarrada muchedumbre en la que se mezclaban egipcios, nubios, sirios, libios, griegos y otros, llegados para admirar la capital que los hititas ha-

bian querido arrasar antes de inclinarse ante Ramses.

Derribar a Ramses... Uri-Techup no tenia ninguna posi-
bilidad de lograrlo. No era mas que un guerrero vencido.

-Senor... -murmuro una voz a su espalda.

Uri-Techup se volvio.

-Senor... ~Me reconoceis?

Uri-Techup inclino los ojos hacia un hombre de mediana
estatura, con los ojos marrones y vivos; una cinta de lino
ce-
nla sus espesos cabellos, una barba rojiza, corta y
puntiagu-
da adornaba su menton. El obsequioso personaje llevaba
un
vestido a franjas coloreadas que le llegaba hasta los
tobillos.

-Raia... ~Eres tu?

El mercader sirio se inclino.

-Tu, un espia hitita... ~Has vuelto a Pi-Ramses?

-Es la paz, senor; una nueva era ha comenzado, las anti-
guas faltas se han olvidado. Era un comerciante rico y con-
siderado, he reanudado mi negocio. Nadie me lo reprocho,
de nuevo soy estimado por la alta sociedad.

Raia, antiguo miembro de la desmantelada red de espio-
naje hitita en Egipto, encargada de desestabilizar a Ram-
ses, habia conseguido huir de los investigadores egipcios.
Tras una estancia en Hattusa, habia regresado a su pais de
adopcion.

-Mejor para ti.

-Mejor para ambos.

-~De que estas hablando?

-~Creeis acaso que este encuentro ha sido fruto del azar? Uri-Techup miro a Raia con mas atencion.

-~Me has seguido?

-Corrian distintos rumores sobre vos: o una eliminacion brutal o una liberacion. Desde hace mas de un mes, mis hombres vigilaban constantemente la mansion donde permaneciais en arresto domiciliario. Os he dejado recuperar la
aficion a este mundo y... heme aqui. ~Puedo ofreceros una cerveza fresca?

Uri-Techup vacilo, pues la jornada se revelaba fertil en emociones fuertes. Pero su instinto le dijo que el mercader sirio podia ayudarle a concretar sus proyectos.

En la taberna hervian las discusiones. Raia asistio a la metamorfosis de Uri-Techup: poco a poco, el exiliado volvio a ser un guerrero cruel, dispuesto a todas las conquistas. El mercader sirio no se habia equivocado; a pesar de los anos de exilio, el ex general en jefe del ejercito hitita no habia perdido su rabia y su violencia.

-No suelo deshacerme en palabras, Raia; ~que esperas de mi?

El mercader sirio se expreso en voz baja.

-Solo os hare una pregunta, senor: ~deseais vengaros de Ramses ?

-Me humillo. jYo no he firmado la paz con Egipto! Pero aplastar al faraon parece imposible.

Raia movio la cabeza.

-Eso depende, senor, eso depende...

-~Dudas de mi valor?

-Con el debido respeto, eso no bastara.

-~Por que tu, un mercader, vas a correr el riesgo de lan-
zarte a tan peligrosa aventura?

Raia esbozo una crispada sonrisa.

-Porque mi odio no es menos ardiente que el vuestro.
Ataviado con un amplio collar de oro, un taparrabos blan-
co parecido al que utilizaban los faraones del tiempo de las
piramides, y unas sandalias del mismo color, Ramses el
Grande celebro los ritos del alba en su templo de millones
de anos, el Ramesseum, erigido en la orilla occidental de
Tebas. Desperto en paz el poder divino oculto en el naos.
Gracias a el, la energia circularia entre el cielo y la tierra,
Egipto seria la imagen del cosmos y el deseo de destruir,
in-
nato en la especie humana, seria eliminado.

A los cincuenta y cinco anos, Ramses era un atleta de me-
tro ochenta, con la cabeza alargada, coronada por una
cabe-
llera de un rubio veneciano, amplia frente, abultadas
arcadas
superciliares, ojos agudos, nariz larga, delgada y aquilina,
orejas redondas y finamente dibujadas. De su persona ema-
naba magnetismo, fuerza y autoridad natural. En su
presen-
cia, los caracteres mas templados perdian su aplomo,
~acaso
no animaba un dios a ese faraon que habia cubierto el pais
de monumentos y aplastado a todos sus enemigos?

Treinta y seis anos de reinado... Solo Ramses conocia el
verdadero peso de las pruebas que habia soportado.
Habian
comenzado con la muerte de su padre, Seti, cuya ausencia
le
habia dejado desamparado precisamente cuando los hititas
preparaban la guerra; sin la ayuda de Amon, su padre
celes-

tial, Ramses, traicionado por sus propias tropas, no habria
triunfado en Kadesh. Habia gozado la felicidad y la paz, es
cierto, pero su madre, Tuya, que encarnaba la legitimidad
del poder, se habia reunido con su ilustre marido en los pa-
rajes de luz donde vivian eternamente las almas de los jus-
tos. Y el destino, inexorable, habia golpeado de nuevo, del
modo mas atroz, infligiendo al rey una herida de la que ja-
mas sanaria. Su gran esposa real, Nefertari, habia muerto
en
sus brazos en Abu Simbel, en Nubia, donde Ramses habia
hecho edificar dos templos para glorificar la unidad indes-
tructible de la pareja real.

El faraon habia perdido a sus tres seres mas queridos, los
tres seres que le habian moldeado y cuyo amor no tenia li-
mite. Sin embargo, debia seguir reinando, encarnando
Egip-
to con la misma fe y el mismo entusiasmo.

Cuatro companeros mas le habian abandonado, tras ha-
ber obtenido tantas victorias a su lado: sus dos caballos,
tan
valerosos en el campo de batalla; su leon, Matador, que le
habia salvado la vida en mas de una ocasion, y su perro de
un amarillo dorado, Vigilante, que habia gozado de una mo-
mificacion de primera clase. Otro Vigilante le habia
sucedio,
y luego un tercero, que acababa de nacer.

Tambien habia desaparecido el poeta griego Homero, que
habia terminado sus dias en su jardin de Egipto, contem-
plando su limonero. Ramses pensaba con nostalgia en sus
entrevistas con el autor de la llzada y de la Odisea, que se
habia prendado de la civilizacion de los faraones.

Tras la muerte de Nefertari, Ramses habia sentido la ten-
tacion de renunciar al poder y confiarlo a su primogenito,
Kha; pero su circulo de amigos se habia opuesto a ello, re-
cordando al monarca que un faraon era designado para
toda
la vida. Fueran cuales fuesen sus sufrimientos de hombre,
debia cumplir su tarea hasta el final de su existencia. Asi lo

exigia la Regla, y Ramses, como sus predecesores, se ade-
cuaria a ella.

Aqui, en su templo de millones de anos, emisor del flujo
magico que protegia su reino, habia obtenido Ramses la
fuer-
za necesaria para proseguir. Aunque una importante
ceremo-
nia le aguardara, el monarca se demoro en las salas del Ra-
messeum que, rodeado por un recinto de trescientos
metros
de longitud, albergaba dos grandes patios con pilares en
los
que se representaba al rey como Osiris, una vasta sala de
cua-
renta y ocho columnas, de treinta y un metros de profundi-
dad y cuarenta de anchura, y un santuario donde residia la
presencia divina. Senalando el acceso al templo habia unos
pilonos de setenta metros de altura de los que los textos
de-
cian que llegaban hasta el cielo; en el lado sur del primer
pa-
tio se encontraba el palacio. Alrededor del lugar santo
habia
una vasta biblioteca, almacenes, un tesoro que contenia
me-
tales preciosos, los despachos de los escribas y las casas de
los
sacerdotes. Aquella ciudad-templo funcionaba dia y noche,
pues el servicio de los dioses no conocia el reposo.

Ramses permanecio unos instantes, demasiado cortos, en
la parte del santuario consagrada a su esposa, Nefertari, y
a
su madre, Tuya; contemplo los bajorrelieves que describian
la union de la reina con el perfume del dios Amon-Ra, se-
creto y luminoso al mismo tiempo, y el amamantamiento
del faraon, que se aseguraba asi una perpetua juventud.

En palacio debian de impacientarse. El rey se desprendio
de

los recuerdos, no se detuvo ante el coloso tallado en un solo bloque de granito rosa de dieciocho metros de altura, llamado <<Ramses, luz de los reyes>>, ni ante la acacia plantada el segundo ano de su reinado, y se dirigio hacia la sala de audiencias, de dieciseis columnas, donde se reunian los diplomaticos extranjeros.

Con los ojos verdes de mirada aguda, la nariz pequena y recta, los labios finos, el menton apenas prominente, Iset la bella, superados ya los cincuenta, seguia siendo vivaz y alegre. Los anos no pasaban por ella; su gracia y su poder de seduccion seguian intactos.

-~El rey ha salido por fin del templo? -pregunto, inquieta, a su camarera.

-Todavia no, majestad.

-jLos embajadores estaran furiosos!

-No os atormenteis; ver a Ramses es tan gran privilegio que nadie osara impacientarse.

Ver a Ramses... jSi, era el mayor de los privilegios! Iset recordo su primera cita amorosa con el principe Ramses, aquel fogoso muchacho que parecia apartado del poder. jQue felices habian sido en su choza de canas, al borde de un trigal, disfrutando el secreto de un placer compartido! Luego habia aparecido la sublime Nefertari que, sin saberlo, poseia las cualidades de una gran esposa real. Ramses no se habia equivocado; y sin embargo, era Iset la bella quien le habia dado dos hijos, Kha y Merenptah. Durante un breve periodo habia sentido rencor contra Ramses; pero Iset se sentia incapaz de asumir la abrumadora funcion de una reina y no tenia mas ambicion que compartir, por poco que fuera, la existencia del hombre al que amaba con locura.

Ni Nefertari ni Ramses la habian rechazado; como <<se-
gunda esposa~, segun el protocolo, Iset habia gozado la in-
comparable felicidad de codearse con el monarca y vivir a su
sombra. Algunos consideraban que malgastaba su vida, pero
a Iset no le importaban las criticas; para ella, mejor era ser
la sierva de Ramses que la esposa de un dignatario estupido
y pretencioso.

La muerte de Nefertari la habia sumido en una profunda
afliccion; la reina no era una rival, sino una amiga por la que
sentia respeto y admiracion. Consciente de que ninguna pa-
labra atenuaria el desgarro del monarca, habia permanecido
a la sombra, muda y discreta.

Y habia ocurrido lo inconcebible.

Al final del periodo de luto, tras haber cerrado personal-
mente la puerta de la tumba de Nefertari, Ramses habia pe-
dido a Iset la bella que se convirtiera en la nueva gran es-
posa real. Ningun soberano podia reinar solo, pues el faraon
era la union de los principios masculino y femenino, conci-
liados y armonizados.

La hermosa Iset jamas habia aspirado a ser reina de Egip-
to; la comparacion con Nerfertari la aterrorizaba. Pero la
voluntad de Ramses no se discutia; Iset habia aceptado, a
pesar de su angustia. Se convertia en ~la dulce de amor,
aquella que veia a los dioses Horus y Set apaciguados por
fin en el ser del faraon, la soberana de las Dos Tierras, el
Alto y el Bajo Egipto, aquella cuya voz ofrecia alegria>>...
Pero para ella esos titulos tradicionales no tenian ninguna
importancia. El verdadero milagro era compartir la existen-
cia de Ramses, sus esperanzas y sus sufrimientos. Iset era la

esposa del mayor monarca que la tierra hubiese conocido nunca, y la confianza que le concedia le bastaba para ser feliz.

-Su majestad pregunta por vos -dijo la camarera.

Tocada con una peluca en forma de despojo de buitre, coronada por dos altas plumas, vestida con una larga tunica blanca cenida al talle por un cinturon rojo de colgantes extremos, adornada con un collar y brazaletes de oro, la gran esposa real se dirigio hacia la sala de audiencias. Su educa-
cion de muchacha noble y acomodada le habia ensenado a comportarse durante las ceremonias oficiales; esta vez esta-
ria, como el faraon, en el punto de mira de dignatarios sin indulgencia.

Iset la bella se inmovilizo a un metro de Ramses.

El, su primer y unico amor, seguia impresionandola. Era demasiado grande para ella, nunca percibiria la magnitud de
su pensamiento, pero la magia de la pasion colmaba aquel infranqueable foso.

-~ Estas listas ?

La reina de Egipto se inclino.
Cuando aparecio la pareja real, las conversaciones cesaron. Ramses e Iset la bella ocuparon su trono.

Amigo de infancia del faraon y ministro de Asuntos Exteriores, el elegantisimo Acha, que de buena gana creaba moda, se adelanto. Al observar el refinado personaje, con su
pequeno y cuidado bigote, sus ojos chispeantes de inteligencia y ademanes casi desdenosos, nadie habria imaginado
que sentia pasion por la aventura y que no habia vacilado en
poner en peligro su vida en territorio hitita durante una pe-

ligrosa mision de espionaje. Aficionado a las mujeres bellas,
las hermosas ropas y la buena carne, Acha posaba sobre el mundo una mirada ironica, desenganada a veces, pero en la
que ardia un deseo que nada ni nadie conseguiria apagar: ac-
tuar por la gloria de Ramses, el unico ser por el que sentia, a pesar de que no se lo habia confesado nunca, una admira-
cion sin limites.

-Majestad, el Sur se somete a vos y os trae sus riquezas, pi-
diendoos el aliento de vida; el Norte implora el milagro de vuestra presencia; el Este reune sus tierras para ofreceroslas; el
Oeste se arrodilla humildemente, sus jefes se inclinan ante vos.

El embajador del Hatti se destaco de la masa del grupo de los diplomaticos y mostro sus respetos a la pareja real.

-El faraon es el dueno del fulgor-declaro-, el aliento de fuego que da vida o destruye. Que su ka exista eternamen-
te, que su tiempo sea feliz, que para el llegue a su hora la crecida, pues pone en marcha la energia divina, el, que par-
ticipa a la vez del cielo y de la tierra. Bajo el reinado de Ramses ya no hay rebeldes, cada pais esta en paz.

Los regalos siguieron a los discursos. De lo mas profun-
do de Nubia a los protectorados de Canaan y Siria, el im-
perio de Ramses el Grande rindio homenaje a su dueno.

El palacio se habia adormecido; solo el despacho del rey se-
guia aun iluminado.
-~Que ocurre, Acha? -pregunto Ramses.

-Las Dos Tierras son prosperas, reina la abundancia en cada provincia, los graneros llegan al cielo, eres la vida de tu

pueblo, eres...

-Los discursos han terminado. ~Por que el embajador hitita se lanza a tan exagerados elogios?
-La diplomacia...

-No, hay algo mas. ~De que se trata?

Acha paso un manicurado indice por su perfumado bigote.

-Reconozco que me siento turbado.

-~Acaso Hattusil cuestiona la paz?

-Nos haria llegar mensajes de otro tipo.

-Dame tu verdadera opinion.

-Creeme, estoy perplejo.

-Con los hititas, permanecer en la duda seria un error fatal.

-~Debo entender que me encargas que descubra la verdad?

-Hemos vivido demasiados anos apacibles ya; en estos ultimos tiempos, te adormecias.
Pequeno, enclenque y flaco a pesar de las enormes cantidades de alimento que ingeria a cualquier hora del dia y de la noche, Ameni era, como Acha, un amigo de infancia de Ramses. Con alma de escriba, trabajador infatigable, reinaba sobre un restringido equipo de unos veinte especialistas que, sobre todos los temas esenciales, preparaban sintesis para el faraon. Ameni daba pruebas de una notable eficacia y, a pesar de los envidiosos que no le ahorraban infundadas criticas, Ramses le otorgaba toda su confianza.

Aunque sufria continuos dolores de espalda, el escriba, cuya tez era tan palida que a menudo parecia que iba a des-

mayarse, seguia obstinandose en llevar personalmente
mon-
tones de tablillas de madera y de papiros. Sin embargo,
ago-
taba a sus subordinados, necesitaba solo breves periodos
de
sueno y manejaba durante horas y horas los pinceles para
redactar notas confidenciales que solo Ramses conocia.

Puesto que el faraon habia decidido pasar varios meses en
Tebas, Ameni se habia desplazado con sus ayudantes. Por-
tasandalias del rey, oficialmente, al escriba le importaban
un
pimiento los titulos y los honores; su unica obsesion, al
igual que la del dueno de Egipto, era la prosperidad del
pais.
Asi pues, no se concedia ni un momento de reposo por mie-
do a cometer un error fatal.

Ameni comia pure de centeno y queso fresco cuando
Ramses entro en sus despacho atestado de documentos.
-~Has acabado de almorzar?

-No tiene importancia, majestad. Tu presencia aqui no
presagia nada bueno.

-Tus ultimos informes parecian mas bien tranquiliza-
dores.

-<<Parecian~>... ~A que se debe esta restriccion? jTu ma-
jestad no imaginara que le oculto el menor detalle!

Con la edad, Ameni se volvia grunon. Encajaba mal la
critica, se quejaba de las condiciones de trabajo y no
vacila-
ba en reganar a quienes intentaban darle consejos.

-No imagino nada semejante -dijo Ramses con sereni-
dad-, intento comprender.

-~Comprender que?

-~No existe algun terreno que te cause cierta preocupa-
cion ?

Ameni reflexiono en voz alta.

-La irrigacion esta perfectamente asegurada, asi como el mantenimiento de los diques... Los jefes de provincia obedecen las directrices y no manifiestan ningun inoportuno deseo de independencia... La agricultura esta bien administrada, la poblacion no pasa hambre y esta correctamente alojada, la organizacion de las fiestas no presenta defecto al-
guno, las comunidades de maestros de obras, canteros, talladores de piedra, escultores y pintores trabajan en todo el pais... No, no veo por que tendria que inquietarme.

Ramses deberia haberse tranquilizado, pues Ameni no tenia igual para percibir un fallo en el sistema administrativo y economico del pais; y sin embargo, el rey seguia preocupado.

-~Acaso tu majestad me oculta alguna informacion esencial ?

-Sabes muy bien que soy incapaz de hacerlo.

-~Que ocurre entonces?

-El embajador hitita se ha mostrado excesivamente halagador para con Egipto.
-jBah! Esa gente solo sabe hacer la guerra y mentir.

-He sentido la proximidad de una tormenta que nace en el seno de Egipto, una tormenta prenada de devastador granizo.

Ameni se tomo en serio la intuicion del monarca; al igual que su padre, Seti, Ramses mantenia vinculos particulares con el terrorifico dios Set, senor de las perturbaciones celestes y del rayo, pero defensor tambien de la barca solar a la
que intentaban destruir los monstruos.

-<<En el seno de Egipto>> -repitio el escriba, turbado-. ~Que significa ese presagio?

-Si Nefertari estuviera aqui todavia, su mirada descifraria el porvenir.

Ameni enrollo un papiro y guardo sus pinceles, triviales gestos para disipar la tristeza que se apoderaba de su alma tanto como la de Ramses. Nefertari era la belleza, la inteligencia y la gracia, la apacible sonrisa de un Egipto colmado; cuando tuvo la suerte de verla, Ameni casi habia olvidado su trabajo. Pero al secretario particular del faraon no le gustaba demasiado Iset la bella; sin duda Ramses no se habia equivocado al asociarla al trono, aunque la funcion de reina fuera demasiado pesada para los hombros de esa mujer, tan alejada de las realidades del poder. Al menos amaba a Ramses, y esta cualidad disipaba muchos defectos.

-~Tiene tu majestad una pista que ofrecerme?

-Lamentablemente no.

-Entonces sera preciso que aumentemos la vigilancia.

-No me gusta demasiado esperar los golpes.

-Lo se, lo se-gruno Ameni-; y yo que deseaba tomar un dia de descanso... Dejare para mas tarde este privilegio.

Predominantemente blanca, con algunas manchas rojas en el lomo y los flancos tenidos de verde, de un metro veinte de largo, la vibora cornuda, de cabeza plana y gruesa cola, se arrastro lateralmente hacia la pareja que hacia el amor al abri-

go de una palmera. Tras haber pasado la jornada enterrado en
la arena, el reptil salia de caza al caer la noche. En periodos
calidos, su mordedura provocaba una muerte inmediata.

Ni el hombre ni la mujer, abrazados con ardor, parecian conscientes del peligro. Felina, flexible como una liana, risuena, la joven nubia obligaba a su amante, un cincuenton robusto y rechoncho, de cabellos negros y piel mate, a desplegar todos los recursos de su virilidad. Unas veces dulce, otras apremiante, la nubia no daba descanso alguno al egip-
cio, que la asaltaba con el ardor de un primer encuentro. En
la calidez de la noche, compartian un placer ardiente, como
un sol de estio.

La vibora estaba solo a un metro de la pareja.

Con fingida brutalidad, el hombre tumbo de espaldas a la mujer y le beso los pechos. Floreciente, ella le recibio. Clavandose la mirada, se devoraban con avidez.

Con un gesto rapido y firme, Loto agarro la vibora cornuda por el cuello. El reptil silbo y mordio el vacio.

-Hermosa presa -comento Setau sin dejar de hacer el amor con su esposa-. Veneno de primera calidad obtenido sin fatiga.

De pronto, la hermosa Loto se mostro menos acuciante.

-Tengo un mal presentimiento.

-~A causa de esta vibora?

-Ramses esta en peligro.

Encantador de serpientes y amigo de infancia del faraon, quien le habia encargado administrar una provincia nubia,

Setau se tomaba muy en serio las advertencias de la bella hechicera con la que se habia casado. Entre ambos habian capturado un incalculable numero de reptiles, a cual mas pe-
ligroso, y recogido el veneno indispensable para la fabrica-
cion de remedios activos contra graves enfermedades.

Independientes, huranos, Setau y Loto habian acompana-
do, sin embargo, a Ramses por los campos de batalla, tanto al Sur como al Norte, y curado a los soldados heridos. Co-
locados a la cabeza de un laboratorio de Estado, habian conocido una felicidad sin limites cuando el faraon les soli-
cito que hicieran fructificar el territorio nubio que tanto querian. Ciertamente, el virrey de Nubia, funcionario con-
formista y friolento, intentaba poner trabas a sus iniciativas,
pero temia a aquella pareja que hacia custodiar su morada por las cobras.

-~De que peligro se trata? -se preocupo Setau.

-No lo se.

-,~Ves algun rostro?

-No -respondio Loto-, es una especie de malestar, pero por unos instantes he sabido que Ramses era amenazado -anadio, y se levanto manteniendo aun la vibora en su puno cerrado-. Debes intervenir, Setau.

-~Que puedo hacer desde aqui?

-Vayamos a la capital.

-El virrey de Nubia aprovechara nuestra ausencia para anular las reformas.

-No importa; si Ramses necesita nuestra ayuda, debemos estar a su lado.

Desde hacia mucho tiempo, el arisco Setau, al que ningun alto funcionario podia dictar su conducta, no discutia ya las

directrices de la dulce Loto.

El sumo sacerdote de Karnak, Nebu, se habia convertido en
un anciano. Como habia escrito el sabio Ptah-hotep en sus celebres Maximas, la extremada vejez se traducia en un perpetuo agotamiento, una debilidad que no dejaba de renovarse y una tendencia a dormirse, incluso durante el dia. La vision disminuia, cada vez se oia menos, faltaba la fuerza, el corazon se fatigaba, apenas se hablaba, los huesos
dolian constantemente, desaparecia el gusto, se tapaba la na-
riz, y resultaba tan penoso levantarse como sentarse.

Pese a aquellos males, el anciano Nebu seguia cumplien-do la mision que Ramses le habia confiado: velar por las ri-quezas del dios Amon y de su ciudad-templo de Karnak. El sumo sacerdote delegaba casi todas las tareas materiales en
Bakhen, el segundo profeta, que ejercia su autoridad sobre ochenta mil personas empleadas en las canteras, los talleres,
los campos, los vergeles y las vinas.

Cuando Ramses le habia nombrado sumo sacerdote, Nebu no se habia enganado; el joven monarca exigia que Karnak le obedeciera y no manifestara veleidad de indepen-
dencia alguna. Pero Nebu no era un hombre de paja y habia
luchado para que Karnak no fuera expoliado en beneficio de
otros templos. Como el faraon se habia preocupado por mantener la armonia en todo el pais, Nebu habia sido un pontifice feliz.

Informado por Bakhen, el anciano no salia ya de su mo-desta morada de tres habitaciones, construida junto al lago sagrado de Karnak. Por la noche le gustaba regar los arria-tes de iris que tenia plantados a ambos lados de la puerta de

entrada; cuando ya no tuviera fuerzas para hacerlo, solicita-
ria al rey que le liberara de sus funciones.

Al descubrir que un jardinero arrancaba las malas hierbas, Nebu no oculto su descontento.

-¡Nadie esta autorizado a tocar mis iris!

-~Ni siquiera el faraon de Egipto?

Ramses se levanto y se dio la vuelta.

-Majestad, os ruego que...

-Haces bien velando personalmente por este tesoro, Nebu. Has trabajado bien por Egipto y por Karnak. Plan-
tar, ver como crece, cuidar esa vida fragil y tan bella... ~Aca-
so hay mas noble tarea? Tras la muerte de Nefertari, pense Pn hacerme jardinero, lejos del trono, lejos del poder.

-No teneis derecho a hacerlo, majestad.

-Esperaba mayor comprension.

-Que un viejo como yo aspire al descanso es logico, pero Ramses contemplo la luna ascendente.

-Se aproxima la tormenta, Nebu; necesito hombres leales y competentes para afrontar los elementos desencadenados.
Sea cual sea tu edad y tu estado de salud, deja para mas tar-
de tus proyectos de retirarte. Sigue controlando Karnak como hasta ahora.
El embajador del Hatti, enteco hombrecillo de unos sesen-
ta anos, se presento ante la puerta del Ministerio de Asun-
tos Exteriores. De acuerdo con la costumbre, deposito un ramo de crisantemos y lises en el altar de piedra, a los pies de una estatua de babuino, encarnacion de Thot, dios de los

escribas, de la lengua sagrada y del conocimiento. Luego se
dirigio a un oficial armado con una lanza.

-El ministro me aguarda -declaro en tono seco.

-Voy a avisarle.

Vestido con una tunica roja y azul a franjas, con los cabellos negros abrillantados por una goma aromatica y el rostro ensombrecido por una estrecha barba, el embajador aguardo caminando de un lado a otro.

Sonriente, Acha fue a su encuentro.

-Espero no haberos hecho aguardar demasiado. Vayamos al jardin, querido amigo, alli estaremos tranquilos.

Alrededor de un estanque cubierto de lotos azules, las palmeras y los azufaifos dispensaban una sombra agradable.
Un criado deposito en una mesilla copas de alabastro llenas
de cerveza fresca y una cesta de higos, y desaparecio.

-No temais -dijo Acha-, nadie puede oirnos.

El embajador hitita vacilo antes de sentarse en una silla plegable de madera, provista de un almohadon de lino verde.

-~ Que temeis ?
-A vos, Acha.

El jefe de la diplomacia egipcia no perdio su sonrisa.

-Realice misiones de espionaje, es cierto, pero esa epoca ya ha terminado. Ahora me he convertido en un personaje oficial, que aprecia su respetabilidad y no tiene el menor deseo de lanzarse a tortuosas empresas.

-~Por que voy a creeros?

-Porque, como vos, tengo un solo objetivo: fortalecer la paz entre nuestros pueblos.

-,~Respondio el faraon a la ultima carta del emperador Hattusil ?

-Naturalmente. Ramses le dio excelentes noticias de la reina Iset y de sus caballos, y se felicito por el perfecto respeto del tratado que une para siempre Egipto y el Hatti.

El rostro del embajador se ensombrecio.

-A nuestro modo de ver, es del todo insuficiente.

-~ Que esperabais ?

-Al emperador Hattusil le ha sorprendido el tono de las ultimas cartas del faraon; tiene la sensacion de que Ramses
le considera un subdito y no un igual.

La agresividad del diplomatico apenas se disimulaba.

-~Ha tomado ese descontento proporciones alarmantes?
-interrogo Acha.

-Eso temo.

-~Tan pequena diferencia puede poner en cuestion nuestras alianzas?

-Los hititas son orgullosos. Quien hiera su orgullo provocara su venganza.

-~No es aberrante magnificar un pequeno incidente?

-Para nosotros es de suma importancia.

-Temo comprenderos... ~No sera esta posicion materia de negociaciones ?

-No lo es.

Acha temia esa eventualidad. En Kadesh, Ramses habia derrotado a la coalicion dirigida por Hattusil; su rencor no

habia desaparecido, buscaba cualquier pretexto para reafir-
mar su supremacia.

-~ Llegariais hasta... ?

-Hasta denunciar el tratado -preciso el embajador hitita.

Acha decidio utilizar su arma secreta.

-~Os devolveria este texto a sentimientos mas concilia-
dores ?

El egipcio entrego al hitita una carta redactada por Ram-
ses. Intrigado, el diplomatico leyo en voz alta la misiva:

Que tu salud sea buena, Hattusil, hermano mio, asi como la de tu esposa, tu familia, tus caballos y tus provincias. Acabo de examinar tus reproches: creo que te he tratado como a uno de mis subditos y eso me aflige. Puedes estar seguro de que te concedo las consideraciones debidas a tu rango; ~quien sino tu es el emperador de los hititas? Te garantizo que te considero un hermano.

El embajador parecio sorprendido.

-~Es Ramses el autor de esta carta?

-No lo dudeis.

-~Reconoce su error el faraon de Egipto?

-Ramses desea la paz. Y tengo que anunciaros una deci-

sion importante: la apertura, en Pi-Ramses, de un palacio de
los paises extranjeros donde vos mismo y los demas diplomaticos gozareis de una administracion permanente y un personal cualificado. La capital egipcia sera asi centro de un dialogo constante con sus aliados y vasallos.

-Notable -concedio el hitita.

-~Quiere eso decir que vuestras belicosas intenciones se esfumaran rapidamente?

-Me temo que no.

Esta vez, Acha se sintio realmente inquieto.

-~Debo concluir que nada atenuara la susceptibilidad del emperador ?
-En lo esencial, Hattusil tambien desea consolidar la paz, pero pone una condicion.

El embajador hitita revelo las verdaderas intenciones de~ emperador. Acha ya no tenia ganas de sonreir.

Como todas ias mananas, unos ritualistas celebraban el cul-
to del ka de Seti en su magnifico templo de Gurnah, en la orilla occidental de Tebas. El responsable de la necropolis se
disponia a depositar en un altar una ofrenda de uva, higos y madera de enebro cuando uno de sus subordinados 1 murmuro unas palabras al oido.

-~El faraon aqui? ¡Pero no me han avisado!

El sacerdote se volvio y descubrio la alta estatura del monarca, vestido con una tunica de lino blanco. El poder y el magnetismo de Ramses bastaban para distinguirle de los de-
mas celebrantes.

El faraon tomo la bandeja de las ofrendas y penetro en la

capilla donde vivia el alma de su padre. En aquel templo
Seti
habia anunciado la coronacion de su hijo menor, conclu-
yendo asi la iniciacion a la que lo habia sometido, con amor
y rigor, desde la adolescencia. Las dos coronas, <<las
grandes
de magia>>, habian sido solidamente sujetas a la cabeza
del
Hijo de la Luz, cuyo destino se habia convertido en el de
Egipto.

Suceder a Seti parecia imposible. Pero la verdadera liber
tad de Ramses habia consistido en no elegir, en acatar la
Re-
gla y satisfacer a los dioses, de modo que los hombres fue-
ran felices.

Hoy, Seti, Tuya y Nefertari recorrian los hermosos ca-
minos de la eternidad y bogaban en barcas celestiales; en
la
tierra, sus templos y sus tumbas inmortalizaban su
nombre.
Hacia su ka se volvian los humanos cuando sentian el
deseo
de penetrar en los misterios del otro mundo.

Una vez finalizado el rito, Ramses se dirigio hacia el jar-
din del templo, dominado por un sicomoro en el que ani-
daban garzas reales.

La suave y grave melodia del oboe le encanto. Una musi-
ca lenta, tristes inflexiones iluminadas por una sonrisa,
como si la esperanza lograra siempre disipar la afliccion.

Sentada en un murete, al abrigo del follaje, la interprete
tocaba con los ojos cerrados. Con los cabellos negros y bri-
llantes, los rasgos del rostro puros y regulares como los de
una diosa, Meritamon, de treinta y tres anos de edad, esta-
ba en el apogeo de su belleza.

A Ramses se le puso el corazon en un puno. Meritamon

se parecia tanto a su madre, Nefertari, que casi era su sosias.

Dotada para la musica, habia elegido, desde muy joven, entrar en el templo y vivir una existencia recluida al servicio de la divinidad. Ese habia sido el sueno de Nefertari, que Ramses habia roto al pedirle que fuera su gran esposa real. Meritamon podria haber ocupado el primer lugar entre las interpretes sagradas del templo de Karnak, pero preferia re-
sidir aqui, junto al alma de Seti.

Las ultimas notas emprendieron el vuelo hacia el sol; la interprete dejo su oboe en el murete y abrio los ojos.

-jPadre! cHace mucho que estas aqui?

Ramses se acerco a su hija y la abrazo largo rato.

-Te anoro, Meritamon.

-El faraon es el esposo de Egipto, su hijo es el pueblo entero. ~Como es posible que tu, que tienes mas de cien hijos e hijas, te acuerdes todavia de mi?

El se aparto y la admiro.

-Los ~hijos reales>>... Se trata solo de titulos honorificos. Tu eres la hija de Nefertari, mi unico amor.

-Ahora tu esposa es Iset la bella.

-~Me lo reprochas?

-No, hiciste bien; no te traicionara.

-~Aceptas venir a Pi-Ramses?

-No, padre. El mundo exterior me aburre. ~Hay algo mas esencial que la celebracion de los ritos? Todos los dias pien-
so en mi madre: realizo su sueno y estoy convencida de que mi felicidad alimenta su eternidad.

-Te lego su belleza y su caracter; ~tengo alguna posibilidad de convencerte?

-Ninguna, lo sabes muy bien.

Tomo suavemente sus manos.

-~Realmente ninguna?

Ella sonrio con la gracia de Nefertari.

-~Te atreveras a darme una orden?

-Eres el unico ser a quien el faraon renuncia a imponer su voluntad.

-Esto no es una derrota, padre; en el templo soy mas util que en la corte. Hacer vivir el espiritu de mis abuelos y mi madre me parece una tarea fundamental. Si no mantuviera-
mos el vinculo con los antepasados, ~que mundo erigiriamos ?

-Sigue tocando esta musica celestial, Meritamon; Egipto la necesitara.

La angustia oprimio el corazon de la muchacha.

-~Que peligro temes?

-Amenaza tormenta.

-~Acaso no eres tu el dueno?

-Toca, Meritamon, toca tambien para el faraon; crea armonia, hechiza a las divinidades, atraelas hacia el doble pais.
Amenaza tormenta y sera terrorifica.

Serramanna golpeo con tal fuerza la pared de la sala de guar-
dia que incluso se desprendio un pedazo de yeso.

-~Que quieres decir con que ha desaparecido?

-Desaparecido, jefe -confirmo el soldado encargado de la vigilancia del principe hitita Uri-Techup.

El gigante sardo agarro a su subordinado por los hom-
bros, y el infeliz, aunque robusto, creyo que iba a ser des-
trozado.

-cTe estas burlando de mi?

-jNo, jefe, os juro que no!

-Entonces, ~se ha largado delante de tus narices?

-Se ha esfumado entre la multitud.

-~Y por que no has hecho que registraran las casas del barrio ?

-jUri-Techup es un hombre libre, jefe! No tenemos ra-
zon alguna para lanzar tras el a la policia. El visir nos in-
culparia por abuso de poder.

Serramanna gruno como un toro furioso y solto a su su-
bordinado. El muy torpe tenia razon.

-~Cuales son las ordenes, jefe?

-Aumentad la proteccion en torno al faraon. Al primero que rompa la disciplina, le hundire el casco en el craneo.

Los miembros de la guardia personal de Ramses no se to-
maron la amenaza a la ligera. En un acceso de furia, el anti-
guo pirata era capaz de ponerla en practica.
Para calmar su rabia, Serramanna planto una serie de pu-

nales en el corazon de un blanco de madera. La desaparicion de Uri-Techup no presagiaba nada bueno. Corroido por el odio, el hitita utilizaria su recuperada libertad como un arma contra el dueno de Egipto, ~pero cuando y de que modo ?

Asistido por Acha, Ramses en persona inauguro el palacio de los paises extranjeros ante una cohorte de diplomaticos. Con su habitual ardor, Acha pronuncio un calido discurso en el que las palabras <<paz>>, <<cordial entendimiento>> y <<cooperacion economica>> aparecieron a intervalos regulares.
Un suntuoso banquete clausuro, como era debido, la ceremonia que senalaba el advenimiento de Pi-Ramses como capital del Proximo Oriente, acogedora para todos los pueblos.

Ramses habia heredado de su padre el poder de penetrar en los secretos de los seres; a pesar de los dones de interpretacion de Acha, supo que su amigo estaba angustiado y que sus preocupaciones se relacionaban con la tormenta que el soberano habia previsto.

Apenas concluidas las mundanidades, ambos hombres se aislaron.

-Brillante perorata, Acha.

-Las obligaciones del oficio, majestad. Esta iniciativa te hara mas popular aun.

-~Como reacciono el embajador hitita ante mi carta?

-De un modo excelente.

-Pero Hattusil exige mas, ~no es cierto?

-Es muy posible.

-No soy muy diplomatico, Acha. Te exijo que me digas la verdad.

-Sera mejor que te avise: si no aceptas las condiciones de Hattusil, nos declararan la guerra.
-jChantaje! En ese caso, ni siquiera quiero conocerlas.
-jEscuchame, te lo ruego! Hemos trabajado demasiado por la paz, para verla destruida en un instante.

-Habla sin ocultarme nada.

-Sabes que Hattusil y su esposa, Putuhepa, tienen una hija. Segun dicen, es una muchacha de gran belleza y despierta inteligencia.

-Mejor para ella.

-Hattusil desea reforzar la paz; a su entender, el mejor modo de conseguirlo es celebrando una boda.

-~ Debo entender. . . ?

-Me has entendido a la primera palabra. Para sellar definitivamente el entendimiento, Hattusil no solo exige que te cases con su hija sino tambien, y sobre todo, que la conviertas en tu gran esposa real.

-~Olvidas que Iset la bella realiza esta funcion?

-Para un hitita, este tipo de detalles tiene poca importancia. La mujer debe obediencia a su marido; si la repudia, solo puede doblegarse y callar.

-Estamos en Egipto, Acha, no en un pais barbaro. ~Me recomiendas acaso que aparte a Iset para volverme a casar con una hitita, hija de mi peor enemigo?

-Hoy tu mejor aliado -rectifico el ministro de Asuntos Exteriores.

-jEs una exigencia absurda e indignante!

-En apariencia si; en realidad, no carece de interes.

-No infligire semejante humillacion a Iset.

-No eres un marido como los demas; la grandeza de Egipto debe estar por encima de los sentimientos.

-~Has tratado ya a tantas mujeres que te has vuelto cinico, Acha?

-La fidelidad me es ajena, es cierto, pero te estoy dando mi opinion como ministro ademas de como un amigo.

-Es inutil que les pregunte a mis hijos Kha y Merenptah; conozco de antemano su respuesta.
-~Quien podria reprocharles venerar a su madre, Iset la bella, la gran esposa real de Ramses? La paz o la guerra... esa
es la eleccion que afrontas.

-Cenemos con Ameni; deseo consultarle.

-Tendras tambien la opinion de Setau, que acaba de llegar de Nubia.

-jPor fin una noticia excelente!

Setau, el encantador de serpientes enamorado de Nubia, Acha, el diplomatico de penetrante vista, Ameni, el escriba ri-
guroso y abnegado... ya solo faltaba Moises para reconstituir
la comunidad de estudiantes de la Universidad de Menfis que,
muchos anos antes, compartian los goces de la amistad y se
preguntaban sobre la naturaleza del verdadero poder.

El cocinero de Ramses se habia superado: pastel de puerros y calabacines con caldo de carne, cordero lechal asado al tomillo acompanado con pure de higos, rinones en adobo, queso de cabra, pasteles de miel cubiertos de zumo de

algarroba. En honor de aquel reencuentro, Ramses habia he-
cho servir un vino tinto del ano 3 de Seti, cuyo paladar provoco en Setau una especie de extasis.

-jSeti merece todos los elogios! -exclamo el amigo de las cobras, que vestia su eterna tunica de piel de antilope, con sus multiples bolsillos saturados de remedios contra el veneno-. Cuando un reino produce semejantes maravillas, es porque ha sido bendecido por los dioses.

-En el terreno de la elegancia -deploro Acha-, no has hecho progreso alguno.

-Exacto -aprobo Ameni.

-Tu, escriba, limitate a comer dos veces lo que pesas. ~Cual es tu secreto para no engordar?

-El trabajo al servicio del reino.

-~Tienes algo que reprochar a mi modo de hacer fructificar Nubia?
-Si asi fuera, ya haria mucho tiempo que habria redactado un informe negativo.

-Cuando vuestra habitual esgrima haya terminado -intervino Acha-, tal vez podamos abordar temas mas serios.

-Moises es el unico que falta-recordo Ramses, sonador-; ~donde esta ahora, Acha?

-Sigue vagando por el desierto y librando batallas, nunca llegara a su Tierra Prometida.

-Moises se ha equivocado al elegir el camino, pero ese camino le conducira a alcanzar su objetivo.

-Como tu -reconocio Ameni-, siento nostalgia; ~pero como olvidar que nuestro amigo hebreo traiciono a Egipto?

-No es hora de ponerse a recordar -interrumpio Setau-.

Para mi, un amigo que se aleja asi ya no es un amigo.

-cLe rechazarias si presentara disculpas? -pregunto Ramses.

-Cuando un hombre ha superado ciertos limites ya no puede dar marcha atras. El perdon es la coartada de los debiles.

-Afortunadamente -considero Acha-, Ramses no te ha confiado nuestra diplomacia.

-Con las serpientes no hay medias tintas; el veneno te cura o te mata.

-Moises ya no esta en el orden del dia -estimo Ameni.

-He venido hasta aqui porque Loto me lo ha pedido -explico Setau-; gracias a sus dotes de vidente advirtio que Ramses estaba en peligro. ~Es eso cierto?

El faraon no lo desmintio. Setau se volvio hacia Ameni.

-En vez de devorar ese pastel, dinos lo que has descubierto.

-jNada... nada! Para mi todo esta en orden.

-~Y por tu lado, Acha?

El diplomatico se lavo los dedos en un bol de agua con limon.

-Hattusil exige que Ramses se case con su hija.

-~Donde esta el problema? -pregunto Setau divertido-. Ese tipo de matrimonio diplomatico se practico con buenos resultados en el pasado, y esa hitita solo seria una esposa secundaria mas.

-En el presente caso, la situacion es mas compleja.

-~Es horrible la novia?

-El emperador hitita quiere que su hija sea la gran esposa real.

Setau se indigno.

-Eso significa... que nuestro viejo enemigo obliga al faraon a repudiar a Iset.

-La formula es algo brutal -considero Acha-, pero no carece de perspicacia.

-Detesto a los hititas -reconocio Setau vaciando una nueva copa de vino-. Iset la bella no es Nefertari, cierto, pero no merece semejante suerte.

-Por una vez estoy de acuerdo contigo -declaro Ameni en tono hurano.

-Sois demasiado impulsivos -les reprocho Acha-: olvidais que esta en juego la paz.

-Los hititas no nos impondran su ley -protesto Setau.

-Ya no son nuestros enemigos -les recordo el ministro de Asuntos Exteriores.

-jTe equivocas! Hattusil y sus congeneres nunca renunciaran a apoderarse de Egipto.

-No lo entiendes; el emperador hitita desea la paz, pero impone condiciones. cPor que rechazarlas sin reflexionar?

-Solo me fio de mi instinto.

-Yo he reflexionado -afirmo Ameni-. No me gusta demasiado Iset la bella, pero es la reina de Egipto, la gran esposa
real que Ramses eligio tras la muerte de Nefertari. Nadie, ni

siquiera el emperador de los hititas, tiene derecho a ofenderla.

-jInsensata actitud! -considero Acha-. ~Deseais acaso enviar a la muerte a miles de egipcios, ensangrentar nuestros protectorados del norte y poner en peligro la propia paz?

Ameni y Setau interrogaron a Ramses con la mirada.

-Tomare la decision a solas -dijo el faraon.

38

El jefe del convoy vacilaba. No sabia si seguir por la costa, pasando por Beirut, para dirigirse hacia el sur, atravesar Canaan y llegar a Sile, o tomar la pista que bordea el Ante-Libano y el monte Hermon, dejando Damasco al este.

Fenicia no carecia de encanto: bosques de encinas y cedros, nogales de fresca sombra, higueras de deliciosos frutos, acogedoras aldeas donde era agradable permanecer unos dias.

Pero era preciso entregar enseguida olibano en Pi-Ramses, aquel olibano cosechado en la peninsula arabiga a costa de penosos esfuerzos.

A aquel incienso blanco que los egipcios denominaban sonter, <<el que diviniza>>, se le anadia la rojiza mirra, no menos preciosa. Los templos necesitaban esa rara sustancia para celebrar los ritos; en los santuarios se exhalaban sus perfumes, que ascendian hasta el cielo y encantaban a los dioses. Embalsamadores y medicos la utilizaban tambien.

El arbol del incienso de Arabia, de pequenas hojas de un verde oscuro, media de cinco a ocho metros de altura; en agosto y septiembre se abrian sus flores doradas de corazon purpura mientras, bajo la corteza, brotaban gotitas de resi-

na blanca. Un experto capaz de rascar la corteza obtenia tres
cosechas anuales recitando la vieja formula magica: <<Se feliz
conmigo, arbol del incienso, el faraon te hara crecer~.

Los transportistas llevaban tambien cobre de Asia, estano
y vidrio, pero aquellos materiales, buscados y faciles de ven-
der, no tenian el valor del olibano. Una vez efectuada la
entrega, el patron descansaria en su hermosa mansion del
Delta.

Con la frente desnuda, dilatado el vientre, el proveedor
de olibano era un buen comensal, pero no bromeaba con el
trabajo. Verificaba personalmente el estado de los carros y
la salud de los asnos; por lo que a sus empleados se refiere,
estaban correctamente alimentados y gozaban de largas pa-
radas, pero no estaban autorizados a gemir, so pena de per-
der el trabajo.

El jefe del convoy opto por la pequena ruta montanosa,
mas dificil pero menos larga que el camino costero; la som-
bra seria alli generosa y los animales disfrutarian de un re-
lativo frescor.

Los asnos avanzaban a buen paso, los veinte miembros
del convoy canturreaban, el viento facilitaba la marcha.

-Patron...

-~ Que pasa ?

-Tengo la impresion de que nos siguen.

El jefe del convoy se encogio de hombros.

-~Cuando olvidaras tu pasado de mercenario? Ahora rei-
na la paz y viajamos seguros.

-No lo niego, pero de todos modos nos siguen. Es extrano.

-jNo somos los unicos mercaderes!

-Si son vagabundos, que no cuenten conmigo para darles mi racion.

-Deja de preocuparte y vigila tus asnos.

La cabeza del convoy se inmovilizo de pronto.

Furioso, el jefe remonto la columna y comprobo que un monton de ramas impedia avanzar a los asnos.

-jDespejad todo eso!

Cuando los hombres de delante comenzaban la tarea, una nube de flechas los derribo. Atonitos, sus colegas intentaron huir, pero no lograron escapar de sus agresores. El ex mercenario blandio un punal, escalo la rocosa pendiente y se arrojo sobre uno de los arqueros. Pero un atleta de cabellos largos le abrio el craneo con el filo de un hacha de mango corto.

El drama no habia durado mas que unos minutos. Solo el jefe del convoy habia sido respetado. Tembloroso, incapaz de huir, vio acercarse al asesino de amplio torso cubierto de vello rojizo.

-Dejame vivir... jTe convertire en un hombre rico!

Uri-Techup solto una carcajada y hundio su espada en el vientre del infeliz. El hitita detestaba a los mercaderes.

Sus acolitos fenicios recuperaron sus flechas y se pusieron en camino. Los asnos obedecieron las ordenes de sus nuevos duenos.

El sirio Raia temia la violencia de Uri-Techup, pero no ha-
bia encontrado mejor aliado para defender la causa de las
facciones que rechazaban la paz y deseaban derribar a
Ram-
ses a toda costa. Durante aquella tregua, Raia se
enriquecia;
sin embargo estaba convencido de que la guerra estallaria
de
nuevo y los hititas se lanzarian al asalto de Egipto. El anti-
guo general en jefe Uri-Techup seria elegido en plebiscito
por sus tropas y les insuflaria el gusto por la victoria. Ha-
berle ayudado a salir del abismo le valdria a Raia, en un
por-
venir mas o menos lejano, una posicion privilegiada.

Cuando el hitita aparecio en su almacen, Raia no pudo
contener un imperceptible movimiento de retroceso. Tenia
la sensacion de que aquel ser cruel, gelido e hirviente a la
vez podia cortarle el cuello por el simple placer de matar.

-¡Ya estais de regreso!

-~No estas contento de volver a verme, Raia?

-Al contrario, principe. Pero vuestra tarea no era senci-
lla y...
-La he simplificado.

La fina barba del mercader sirio temblo. Habia solicitado
a Uri-Techup que se pusiera en contacto con los fenicios y
les comprara el cargamento de olibano procedente de la
pe-
ninsula arabiga. Las negociaciones podian ser largas, pero
Raia habia dado a Uri-Techup bastantes placas de estano
para convencer al jefe del convoy de que cediera su carga.
El sirio habia anadido tambien una placa de plata, de con-
trabando, raras vasijas y hermosas piezas de pano.

-Simplificado... ~De que modo?

-Los mercaderes parlotean; yo actuo.

-De modo que habeis conseguido facilmente que el jefe del convoy os vendiera el olibano.

Uri-Techup sonrio con malicia.

-Muy facilmente.

-Y sin embargo, es duro regateando.

-Nadie discute con mi espada.
-~No habreis...?

-Contrate mercenarios y hemos eliminado a los hombres del convoy, incluido su jefe.
-~Pero por que...?

-No me gusta parlamentar y, despues de todo, tengo el olibano. ~No es eso lo esencial?

-jHabra una investigacion!

-Arrojamos los cuerpos al fondo de un barranco.

Raia se pregunto si no deberia haber llevado la tranquila existencia de un mercader; pero era demasiado tarde para re-
troceder. A la menor reticencia, Uri-Techup no vacilaria en librarse de el.

-~ Y ahora ?

-Debemos destruir el olibano -estimo Raia.

-~No vale una fortuna el cargamento?

-Si, pero el comprador, fuera cual fuese, nos traicionaria; este olibano estaba destinado a los templos.

-Necesito armas, caballos y mercenarios.
-jNo corrais el riesgo de venderlo!

-jLos consejos de los mercaderes son siempre detestables! Tu lo venderas por mi, en pequenas cantidades, a negocian-
tes que salgan hacia Grecia y Chipre. Y comenzaremos a formar redes de fieles decididos a arruinar este maldito pais.

El plan de Uri-Techup no era irrazonable. Gracias a intermediarios fenicios, Raia se desharia del olibano sin exce-
sivos riesgos. Absolutamente hostil a Egipto, Fenicia albergaba a muchos decepcionados por la politica de Hattusil.

-Necesito respetabilidad -prosiguio el hitita-; Serramanna no dejara de acosarme, salvo si parezco ocioso y decidido a gozar de los placeres de la vida.

Raia reflexiono.

-Lo que necesitais es casaros con una viuda acomodada y honorable que este falta de amor.

-~Tienes alguna a mano?

Raia se rasco la barbita.

-Mi clientela es vasta... Se me ocurren dos o tres candidatas. La semana proxima organizare un banquete y os pre-
sentare.

-cCuando saldra de la peninsula arabiga el proximo cargamento de olibano?

-Todavia no lo se, pero tenemos tiempo. Mi red de informadores no dejara de avisarnos... aunque una nueva accion violenta podria provocar la reaccion del ejercito egipcio.

-No quedara rastro alguno de violencia y las autoridades egipcias se sentiran perplejas. Habremos echado mano a la cosecha de todo el ano. ~Por que estas tan convencido de

que la falta de olibano hara vacilar a Ramses?

-Para Egipto, el ajustado cumplimiento de los ritos es
esencial; cuando no se celebran de acuerdo con las reglas
es-
tablecidas desde el tiempo de los antepasados, el equilibrio
del pais esta en peligro. En cuanto los sacerdotes adviertan
que carecen de olibano y mirra, se rebelaran contra
Ramses.

43
~Y que podra hacer salvo comprobar su imprevision? Sera
acusado de despreciar a los dioses, descontentara al clero
y
al pueblo. Si conseguimos propagar algunas noticias falsas
que contribuyan a la confusion y privar a Ramses de uno o
dos apoyos importantes, estallaran graves disturbios en las
principales ciudades.

Uri-Techup imagino un Egipto pasado a fuego y sangre,
entregado a los desvalijadores, con las coronas del faraon
pi-
soteadas por el ejercito hitita y la mirada de Ramses llena
de
terror.

El odio deformo el rostro de Uri-Techup hasta el punto
de que el mercader sirio se asusto; durante unos instantes,
el
hitita entro en el reino de las tinieblas, perdiendo contacto
con el mundo de los hombres.

-Quiero golpear enseguida y con fuerza, Raia.

-La paciencia es indispensable, senor; Ramses es un temi-
ble adversario. La precipitacion nos llevaria al fracaso.

-He oido hablar de sus protecciones magicas... Pero se
debilitan con la edad, y Nefertari ya no esta ahi para
ayudar
al maldito monarca.

-Nuestra red de espionaje habia conseguido manipular al hermano de Ramses y al ministro Meba-recordo Raia-; c~llos m~i~o~, pc~o hc consci~o p~cc~osos con~c~os cc,n
la Alta Administracion. Los funcionarios son a veces parlanchines; uno de ellos me dijo que las relaciones diplomaticas entre el Hatti y Egipto podrian degradarse.

-jEs una noticia formidable! ~Cual es la causa de la discordia ?

-El secreto esta todavia muy bien guardado, pero sabre algo mas.

-La suerte esta cambiando, Raia. ~Y crees que soy menos temible que Ramses?
La sierva de Iset la bella enjabono largo rato la espalda de la reina antes de derramar sobre su esbelto cuerpo agua tibia perfumada. Utilizaba una sustancia rica en saponina, ex-
traida de la corteza y de la carne del fruto del balanites, arbol precioso y generoso. Sonadora, la reina de Egipto se confio a su manicura y a su peluquera. Un servidor le acerco una copa de leche fresca.

Iset la bella se sentia mas comoda en Pi-Ramses que en Tebas. Alli, en la orilla occidental, estaba la tumba de Nefertari, en el Valle de las Reinas, y su capilla del Ramesseum,
donde Ramses en persona solia celebrar el culto; aqui, en la
capital cosmopolita creada por el faraon, la existencia era muy agitada y la gente pensaba menos en el pasado y en el mas alla.

Iset se miro en un espeio de bronce pulido, en forma de disco y cuyo mango representaba una mujer desnuda,
de largas piernas, con la cabeza coronada por una umbela de
papiro.

Si, era bella todavia; su piel era suave como una tela pre-

ciosa, su rostro habia conservado una extraordinaria
frescu-
ra, el amor brillaba en su mirada. Pero su belleza nunca
igualaria la de Nefertari y agradecia a Ramses que no le
hu-
biera mentido afirmando que olvidaria, algun dia, a su pri-
mera gran esposa real. Iset no estaba celosa de Nefertari;
sino que, al contrario, la anoraba muchisimo. Iset la bella
nunca habia deseado su puesto; haberle dado dos hijos a
Ramses bastaba para su felicidad.

jQue distintos eran! El mayor, Kha, de treinta y siete
anos, titular de altas funciones religiosas, se pasaba la
mayor
parte del tiempo en las bibliotecas de los templos; a los
vein-
tisiete anos, el menor, Merenptah, era tan atletico como su
padre y demostraba una gran aficion al mando. Tal vez uno
de los dos deberia reinar; pero el faraon podia elegir tam-
bien, como sucesor, a uno de sus numerosos <<hijos
reales>>,
la mayoria de los cuales eran brillantes administradores.

A Iset no le importaban el poder ni el porvenir. Saborea-
ba uno a uno los instantes del milagro que el destino le
ofre-
cia. Vivir junto a Ramses, participar a su lado en las cere-
monias oficiales, verle reinar sobre las Dos Tierras...
~Habia
existencia mas maravillosa?

La sierva trenzo los cabellos de la reina, los perfumo con
mirra, coloco luego una corta peluca a la que anadio una
diadema de perlas y cornalina.

-Perdonadme la familiaridad... jPero vuestra majestad
esta arrobadora!

Iset sonrio. Tenia que estar bella para Ramses, con el fin
de hacerle olvidar que su juventud habia desaparecido.

Cuando iba a levantarse, el entro en la habitacion. Nin-

gun hombre podia compararse con el, ninguno poseia su in-
teligencia, su fuerza y su prestancia. Los dioses se lo habian
dado todo y el devolvia la ofrenda a su pais.

-jRamses! No estoy vestida todavia.

-Tengo que hablarte de un asunto grave.

Iset la bella habia temido aquella prueba. Nefertari sabia gobernar, ella no; verse asociada a la conduccion del navio del Estado la aterrorizaba.

-Tu decision sera la acertada.

-Esto te afecta directamente, Iset.

-,~A mi? Puedo jurarte que no he intervenido en modo al-
guno, que...
-Esta en causa tu propia persona, y la paz esta en juego.
-jExplicate, te lo ruego!

-Hattusil exige que me case con su hija.

-Una esposa diplomatica... ~por que no?

-Exige mucho mas: que se convierta en mi gran espo-
sa real.

Iset la bella permaneci6 inmovil unos instantes, luego sus ojos se llenaron de lagrimas. El milagro acababa de termi-
nar. Era necesario que desapareciera y cediese su lugar a una
joven y hermosa hitita, simbolo del cordial entendimiento entre Egipto y el Hatti. En la balanza, Iset la bella pesaba menos que una pluma.

-La decision es tuya -declaro Ramses-; ~aceptas abando-
nar tus funciones y retirarte?

La reina esbozo una pobre sonrisa.

-Esa princesa hitita debe de ser muy joven...

-Poco importa su edad.

-Me has hecho muy feliz, Ramses; tu voluntad es la de Egipto.

-~ Asi pues, aceptas ?

-Seria criminal poner obstaculos a la paz.

-jPues bien, yo no pienso ceder! El emperador del Hatti no va a dictar sus decisiones al faraon de Egipto. No somos un pueblo de barbaros que trata a las mujeres como criaturas inferiores. ~Que senor de las Dos Tierras se atrevio a repudiar nunca a su esposa real, que participa del ser del faraon? jY a mi, a Ramses, un guerrero de Anatolia se atreve a pedirme que viole la ley de nuestros antepasados!

Ramses tomo tiernamente las manos de Iset la bella.

-Has hablado en nombre de Egipto, como debia hacerlo una verdadera reina; ahora me toca actuar a mi.

La luz de poniente se filtro por una de las tres grandes ventanas con celosias de piedra que iluminaban el vasto despacho de Ramses y cubrio de oro la estatua de Seti. Devuelta a la vida por la magia del escultor y la abertura ritual de la boca y los ojos, la efigie del monarca seguia transmitiendo un mensaje de rectitud que solo su hijo captaba cuando la paz del anochecer se adornaba con el esplendor divino.

Blancos muros, una gran mesa en la que se habia desplegado un mapa del Proximo Oriente, un sillon de respaldo recto para el faraon, sillas de paja para sus visitantes, una biblioteca con los libros consagrados a la proteccion del alma real y un armario para papiros: ese era el austero marco en el que Ramses el Grande tomaba, solo, las decisiones que

comprometian el porvenir de su pais.

El monarca habia consultado a los sabios de la Casa de
Vida de Heliopolis, a los sumos sacerdotes puestos a la ca-
beza de los santuarios principales, a Ameni, al visir y a los
ministros, luego se habia encerrado en su despacho y habia
dialogado con el alma de su padre. Antano, habria hablado
con Nefertari y Tuya; Iset la bella conocia sus limites y no
le era de gran ayuda. El peso de la soledad aumentaba;
muy
pronto tendria que poner a prueba a sus dos hijos, para sa-
ber si uno u otro seria apto para proseguir la obra iniciada
desde el primer faraon.

Egipto era fuerte y fragil. Fuerte, porque la ley de Maat
perduraba mas alla de las pequeneces humanas; fragil,
por-
que el mundo cambiaba, concediendo una parte cada vez
mayor a la tirania, a la avidez y al egoismo. Los faraones
serian sin duda los primeros que lucharian para que reina-
se la diosa Maat, encarnacion de la Regla universal, de la
justicia, del amor que vinculaba entre si los elementos y los
componentes de la vida. Pues sabian que sin Maat, este
mundo seria solo un campo cerrado donde los barbaros
combatirian con armas cada vez mas destructoras para in-
crementar sus privilegios y destruir cualquier vinculo con
los dioses.

La tarea del faraon, cumplida en armonia con las poten-

cias invisibles, consistia en defender el lugar privilegiado
que ocupaba Maat y protegerlo del desorden, de la violen-
cia, de la injusticia, de la mentira y del odio. Y lo que el em-
perador del Hatti exigia era contrario a Maat.

Un guardia introdujo a Acha, vestido con una tunica de
lino y una camisa de manga larga, la finura de cuya ejecu-
cion era excepcional.

-No me gustaria trabajar en un lugar semejante -dijo a

amses-; realmente es demasiado austero.

-A mi padre no le gustaban las decoraciones recargadas, y a mi tampoco.

-Ser faraon no deja suficiente lugar a la fantasia; quienes te envidian son unos imbeciles o unos inconscientes ~Ha to-
mado su decision tu majestad?

-Mis consultas han terminado.

-~He conseguido convencerte?

-No, Acha.

El ministro de Asuntos Exteriores miro el mapa del Proximo Oriente.

-Me lo temia.

-Las exigencias de Hattusil son un insulto. Ceder a ellas supondria renegar de la institucion faraonica.

Acha poso el indice en el territorio del Imperio hitita.

-Una negativa equivale a una declaracion de guerra, maestad.

-~Condenas mi decision?

-Es la del faraon y la de Ramses el Grande. Tu padre habria tomado la misma.

-~Me tendias una trampa?

-Hacia mi trabajo de diplomatico, en favor de la paz. ~Seria acaso amigo de Ramses si no le pusiera a prueba?

Los labios del rey esbozaron una sonrisa.

-~Cuando dara tu majestad la orden de movilizacion ge-

neral ?

-El jefe de mi diplomacia es muy pesimista.
-Tu respuesta oficial provocara el furor de Hattusil y no vacilara ni un momento en abrir las hostilidades.

-Te falta confianza en ti mismo, Acha.

-Soy realista.

-Si hay alguien que aun puede salvar la paz, ese eres tu.

-Dicho de otro modo, el faraon me ordena partir hacia Hattusa, precisar tu posicion al emperador hitita y hacerle cambiar de decision.

-Lees mis pensamientos.

-No hay posibilidad de exito.

-Acha... ~Acaso no has conseguido otras hazanas?

-He envejecido, majestad.

-jPor lo tanto tienes experiencia! Limitarse a una controversia sobre esa boda imposible no bastara; es conveniente mostrarse mas ofensivo.

El diplomatico fruncio el entrecejo; creia conocer bien a Ramses pero, una vez mas, el faraon le sorprendia.

-Firmamos un tratado de ayuda mutua con nuestro gran amigo Hattusil -prosiguio el rey-; le explicaras que temo un ataque libio en nuestra frontera occidental. Ahora bien, desde que se instauro la paz, nuestro armamento ha envejecido y carecemos de hierro. Solicitaras pues al emperador hitita que nos proporcione una importante cantidad. Gracias a el y de acuerdo con nuestros pactos, podremos defendernos contra el agresor.

Atonito, Acha se cruzo de brazos.

-~Realmente es esta mi mision?

-Olvidaba un detalle: exijo que el hierro nos sea entrega-
do cuanto antes.
Kha, el hijo de Ramses e Iset la bella, se habia negado a se-
guir la carrera del Ejercito y la Administracion. Aquellas ta-
reas profanas no le seducian, mientras que sentia una
verda-
dera pasion por los escritos de los sabios y los monumentos
del Antiguo Imperio. Con el rostro anguloso y severo, el
craneo afeitado, los ojos de un azul oscuro, mas bien delga-
do, los andares algo rigidos a causa de unas articulaciones
que a veces le dolian, Kha era un investigador nato. Se ha-
bia formado luchando contra Setau y sus trucos magicos y
reinaba con firmeza sobre el clero del dios Ptah de Menfis.
Desde hacia mucho tiempo, Kha habia delegado el aspecto
temporal de su cargo para dedicarse a las fuerzas oscuras
que se manifestaban en el aire y en la piedra, en el agua y
en
la madera.

La Casa de Vida de Heliopolis conservaba <<las almas de
la luz>>, es decir, los archivos secretos que databan de la
edad
de oro, durante la cual los faraones habian edificado pira-
mides y los sabios redactado rituales. ~Acaso no se habian
penetrado, en aquella epoca bendita, los secretos de la
vida
y de la muerte? No contentos con haber explorado los mis-
terios del universo, aquellos sabios los habian transcrito en
jeroglificos con el fin de transmitir su mision a las genera-
ciones futuras.

Reconocido por todo el mundo como el mejor experto en
la tradicion, Kha habia sido elegido como organizador de la
primera fiesta-sed de Ramses, que marcaba su trigesimo
ano
de reinado. Tras tan largo periodo asumiendo el poder, la
potencia magica del faraon se consideraba agotada; asi
pues,

habia sido necesario reunir a su alrededor a todos los dioses
y diosas, para que aquella comunidad sobrenatural le devol-
viera una nueva energia. Aunque algunos demonios habian intentado, en vano, oponerse a la regeneracion de Ramses'.

Kha no se limitaba a descifrar grimorios; le obsesionaban vastos proyectos, tan vastos que necesitaria el aval del fa-
raon. Antes de exponer esos suenos a su padre, tenia que ha-
cerlos poco a poco realidad. Por ello, desde el alba, recorria
la cantera de la montana roja, junto a Heliopolis, para en-
contrar bloques de cuarcita. En aquellos lugares, segun el mito, los dioses habian terminado con los hombres rebela-
dos contra la luz, y su sangre habia impregnado para siem-
pre la piedra.

Aunque no habia recibido la formacion de un cantero o un escultor, Kha comulgaba por instinto con el material en bruto; percibia la energia latente que recorria las venas de la
piedra.

-~Que buscas, hijo mio?

Brotando de la luz del joven sol que, vencedor de las ti-
nieblas, imponia su imperio al desierto, Ramses contemplo a Kha.

El primogenito del rey dejo de respirar. Kha no ignoraba que Nefertari habia sacrificado su vida para salvarle de los maleficios de un mago negro, y a veces se preguntaba si Ramses no sentiria cierto resentimiento contra el.

-Te equivocas, Kha. No tengo que hacerte reproche al-
guno.

-jDescifras mis mas secretos pensamientos!

1. Sobre este episodio vease mi trilogia El juez de Egipto: 1.ø La pirami-
de asesinada; 2.ø La ley del desierto; 3.ø La justicia del visir, publicada tam-
bien por Circulo de Lectores.
-~No deseabas verme?

-Creia que estabas en Tebas y hete aqui, en la Montana roja.

-Un grave peligro amenaza Egipto, debo afrontarlo. Es indispensable meditar en este lugar.

-~No estamos en paz con los hititas?

-Tal vez se trate solo de una tregua.

-Evitaras la guerra o venceras... De cualquier modo, sa-
bras proteger Egipto de la desgracia.

-~No deseas ayudarme?

-La politica... No, soy incapaz de ello. Y tu reinado du-
rara mucho tiempo si respetas los ritos ancestrales. Precisa-
mente queria hablar contigo de esta necesidad.

-~Que quieres proponerme?

-Es preciso empezar a preparar tu proxima fiesta de re-
generacion.

-~Tres anos despues de la primera?

-En adelante, habra que celebrar el rito a intervalos regula-
res y frecuentes. Esa es la conclusion de mis investigaciones.

-Haz lo que creas necesario.

-No podias darme mayor alegria, padre mio; ni una sola divinidad faltara a tu proximo jubileo. El gozo se extendera

por las Dos Tierras, la diosa Nut sembrara los cielos malaquita y turquesa.

-Tienes otro proyecto, Kha; ~a que templo destinas los bloques de cuarcita que estas buscando?

-Desde hace varios anos me intereso por nuestros origenes; entre nuestros primeros ritos, estaba la carrera de un toro llamado Apis, que encarnaba la capacidad del rey para cruzar todos los espacios. Conviene honrar mas aun a ese extraordinario animal y concederle una sepultura digna de su poder... sin olvidar la restauracion de viejos monumentos, como algunas piramides que han sufrido las injurias del
tiempo y del invasor hicso. ~Me concedes equipos de constructores para realizar estos trabajos?
-Elige tu mismo al maestro de obras y a los talladores de piedras.

El severo rostro de Kha se ilumino.

-Este lugar es extrano -advirtio Ramses-; la sangre de los rebeldes impregna estas piedras. Aqui, el eterno combate de la luz contra las tinieblas ha dejado huellas profundas. La
Montana roja es un poderoso lugar por el que es conveniente aventurarse con prudencia. No estas aqui por casualidad, Kha: ~que tesoro buscas?

El primogenito del rey se sento en un bloque pardusco.

-El libro de Thot. El libro que contiene el secreto de los jeroglificos. Esta en alguna parte de la necropolis de Saqqara; lo encontrare aunque mi busqueda dure varios anos.

A sus cincuenta y cuatro anos, Tanit era una fenicia muy hermosa, cuyas formas abundantes atraian la mirada de hombres mucho mas jovenes; viuda de un rico comerciante, amigo del sirio Raia, habia heredado una considerable fortuna que ella disfrutaba sin freno, organizando banquete
tras banquete en su suntuosa mansion de Pi-Ramses.

La fugosa fenicia se habia consolado muy pronto de la
muerte de un marido que le parecia vulgar y aburrido. Tras
haber fingido tristeza durante unas semanas, Tanit se
habia
arrojado en brazos de un magnifico nubio de evidentes atri-
butos. Pero al igual que habia sucedido con sus anteriores
amantes, se habia cansado de el; pese a su virilidad, se
ago-
taban antes que ella. Y una amante tan avida de placer
como Tanit no podia perdonarles esa deplorable falta de
re-
sistencia.

Tanit podria haber regresado a Fenicia, pero cada vez le
gustaba mas Egipto. Gracias a la autoridad y a la influencia
de Ramses, la tierra de los faraones tenia un perfume para-
disiaco. En ninguna otra parte una mujer podia vivir con
tanta libertad como en Egipto.

~4
Al caer la tarde llegaron los invitados. Ricos egipcios que
negociaban con la dama Tanit, altos funcionarios
fascinados
por la fenicia, compatriotas que acechaban su fortuna, sin
mencionar las caras nuevas que la duena de la casa
descubria
divertida. ~Habia algo mas excitante que sentir, posada en
ella, la mirada de un hombre cargada de deseo? Tanit sabia
mostrarse risuena unas veces, lejana otras, no dejando
nun-
ca adivinar como acabaria el encuentro con su interlocutor.
Mantenia la iniciativa en cualquier circunstancia, y tomaba
la decision. El varon que intentara dominarla, no tenia po-
sibilidad alguna de seducirla.

Como de costumbre, los manjares serian suculentos, es-
pecialmente el solomillo de liebre a la salsa de cerveza y
acompanado por caviar de berenjena, y notables los vinos;
gracias a sus relaciones con palacio, Tanit habia obtenido
in-

cluso algunas jarras de vino tinto de Pi-Ramses, que databan
del ano ~I de Ramses, fecha del tratado de paz con los hititas. Y, como de costumbre, la fenicia pondria sus lascivos ojos en los mas apuestos hombres, en busca de una futura presa.

-cComo estais, amiga mia?

-jRaia! Es una alegria veros de nuevo. Estoy de maravilla.

-Si no temiera halagaros, diria que vuestra belleza no deja de aumentar.

-El clima me sienta bien. Y, ademas, el dolor de haber perdido a mi anorado esposo comienza a calmarse.

-Afortunadamente, esa es la ley de la naturaleza; una mujer como vos no esta hecha para la soledad.

-Los hombres son mentirosos y brutales -dijo haciendo una mueca-; debo desconfiar de ellos.

-Haceis bien siendo prudente, pero estoy convencido de que el destino os concedera de nuevo la felicidad.

-~ Y los negocios ?

-Trabajo, mucho trabajo... Fabricar conservas de lujo exige una mano de obra muy cualificada, que reclama altos salarios. En cuanto a los jarros exoticos, que tanto aprecia la buena sociedad, se necesitan muchas negociaciones y viajes
para importarlos. Los artesanos serios no son baratos. Y como mi reputacion se basa en la calidad, debo invertir sin cesar; por eso nunca sere rico.

-La suerte os ha sonreido... Creo que vuestras preocupaciones han terminado.

-Me acusaron, falsamente, de excesivas simpatias por los hititas; de hecho, comercie con ellos sin preocuparme por la politica. La instauracion de la paz hizo olvidar las viejas querellas. Ahora, la colaboracion con nuestros colegas extranjeros es alentada incluso. ~No es esta, acaso, la mas hermosa victoria de Ramses?

-El faraon es tan seductor... Lastima que sea inaccesible.

La paz, el tratado firmado por Ramses y Hattusil, la perdida del espiritu de conquista del Imperio hitita, el triunfante Egipto... Raia no soportaba ya las cobardias y las defecciones que habian causado el desastre. Habia luchado para que la supremacia del ejercito anatolio se extendiera por todo el Proximo Oriente, y no renunciaba a ese combate.

-~Puedo presentaros a un amigo? -le pregunto a Tanit, quien se mostro intrigada enseguida.

-cDe quien se trata? -quiso saber.

-De un principe hitita que vive en Egipto. Ha oido hablar mucho de vos, pero es un hombre bastante timido; he debido insistir para que aceptara asistir a este banquete, pues las mundanidades le asustan.

-Mostradmelo.

-Esta alli, junto al macizo de adelfas.

Colocada sobre un pilar, una lampara iluminaba a Uri-Techup, apartado del grupo de invitados que intercambiaban banalidades. La vacilante luz revelaba la brutalidad de su rostro, la abundancia de sus largos cabellos, la virilidad

de su torso cubierto de vello rojizo, la dureza de su musculatura de guerrero.

Tanit enmudecio de emocion. Jamas habia contemplado
un animal salvaje que desprendiera tan intensa
sensualidad.
El banquete dejo de existir, solo tuvo ya una idea en la ca-
beza: hacer el amor cuanto antes con aquel semental.
Ramses asistia al combate que libraban Serramanna y Me-
renptah. Provisto de una coraza articulada, un casco con
cuernos coronado por un disco de bronce y un escudo
redondo, el sardo daba grandes espadazos al escudo
rectan-
gular del hijo menor de Ramses, obligado a retroceder. El
faraon habia pedido al jefe de su guardia que no tuviera
con-
sideraciones con su adversario; puesto que Merenptah que-
ria demostrar su valor en el combate, no podia sonar con
un
adversario mejor.

A sus veintisiete anos, Merenptah, <<el amado del dios
Ptah>>, era un apuesto atleta, valeroso, reflexivo, dotado
de
excelentes reflejos. Aunque el sardo superaba ya los cin-
cuenta, no habia perdido ni una pizca de fuerza y dinamis-
mo; resistir era ya una hazana.

Merenptah cedia terreno, volvia al ataque, paraba los gol-
pes, se desplazaba lateralmente; poco a poco fatigaba a Se-
rramanna.

De pronto, el gigante se inmovilizo y arrojo al suelo su
larga espada de hoja triangular y su escudo.

-Basta ya de escaramuzas. Luchemos con las manos des-
nudas.

Merenptah dudo unos instantes, luego imito al sardo.
Ramses recordo el enfrentamiento, a orillas del Mediterra-
neo, en el que habia vencido al pirata Serramanna y lo ha-
bia convertido en jefe de su guardia personal.
El hijo del rey se vio sorprendido por la embestida del
coloso, con la cabeza baja; en la escuela militar, Merenptah

no habia aprendido a combatir como una fiera. Caido de es-
paldas en el polvo del cuartel, creyo ahogarse bajo el peso
del antiguo pirata.

-La instruccion ha terminado -declaro Ramses.

Ambos hombres se levantaron. Merenptah estaba furioso.

-jMe ha cogido a traicion!

-El enemigo siempre actua asi, hijo mio.

-Quiero reanudar el combate.

-Es inutil, ya he visto lo que queria ver. Puesto que has
recibido una leccion de provecho, te nombro general en jefe
del ejercito de Egipto.

Serramanna aprobo la decision asintiendo con la cabeza.

-En menos de un mes -prosiguio Ramses-, me entregaras
un informe completo y detallado sobre el estado de las tro-
pas y la calidad de su armamento.

Mientras Merenptah recuperaba el aliento, Ramses se
alejo en su carro, que conducia personalmente. ~A quien
confiaria el destino de Egipto: a Kha, el erudito, o a Me-
renptah, el guerrero? Si sus respectivas cualidades estuvieran
reunidas en uno solo y mismo ser, la eleccion seria facil. Y
Nefertari no estaba ya alli para aconsejar al monarca. Por
lo que a los numerosos <<hijos reales>> se refiere, no des-
provistos de aptitudes, ninguno tenia una personalidad tan
fuerte como la de los dos hijos de Iset la bella. Y Merita-
mon, la hija de Nefertari, habia decidido vivir recluida en
un templo.

Ramses debia tener en cuenta la opinion que habia for-

mado Ameni aquella misma manana: <<Que tu majestad se
regenere con los ritos para seguir reinando hasta el total
agotamiento de su energia. Para el faraon jamas ha habido
otro camino, y nunca habra otro~.
Raia salio de su almacen, cruzo el barrio de los talleres, paso
ante el edificio real y tomo la gran avenida que llevaba a los
templos de Pi-Ramses. Flanqueada de acacias y sicomoros
que dispensaban una bienhechora sombra, era como la capi-
tal de Ramses, majestuosa y tranquilizadora.

El mercader dejo a la izquierda el templo de Amon y a la
derecha el templo de Ra; con pasos que querian ser tran-
quilos, se dirigio al templo de Ptah. Cerca del edificio, es-
tuvo a punto de batirse en retirada; en el muro exterior
estaban empotradas unas estelas en las que los escultores
habian grabado orejas y ojos. ~No escuchaba el dios las pa-
labras mas secretas y no veia las mas ocultas intenciones?

<<Supersticion>>, penso Raia, incomodo sin embargo; evito
la vuelta de angulo del muro donde se habia dispuesto una
hornacina que albergaba una estatuilla de la diosa Maat. El
pueblo podia contemplar asi el secreto principal de la civili-
zacion faraonica, esa Regla inmutable, nacida mas alla del
tiempo y del espacio.

Raia se presento ante la puerta de los artesanos; el guar-
dian le conocia. Intercambiaron algunas frases anodinas so-
bre la belleza de la capital, el mercader se quejo de la avari-
cia de ciertos clientes, luego fue autorizado a entrar en la
parte reservada a los orfebres. Especialista en jarros precio-
sos, Raia trataba a bastantes de ellos, y no dejo de pregun-
tar por la familia de uno y por la salud de otro.

-Quisieras arrancarnos nuestros secretos -murmuro un viejo tecnico que colocaba lingotes en un carro.

-He renunciado a ello -reconocio Raia-. Me conformo con veros trabajar.

-~No vendras aqui para descansar?

-Me gustaria adquirir una o dos piezas hermosas.

-jPara revenderlas tres veces mas caras!

-Es el comercio, amigo mio.

El anciano tecnico volvio la espalda a Raia, acostumbrado a esos desplantes. Discreto, casi invisible, observo a los aprendices que llevaban lingotes a unos companeros, que iban pesandolos controlados por escribas especializados. Luego el metal precioso era depositado en una vasija cerrada, puesta al fuego; un soplete atizaba la llama. Los sopladores tenian a menudo las mejillas hinchadas para no perder
el ritmo. Otros tecnicos vertian el metal fundido en receptaculos de formas diversas y confiaban el material a los orfebres, que lo trabajaban en un yunque, con martillos de piedra, para moldear collares, brazaletes, jarras, decoracion
para puertas de templo y estatuas. Los secretos del oficio se
transmitian de maestro a discipulo, a lo largo de una iniciacion que exigia numerosos anos de aprendizaje.

-Magnifico -le dijo Raia a un orfebre que acababa de terminar un pectoral.

-Adornara la estatua de un dios -preciso el artesano.

El mercader se expreso en voz baja.

-~Podemos hablar?

-Hay bastante ruido en el taller. Nadie nos oira.

-Me han dicho que tus dos muchachos quieren casarse.
-Es posible.

-Si les ofreciera algunos muebles, ~te satisfaria?

-~Cual es su precio?

-Una simple informacion.

-No cuentes conmigo para revelarte nuestros procedi-
mientos de fabricacion.

-jNo pido nada semejante!

-~Que quieres saber?

-Hay cierto numero de sirios que se han instalado en
Egipto y a quienes me agradaria ayudar a integrarse
mejor;
~no has contratado a uno o dos para tu taller?

-Uno, es cierto.

-~Satisfecho de su suerte?

-Mas o menos.

-Si aceptas decirme su nombre, hablare con el.

-~Es todo lo que deseas, Raia?

6I
-Comienzo a envejecer, no tengo hijos, poseo algunos
bienes y me gustaria favorecer a un compatriota.

-Egipto te ha ensenado a ser menos egoista... Eso esta
bien. Durante el Juicio del alma, el gran dios aprecia la ge-
nerosidad. Tu sirio es uno de los sopladores. El mas gordo,
con las oreJas despegadas.

-Espero que mis regalos contribuyan a la felicidad de tus

hi~os.

Raia aguardo a que finalizara el trabajo para hablar con
su compatriota. Tras dos fracasos con un carpintero y un
al-
banil, satisfechos de su condicion, el exito fue total.

El soplador sirio, ex prisionero capturado junto a Ka-
desh, se negaba a admitir la derrota de los hititas y
deseaba
que se rompiera la paz. Agriado, rencoroso y revanchista,
era el tipo de hombre que Uri-Techup y Raia necesitaban.
Ademas, el obrero tenia algunos amigos que compartian su
punto de vista.

A Raia no le costo convencerle de que trabajara para el y
entrara en un grupo de residentes cuya mision seria atacar
los intereses vitales de Egipto.

Uri-Techup mordio a su amante en el cuello y la penetro
con violencia. Tanit suspiro de satisfaccion. Por fin conocia
la pasion, esa mezcla de brutalidad y deseo insatisfecho sin
cesar.

-Mas -suplico.

El hitita gozaba sin miramientos del abundante cuerpo de
la hermosa fenicia. En las fortalezas de Anatolia, Uri-
Techup
habia aprendido a utilizar a las mujeres como merecian.

Por un instante, Tanit sintio cierto espanto; era la prime-
ra vez que no controlaba la situacion. Aquel hombre
bestial,
de inagotable savia, era casi terrorifico. Nunca encontraria
un amante igual, capaz de compartir sus mas delirantes

ViCiOs.

En mitad de la noche, cedio.

-Basta... No puedo mas.

-~Ya?

-jEres un monstruo!

-Solo has conocido chiquillos, hermosa mia; yo soy un hombre.

Ella se acurruco junto a su vientre.

-Eres maravilloso... Me gustaria que el alba no llegara nunca.

-~Que importa?

-Pero... jTendras que marcharte! Nos veremos la proxima noche.

-Me quedo.

-~Sabes lo que eso significa en Egipto?

-Cuando un hombre y una mujer viven bajo el mismo techo, a la vista de todo el mundo, estan casados. Asi pues, estamos casados.

Atonita, ella se aparto.

-Volveremos a vernos, pero...

Uri-Techup la obligo a tumbarse de espaldas y se tendio sobre ella.

-Vas a obedecerme, hembra; soy el hijo del difunto emperador del Hatti y heredero legitimo del imperio. Tu eres solo una zorra fenicia que me dara placer y satisfara todas mis necesidades. ~Eres consciente del honor que te concedo tomandote por esposa?

Tanit intento protestar, pero Uri-Techup violo su intimidad con la rabia de un macho cabrio, y ella se vio arrastrada a un torbellino de delicias.

-SI me tralclonas -murmuro el nltlta con voz ronca-, te mato.

63

Setau saco de un cesto de junco una hogaza del pan triangular, un bol de pure de avena, pescado seco, un pichon estofado, una codorniz asada, dos rinones cocidos al vino, una costilla de buey sobre un lecho de cebolla frita, higos y queso a las hierbas. Con lentitud, deposito los manjares uno . uno sobre la mesa de Ameni, obligado a apartar los papiro que consultaba.

-~Pero que es eso?

-~Estas ciego? Una comida adecuada, que apagara tu apetitO durante dos o tres horas.

-No necesitaba que...

-Si, lo necesitabas y mucho. Tu cerebro no funciona correctamente si no tienes la panza llena.

El escriba de tez palida se rebelo.

-~ Me insultas ?

-E:s el unico modo de llamar tu atencion.

-No querras volver a hablarme de...

-jPrecisamente! Quiero mas creditos para Nubia y no m~ entretendre rellenando cincuenta formularios, como cualquier otro funcionario.

-Tienes un superior jerarquico, el virrey de Nubia.

-jUn imbecil y un perezoso! Solo piensa en su carrera y

le importa un comino la provincia que Ramses me encargo que hiciera fructificar. Para cubrirla de templos, para aumentar la superficie cultivable, necesito hombres y material.
-Habria que respetar, tambien, ciertos reglamentos.

-jAh, los reglamentos! Ahogan la vida. jOlvidalos, Ameni!

-No soy omnipotente, Setau; el visir Pazair y el propio rey exigen cuentas.

-Dame lo que te pido, y ya contaras despues.

-Dicho de otro modo, me haces responsable de tus errores futuros.

Setau parecio sorprendido.

-jPues claro! Tu, con ese lenguaje oscuro de los escribas, podras justificarnos.

El pichon estofado era una maravilla; Ameni no le puso mala cara al placer.

-Lo ha cocinado Loto, ~no es cierto?

-Mi mujer es una autentica hechicera.

-Estamos en el dintel de la corrupcion de un funcionario.

-~Me satisfaras, Ameni?

-Si Ramses no sintiera tanto afecto por Nubia...

-Gracias a mi, dentro de unos anos, sera mas rica que una provincia de Egipto.

Ameni la emprendio con la codorniz asada.

-Puesto que esos problemillas quedan resueltos -dijo Se-

tau-, te confesare que estoy muy inquieto.

-~Por que razon?

-Ayer, al anochecer, estaba haciendo el amor con Loto;
de pronto, ella se incorporo gritando: << jHay un
monstruo
que merodea!>>. No hablaba de las dos cobras que velan
al
pie del lecho, ni del ejercito hitita al que Ramses vencera
por
segunda vez, si es necesario.

-~Has identificado al monstruo?

-Para mi no queda duda alguna: se trata de la bestia hiti-
ta, Uri-Techup.

-Nada tenemos que reprocharle.

-~Has avisado a Serramanna?
-Claro.

-~Su reaccion?

-Detesta a Uri-Techup, como tu, y piensa que liberarlo
fue un error; pero el hitita no ha cometido fechoria alguna.
Para mi, ese guerrero vencido es un principe castrado.
~Que
podemos temer de el?

Cuando los primeros rayos del sol iluminaron su habita-
cion, Serramanna abrio los ojos. A su izquierda tenia una
nubia dormida. A su derecha, una libia algo mas joven. El
gigante sardo no recordaba ya sus nombres.

-jArriba, chiquillas!

Como controlaba mal su fuerza, la palmada que el
gigante propino al delicado trasero de sus dos compane-
ras de noche fue menos acariciadora de lo que deseaba.
Sus gritos de aves de corral asustadas le produjeron ja-

queca.

-Vestios y largaos.

Serramanna se zambullo en la alberca que ocupaba la mayor parte de su jardin y nado unos veinte minutos. No conocia mejor remedio para disipar los efectos del vino y de los)uegos amorosos.

De nuevo en forma, se disponia a devorar una hogaza de pan fresco, cebollas, tocino y buey seco cuando su criado le anuncio la visita de uno de sus subordinados.

-Novedades, jefe; hemos recuperado la pista de Uri-Techup.

-~Muerto, supongo?

-Muy vivo y... casado.

-~ Con quien ?

-Con Tanit, una rica viuda fenicia.

-jEs una de las mayores fortunas de Pi-Ramses! Debes de estar equivocado.

-Comprobadlo vos mismo, jefe.
-En marcha.

Con un enorme pedazo de buey seco entre los dientes, Serramanna salto sobre su caballo.

El guardian de la mansion de la dama Tanit deberia haber so-
licitado al gigante sardo un documento oficial que le autorizara a interrogar al propietario; sin embargo, la hurana mi-
rada de Serramanna le disuadio de ello. Llamo al jardinero y le rogo que condujera al jefe de la guardia personal de Ramses ante la duena de la casa.

Vestida con una tunica de lino transparente que no ocul-
taba en absoluto sus abundantes encantos, Tanit estaba de-
sayunando en una sombreada terraza en compania de Uri-
Techup, quien iba completamente desnudo.

-jEI ilustre Serramanna! -exclamo el hitita, visiblemente
alborozado ante esa visita-. ~Le invitamos a compartir
nues-
tra comida, querida?

-Sabeis quien es ese hombre, dama Tanit.

-Si, lo se.

-~e mas precisa.

-Uri-Techup es un principe hitita, hijo del difunto empe-
rador.

-Tambien era general en jefe del ejercito hitita y el bar-
baro mas empenado en destruir Egipto.

-Es un pasado muy lejano -intervino Uri-Techup, zum-
bon-; Ramses y Hattusil firmaron una hermosa paz, el fa-
raon me concedio la libertad y todos vivimos felices. ~No
lo
crees asi, Serramanna?

El sardo advirtio que el cuello de la fenicia mostraba hue-
llas de mordisco.

-Este hitita ha pasado la noche bajo vuestro techo y pa-
rece decidido a vivir aqui... ~Sabeis lo que significa eso,
dama Tanit?

-Naturalmente.

67
-Os obliga a casaros con el, ~no es cierto?, so pena de t
turaros.

-Responde, querida -ordeno Uri-Techup-; dile que eres

una mujer libre, como cualquier otra egipcia, y que tomas sola tus decisiones.

La fenicia se puso virulenta.

-Amo a Uri-Techup y lo he elegido por esposo. Ninguna ley puede oponerse.

-Reflexionad bien, dama Tanit; si reconoceis que ese individuo os maltrata, le detengo inmediatamente y no correreis ya peligro alguno. Lo presentare inmediatamente ante el
tribunal y la sancion no sera leve. Maltratar a una mujer es un crimen.

-jSalid de mi casa!

-Me sorprende -anadio Uri-Techup, ironico-; he creido que recibiamos a un amigo y advierto que somos interrogados por un policia agresivo. ~Tienes un documento oficial que te autorice a entrar en una propiedad privada, Serramanna ?

-Tened cuidado, dama Tanit; os exponeis a graves contratlempos.

-Mi esposa y yo mismo podriamos denunciarlo -anadio el hitita-. jPero por esta vez, pase! Desaparece, Serramanna,
y deja tranquila a una pareja que solo piensa en gozar de su
felicidad.

Uri-Techup beso con ardor a la fenicia. Olvidando la presencia del sardo, ella comenzo a acariciar a su marido sin el
menor pudor.

Los estantes y los armarios del espacho de Ameni amenaza-
ban con derrumbarse bajo el peso de los documentos admi-

nistrativos. El secretario particular del rey nunca habia teni-
do tantos expedientes para tratar al mismo tiempo; como verificaba personalmente cada detalle, ya solo dormia dos horas por noche y, a pesar de las protestas de sus colabora-
dores, habia suprimido las vacaciones durante el trimes-
tre siguiente. Generosas primas habian tranquilizado los es-
piritus.

Ameni se encargaba de las exigencias de Setau referentes a Nubia y rechazaba los argumentos del virrey, partidario del inmovilismo; daba su opinion al visir Pazair, quien des-
confiaba de los especialistas en economia; veia cada dia a Ramses para solicitar mil y una decisiones, tras haber pre-
parado cuidadosamente los datos concretos que el soberano
exigia; y estaba lo demas, todo lo demas, porque Egipto de-
bia seguir siendo un gran pais, una tierra irremplazable a la
que era preciso servir sin pensar en el propio bienestar.

Sin embargo, cuando Serramanna irrumpio en su despa-
cho, el escriba de tez palida y hundidos rasgos se pregunto si sus hombros soportarian una nueva carga.

-~Que pasa ahora?

-Uri-Techup se ha casado, efectivamente, con la fenicia Tanit.

-Tiene suerte. La fortuna de esa dama es abundante.

-jEs una catastrofe, Ameni!

-~Pero por que? Nuestro ex general en jefe languidecera entre ocios y placeres.

-Ya no puedo vigilarle de modo eficaz. Si descubre a mis hombres, presentara denuncia y le daran la razon. Hoy es un hombre libre; oficialmente no tengo nada que repro-

charle, aunque este preparando un golpe bajo.

-~Has hablado con Tanit?

-jLa ha golpeado y amenazado, estoy seguro! Pero ella se ha enamorado de el.

-Y pensar que existen ociosos que tienen tiempo de pensar en el amor. jTranquilizate, Serramanna! Uri-Techup ha hecho, por fin, una conquista, pero esta le apartara para siempre del camino de la guerra.

69

Hattusal, la capital del Imperio hitita, no habia cambiado. Construida en la meseta de Anatolia central, expuesta a abrasadores estios y gelidos inviernos, la ciudad fortificada se componia de una parte baja, cuyo monumento mas notable era el templo del dios de la Tempestad y de la diosa del Sol, y de una parte alta, dominada por el austero palacio del emperador, deseoso de vigilar permanentemente los nueve kilometros de murallas erizadas de torres y almenas.

No sin emocion, Acha contemplo de nuevo Hattusa, petrea encarnacion del poderio militar hitita; ~acaso no habia estado a punto de perder ahi la vida, durante una mision de espionaje especialmente peligrosa que habia precedido a la batalla de Kadesh?

El convoy del jefe de la diplomacia egipcia habia tenido que atravesar aridas estepas y meterse en inhospitos desfiladeros antes de llegar a la capital, rodeada de macizos montanosos cuya presencia era un considerable estorbo para un agresor eventual. Hattusa parecia una fortaleza inexpugnable, edificada sobre pitones rocosos, a costa de increibles proezas tecnicas. jQue lejos estaba de Egipto y de sus ciudades abiertas, calidas y acogedoras!

Cinco puertas fortificadas daban acceso al interior de
Hattusa, dos practicadas en las murallas de la ciudad baja,

1. La actual Bogazkoy, a l50 km al este de Ankara
(Turquia).
tres en las de la ciudad alta. La escolta hitita que
acompana-
ba la embajada egipcia desde hacia un centenar de kilome-
tros la condujo al punto de acceso mas elevado, la puerta
de
las Esfinges.

Antes de cruzarla, Acha celebro el rito hitita. Partio tres
panes, derramo vino sobre la piedra y pronuncio la formu-
la obligatoria: << jQue esta roca sea eterna!>>. El egipcio
advir-
tio la presencia de recipientes llenos de aceite y de miel,
des-
tinados a impedir que los demonios propalaran sus
miasmas
por la ciudad. El emperador Hattusil no habia modificado
las tradiciones.

Esta vez, las fatigas del viaje habian hecho sufrir a Acha.
De joven, detestaba quedarse quieto, amaba el peligro y no
vacilaba en correr riesgos. Al llegar la madurez, salir de
Egipto le resultaba una cruz. Aquella estancia en el extran-
jero le privaba de un placer irremplazable: ver gobernar a
Ramses. Respetando la regla de Maat, el faraon sabia que
<<escuchar es mejor que cualquier cosa>>, de acuerdo
con la
maxima del sabio Ptah-hotep, el autor preferido de Nefer-
tari; permitia que sus ministros se expresaran largo rato,
atento a cada tono, a cada actitud. De pronto, con la rapi-
dez del cocodrilo Sobek ascendiendo desde las profundi-
dades de las aguas para hacer que el sol renaciera, Ramses
decidia. Una sencilla frase, luminosa, evidente, definitiva.
Manejaba el gobernalle con incomparable destreza, pues
era
por si solo el navio del Estado y su piloto. Los dioses que
le habian elegido no se habian equivocado; y los hombres
habian hecho bien obedeciendole.

Dos oficiales, con casco, coraza y botas, condujeron a
Acha hacia la sala de audiencias del emperador Hattusil. El
palacio se levantaba sobre un imponente saliente rocoso,
formado por tres picos; en las almenas de las altas torres
ve-
laban continuamente soldados de elite. El dueno del pais
es-
taba a cubierto de cualquier agresion exterior; por ello los
que aspiraban al poder supremo a menudo habian
preferido
el veneno a un ataque al palacio, sin posibilidad alguna de
tener exito.

Hattusil habria recurrido a el para acabar con Uri-Techup
si Acha, cumpliendo su mision con rara destreza, no hubie-
ra logrado favorecer la fuga del general en jefe,
responsable
de la muerte de su padre, el emperador Muwattali. Uri-Te-
chup, refugiado en Egipto, habia proporcionado a Ramses
utiles informaciones sobre el ejercito hitita.

Una sola entrada permitia el acceso a ala gran
fortaleza>>,
de acuerdo con la apelacion del pueblo, que la
contemplaba
con espanto; cuando la pesada puerta de bronce se cerro a
sus espaldas, Acha tuvo la impresion de estar prisionero. El
mensaje que debia entregar a Hattusil no le incitaba al
opti-

mismo.

Signo alentador, el emperador no le hizo esperar ni un
minuto; Acha fue conducido hasta una sala gelida, con pe-
sados pilares y cuyos muros estaban adornados con trofeos
militares.

Pequeno, enclenque, con los cabellos sujetos por una cin-
ta, el cuello adornado por un collar de plata y con un bra-
zalete de hierro en el codo izquierdo, Hattusil vestia su ha-
bitual tunica larga, roja y negra. Un observador superficial

habria pensado que era bastante insignificante, inofensivo incluso; pero eso habria supuesto ignorar el caracter obstinado y la capacidad de estratega del sacerdote de la diosa del
Sol que, tras un largo conflicto, habia terminado prevaleciendo sobre el temible Uri-Techup. Durante aquella implacable lucha, habia recibido la ayuda de su esposa, la her-
mosa Putuhepa, cuya inteligencia era temida tanto por la casta de los militares como por la de los mercaderes.

Acha se inclino ante los soberanos, sentados en macizos tronos desprovistos de elegancia.

-Que todas las divinidades de Egipto y del Hatti sean favorables a vuestras majestades, y que su reinado sea duradero como el cielo.
-Acha, te conocemos desde hace bastante tiempo como para dispensarte formulas de cortesia; ven a sentarte junto a
nosotros. cComo se encuentra mi hermano Ramses?

-Muy bien, majestad. ~Puedo confesar a la emperatriz que su belleza ilumina este palacio?

Putuhepa sonrio.

-El halago sigue siendo una de las armas del jefe de la diplomacia egipcia.

-Estamos en paz, ya no necesito halagaros; mi declaracion es, sin duda, irrespetuosa, pero sincera.

La emperatriz se ruborizo.

-Si siguen gustandote las mujeres hermosas -concluyo el emperador-, tendre que desconfiar.

-No me ha abandonado mi pronunciada aficion, y no estoy dotado para la fidelidad.

-Sin embargo, salvaste a Ramses de las trampas que el

Hatti le tendia y desmantelaste nuestra red de espionaje.

-No exageremos, majestad; aplique el plan del faraon y el destino me fue favorable.

-jLo pasado pasado esta! Hoy tenemos que construir el

porvenir.

-Esa es la opinion de Ramses: para el lo mas importan- te en estos momentos es el fortalecimiento de la paz con el Hatti. De ella depende la felicidad de nuestros dos pueblos.

-Nos satisface oir estas palabras -intervino Putuhepa.

-Permitidme que insista en la voluntad del faraon -prosi- guio Acha-; para Ramses, el tiempo de los conflictos ha ter- minado y nada debe volver a encenderlos.

Hattusil se ensombrecio.

-~Que oculta esta insistencia?

-Nada, majestad. Vuestro hermano Ramses quiere que conozcais sus pensamientos mas intimos.

-Le agredeceras la confianza que me concede y le diras que estamos en perfecta armonia.
-Nuestros pueblos y sus aliados se alegraran de ello. Si embargo...

El jefe de la diplomacia egipcia poso el menton en sus ma nos unidas, a la altura del pecho, en actitud meditativa.

-~Que ocurre, Acha?

-Egipto es un pais rico, majestad; ~dejara algun dia de se obJeto de la codicia?

-~Quien lo amenaza? -pregunto la emperatriz.

-En Libia ha renacido la agitacion.

-~No es el faraon capaz de aplastar la rebelion?

-Ramses desearia actuar deprisa y utilizar un armamen
to eficaz.

La mirada inquisitiva de Hattusil escruto a Acha.

-~Resulta insuficiente el suyo?

-El faraon desea que su hermano, el emperador del Hatt
le haga llegar gran cantidad de hierro para poder fabricar
a
mas ofensivas y aniquilar la amenaza libia cuanto antes.

Un largo silencio sucedio a la demanda del jefe de la di
plomacia egipcia. Luego, Hattusil se levanto, nervioso, y re
corrio la sala de audiencias.

-jMi hermano me exige una verdadera fortuna! No teng~
hierro; jy si lo tuviera lo guardaria para mi propio ejercito
~Intenta el faraon, que es tan rico, empobrecer y arruinar
e
Hatti? Mis reservas estan vacias y no es un buen moment
para fabricar hierro.

Acha permanecio impasible.

-Comprendo.

-Que mi hermano Ramses se libre de los libios con su
armas habituales; mas tarde, si sigue necesitando hierro, I
mandare una cantidad razonable. Dile que esta peticion
m~
sorprende.

-Se lo comunicare, majestad.

Hattusil volvio a sentarse.

-Vayamos a lo esencial: ~cuando debe salir mi hija del

Hatti para convertirse en la gran esposa real del Ramses?

74
-Bueno... Ia fecha no se ha fijado todavia.

-~No has venido para anunciarmela?

-Una decision tan importante exige reflexion, y...

-Basta de diplomacia-intervino la emperatriz-. ~Acepta
o no Ramses repudiar a Iset la bella y ascender a nuestra
hija
al rango de reina de Egipto?

-La situacion es delicada, majestad. La justicia egipcia no
admite el repudio.

-~Acaso una mujer dictara la ley? -pregunto con seque-
dad Hattusil-. Me importa un comino la tal Iset y sus de-
seos; Ramses solo se caso con ella para sustituir a
Nefertari,
una verdadera reina cuyo papel fue determinante en la
cons-
truccion de la paz. Iset no cuenta. Para sellar
definitivamen-
te nuestra alianza, Ramses debe casarse con una hitita.

-Vuestra hija podria convertirse en esposa secundaria y...

-Sera reina de Egipto o...

Hattusil se interrumpio, como si las palabras que iba a
pronunciar le asustaran.

-~Por que se empena Ramses en rechazar nuestra propo-
sicion? -pregunto la emperatriz en un tono conciliador.

-Porque un faraon no repudia a una gran esposa real.
Contradice la ley de Maat.

-~Es una posicion definitiva?

-Eso temo, majestad.

-~Es consciente Ramses de las consecuencias de su in-
transigencia?

-A Ramses solo le preocupa una cosa: actuar rectamente.

Hattusil se levanto.

-La entrevista ha terminado. Dile esto a mi hermano el faraon: o fija cuanto antes una fecha para su boda con mi hija o sera la guerra.
A Ameni le dolia la espalda, pero nunca tenia tiempo para que le dieran un masaje. Como si su carga de trabajo no fue-
ra aun suficiente, tenia que echar una mano a Kha en la pre-
paracion de la segunda fiesta de regeneracion del rey. Ale-
gando su excelente estado de salud, Ramses deseaba aplazar
el acontecimiento; pero su hijo mayor invocaba la autoridad
de los textos tradicionales.

A Ameni le gustaba el rigor de Kha y hablaba gustosa-
mente con el de literatura; pero las preocupaciones cotidia-
nas abrumaban en exceso al secretario particular y porta-
sandalias oficial del faraon como para que saborease los placeres de una hermosa prosa.

Al finalizar un gran consejo durante el cual Ramses habia lanzado un vasto programa de plantacion de arboles en las provincias del Sur y sermoneado al responsable de la repa-
racion de diques, que se retrasaba con respecto al calenda-
rio previsto, Ameni paseaba con el rey por el jardin de pa-
lacio.

-~Tiene tu majestad noticias de Acha?

-Llego bien a Hattusa.

-Convencer a Hattusil de que renuncie no sera facil.

-~No ha realizado Acha numerosas hazanas?

-Esta vez, su margen de maniobra es bastante escaso.

-~Cuales son esas informaciones demasiado confidenciales para que sean oidas por los miembros del gran consejo?

76

-En primer lugar, Moises; luego, un incidente.

-~ Moises ?

-Esta en mala posicion con sus hebreos. Todo el mundo los teme, se ven obligados a combatir codo con codo para sobrevivir. Si intervinieramos, el problema quedaria resuelto enseguida. Pero se trata de Moises, nuestro amigo de la infancia, y se que dejaras que el destino actue.

-Y si conoces la respuesta, ~por que me haces la pregunta ?

-La policia del desierto sigue vigilando; si los hebreos quisieran regresar a Egipto, ~que decidirias?

-Cuando regresen, ni Moises ni yo mismo estaremos ya en este mundo. ~Y el incidente?

-La carga de olibano que aguardabamos no llegara.

-~Por que razon, Ameni?

-He recibido un largo informe del mercader fenicio que trata con los productores: una violenta tormenta de granizo cayo sobre los arboles, que sufrian ya una enfermedad. Este ano no habra cosecha.

-~Ha sucedido alguna vez una catastrofe semejante?

-He consultado los archivos y puedo responderte afirmativamente. Por fortuna, el fenomeno es raro.

-~Son suficientes nuestras reservas?

-No se impondra restriccion alguna a los templos. He dado la orden a los mercaderes fenicios de que nos entreguen lo antes posible la proxima cosecha, para que podamos
alimentar nuestras reservas.

Raia se sentia jubiloso. El, tan sobrio por lo general, se habia permitido beber, una tras otra, dos copas de cerveza fuerte; la cabeza le daba vueltas, ~pero como no embriagar-
se ante el encadenamiento de pequenos exitos que conducian hacia la victoria final?

El contacto con sus compatriotas sirios habia superado cualquier esperanza. La llama encendida por Raia habia reavivado las desfallecientes energias de los vencidos, los celosos y los envidiosos; a los sirios se les anadian algunos hititas, decepcionados por la politica de Hattusil, a quien consideraban incapaz de intentar de nuevo la conquista de Egipto. Cuando unos y otros se habian entrevistado, en gran secreto, con Uri-Techup en uno de los almacenes de Raia, el entusiasmo habia sido general. Con un jefe de aque-
lla envergadura, el poder estaria algun dia a su alcance.

Y habia tambien nuevas alegrias que Raia comunicaria a Uri-
Techup, cuando este dejara de admirar a las tres nubias desnu-
das que danzaban en honor de los invitados de la nueva pare-
ja de moda en Pi-Ramses, el principe hitita y la dama Tanit.

La dama fenicia vivia, al mismo tiempo, un paraiso y un infierno. El paraiso, porque su amante la colmaba a cualquier hora del dia y de la noche, con un ardor inagotable y una violencia que la hacia delirar de placer; el infierno, por-

que temia ser golpeada por aquel monstruo de
imprevisibles
reacciones. Ella, que habia sabido dirigir su existencia a su
guisa, se habia convertido en una esclava, consentidora y
an-
gustiada a la vez.

El centenar de invitados de Tanit y de Uri-Techup solo te-
nian ojos para las tres jovenes danzarinas. Sus pechos, re-
dondos y firmes, no se agitaban y sus piernas, largas y
delga-
das excitaban a los mas hastiados. Pero aquellas deliciosas
artistas eran intocables; terminada su actuacion,
desaparece-
rian sin hablar con nadie. Y seria necesario aguardar su
pro-
xima aparicion, durante un banquete tan suntuoso como
este,
para apreciar de nuevo un espectaculo de semejante
calidad.

Uri-Techup se aparto de su esposa, que discutia con dos
hombres de negocios dispuestos a firmar cualquier
contrato
para no perderse ni una pizca de la coreografia. El hitita se
apodero de un racimo de uva y se sento en unos almohado-
nes, junto a una columna en la que se habian pintado unos
pampanos. Al otro lado se encontraba Raia. Sin mirarse,
ambos hombres podian hablar en voz baja, mientras la or-
questa tocaba.

-~Que es eso tan urgente, Raia?

-He hablado con un viejo cortesano al que le hago un
buen precio por mis mas hermosos jarrones; el palacio esta
conmovido a causa de un rumor. Intento obtener confirma-
cion desde hace dos dias. El asunto me parece serio.

-~De que se trata?

-Para consolidar la paz, el emperador Hattusil exige que
su hija se case con Ramses.

-Una nueva boda diplomatica... ~Que importa?

-No, no... Hattusil quiere que se convierta en la gran esposa real.

-jUna hitita en el trono de Egipto!

-Exactamente.

- jImpensable!

-Al parecer, Ramses se ha negado a repudiar a Iset la bella y ceder al ultimatum de Hattusil.

-Dicho de otro modo...

-Eso es, senor: juna esperanza de guerra!

-Eso trastorna nuestros planes.

-Es pronto para afirmarlo; a mi entender, es preferible no modificar nada hasta que estemos absolutamente seguros. Al parecer, Acha se encuentra en Hattusa para negociar con
el emperador; todavia tengo muchos amigos alli y pronto estaremos informados del giro que tomen los acontecimien-
tos. Y eso no es todo... Me gustaria que conocierais a un personaje interesante.

-~ Donde esta ?

-Oculto en el jardin. Podriamos...

-Llevalo a mi habitacion y esperame. Pasa por detras de la vina y entra en la casa por la lavanderia. En cuanto el ban-
quete haya terminado, me reunire con vosotros.
Cuando el ultimo invitado se hubo marchado, Tanit se arrojo al cuello de Uri-Techup. Ardia en ella un fuego que solo

su amante sabria extinguir. Con mano casi tierna, el la arras-
tro hacia su alcoba, un nido de amor lleno de muebles lujo-
sos, artisticos ramos e incensarios. Antes de cruzar el um-
bral, la fenicia se arranco la tunica.

Uri-Techup la empujo al interior de la habitacion.

Tanit creyo que era un juego nuevo, pero se inmovilizo
al descubrir a Raia, el mercader sirio, en compania de un
hombre extrano, de rostro cuadrado, cabellos ondulados y
ojos negros en los que brillaba la crueldad y la locura.

-~ Quien... quien sois ? -pregunto.

-Son unos amigos -respondio Uri-Techup.

Aterrorizada, Tanit se apodero de una sabana de lino y
oculto sus generosas formas. Raia no comprendia por que el
hitita metia a la fenicia en la entrevista. El hombre de los
ojos crueles habia permanecido inmovil.

-Quiero que Tanit oiga todo lo que aqui va a decirse -de-
claro Uri-Techup-, y que se convierta en nuestra complice
y aliada. En adelante, su fortuna servira nuestra causa. A la
menor jugarreta por su parte, la suprimiremos, ~estamos de
acuerdo ?

El desconocido asintio con la cabeza, Raia le imito.

-Ya ves, querida mia, no tienes posibilidad alguna de es-
capar de uno de nosotros tres o de quienes nos obedecen.
~Me he explicado bien?

-Si... jOh, si!

-~Tenemos tu apoyo incondicional?

-Te doy mi palabra, Uri-Techup.

-No lo lamentaras.

Con la mano derecha, el hitita rozo los pechos de su es-
posa. Aquel simple gesto hizo desaparecer el panico que se
habia apoderado de Tanit.

El hitita se volvio hacia Raia.

-Presentame a tu invitado.
Tranquilizado, el mercader sirio se expreso con lentitud.
-Hemos tenido suerte, mucha suerte... Nuestra red de es-
pionaje estaba dirigida por un mago libio llamado Ofir. A
pesar de sus poderes excepcionales y de los golpes que
pro-
pino a la familia real, fue detenido y ejecutado. Una grave
perdida para nuestro clan. Pero alguien ha decidido vengar
a Ofir: su hermano, Malfi.

Uri-Techup examino al libio de los pies a la cabeza.

-Loable proyecto... ~Pero de que medios dispone?

-Malfi es el jefe de la tribu mejor armada de Libia. Com-
batir a Egipto es la unica razon de su vida.

-~Aceptara obedecerme sin discutir?

-Se pondra a vuestras ordenes, a condicion de que des-
truyais a Ramses y su imperio.

-Trato hecho. Serviras de intermediario entre nuestro
aliado libio y yo. Que sus hombres se entrenen y esten dis-
puestos a actuar.

-Malfi sabra mostrarse paciente, senor; hace muchos anos
que Libia espera lavar con sangre las afrentas infligidas
por
el faraon.

-Que aguarden mis instrucciones.

El libio desaparecio sin haber dicho una palabra.
Aunque el sol se habia levantado desde hacia mucho tiem-
po, el palacio de Pi-Ramses seguia sumido en un profundo
silencio. Ciertamente, todos se entregaban a sus ocupacio-
nes, pero evitando el menor ruido; desde los cocineros has-
ta las camareras, los empleados se movian como sombras.

La colera de Ramses habia llenado de terror a todo el per-
sonal. Los viejos servidores, que conocian al monarca
desde
su juventud, nunca le habian visto en aquel estado; el
poder
de Set se habia manifestado con la violencia de una
tormen-
ta que dejaba atonitas a sus victimas.

A Ramses le dolian las muelas.

Por primera vez, a sus cincuenta y cinco anos, se sentia
afectado por un sufrimiento fisico. Enfurecido por la me-
diocridad de los cuidados que prodigaban los dentistas de
palacio, les habia ordenado que desaparecieran de su vista.
Salvo Ameni, nadie sabia que otro motivo alimentaba el en-
fado del faraon: Hattusil retenia a Acha en la capital hitita,
con el pretexto de proseguir las negociaciones. ~No se tra-
taba, mas bien, de tomarle como rehen?

Las esperanzas de la corte ya solo descansaban en una
persona: el medico en jefe del reino. Si no conseguia aliviar
al monarca, su humor podia alterarse mas aun.

Pese al dolor, Ramses seguia trabajando con el unico ser
capaz de soportarle en semejantes momentos: el propio
Ameni, que siempre se mostraba igual de grunon y que de-

8~
testaba tambien las zalemas de los cortesanos. Cuando se
trabajaba, no era necesario ser amable; y que el rey fuera
de-
sagradable no impedia tratar los asuntos urgentes.

-Hattusil se burla de Egipto -afirmo el faraon.

-Tal vez busca una puerta de salida -sugirio Ameni-. Tu negativa es una ofensa intolerable, pero sera el emperador del Hatti quien tome la decision de iniciar un nuevo conflicto.

-jEI viejo zorro me echara encima la responsabilidad!

-Acha ha jugado bien la partida; estoy convencido de que Hattusil esta perplejo.

-jTe equivocas! Es un revanchista.

-En cuanto Acha consiga hacerte llegar un mensaje, sabremos la verdad. Gracias al codigo que utiliza, averiguaras
si negocia con plena libertad o si esta prisionero.

-Le retienen contra su voluntad, es evidente.

Llamaron con discrecion a la puerta.

-No quiero ver a nadie -decreto el rey.

-Tal vez sea el medico en jefe -objeto Ameni yendo a abrir.

En el umbral, el gran chambelan se moria de miedo ante la idea de molestar al monarca.

-Ha llegado el medico en jefe -murmuro-; ~acepta su majestad recibirle?

El gran chambelan y Ameni se apartaron para dejar pasar a una joven hermosa como una aurora de primavera, como un loto que florece, como una ola cabrilleando en mitad del Nilo. Con los cabellos casi rubios, un rostro muy puro de tiernas lineas, tenia una mirada directa y ojos de un azul de estio. En su esbelto cuello lucia un collar de lapislazuli; en
sus munecas y tobillos, brazaletes de coralina. Su tunica de lino permitia adivinar unos pechos firmes y altos, unas ca-

deras sin grasa, perfectamente modeladas, y unas piernas largas y finas. Neferet, <<la bella, la perfecta, la cumplida>>...
~De que otro modo podia llamarse? Incluso Ameni, que no

83

habia tenido tiempo para interesarse por las mujeres, criatu-
ras volubles e incapaces de concentrarse durante horas sobre un papiro tecnico, tuvo que admitir que esta podria haber rivalizado en belleza con Nefertari.

-Llegais muy tarde -se lamento Ramses.

-Lo siento, majestad; estaba en provincias, practicando una intervencion quirurgica que espero que haya salvado la
vida a una nina.

-jVuestros colegas son imbeciles e incapaces!

-La medicina es, a la vez, un arte y una ciencia; tal vez les haya faltado destreza.

-Afortunadamente, el anciano doctor Pariamakhu esta jubilado; todos aquellos a quienes ya no cuida tienen posibilidades de salvarse.

-Pero vos sufris.

-jNo tengo tiempo para sufrir, Neferet! Curadme enseguida.

Ameni enrollo el papiro contable que acababa de presentar a Ramses, saludo a Neferet y volvio a su despacho. E] portasandalias del faraon no soportaba los gritos de dolor ni
la vision de la sangre.

-~Consiente vuestra majestad en abrir la boca?

Neferet examino al ilustre paciente. Antes de acceder al

envidiado grado de medico generalista, habia estudiado y
practicado numerosas especialidades, desde la odontologia
a
la cirugia, pasando por la oftalmologia.

-Un dentista competente os aliviara, majestad.

-Sereis vos y nadie mas.

-Puedo proponeros un especialista...

-Vos, y ahora mismo. Vuestro puesto esta en juego.

-Venid conmigo, majestad.

El centro de cuidados de palacio era soleado y ventilado;
en los
blancos muros habia representaciones de plantas
medicinales.
El rey se habia instalado en un confortable sillon, con la
cabeza echada hacia atras; su nuca descansaba en un
almo-
hadon.

-Como anestesia local utilizare uno de los productos fa-
bricados por Setau; no sentireis nada -explico Neferet.

-~Cual es la naturaleza del mal?

-Una caries con complicaciones infecciosas que han pro-
ducido un absceso que voy a drenar. No sera necesario ex-
traer la muela, realizare una obturacion con una mezcla de
resina y de sustancias minerales. Para la otra muela
enferma,
pulverizare un remedio especifico que <<cebara el mal~,
como decimos en nuestra jerga: ocre medicinal, miel, polvo
de cuarcita, fruto cortado del sicomoro, harina de habas,
co-
mino, coloquintida, brionia, goma de acacia y ~sudor>>
del
sauzgatillo son los ingredientes utilizados.

-~Como los habeis elegido?

-Dispongo de tratados de medicina escritos por los sabios
de tiempos antiguos, majestad, y compruebo la
composicion
con mi instrumento favorito.

Entre el pulgar y el indice, Neferet sujetaba un hilo de
lino en cuyo extremo oscilaba un pequeno fragmento de
gra-
nito tallado en rombo; comenzaba a girar muy deprisa
sobre
el remedio apropiado.

-Practicais la radiestesia, como mi padre.

-Y como vos, majestad; ~no encontrasteis acaso agua en
el desierto? Eso no es todo: tras esta pequena operacion,
tendreis que cuidar vuestras encias masticando cada dia
una
pasta a base de brionia, enebro, absenta, fruto del
sicomoro,
incienso y ocre medicinal. En caso de que sintais dolor,
bebereis una decoccion de corteza de saucel; es un
analgesi-
co muy eficaz.

-~Hay otra mala noticia?

-El examen de vuestro pulso y vuestros ojos demuestra

1. De donde procede rluestra moderna aspirirla.

que estais dotado de una excepcional energia que os
permi-
tira sofocar, en cuanto aparezcan, muchas enfermedades;
pero en vuestra vejez sufrircis reumatismo... Y tendreis
que
aceptarlo.

-jEspero morir antes de esta decadencia!

-Encarnais la paz y la felicidad, majestad; Egipto desea que llegueis a edad muy avanzada. Cuidaros es un deber im-
perioso. ~No son ciento diez anos la edad de los sabios? Ptah-hotep aguardo a haberlos alcanzado antes de redactar sus Maximas.

Ramses sonrio.

-Mirandoos y escuchandoos, el dolor desaparece.

-Es el efecto de la anestesia, majestad.

-~Os satisface mi politica de sanidad?

-Pronto redactare mi informe anual. En su conjunto, la situacion es satisfactoria, pero nunca debemos cesar de desarrollar la higiene publica y privada. Gracias a ella, Egipto permanece al margen de epidemias. Vuestro director de la Doble Casa del Oro y la Plata no debe regatear en la compra de productos caros y raros que entran en la composicion
de los remedios. Acabo de saber que no recibiremos la habitual entrega de olibano; y no puedo prescindir de el.

-No os preocupeis, nuestras reservas son abundantes.

-~Estamos dispuestos, majestad?

En Kadesh, frente a miles de hititas desenfrenados, Ramses no habia temblado. Pero cuando vio que se aproximaban
a su boca los instrumentos del dentista, cerro los ojos.

El carro de Ramses corria tan velozmente que a Serramanna le costaba seguirle. Desde que Neferet le habia proporcionado unos cuidados de notable eficacia, el dinamismo del
monarca habia aumentado. Solo Ameni, a pesar de sus dolores dorsales, conseguia adoptar el ritmo de trabajo del so-

berano.
Una carta cifrada de Acha habia tranquilizado a Ramses;
el jefe de su diplomacia no estaba prisionero, pero seguia
en
Hattusa entregado a unas negociaciones de duracion inde-
terminada. Como Ameni habia supuesto, el emperador
hitita
temia lanzarse a una aventura guerrera de incierto final.

Mientras la crecida iba retirandose del Bajo Egipto, al fi-
nal de un mes de septiembre cuya dulce calidez era un
balsa-
mo para el cuerpo, el carro del rey corria a lo largo de un
canal que abastecia algunas aldeas. Nadie, ni siquiera
Ame-
ni, conocia la naturaleza de la urgente mision que Ramses
consideraba oportuno realizar personalmente.

Desde la muerte de Chenar, el hermano mayor del rey, y
de sus complices, era mas facil velar por la seguridad de
Ramses. Pero la libertad de maniobra de Uri-Techup preo-
cupaba al gigante sardo, que deploraba la intrepidez del
mo-
narca, apenas atenuada por la edad.

Ramses se detuvo al pie de un arbol que crecia junto al
canal. Sus hojas lanceoladas eran encantadoras.

-¡Ven a ver, Serramanna! Segun los archivos de la Casa de
Vida, este es el sauce mas viejo de Egipto. De su corteza se
extrae una sustancia antiinflamatoria que me ha aliviado.
Por eso he venido a agradecerselo. Y hare algo mas:
planta-
re con mis propias manos ramas de sauce en Pi-Ramses,
jun-
to a los estanques, y ordenare que se actue del mismo
modo
en todo el pais. Los dioses y la naturaleza nos lo han dado
todo: sepamos hacer fructificar sus tesoros.

<<Ninguna otra tierra -penso el antiguo pirata- podria ha-
ber engendrado un rey como este.>>

Un viento gelido soplaba en la altiplanicie de Anatolia; en
Hattusa, el otono se parecia a veces al invierno. Acha no
po-
dia quejarse de la hospitalidad de Hattusil; la comida era
aceptable, aunque rustica, y las dos jovenes hititas
encarga-
das de distraerle cumplian su tarea con celo y conviccion.

Pero anoraba Egipto. Egipto, y a Ramses. Acha deseaba
envejecer a la sombra del monarca al que habia servido du-
rante toda su vida y por el que habia aceptado, con oculto
en-
tusiasmo, afrontar los peores peligros. El verdadero poder,
que fascinaba al adolescente Acha durante sus estudios en
Menfis, lo detentaba Ramses, y no Moises, como habia
crei-
do durante un corto periodo. Moises luchaba por la aplica-
cion de una verdad revelada y definitiva, Ramses erigia dia
tras dia la verdad de una civilizacion y de un pueblo,
porque
hacia ofrenda de sus actos a Maat, a lo invisible y al
principio
de vida. Como sus predecesores, Ramses sabia que lo
inmo-
vil corria hacia la muerte; se parecia pues a un musico
capaz
de tocar varios instrumentos y crear sin cesar nuevas
melodias
con las mismas notas de eternidad. Ramses no habia hecho
del
poderio legado por los dioses un poder sobre los hombres,
sino un deber de rectitud; y esta fidelidad a Maat no
permitia
a un faraon de Egipto convertirse en un tirano. Su funcion
no
consistia en someter a los hombres sino en liberarlos de si
mismos. Ver a Ramses reinando era contemplar a un
tallador
de piedra cuando moldeaba el rostro de una divinidad.

Vestido con un manto de lana roja y negra, parecido al

que habia llevado su difunto hermano, Hattusil entro en los aposentos que le habian asignado al jefe de la diplomacia egipcia.

-~Estas satisfecho de mi acogida, Acha?

-Con mucho menos lo estaria, majestad.

-~No te afecta este frio precoz?

-Mentiria si afirmase lo contrario; hace tan buen tiempo en las orillas del Nilo ahora.

-Cada pais tiene sus ventajas... ~No te gusta ya el Hatti?

-Cuanto mas envejezco, majestad, mas casero me vuelvo.

-Tengo una buena noticia: mi reflexion ha terminado. Manana mismo podras ponerte en camino hacia Egipto. Pero tambien tengo que comunicarte una mala noticia: no transigire y mis exigencias no han variado. Mi hija debe convertirse en la gran esposa real de Ramses.

-~Y si el faron persiste en su negativa?

Hattusil volvio la espalda al egipcio.

-Ayer convoque a mis generales y les ordene que pre-
pararan nuestras tropas para el combate. Puesto que mi her-
mano el faraon me pidio hierro, he hecho fabricar para el un
arma unica.

El emperador se volvio y saco del bolsillo interior de su manto una daga de hierro que entrego a Acha.

-Una maravilla, ~no es cierto? A pesar de ser tan ligera y manejable, es capaz de traspasar cualquier escudo. He mos-
trado la daga a mis generales y les he prometido que yo mis-

mo la recuperaria del cadaver de mi hermano Ramses si re-
chaza mis condiciones.

El sol se ponia sobre el templo de Set, el edificio mas extra-
no de Pi-Ramses. El santuario donde residia el senor de las
perturbaciones cosmicas habia sido erigido en el emplaza-
miento de la capital de los hicsos, aquellos odiados ocupan-

tes a los que habian expulsado los primeros reyes de la de-
cimoctava dinastia. Ramses habia transformado aquel lugar
nefasto en polo de energia positiva; se habia enfrentado a Set
y se habia apropiado de su poder.

Aqui, en un dominio prohibido donde solo el hijo de Seti
osaba penetrar, el faraon obtenia la fuerza necesaria para li-
brar el proximo combate.

Cuando Ramses salio del templo, Merenptah, su hijo me-
nor, se acerco a el.

-He realizado mi tarea, padre.

-Has trabajado deprisa...

-Ningun cuartel de Pi-Ramses y de Menfis ha escapado a
mis investigaciones.

-iNo concedes credito alguno a los informes de los ofi-
ciales superiores?

-Bueno. . .

-Habla con franqueza.

-Ninguno, majestad.

-~Por que razon, Merenptah?

-Los he observado. Son gente acomodada, confian tanto en la paz que has instaurado que olvidan realizar maniobras
serias. Seguro de su fuerza, orgulloso de sus victorias pasa-
das, nuestro ejercito se adormece.

-~Cual es el estado de nuestro armamento?

-La cantidad es suficiente, pero la calidad a menudo es dudosa. Los herreros trabajan despacio desde hace muchos anos, numerosos carros necesitan profundas revisiones.

-Encargate de eso.

-Puedo herir susceptibilidades.

-Cuando la suerte de Egipto esta en juego, carece de im-
portancia. Comportate como un verdadero general en jefe. Jubila a los oficiales incapaces, nombra a hombres seguros para los puestos de responsabilidad, devuelve a nuestro ejer-
cito el armamento que necesita. No comparezcas ante mi hasta haber cumplido tu mision.
Merenptah se inclino ante el faraon y regreso al cuartel general.

Un padre deberia hablar de otro modo a su hijo: pero Ramses era el senor de las Dos Tierras y Merenptah, su po-
sible sucesor.

Iset la bella habia perdido el sueno; sin embargo, conocia la
felicidad: ver a Ramses cada dia, hacerse confidencias con el,
estar a su lado en los rituales y las ceremonias oficiales... Y sus dos hijos, Kha y Merenptah, hacian una brillante carrera.

Pero Iset la bella estaba cada vez mas triste y mas sola, como si aquel exceso de felicidad la corroyese y la privara de sus fuerzas. Habia averiguado la causa de sus noches en

blanco: Nefertari habia sido artesana de la paz, mientras que
ella, Iset, se convertia en sinonimo de conflicto. Al igual que
Helena habia sido el origen de la terrible guerra de Troya, Iset seria, ante los ojos del pueblo, la que iba a provocar un nuevo enfrentamiento entre Egipto y el Hatti.

Bajo el impulso de Merenptah, cuya autoridad no discutian los oficiales superiores, Pi-Ramses sufria un acceso de fiebre militar. El entrenamiento intensivo y la produccion de armas se habia reanudado.

-~Cuando podre maquillaros, majestad? -pregunto la peluquera de la reina.

-~Se ha levantado el rey?

-jHace ya mucho rato!

-~Almorzamos juntos?

-Ha avisado a vuestro mayordomo de que trabajaria durante todo el dia con el visir y los jefes de las fortalezas de Canaan, llamados urgentemente a Pi-Ramses.

-Haz que preparen mi silla de manos.

-;Majestad! Apenas estais peinada, no os he puesto la peluca, no os he maquillado...

-Apresurate. Iset la bella era un peso muy leve para los doce robustos
mocetones que llevaban a la reina del palacio al despacho de
Ameni. Como la gran esposa real les habia pedido que se apresuraran, gozarian de una prima y un descanso suplementario.

La reina penetro en una verdadera colmena. La veintena de escribas que componian el restringido equipo de Ameni trataba un considerable numero de asuntos y no tenia ni un

segundo que consagrar a la chachara. Era preciso leer, resu-
mir para el secretario particular del rey, seleccionar y archi-
var, sin retrasarse en absoluto.

Iset cruzo la sala de las columnas; algunos funcionarios ni siquiera levantaron los ojos. Cuando penetro en el despacho
de Ameni, este masticaba una rebanada de pan untada con grasa de oca y redactaba una carta en la que reganaba a un
supervisor de los graneros.

Sorprendido, el portasandalias de Ramses se levanto.

-Majestad...

-Sentaos, Ameni. Tengo que hablaros.

La reina cerro la puerta de madera del despacho y corrio el cerrojo. El escriba se sentia incomodo; habia admirado a Nefertari tanto como detestaba a Iset, con la que habia cho-
cado ya. Contra su costumbre, su aspecto no la favorecia: su
mirada apagada y su rostro cansado no podian embellecerse
con ningun artificio de maquillaje.

-Vuestra ayuda me es indispensable, Ameni.

-Majestad, no veo...

-Dejad de haceros el astuto conmigo. No ignoro que la corte se sentiria aliviada si el faraon me repudiase.

- j Maj estad !

-Asi es, y nada puedo hacer para cambiarlo. Decidme vos, que lo sabeis todo, que piensa el pueblo.

-Es bastante delicado...

-Quiero conocer la verdad...
-Sois la gran esposa real, ninguna critica debe alcanzaros.

-La verdad, Ameni.

El escriba bajo los ojos, como si se concentrara en su pa-
piro.

-Hay que comprender al pueblo, majestad; esta acostum-
brado a la paz.

-El pueblo amaba a Nefertari pero a mi no me aprecia
mucho: esa es la verdad que quereis ocultarme.

-Son las circunstancias, majestad.

-Hablad con Ramses, decidle que soy consciente de la
gravedad de la situacion y que estoy dispuesta a sacrificar-
me para evitar un conflicto.

-Ramses ha tomado ya su decision.

-Insistid ante el, Ameni, os lo ruego.

El secretario particular del rey se quedo convencido de la
sinceridad de Iset la bella. Por primera vez le parecio digna
de ser reina de Egipto.

93
-~Por que demoras tu partida? -pregunto el emperador
Hattusil a Acha.

-Porque todavia espero haceros cambiar vuestra decision.

Envuelto en su manto de lana roja y negra, tocado con un
gorro, el senor del Hatti temia las gelidas borrascas que
ba-
rrian las murallas de su capital. A pesar de la proteccion
que
le ofrecia su gran capa, el jefe de la diplomacia egipcia sen-

tia los mordiscos del frio.

-Imposible, Acl1a.

-~Iniciarcis una inutil guerra a causa de una mujer? Troya nos sirvio de cjemplo. ~Por que esclavizarnos a una locura mortifera? Las reinas deben dar la vida, no la muerte.

-Tus argumentos son excelentes... ¡Pero tan egipcios! El Hatti no me perdonaria que quedara en ridiculo. Si retrocedo ante Ramses, mi trono vacila.

-Nadie os amcnaza.

-Si mi comportamiento humilla al ejercito hitita, no vivire mucho tiempo. Somos un pueblo guerrero, Acha; el tirano que mc sustituyera seria peor que yo, no lo dudes.

-Ramses quiere que vuestro reinado sea duradero, majestad.

-~Pucdo creerte?

-C)s doy mi palabra por lo que me es mas querido: la vida de Ramses.

Ambos hombres dieron unos pasos por el camino de ronda que dominaba la capital, erizada de torres de vigia. El ejercito estaba presente en todas partes.

-~No estais fatigado de guerrear, majestad?

-Los soldados me aburren. Pero sin ellos el Hatti desapareceria.

-A Egipto no le gusta el combate; prefiere el amor y la construccion de templos. ,~Acaso la batalla de Kadesh no pertenece al pasado?

-No me obligues a decir que me hubiera gustado nacer egipcio, Acha.

-Cualquier nuevo conflicto entre Egipto y el Hatti seria un desastre que debilitaria nuestros dos paises en beneficio
de Asiria. Aceptad que vuestra hija se convierta en esposa diplomatica de Ramses y que Iset la bella siga siendo gran esposa real.

-No puedo retroceder, Acha.

El ministro de Asuntos Exteriores de Ramses el Grande contemplo la ciudad baja, cuyo corazon era el templo del dios de la Tormenta y de la diosa del Sol.

-Los hombres son animales perversos y peligrosos -estimo-; acabaran mancillando la tierra y aniquilando su propia
raza. Cuando estan encerrados en un proceso de destruccion que ellos mismos han creado, ningun argumento puede apartarlos de el. tPor que se obstinan en correr hacia su propia perdicion?

-Porque los humanos se alejan cada vez mas de los dioses -respondio Hattusil-. Cuando todos los vinculos se hayan cortado, ya solo quedaran fanaticos manipulados por ti-
ranos que reinaran sobre un inmenso pueblo de hormigas.

-Es curioso, majestad... Me obligais a reconocer que me he pasado la vida luchando por Maat, por la armonia entre el cielo y la tierra, como si todo lo demas hubiera sido solo futilidad.

-~Habrias sido, de lo contrario, el amigo de Ramses?

El viento se hizo mas violento, el frio aumento.
-Sera mejor regresar, Acha.

-Es tan estupido, majestad.

-Eso pienso yo tambien, pero ni tu ni yo podemos hacer nada. Deseemos que las divinidades del Hatti y de Egipto sean testigos de nuestra buena fe y hagan un milagro.

En el muelle del puerto fluvial de Pi-Ramses se agitaba una excitada muchedumbre. Aquel mismo dia, varios barcos procedentes de Menfis, de Tebas y de otras ciudades del Sur
habian descargado sus mercancias. El mercado local, muy ordinario por lo comun, habia tomado una dimension sin precedentes. Los arrendadores de los mejores puestos, entre
ellos muchas mujeres que dominaban el arte del comercio, estaban decididos a hacer sustanciosos beneficios.

Cogidos de la mano, Uri-Techup y Tanit paseaban entre los ociosos, echando una mirada a las telas, a las sandalias, a
las arquillas de maderas preciosas y a otras maravillas. Todo
Pi-Ramses habia acudido a la cita, y la hermosa fenicia se obligaba a sonreir a sus innumerables conocidas, seducidas por la virilidad del principe hitita.

No sin profunda satisfaccion, este habia advertido que los esbirros de Serramanna no le seguian ya. Acosar a un ciudadano honesto era delito, Uri-Techup no habria dejado de presentar denuncia.

-~Puedo... comprar? -imploro la fenicia.

-Vamos, querida, eres libre por completo.

Tanit se lanzo a un frenesi de adquisiciones que calmaron su nerviosismo. De puesto en puesto, la pareja se encontro ante el de Raia. El mercader sirio ofrecia copas de estano, ja-
rros de alabastro de esbeltas formas y redomas para perfumes, de vidrio coloreado, que las elegantes se arrebataban. Mientras Tanit discutia acerbamente los precios con uno de
los ayudantes de Raia, este se acerco a Uri-Techup.

-Excelentes noticias de Hattusa; las negociaciones enta-

bladas con Acha han fracasado. El emperador no quiere re-
nunciar a sus exigencias.

-~Se han roto definitivamente las conversaciones?

-Acha regresa a Egipto. La respuesta de Hattusil a Ram-
ses es una daga de hierro que el emperador ha prometido
re-
cuperar del cadaver del faraon tras haberlo vencido.

Uri-Techup permanecio silencioso largo rato.

-Esta noche ven tu mismo a entregar los objetos que mi
mujer te haya comprado.

El robusto Setau se maravillaba cada dia mas.

~Como lo hacia Loto, su hermosa esposa nubia, para no
envejecer? Puesto que no utilizaba unguentos ni pomadas,
solo la hechiceria mantenia intacto un poder de seduccion
que su marido era incapaz de resistir. Con ella, el amor era
un juego delicioso, de inagotables fantasias.

Setau beso los pechos de Loto.

De pronto, ella se crispo.

-~No has oido un ruido?

-Tu corazon, que palpita algo mas fuerte...

El ardor de Setau inflamo a Loto, que ya solo penso en el
placer embriagador y compartido.

La inesperada visitante se inmovilizo. Cuando se habia in-
troducido en el laboratorio, esperaba que la pareja estuvie-
se ausente. Pero cuando se encontraban en Pi-Ramses,
Setau
y Loto no se alejaban facilmente de los recipientes que con-
tenian el veneno de la cobra real, de la cobra negra, de la
vi-

bora escupidora o de la vibora cornuda. De acuerdo con la medico en jefe del reino, proseguian sus investigaciones, con la esperanza de poner a punto nuevos remedios o mejorar los antiguos. Los banquetes y las mundanidades les abu- rrian; ~como preferir interminables horas de vacia conversa-

cion al estudio de esas sustancias que provocaban la muerte pero que a la vez podian salvar vidas?

Suspiros y jadeos tranquilizaron a la intrusa; ambos aman- tes estaban demasiado ocupados para percibir su presencia.
A ella le tocaba no cometer torpeza alguna y apoderarse de un frasco de veneno en el mas perfecto silencio. ~Pero cual elegir? Inutil pregunta. En bruto, y antes del tratamiento, sus efectos eran temibles.

Un paso, luego otro, luego un tercero... Los pies desnu- dos se deslizaban por las losas. Un metro mas y la intrusa se hallaria en el corazon de aquel dominio prohibido.

De pronto se irguio una forma.

Aterrorizada, la mujer se quedo inmovil. En la penumbra identifico una cobra real que se balanceaba hacia delante y hacia atras. El miedo fue tan intenso que la ladrona ni si- quiera logro gritar. Su instinto le ordeno retroceder, con ex- tremada lentitud, en un movimiento imperceptible.

Tuvo la impresion de que su huida duraba horas. Cuan- do estuvo fuera de su vista, la cobra guardiana volvio a dor- mirse.

Ameni volvio a contar los papiros: cuarenta y dos, uno por

provincia. Los resultados variarian en funcion del numero de canales y estanques. Gracias al gran lago construido por los faraones del Imperio Medio, el Fayyum, ya bien provis-to de numerosas especies de arboles, mejoraria. De acuerdo
con las ordenes de Ramses, se plantarian sauces en todo Egipto y los laboratorios de los templos extraerian de su corteza la sustancia analgesica, ampliamente puesta a dispo-
sicion de los medicos.

Aquel trabajo suplementario habia provocado en Ameni un acceso de furor que sus subordinados habian pagado, pero las directrices del faraon no se discutian. A fin de cuen-
tas, el portasandalias del rey no debia preocuparse de los preparativos para la guerra. Afortunadamente, Merenptah se
encargaba muy bien de la tarea.

Con los brazos cargados de papiros, Ameni cerro el paso al monarca, que se dirigia al templo de Amon para celebrar alli los ritos vespertinos.

-~Tiene tu majestad un instante que concederme?

-Solo si es un asunto urgente.

-Bueno, no insisto...

-Tu maniobra no es improvisada: ~que te preocupa?

-Iset la bella fue a consultarme.

-~Se interesa por los asuntos del Estado?

-No quiere ser la causa de un conflicto con el Hatti.
Debo reconocer que su sinceridad me ha conmovido.

-Si el encanto de Iset actua sobre ti, ~no estara en peligro el reino?

-En serio, majestad; la gran esposa real teme realmente ser el origen de una nueva guerra.

-El problema esta solucionado, Ameni. Si cedemos una sola pulgada de terreno a los hititas, los combates que hemos librado habran resultado inutiles. Repudiar a una gran esposa real seria abrir la puerta a la barbarie. Iset no tiene responsabilidad alguna en este drama. El unico culpable es Hattusil.

99

Una lluvia glacial caia sobre Hattusa; el convoy del jefe de la diplomacia egipcia estaba listo para partir. Elegante y re-
finada con su larga tunica a franjas, indiferente al frio, la em-
peratriz fue a saludar a Acha.

-El emperador esta en la cama -revelo.

-Nada grave, espero.

-Un poco de fiebre que desaparecera enseguida.

-Deseadle una rapida recuperacion, majestad.

-El fracaso de la negociacion me ha dejado desolada -reconocio Putuhepa.

-A mi tambien, majestad.

-~Y si Ramses acabara cediendo?

-No nos hagamos ilusiones.

-Nunca os habia visto tan pesimista, Acha.

-Solo nos quedan dos esperanzas: un milagro y... vos misma. ~No podriais atenuar la intransigencia de vuestro es-
poso ?

-Hasta el momento, he fracasado... Pero proseguire.

-Majestad, querria deciros... No, no tiene importancia.
-Os escucho.

-Realmente no tiene importancia.

~Como podia Acha confesar a la emperatriz del Hatti que, de entre todas las mujeres que habia conocido, ella era
la unica con la que se hubiera casado de buena gana? Habria
sido de un mal gusto imperdonable.
Acha miro a Putuhepa con intensidad, como si quisiera grabar en su interior el recuerdo de un rostro inaccesible. Luego se inclino.

-No os marcheis triste, Acha; hare lo que pueda para evitar lo peor.

-Yo tambien, majestad.

Cuando el convoy se puso en marcha hacia el sur, Acha no se volvio.

Setau se sentia maravillosamente. Salio de la alcoba sin des-
pertar a Loto, cuyo cuerpo desnudo, tan conmovedor, no dejaba de suscitar su deseo. Vacilo unos instantes, luego se dirigio a su laboratorio. El veneno de la vibora cornuda, recogido la noche anterior, debia ser tratado aquel dia; su tra-
bajo de administrador de una provincia nubia no habia hecho olvidar al encantador de serpientes las reglas del oficio.

Una joven sierva que llevaba una bandeja con fruta se quedo petrificada. Asustada por el brutal aspecto de Setau, no se atrevio a huir; ~no era aquel hombre el mago que em-
punaba las serpientes venenosas sin temor a que le mordieran?

-Tengo hambre, pequena; vete a buscar pescado seco, leche y pan fresco.

Temblando, la sierva obedecio. Setau salio al jardin y se tendio en la hierba para impregnarse mejor del sabor de la tierra. Comio con apetito y, luego, tarareando un estribillo reservado a oidos avisados, regreso al ala del palacio destinada a las experimentaciones.

Le faltaba su ropa habitual, su tunica de piel de antilope, saturada de antidotos contra las mordeduras de las serpientes. Aquellos productos tenian que ser utilizados con cuidado, pues el remedio podia resultar peor que la enfermedad. Gracias a aquella farmacia ambulante, Setau era capaz de combatir numerosas enfermedades.
Antes de tomar a Loto en sus brazos, habia dejado su tunica en una silla baja. No, se equivocaba... habia sido en la otra habitacion. Setau registro la antecamara, una pequena sala columnada, la sala de aseo, los lugares excusados.

En balde.

Solo le quedaba buscar en la alcoba. Si, claro... Alli habia dejado su preciosa tunica.

Loto desperto; Setau la beso con ternura en los pechos.

-Dime, querida... ~donde has puesto mi tunica?

-Nunca la toco.

Nervioso, Setau registro la habitacion, sin resultado.

-Ha desaparecido -concluyo.

Serramanna esperaba que, esta vez, Ramses le llevara consigo para enfrentarse con los hititas. Desde hacia muchos anos, el antiguo pirata sentia deseos de rebanar el gaznate a

los barbaros de Anatolia y cortar las manos de los vencidos,
para contarlos. Cuando el rey libro la batalla de Kadesh, el gigante sardo habia recibido la orden de permanecer en Pi-Ramses y encargarse de la seguridad de la familia real; des-
de entonces, habia formado hombres capaces de asumir esa
tarea y hoy solo sonaba con destripar al enemigo.

La irrupcion de Setau en el cuartel donde se entrenaba el sardo no dejo de soprenderle; los dos hombres no siempre se habian llevado bien, pero habian aprendido a apreciarse y se sabian unidos por un punto comun: la fidelidad a Ramses.

El antiguo pirata dejo de golpear el muneco de madera que destrozaba a punetazos.

-~Algun problema, Setau?

-Me han robado mi bien mas precioso: mi tunica medi-cinal .

-~Sospechas de alguien?

-Un medico celoso, por fuerza; jy ni siquiera sabra utili-zarla!
-~Puedes ser mas concreto?

-Lamentablemente, no.

-Alguien ha querido hacerte una jugarreta, porque de-sempenas un papel demasiado importante en Nubia. En la corte no te aprecian mucho.

-Hay que registrar el palacio, las mansiones de los nobles, los talleres, las...

-jCalma, calma, Setau! Voy a asignar dos hombres al caso, pero estamos en periodo de movilizacion general y tu tunica no puede ser prioritaria.

-~Sabes a cuanta gente ha salvado ya?

-Soy consciente de ello, pero sera mejor que te procures otra.

-Decirlo es facil. Me habia acostumbrado a esta.

-jVamos, Setau! No me vengas con historias y vayamos a tomar una copa. Luego iremos juntos a casa del mejor curtidor de la ciudad. Despues de todo, hay que cambiar de piel un dia u otro.

-Quiero conocer al autor del robo.

Ramses leyo el ultimo informe de Merenptah, claro y conciso. Su hijo menor daba pruebas de gran lucidez. Cuando Acha regresara del Hatti, el faraon iniciaria las ultimas negociaciones con Hattusil. Pero el emperador no se enganaria y, como el rey de Egipto, aprovecharia ese periodo para preparar su ejercito para el combate.

Las tropas de elite egipcias estaban en mejores condiciones de lo que Ramses habia supuesto; seria facil enrolar mercenarios aguerridos y acelerar la preparacion de los jovenes reclutas. En cuanto al armamento, pronto estaria al completo gracias a la intensiva produccion de los armeros. Los oficiales nombrados por Merenptah, con el aval de Ramses, encuadrarian a unos soldados capaces de enfrentarse victoriosamente con los hititas.

I03

Cuando Ramses se pusiera a la cabeza de su ejercito para dirigirse al norte, la seguridad del triunfo inflamaria el corazon de sus regimientos.

Hattusil hacia mal renunciando a la paz; Egipto no solo lucharia con ardor por su supervivencia, sino que tomaria la iniciativa para sorprender a los guerreros de Anatolia. Esta

vez, Ramses conquistaria la fortaleza de Kadesh.

Sin embargo, una insolita ansiedad oprimia el corazon del rey, como si dudara de la conducta que debia seguir; pues-to que Nefertari no estaba ya a su lado para iluminar el ca-mino, el monarca debia consultar a una divinidad.

Ramses ordeno a Serramanna que preparara una embar-cacion rapida para dirigirse a Hermopolisl, en el Medio Egipto. Mientras el soberano cruzaba la pasarela, Iset la be-
lla le dirigio una suplica.

-~ Puedo ir contigo ?

-No, necesito estar solo.

-~Tienes noticias de Acha?

-Pronto estara de regreso.

-Ya conoces mis sentimientos, majestad; dame una orden y obedecere. La felicidad de Egipto cuenta mas que la mia.

-Te lo agradezco, Iset; pero esta felicidad desapareceria si Egipto doblara el espinazo ante la injusticia.

La vela blanca se alejo hacia el sur.

Al borde del desierto, cerca de la necropolis donde habian sido inhumados los grandes sacerdotes del dios Thot, crecia
una inmensa palmera duma, mucho mas alta que sus seme-jantes. Segun la leyenda, Thot, el corazon de la luz divina y

1. La ciudad de Khemenu, <<la ciudad de los ocho (dioses creadores)~ fue
llamada por los griegos Hermopolis, <<la ciudad de Hermes>~, ya que Hermes
era el nombre griego de Thot, que reinaba sobre el lugar, el actual Ash-
munein.

el senor de la lengua sagrada, se aparecia aqui a los fieles que
habian preservado su boca de palabras inutiles. Ramses sabia
que el dios de los escribas era un fresco manantial para el si-
lencioso, manantial que permanecia seco para el charlatan. El
rey medito un dia y una noche al pie de la palmera duma,
para apaciguar el tumultuoso flujo de sus pensamientos.

Al alba, un potente grito saludo el nacimiento del sol.

A menos de tres metros de Ramses se hallaba un mono
colosal, un quinocefalo de agresivas mandibulas. El faraon
aguanto su mirada.

-Abreme el camino, Thot, tu que conoces los misterios
del cielo y de la tierra. Revelaste la Regla a los dioses y los
hombres, modelaste las palabras de poder. Hazme seguir el
justo camino, el que sea util a Egipto.

El quinocefalo se irguio sobre sus patas traseras. Mas alto
que Ramses, levanto sus patas delanteras al sol, en signo de
adoracion. El rey imito su gesto, el, cuyos ojos soportaban
la luz sin ser abrasado.

La voz de Thot broto del cielo, de la palmera duma y de
la garganta del babuino; el faraon la recogio en su corazon.
La lluvia caia desde hacia varios dias y la niebla demoraba
la marcha del convoy del jefe de la diplomacia egipcia. Acha
admiraba los asnos que, a pesar de soportar cargas de seten-
ta kilos, avanzaban con paso seguro, indiferentes al mal
tiempo. Egipto veia en ellos una de las encarnaciones del
dios Set, de inagotable potencia; sin los asnos, no habia
prosperidad.

Acha estaba impaciente por abandonar Siria del Norte, atravesar Fenicia y entrar en los protectorados egipcios. Por
lo general, los viajes le divertian; pero este parecia un fardo
que a duras penas levantaba. Los paisajes le aburrian, las montanas le incomodaban, los rios arrastraban negras ideas.

El responsable militar del convoy era un veterano que habia pertenecido al ejercito de salvamento que acudio a ayudar a Ramses cuando combatia solo contra los hititas, en Kadesh. El hombre conocia bien a Acha y sentia estima por el; sus hazanas de agente secreto y su conocimiento del terreno obligaban al respeto. El ministro de Asuntos Exteriores tenia tambien fama de ser un personaje amable, de brillante conversacion; pero desde la partida estaba taciturno y
triste.

Aprovechando un alto en un aprisco donde animales y hombres se calentaron, el veterano se sento junto a Acha.

-~Os sentis mal?

-Solo fatigado.
-Las noticias no son alentadoras, ~no es cierto?

-Podrian ser mejores pero, mientras Ramses siga gobernando, la situacion nunca sera desesperada.

-Yo conozco bien a los hititas: son brutales y conquistadores. Algunos anos de tregua les han vuelto mas vengativos todavia.

-Os equivocais; tal vez nuestro mundo se desgarre a causa de una mujer. Es cierto que es distinta a todas las demas,
puesto que se trata de la gran esposa real. Ramses tiene ra-
zon: no hay que hacer concesion alguna cuando los valores

fundamentales de nuestra civilizacion estan en juego.

-jHe aqui un lenguaje poco diplomatico!

-La edad de la jubilacion se aproxima. Me habia prometido dimitir cuando los viajes me parecieran agotadores y aburridos; ese dia ya ha llegado.

-El rey no querra separarse de vos.

-Soy tan testarudo como el e intentare tener exito en esa negociacion; encontrarme un sucesor sera mas facil de lo que imagina. Los <~hijos reales~ no son todos simples corte-
sanos, algunos estan considerados incluso excelentes servidores de Egipto. En mi oficio, cuando la curiosidad se apaga, hay que saber detenerse. El mundo exterior no me interesa ya, ahora solo deseo sentarme a la sombra de las palmeras y ver correr el Nilo.

-~No sera un simple momento de cansancio? -pregunto el veterano.

-En absoluto. Mi decision es irrevocable.

-Para mi tambien sera el ultimo viaje. jTranquilidad por fin!

-~ Donde vivis ?

-En una aldea, cerca de Karnak; mi madre es muy mayor ya, sere feliz ayudandole a tener una vejez tranquila.

-~Estais casado?

-No he tenido tiempo.

-Yo tampoco-dijo Acha, sonador.
-Todavia sois joven.

-Prefiero aguardar a que la edad apague mi pasion por

las mujeres; hasta entonces, asumire valerosamente esta de-
bilidad. Esperemos que el tribunal del gran dios me lo perdone.

El veterano encendio una hoguera con silex y lena seca.

-Tenemos excelente carne seca y un vino aceptable.

-Me limitare a una copa de vino.

-~Perdeis el apetito?

-Cierto numero de apetitos me han abandonado ya. Tal vez sea el comienzo de la sabiduria.

La lluvia habia cesado por fin.

-Podriamos ponernos en marcha.

-Hombres y animales estan cansados -objeto el veterano-; cuando hayan descansado, avanzaran mas deprisa.

-Voy a dormir un poco -afirmo Acha, consciente de que no conseguiria conciliar el sueno.

El convoy atraveso un encinar que dominaba una abrupta pendiente sembrada de agrietados bloques. Por el estrecho sendero solo se podia avanzar en fila india. El cambiante cielo estaba cubierto de cohortes de nubes.

Una extrana sensacion obsesionaba a Acha. Intentaba en vano apartarla, sonando con las riberas del Nilo, con el sombreado jardin de la mansion de Pi-Ramses donde viviria apacibles dias, con los perros, los monos y los gatos, a los que, por fin, podria dedicarles su tiempo.

Su mano diestra se poso en la daga de hierro que le habia entregado Hattusil para sembrar la inquietud en el espiritu de Ramses. Inquietar a Ramses... jQue poco conocia Hattusil al faraon! Nunca cederia a la amenaza. Acha sintio de-

seos de arrojar el arma al arroyo que corria por debajo, pero
sabia que esa daga no iba a iniciar las hostilidades.

Durante algun tiempo, Acha habia pensado que seria bueno unificar las costumbres y abolir las diferencias entre pueblos; sin embargo, ahora estaba convencido de lo contrario. De la uniformidad nacerian monstruos, Estados sin genio alguno, sometidos a poderes tentaculares, y aprovechados que defenderian la causa del hombre para ahogarle mejor y hacerle pasar por el aro.

Solo alguien como Ramses era capaz de apartar a la humanidad de su natural tendencia, la estupidez y la pereza, y
conducirla hacia los dioses. Y si la vida no ofrecia ya un solo
Ramses a la especie humana, esta desapareceria en el caos y
la sangre de los combates fratricidas.

¡Que bueno era confiar en Ramses para las decisiones vitales! El faraon, en cambio, no tenia mas guia que lo invisible y el mas alla. Solo frente a lo divino, en el naos del templo, lo estaba tambien frente a su pueblo, al que debia servir
sin pensar en su propia gloria. Y, desde hacia milenios, la institucion faraonica habia superado los obstaculos y atravesado las crisis porque no era solo de este mundo.

Cuando hubiera abandonado su equipaje de ministro itinerante, Acha reuniria los antiguos textos sobre la doble naturaleza del faraon, celeste y terrenal, y ofreceria la coleccion a Ramses. Hablarian de ellos durante dulces veladas,
bajo un emparrado o a orillas de un estanque cubierto de lotos .

Acha habia tenido suerte, mucha suerte. Ser amigo de Ramses el Grande, haberle ayudado a desactivar las conjuras y rechazar el peligro hitita... ~Podia desear algo mas

exaltante? Cien veces habia perdido Acha la esperanza en el
futuro, a causa de la bajeza, la traicion y la mediocridad;
pero cien veces la presencia de Ramses habia hecho brillar
de nuevo el sol.

Un arbol muerto, de gran tamano, ancho tronco y visi-
bles raices, parecia, sin embargo, indestructible.

Acha sonrio. ~No era ese arbol muerto fuente de vida?
Los pajaros se encontraban en el refugio, los insectos se ali-
mentaban de el. Simbolizaba, por si solo, el misterio de las
relaciones invisibles entre los seres vivos. ~Que eran los fa-
raones sino arboles inmensos que llegaban al cielo, que ofre-
cian alimento y proteccion a todo un pueblo? Ramses no
moriria nunca porque su funcion le habia obligado a cruzar,
en vida, las puertas del mas alla; y solo el conocimiento de
lo sobrenatural permitia a un monarca orientar correcta-
mente lo cotidiano.

Acha no habia frecuentado en exceso los templos, pero
habia tratado a Ramses y, por osmosis, se habia iniciado en
ciertos secretos cuyo guardian y depositario era el faraon.
Tal vez el ministro de Ramses se cansaba ya de su apacible
retiro, antes incluso de haberlo vivido; ~no seria mas exal-
tante abandonar el mundo exterior y adoptar la existencia
de los reclusos, para conocer otra aventura, la del espiritu?

El sendero se hacia empinado, el caballo de Acha sufria.
Un collado mas y comenzaria el descenso hacia Canaan y el
camino hacia la frontera noreste del delta de Egipto. Du-
rante mucho tiempo, Acha se habia negado a creer que le sa-
tisfaria una vida sencilla, en la tierra donde habia nacido, al
abrigo de tumultos y pasiones. La manana de la partida, mi-

randose a un espejo, habia visto su primera cana; la nieve de
las montanas de Anatolia se habia adelantado. Una senal sin
ambiguedad, la victoria de la vejez que tanto habia temido.

Solo el sabia que su organismo estaba desgastado a causa de los excesivos viajes, riesgos y peligros que habia corrido;
Neferet, la medico en jefe del reino, conseguiria aliviar al-
gunos males y retrasar la degradacion, pero Acha no dispo-
nia, como Ramses, de una energia renovada por los ritos. El
diplomatico habia ido mas alla de sus fuerzas, su tiempo de vida estaba casi agotado.

De pronto se oyo el terrorifico grito de un hombre heri-
do de muerte. Acha detuvo su caballo y se volvio. Desde la retaguardia llegaron otros gritos. Abajo se combatia y.vola-
ban algunas flechas, disparadas desde la copa de las encinas.
Un grupo de libios e hititas armados de cortas espadas y lanzas surgieron de ambos lados del camino.

La mitad de los soldados egipcios fue exterminada en po-
cos minutos; los supervivientes consiguieron terminar con algunos agresores, muy superiores en numero.

-jHuid! -recomendo el veterano a Acha-. jGalopad en li-
nea recta!

Acha no vacilo. Blandiendo la daga de hierro, se arrojo sobre un arquero libio, reconocible por las dos plumas cla-
vadas en sus cabellos, cenidos por una cinta negra y verde. Con un amplio gesto, el egipcio le corto la garganta.

-Cuidado, cuid...

La advertencia del veterano se perdio en un estertor. La pe-
sada espada, manejada por un demonio de largos cabellos y

pecho cubierto de vello rojizo, acababa de partirle el craneo.

En el mismo instante, una flecha alcanzo a Acha en la espalda. Sin aliento, el jefe de la diplomacia egipcia se derrumbo en el humedo suelo.

Habia cesado toda resistencia.

El demonio se acerco al herido.

-Uri-Techup...

-jEso es, Acha, yo soy el vencedor! Por fin me vengo de ti, diplomatico maldito que contribuiste a mi decadencia. Pero tu no eras mas que un obstaculo en mi camino. Ahora le llega el turno a Ramses. Ramses creera que el autor de la
agresion es el cobarde Hattusil. ~Que te parece mi plan?

-Que... el cobarde... eres tu.

Uri-Techup se apodero de la daga de hierro y la clavo en el pecho de Acha. El pijalle habia comenzado ya; si el hitita no intervenia, los libios se matarian mutuamente.

Acha ya no tenia fuerzas para escribir con su sangre el nom-
bre de Uri-Techup. Con el indice, recurriendo a lo mas hondo de su agonizante energia, trazo un solo jeroglifico en su tunica, a la altura del corazon, y se encogio definitivamente.

Ramses comprenderia aquel jeroglifico.
El palacio estaba sumido en el silencio. Al regresar de Hermopolis, Ramses comprendio enseguida que acababa de acontecer un drama. Los cortesanos se habian eclipsado. El
personal administrativo se agazapaba en los despachos.

-Vete a buscar a Ameni -ordeno el rey a Serramanna-. Que se reuna conmigo en la terraza.

Desde el punto mas elevado de palacio, Ramses contem-
plaba su capital. Las casas blancas con fachadas de turquesa
dormitaban bajo las palmeras; algunos paseantes charlaban
en los jardines, junto a los estanques; los altos mastiles con
oriflamas, erguidos ante los pilonos, afirmaban la presencia
de lo divino.

El dios Thot habia exigido al monarca que preservara la
paz, fueran cuales fuesen los sacrificios que debieran hacer-
se; en el laberinto de las ambiciones, debia encontrar el buen
camino que evitara matanzas y desgracias. Ensanchando el
corazon del rey, el dios del conocimiento le habia ofrecido
una nueva voluntad; el hijo de Ra, el sol en quien se encar-
naba la luz divina, era tambien el de Thot, el sol nocturno.

Ameni estaba mas palido que de costumbre; sus ojos re-
flejaban una infinita tristeza.

-jTu al menos te atreveras a decirme la verdad!

-Acha ha muerto, majestad.

Ramses permanecio impasible.

-~ En que circunstancias ?
-Su convoy fue atacado. Un pastor descubrio los cadave-
res y aviso a unos policias cananeos. Acudieron al lugar, uno
de ellos reconocio a Acha.

-~Su cuerpo ha sido formalmente identificado?

-Si, majestad.

-~Donde esta?

-En una fortaleza, con los demas miembros del convoy diplomatico.

-~ Ningun superviviente ?

-Ninguno.

-~ Testigos ?

-Tampoco.

-Que Serramanna acuda al lugar de la agresion, que recoja el menor indicio y traiga los despojos de Acha y sus companeros. Descansaran en Egipto.

El gigante sardo y un pequeno grupo de mercenarios habian
agotado varios caballos para llegar a la fortaleza y volver a Pi-Ramses con la misma rapidez. En cuanto regresaron, Serramanna entrego el cadaver de Acha a un embalsamador,
que lo habia lavado, perfumado y envuelto en un sudario blanco antes de presentarlo al faraon.

Ramses habia tomado a su amigo en brazos y lo habia depositado en un lecho de una de las camaras de palacio.

El rostro de Acha estaba sereno, como si el jefe de la diplomacia egipcia estuviera dormido.

Ante el, Ramses, flanqueado por Ameni y Setau.

-~Quien lo ha matado? -pregunto Setau, cuyos ojos estaban enrojecidos de tanto llorar.

-Lo sabremos -prometio el rey-; espero el informe de Serramanna.

-Su morada de eternidad esta lista -preciso Ameni-; el juicio de los hombres le ha sido favorable, los dioses le haran renacer.
-Mi hijo Kha dirigira el ritual y pronunciara las antiguas

formulas de resurreccion. Lo que estaba atado aqui abajo, lo
estara en el mas alla; la fidelidad de Acha a su pais le prote-
gera de los peligros del otro mundo.

-Matare a su asesino con mis propias manos -anuncio Se-
tau-; en adelante, no me separare de este pensamiento.

Serramanna se presento ante el monarca.

-~Que has descubierto?

-Acha fue alcanzado por una flecha que se clavo en su omoplato derecho, pero la herida no era mortal. He aqui el arma que le mato.

El antiguo pirata entrego a Ramses la daga.

-jHierro! -exclamo Ameni-. jSiniestro regalo del empe-
rador del Hatti! Ese es su mensaje: el asesinato del embaja-
dor de Egipto, amigo intimo de Ramses.

Serramanna nunca habia visto a Ameni en semejante es-
tado de furor.

-Conocemos pues al asesino-concluyo, gelido, Setau-.
Por mucho que Hattusil se agazape en su ciudadela, me in-
troducire en ella y arrojare su cadaver desde lo alto de las murallas.

-Emito una reserva-dijo el sardo.

-jTe equivocas, lo lograre!

-No es una reserva sobre tu deseo de venganza, Setau, sino sobre la identidad del asesino.

-~No es hitita esa daga de hierro?

-Claro que si, pero he encontrado otro indicio.

Serramanna mostro una pluma rota.

-Es el ornamento guerrero de los libios.

-Libios aliados con los hititas... ¡Imposible!

-Cuando las fuerzas del mal deciden unirse -considero Ameni-, nada es imposible. Esta claro que Hattusil ha elegido la prueba de fuerza. Como sus predecesores, solo piensa en destruir Egipto y esta dispuesto a aliarse con los demonios del infierno para lograrlo.
-Hay otro elemento de apreciacion -comento Serramanna-: el convoy incluia un pequeno numero de viajeros. Los agresores debian de ser cuarenta, cincuenta a lo sumo. Es una pandilla de bandoleros que tendio una emboscada, no un ejercito regular.

-Esa es tu interpretacion -objeto Ameni.

-No, es la realidad; despues de haber examinado el paisaje, la estrechez del camino y las huellas dejadas por los jinetes, no me queda la menor duda. Estoy convencido de que no habia un solo carro hitita por los alrededores.

-~Y en que cambia eso las cosas? -pregunto Setau-. Hattusil ordeno a un comando que ejecutara a Acha con un hermoso regalo para Ramses, ¡esta daga de hierro! Puesto que el faraon se niega a casarse con su hija, el emperador del Hatti asesina a uno de sus amigos intimos, un hombre de paz y de dialogo. Nadie puede alterar el espiritu de los pueblos; los hititas seran siempre barbaros sin palabra.

-Majestad -declaro Ameni gravemente-, me horroriza la violencia y detesto la guerra. Pero dejar este crimen sin castigo seria una injusticia intolerable. Mientras el Hatti no sea

doblegado, Egipto estara en peligro de muerte. Acha dio su vida para hacernoslo comprender.

Ramses habia escuchado sin manifestar la menor emocion.
-~Hay algo mas, Serramanna?

-Nada, majestad.

-~No escribio Acha nada en la tierra?

-No tuvo tiempo; el golpe recibido con la daga fue de extremada violencia y la muerte rapida.

-~Su equipaje?

-Robado.

-~Su ropa?

-El momificador se la quito.

-Traemela.

-Pero... seguro que ya la habra destruido.

-Traemela, y rapido.

IIS
Serramanna vivio el mayor pavor de su existencia. ~Por que iba a interesarse por una tunica y un manto manchados de sangre?

El sardo salio de palacio corriendo, salto a lomos de su caballo y galopo hasta el pueblo de los embalsamadores, situado fuera de la ciudad. El jefe de los momificadores habia preparado el cadaver de Acha para el ultimo encuentro terrenal del faraon y su amigo.

-La ropa de Acha-reclamo el sardo.

-Ya no la tengo -respondio el momificador.

-~Que has hecho con ella?

-Bueno... como de costumbre, la he dado al lavandero del barrio norte.

-~Donde vive?

-En la ultima casa de la calle curva, junto al canal.

El gigante sardo se marcho rapidamente; obligo a su caballo a saltar muretes, atraveso huertos, galopo por las callejas, a riesgo de atropellar a los viandantes, y se metio en
la calle curva sin reducir la marcha.

A la altura de la ultima casa, tiro de las riendas para detener al sudoroso caballo y llamo a la puerta.

-j Lavandero !

Abrio una mujer.

-Esta trabajando en el canal.

Abandonando su montura, Serramanna corrio hacia el canal reservado para lavar vestidos y ropa sucia. Agarro por los cabellos al hombre que comenzaba a enjabonar la tunica de Acha.

En la tunica, al igual que en el manto, habia huellas de sangre, pero con una diferencia notable: con dedo vacilante, Acha habia trazado un signo.
-Es un jeroglifico -comprobo Ramses-; ~que lees, Ameni?
-Dos brazos tendidos, con las palmas abiertas hacia el sol... El signo de la negacion.

-~No>>... Tambien yo lo leo.

-El comienzo de un nombre o de una palabra... ~Que ha querido decir Acha?

Setau, Ameni y Serramanna estaban perplejos. Ramses reflexionaba.

-Acha dispuso de unos pocos segundos antes de morir y solo pudo trazar un jeroglifico. Preveia nuestras conclusiones: el autor del abominable atentado solo puede ser Hattusil y me veo pues en la obligacion de declararle inmediatamente la guerra. Entonces pronuncio su ultima palabra para evitar una tragedia: ~No>>. No, el verdadero culpable no es Hattusil.

I I7

Los funerales del jefe de la diplomacia egipcia fueron grandiosos. Vestido con una piel de pantera, Kha practico el rito de la abertura de los ojos, los oidos y la boca sobre el sarcofago de acacia dorada que contenia la momia de Acha. Ramses cerro la puerta de la mansion de eternidad.

Cuando el silencio cayo sobre la necropolis, el rey permanecio solo en la capilla abierta al exterior y se encargo de ser el primero en cumplir la funcion de sacerdote del ka de su amigo difunto, depositando sobre el altar un loto, algunos iris, un pan fresco y una copa de vino. En adelante, cada dia, un sacerdote pagado por palacio aportaria ofrendas y cuidaria el dominio funerario de Acha.

Moises se habia marchado siguiendo su sueno, Acha habia partido al mas alla, el circulo de los amigos de infancia se estrechaba. A veces, Ramses empezaba a lamentar ese reinado demasiado largo y sembrado de sombras. Como Seti, Tuya y Nefertari, Acha era irremplazable. Poco dado a las confidencias, habia recorrido la existencia con la elegancia de un felino. Ramses y el no necesitaban hablar para conocer sus intenciones mas secretas.

Nefertari y Acha habian construido la paz; sin su decision y su valor, el Hatti no habria aceptado renunciar a la violencia. Quien le hubiera matado ignoraba los vinculos indestructibles de la amistad; Acha habia sacado de su propia
muerte la ultima energia capaz de vencer la mentira.

II8

Cualquier hombre habria tenido derecho a ahogar su pena en la embriaguez, a intentar borrar su pesadumbre dando primacia, con sus intimos, a los recuerdos felices. Cualquier hombre, salvo el faraon.

Ver a Ramses el Grande cara a cara, aun siendo a la vez su primogenito y el general en jefe de su ejercito, dejaba sin aliento. Merenptah intento mantener la prestancia, consciente de que su padre le juzgaria, como Thot pesando los actos de los humanos.

-Padre, me gustaria decirte...

-Es inutil, Merenptah. Acha era un amigo de mi infancia, no de la tuya. El pesame no atenuaria mi dolor. Ahora solo cuenta la perennidad del ka, mas alla de la muerte fisica. ~Esta mi ejercito dispuesto a combatir?

-Si, majestad.

-En adelante se acabo la dejadez. El mundo va a cambiar mucho, Merenptah; debemos estar preparados, permanente-
mente, para defenderlo. Que tu vigilancia sea constante.

-~Debo entender que se ha declarado la guerra?

-Acha nos ha librado de caer en una tumba y romper, en primer lugar, el tratado de paz con el Hatti. Pero no por ello
se ha salvado la paz; para preservar su honor, que considera herido, Hattusil se vera obligado a invadir Canaan y lanzar una vasta ofensiva contra el Delta.

Merenptah quedo atonito.

-~Debemos... dejarle hacer?

-Creera que estamos desorganizados y que somos inca-
paces de reaccionar. Le atacaremos cuando cometa la im-
prudencia de meterse en las ramas del Nilo y fraccionar
sus
tropas. En nuestro terreno, los hititas no sabran
maniobrar.

Merenptah parecia contraido.

-~Que te parece este plan, hijo mio?

-Es... audaz.
-~Quieres decir: peligroso?

-Eres el faraon y debo obedecerte.

-Se sincero, Merenptah.

-Confio en ti, majestad; confio en ti, como todos los
egipcios .

-Mantente dispuesto.

Serramanna confiaba en su instinto de pirata. No creia que
la muerte de Acha fuese resultado de un combate en toda
re-
gla, librado por un oficial que obedecia las ordenes del em-
perador Hattusil. Y el mismo instinto le llevaba a otra pis-
ta: la de una fiera capaz de matar para debilitar a Ramses
y
privarle de una ayuda preciosa, indispensable incluso.

Por ello, el sardo se habia apostado junto a la mansion de
la dama Tanit y aguardaba la partida de Uri-Techup.

El hitita abandono la morada a primera hora de la tarde
y se alejo en un caballo negro con manchas blancas, no sin

antes comprobar si alguien le seguia.

Serramanna se presento ante el portero.

-Quiero ver a la dama Tanit.

La fenicia recibio al sardo en una soberbia estancia con dos columnas, iluminada por cuatro ventanas altas dispuestas de modo que procurasen una agradable ventilacion.

La bella fenicia habia adelgazado.

-~Es una visita oficial, Serramanna?

-Amistosa, de momento; el resto dependera de vos, dama Tanit.

-~Se trata, pues, de un interrogatorio?

-No, de una simple entrevista con una persona de bien que se ha equivocado al tomar un mal camino.

-No comprendo.

-Claro que me comprendeis. Acaban de producirse graves acontecimientos: Acha, el ministro de Asuntos Exteriores, fue asesinado al regresar del Hatti.
-Asesinado...

Tanit palidecio. Para librarse de Serramanna le bastaba con pedir socorro. Los cuatro libios ocultos en su mansion suprimirian enseguida al sardo. Pero eliminar al jefe de la guardia personal de Ramses pondria en marcha una investi-
gacion, y Tanit seria destrozada por la maquinaria judicial. No, tenia que hacerle frente.

-Exijo que me digais con todo detalle como ha empleado el tiempo vuestro marido, Uri-Techup, durante los dos ultimos meses.

-Practicamente siempre ha estado en casa, pues estamos

muy enamorados. Cuando sale, va a una taberna o pasea por
la ciudad. ¡Somos tan felices juntos!

-~Cuando salio de Pi-Ramses y cuando regreso?

-Desde nuestra boda, no ha abandonado la capital, de cu-
yos encantos goza. Asi olvida, poco a poco, el pasado. Gra-
cias a nuestra union, se convirtio en subdito del faraon,
como vos y yo.

-Uri-Techup es un criminal -afirmo Serramanna-; os
amenaza y os aterroriza. Si me decis la verdad, os tomare
bajo mi proteccion y la justicia os librara de el.

Por un instante, Tanit se sintio tentada a huir hacia el jar-
din. Serramanna la seguiria, ella le advertiria de la presencia
de los libios, seria de nuevo libre... ¡pero nunca volveria a
ver a Uri-Techup! Renunciar a tal amante era superior a sus
fuerzas.

Durante su ausencia, ella se habia puesto enferma; le ne-
cesitaba como una droga. Gracias a Uri-Techup, Tanit se sa-
ciaba de autentico placer, un placer inagotable que bien va-
lia todos los sacrificios.

-Aunque me arrastreis ante un juez, Serramanna, no mo-
dificare mis declaraciones.

-Uri-Techup os destruira, dama Tanit.

Ella sonrio pensando en los febriles retozos que habian
vivido pocos minutos antes de la llegada del sardo.
-Si vuestra lista de estupidas acusaciones ha terminado,
salid.

-Me gustaria salvaros, dama Tanit.

-No estoy en peligro.

-Si cambiais de opinion, poneos en contacto conmigo.

La mujer esbozo una picara sonrisa y paso la mano suavemente por el enorme antebrazo del gigante sardo.

-Sois un hombre apuesto... Es una lastima para vos, pero estoy colmada.

Ataviada con un collar de oro del que colgaba un escarabajo de lapislazuli, brazaletes de turquesas en las munecas y los tobillos, una tunica de lino real plisada y una capa rosa, y la corona de dos altas plumas, la gran esposa real, Iset la bella, recorrio lentamente en carro las avenidas de Pi-Ramses. El conductor habia elegido dos caballos tranquilos, con la espalda cubierta por una gualdrapa multicolor y la cabeza adornada con un penacho de plumas de avestruz tenidas de azul, rojo y amarillo.

El espectaculo era magnifico. La noticia del paso de la reina corrio muy deprisa y, pronto, la muchedumbre se apretujo para admirarla. Los ninos arrojaron petalos de loto ante los caballos, mientras las aclamaciones brotaban sin cesar. Ver tan de cerca a la gran esposa real era una promesa de felicidad. Se olvidaban los rumores de guerra y todos daban la razon a Ramses: no debia repudiar a Iset la bella, fueran cuales fuesen las consecuencias de su decision.

Educada en un medio aristocratico, Iset la bella disfrutaba de ese contacto con el pueblo, en el que se mezclaban las clases sociales y las culturas; todos los habitantes de Pi-Ramses le manifestaban su afecto.

Pese a las reticencias del auriga, la reina exigio visitar los barrios mas populares, donde recibio una calida acogida. jQue agrabable era ser amada!
De regreso a palacio, Iset la bella se tendio en el lecho,

como embriagada. No existia nada mas conmovedor que esa
confianza de una poblacion, rica en esperanzas y en risuenos futuros.

Al salir de su capullo, Iset la bella habia descubierto el pais del que era reina.

Durante la cena, a la que habian sido invitados los jefes de provincia, Ramses le anuncio la inminencia del conflicto.
Todos advirtieron que Iset la bella estaba radiante; a pesar de no poder igualar a Nefertari, se hacia digna de su funcion
y suscitaba el respeto de los viejos cortesanos.

Ella dirigio a unos y otros palabras de aliento; Egipto nada debia temer del Hatti, sabria superar la prueba gracias
a Ramses. Los jefes de provincia fueron sensibles a las convicciones de la reina.

Cuando Ramses e Iset estuvieron solos salieron a la terraza que dominaba la ciudad y Ramses la estrecho tiernamente contra su pecho.

-Has estado perfectamente en tu lugar, Iset.

-~Te sientes por fin orgulloso de mi?

-Te elegi como gran esposa real y no me equivoque.

-~Se han roto definitivamente las negociaciones con el Hatti ?

-Estamos dispuestos a combatir.

Iset la bella apoyo la cabeza en el hombro de Ramses.

-Suceda lo que suceda, saldras vencedor.

I~3

Kha no oculto su angustia.

-La guerra... ~Por que la guerra?

-Para salvar Egipto y permitirte encontrar el libro del co-
nocimiento-respondio Ramses.

-~Realmente es imposible entenderse con el Hatti?

-Sus tropas se aproximan a las provincias que controla-
mos. Ya es hora de desplegar nuestro dispositivo; partire
con Merenptah y te confio la gestion del reino.

-jPadre mio! No soy capaz de sustituirte, ni siquiera por
un corto periodo.

-Te equivocas, Kha; con la ayuda de Ameni, cumpliras la
mision que te confio.

-~Y... si cometo errores?

-Preocupate por la felicidad del pueblo y los evitaras.

Ramses subio a su carro, que conduciria personalmente a
la cabeza de los regimientos que habia previsto disponer
en
varios puntos estrategicos del Delta y de la frontera del
Nordeste. Tras el iban Merenptah y los generales de los
cua-
tro cuerpos de ejercito.

Cuando el rey se preparaba para dar la senal de partida,
un jinete entro al galope en el patio del cuartel.

Serramanna salto a tierra y corrio hacia el carro de
Ramses.

-jMajestad, debo hablaros!

El faraon habia ordenado al sardo que se encargara de la
seguridad de palacio. Era consciente de que decepcionaba
al

gigante, deseoso de derribar hititas; ~pero a quien otro ele-
gir para que velara por Kha e Iset la bella?

-No cambiare mi decision, Serramanna; te quedas en Pi-Ramses .

-No se trata de mi, majestad; venid, os lo suplico.

El sardo parecia trastornado.

-~ Que ocurre ?

-Venid, majestad, venid...

Ramses pidio a Merenptah que comunicara a los generales que la partida se retrasaba.

El carro del faraon siguio el caballo de Serramanna, que tomo el camino de palacio.

La camarera, la costurera y algunas siervas estaban agachadas
en los pasillos y lloraban.

Serramanna se inmovilizo en el umbral de la alcoba de Iset la bella. La mirada del sardo solo reflejaba asombro y angustia.

Ramses entro.

Un embriagador perfume de lis llenaba la estancia, iluminada por el sol de mediodia. Iset la bella, vestida con una tunica blanca de gala y tocada con una diadema de turquesas, estaba tendida en su cama, con los brazos a lo largo del
cuerpo y los ojos abiertos de par en par.

En la mesilla de noche de sicomoro habia una tunica de piel de antilope. La prenda de Setau, que ella habia robado en su laboratorio.

-Iset. . .

Iset la bella, el primer amor de Ramses, la madre de Kha y de Merenptah, la gran esposa real por la que se disponia a
librar batalla... Iset la bella contemplaba el otro mundo.

-La reina ha elegido la muerte para evitar la guerra -explico Serramanna-. Al envenenarse con los productos que saturaban la tunica de Setau dejaba de ser un obstaculo para
la paz.

-¡Divagas, Serramanna!

-La reina ha dejado un mensaje-intervino Ameni-. Lo he leido y he pedido a Serramanna que te avisara.

De acuerdo con la tradicion, Ramses no cerro los ojos de la difunta; era preciso enfrentarse al mas alla con una mira-
da franca.

Enterrada en el Valle de las Reinas, Iset la bella descansaba en una tumba mas modesta que la de Nefertari. El pro-
pio Ramses habia practicado los ritos de resurreccion en la momia. El culto del ka de la reina correria a cargo de un co-
legio de sacerdotes y sacerdotisas, encargados de que su me-
moria viviera.

Sobre el sarcofago de la gran esposa real, el faraon habia depositado una rama del sicomoro que habia plantado en el jardin de su mansion de Menfis, cuando tenia diecisiete anos. Aquel recuerdo de juventud lograria que el alma de Iset reverdeciera.

Al finalizar la ceremonia, Ameni y Setau habian solicitado audiencia a Ramses. Sin responderles, el rey habia su-

bido a la colina. Setau se habia lanzado tras el y, pese al es-
fuerzo impuesto a su debil constitucion, Ameni le habia imitado.

La arena, la pedregosa pendiente, el rapido paso de Ramses que le abrasaba los pulmones... Ameni maldijo a lo largo del sendero, pero llego a la cumbre desde donde el rey contemplaba el Valle de las Reinas y las moradas de Nefertari e Iset la bella.

Setau guardo silencio para apreciar el grandioso paraje que se ofrecia a sus ojos. Jadeante, Ameni se sento en una roca y se seco la frente con el dorso de la mano.

Finalmente se atrevio a romper la meditacion del rey.

-Majestad, hay que tomar decisiones urgentes.

-Nada es mas urgente que contemplar el pais amado por los dioses. Hablaron y su voz se convirtio en cielo, montana, agua y tierra. En la tierra roja de Set, hemos excavado la
sepultura, cuya camara de resurreccion se bana en el oceano
de los origenes que rodea el mundo. Con nuestros ritos pre-
servamos la energia de la primera montana, y nuestra patria
resucita cada dia. Lo demas es irrisorio.

-jPara resucitar es preciso empezar sobreviviendo! Si el faraon se olvida de los hombres, estos se retiraran para siempre a lo invisible.

Setau imagino que el tono critico de Ameni le valdria una cortante respuesta de Ramses. Pero el rey se limito a contemplar la brutal separacion entre los cultivos y el desierto, entre lo cotidiano y lo eterno.

-~En que estas pensando, Ameni?

-He escrito a Hattusil, el emperador del Hatti, para anunciarle la muerte de Iset la bella. Durante el periodo de luto, esta excluido iniciar la guerra.

-Nadie podria haber salvado a Iset -afirmo Setau-; habia ingerido una excesiva cantidad de sustancias cuya mezcla es
mortal. He quemado la maldita tunica, Ramses.

-No te considero responsable; Iset creyo actuar por el interes de Egipto.

Ameni se levanto.

-Y tenia razon, majestad.

Enojado, el rey se volvio.

-~Como te atreves a hablar asi, Ameni?

-Temo tu colera, pero quiero darte mi opinion: Iset ha abandonado este mundo para salvar la paz.

-~Y tu que dices, Setau?

Como Ameni, Setau estaba impresionado por la ardiente mirada de Ramses. Pero debia ser sincero.

-Si te niegas a comprender el mensaje de Iset la bella, Ramses, la mataras por segunda vez. Actua de modo que su
sacrificio no sea inutil.

-~Y como deberia actuar?
-Casate con la princesa hitita -declaro Ameni con gravedad.

-Ahora nada se opone a ello -anadio Setau.

Ramses apreto los punos.

-~Acaso es vuestro corazon duro como el granito? Iset

apenas descansa en su sarcofago y os atreveis a hablarme de

matrimonio.

-No eres un viudo que llora a su mujer-asesto Setau-, sino el faraon de Egipto que debe preservar la paz y salvar a su pueblo. A el le importan muy poco tus sentimientos, tu alegria o tu tristeza; desea ser gobernado y conducido por el buen camino.

-Un faraon unido a una gran esposa real hitita... ~No es monstruoso ?

-Al contrario -considero Ameni-; ~como sellar de modo mas fulgurante el definitivo acercamiento entre ambos pue-
blos? Si aceptas esa boda, el espectro de la guerra se alejara du-
rante largos anos. ~Imaginas la fiesta que celebraran tu padre
Seti y tu madre Tuya entre las estrellas? Y no evoco la memo-
ria de Acha, que dio su vida para edificar una paz duradera.

-Te estas convirtiendo en un temible discutidor, Ameni.

-Solo soy un escriba de salud fragil, sin demasiada inteli-
gencia, pero tengo el honor de llevar las sandalias del dueno
de las Dos Tierras. Y no tengo ganas de verlas mancilladas de nuevo de sangre.

-La Regla te impone gobernar con una gran esposa real -recordo Setau-; eligiendo a la extranjera, ganaras la mas hermosa de las batallas.

-jDetesto a esa mujer!

-Tu vida no te pertenece, Ramses; Egipto te exige este sa-

crificio.

-jY tambien vosotros, amigos mios, me lo exigis!

Ameni y Setau asintieron con la cabeza.

-Dejadme solo, debo reflexionar.
Ramses paso la noche en la cima de la colina. Tras haberse alimentado con el sol naciente, se demoro en el Valle de las Reinas y luego se reunio con su escolta. Sin decir palabra, Ramses subio a su carro y se dirigio con rapidez al Rameseum, su templo de millones de anos. Tras haber celebrado alli los ritos del alba y haberse recogido en la capilla de Ne-
fertari, el faraon se retiro a su palacio, donde procedio a lar-
gas abluciones, bebio leche, comio higos y pan fresco.

Con el rostro descansado, como si hubiera dormido varias horas, el monarca abrio la puerta del despacho donde Ameni, con el rostro enfurrunado, redactaba el correo administrativo.

-Elige un papiro virgen de calidad superior y escribe a mi hermano, el emperador del Hatti.

-~Y... que debe decir la carta?

-Anunciale que he decidido convertir a su hija en mi gran esposa real.
Uri-Techup apuro la tercera copa de vino de palma. Alicorado, saturado de aromas y resina, el liquido era utilizado por los embalsamadores para la conservacion de las visceras
asi como por los medicos por sus propiedades antisepticas.

-Bebeis demasiado-observo Raia.

-Hay que saber aprovecharse de los placeres de Egipto... jEse vino es una maravilla! ~Estas seguro de que no te ha seguido nadie?

-No temais.

El mercader sirio habia aguardado a que avanzara la noche para introducirse en la mansion de la fenicia. No habia detectado ninguna presencia sospechosa.

-~Por que esa inesperada visita?

-Noticias importantes, senor; muy importantes.

-~La guerra, por fin?

-No, senor, no... No habra conflicto entre Egipto y el Hatti.

Uri-Techup arrojo su copa a lo lejos y agarro al sirio por el cuello de la tunica.

-~Que estas diciendo? jMi trampa era perfecta!

-Iset la bella ha muerto y Ramses se dispone a casarse con la hija del emperador Hattusil.

Uri-Techup solto a su aliado.

-Una hitita reina de Egipto... jImpensable! jDebes de estar equivocado, Raia!

I30

-No, senor; la informacion es oficial. Matasteis a Acha inutilmente.

-Era indispensable librarse de ese espia. Ahora tenemos las manos libres. Ningun consejero de Ramses tiene la inteligencia de Acha.

-Hemos perdido, senor. Es la paz... una paz que nadie conseguira destruir.

-jImbecil! ~Conoces a la mujer que va a convertirse en la gran esposa real del faraon? jUna hitita, Raia, una verdadera hitita, orgullosa, astuta, indomable!

-Es la hija de vuestro enemigo Hattusil.

-¡En primer lugar es una hitita! ¡Y nunca se sometera a un egipcio, por mas faraon que sea! Es nuestra mejor oportunidad.

Raia suspiro. El vino de los oasis le habia subido a la cabeza el ex general en jefe del ejercito hitita; privado de cual-
quier esperanza, inventaba un mundo imaginario.

-Salid de Egipto -recomendo Raia a Uri-Techup.

-Supon que la princesa hitita este de nuestro lado, Raia; tendriamos una aliada en el propio corazon de palacio!

-No son mas que ilusiones, senor.

-No, es una senal que nos manda el destino, una senal que yo sabre utilizar en mi beneficio.

-Quedareis decepcionado.

Uri-Techup vacio la cuarta copa de vino de palma.

-Hemos omitido un detalle, Raia, pero todavia estamos a tiempo de intervenir. Utilizaras a los libios.

Se movio una cortina, el mercader sirio senalo con el indice el lugar sospechoso.

Como un felino, Uri-Techup avanzo sin hacer ruido hacia la cortina, la corrio con brutalidad y atrajo a una temblorosa Tanit.

-~ Nos escuchabas ?

-No, no, venia a buscarte...

-No tenemos secretos para ti, querida, puesto que no puedes traicionarnos.

-¡Tienes mi palabra!

-Ve a acostarte, me reunire contigo enseguida.

La enamorada mirada de Tanit prometio al hitita una noche animada. En pocas palabras, Uri-Techup dio sus ordenes a Raia.

La armeria principal de Pi-Ramses seguia fabricando espadas, lanzas y escudos a un ritmo continuado. Mientras la boda con la princesa hitita no se hubiese celebrado, los pre-
parativos para la guerra proseguirian.

En un taller cercano a las forjas se conservaban las armas que habian tomado a los hititas. Los artesanos egipcios las habian estudiado con atencion para averiguar los secretos de
su fabricacion. Uno de los tecnicos, un joven metalurgico con mucha inventiva, se interesaba por la daga de hierro que
acababan de confiarle en palacio.

Calidad del metal, peso y anchura de la hoja, manejabilidad del pomo... Todo en ella era notable.

Imitarla no resultaria facil; serian necesarios varios intentos infructuosos para lograrlo. Estimulado, el tecnico sopeso la daga.

-Alguien pregunta por ti -anuncio un portero.

El visitante era un mercenario de groseros rasgos.

-~ Que quieres ?

-En palacio quieren recuperar la daga de hierro.

-~Tienes una orden escrita?

-Claro.

-Muestramela.

De una bolsa de cuero que colgaba de su cintura, el mercenario saco una tablilla de madera y se la tendio al tecnico.

-Pero... eso no son jeroglificos.

Con un violento punetazo en la sien, el libio enviado por Raia derribo al egipcio. Luego recogio la tablilla y la daga que su victima habia soltado y salio corriendo del taller. Tras varios interrogatorios, Serramanna se convencio de que
el tecnico no era complice del ladron de la daga, uno de tan-
tos mercenarios avidos de ganancias como habia en el ejercito egipcio

-Es un soldado a sueldo de Uri-Techup -dijo el sardo a Ameni.

El escriba siguio escribiendo.

-~Dispones de alguna prueba?

-Me basta mi instinto.

-~No crees que tu empecinamiento es en balde? Uri-Techup ha obtenido fortuna y placer. ~Por que tendria que ro-
bar la daga de Hattusil?

-Porque ha elaborado un plan para perjudicar a Ramses.

-Ahora, cualquier conflicto con los hititas es imposible. Lo esencial es tu investigacion sobre el asesinato de Acha. ~Has progresado?

-Todavia no.

-Ramses exige que se identifique al asesino.

-El crimen y el robo de la daga... Todo esta relacionado.
Si me ocurriese alguna desgracia, da primacia a la pista de
Uri-Techup.

-Si te ocurriera alguna desgracia... ~En que estas
pensando?

-Para avanzar, debo infiltrarme en los medios libios. Eso
supone un serio riesgo. Cuando me acerque a la verdad, in-
tentaran eliminarme.

-jEres el jefe de la guardia personal de Ramses! Nadie
osara meterse contigo.

-No vacilaron en matar al ministro de Asuntos Exterio-
res y amigo de infancia del faraon.

-~No existira un metodo menos peligroso?

-Me temo que no, Ameni.

En pleno desierto de Libia, lejos de cualquier oasis, la tien-
da de Malfi era una extrana plaza fuerte, custodiada por

hombres seguros. El jefe de la tribu bebia leche y comia
da-
tiles; no consumia vino ni cerveza, bebidas demoniacas que
nublaban las ideas.

La guardia personal de Malfi se componia exclusivamen-
te de nativos de su aldea que, sin el, seguirian siendo cam-
pesinos pobres. Saciando su hambre, correctamente vesti-
dos, armados con lanzas, espadas, arcos y hondas,
eligiendo
a las mujeres que les apetecian, rendian un verdadero
culto a
Malfi, considerado como la encarnacion de un genio del
desierto. ~No tenia acaso la rapidez de una pantera, los
de-
dos cortantes como hojas y ojos en la nuca?

-¡Una rina, senor! -le advirtio su aguador.

Malfi se levanto lentamente. Con el rostro cuadrado, la frente amplia, medio oculta por un turbante blanco, salio de
la tienda.

El campo de entrenamiento albergaba a unos cincuenta combatientes que se enfrentaban con arma blanca o con los
punos desnudos, en pleno mediodia. A Malfi le gustaban las
condiciones extremas que ofrecian el calor y el desierto; solo quienes poseyeran un verdadero temperamento de gue-
rrero saldrian victoriosos de las pruebas impuestas. Dichas pruebas resultaban indispensables dada la tarea que aguar-
daba al ejercito libio en formacion: aplastar las fuerzas de Ramses. Malfi pensaba sin cesar en las generaciones de jefes
libios humillados por los faraones; hacia siglos que duraban
las hostilidades, salpicadas por las derrotas que los egipcios
infligian a las tribus del desierto, valerosas pero mal organi-
zadas.

Ofir, el hermano mayor de Malfi, habia utilizado un arma que suponia decisiva: la magia negra, puesta al servicio
de la red de espionaje pro hitita que dirigia. Habia pagado su fracaso con la vida, y Malfi se habia jurado vengarle. Poco a poco federaba las tribus libias de las que seria, antes
o despues, dueno indiscutible.

Su encuentro con el hitita Uri-Techup le proporcionaba una posibilidad de exito suplementaria. Con un aliado tan valeroso como aquel, la victoria no era ya una utopia. Mal-
fi borraria siglos de verguenza y de frustracion.

Un guerrero fornido, de una agresividad poco comun, acababa de olvidar que estaba entrenandose y habia derribado a punetazos a dos adversarios a pesar de ser mas grandes que el y estar armados con lanzas. Cuando el guerrero vio que Malfi se acercaba, alardeo aplastando con el pie la cabeza de uno de los vencidos.

Malfi saco un punal oculto en su tunica y lo clavo en la nuca del guerrero fornido.

Los duelos se interrumpieron de inmediato. Los rostros se volvieron hacia Malfi.

-Seguid entrenandoos y manteniendo el control sobre vosotros mismos -ordeno el libio-; y recordad que el enemigo puede surgir de cualquier parte.

I35

Descubrir la gran sala de audiencias de Pi-Ramses era una maravilla. Incluso los cortesanos, acostumbrados a subir por la escalinata monumental, adornada con figuras de enemigos derribados y sometidos por el faraon a la ley de Maat, vivian aquel ascenso con profunda emocion. En torno a la puerta de acceso, los nombres de coronacion de Ramses, pintados en azul sobre fondo blanco, se inscribian en cartuchos cuyas formas ovales simbolizaban el circuito del cosmos sobre el que reinaba el senor de las Dos Tierras.

Las audiencias plenarias, a las que estaban invitados todos los miembros de la corte, no eran frecuentes; solo los acontecimientos excepcionales, que ponian en juego el porvenir de Egipto, hacian que Ramses se dirigiera a la Alta Administracion en su conjunto.

La angustia dominaba. De creer en el rumor, el emperador hitita no se apaciguaba. ~No le habia insultado Ramses

al rechazar, al principio, casarse con su hija? La tardia acep-
tacion del faraon no habia lavado la afrenta.

El suelo de la gran sala se componia de tejas de terracota barnizadas y coloreadas; entre los motivos decorativos ha-
bia jardines floridos, patos nadando en un estanque de un verde azulado y peces deslizandose por entre lotos blancos. Ritualistas, escribas, ministros, jefes de provincia, responsa-
bles de las ofrendas, custodios de los secretos y grandes da-
mas admiraron aquella fantasia verde palido, rojo profundo,
azul claro, amarillo dorado y blanco marfil que se desplega-
ba en los muros donde retozaban alubillas, colibries, golon-
drinas, paros, ruisenores y martines pescadores. Cuando la mirada se elevaba, quedaba hechizada por la belleza de los frisos florales en los que se veian amapolas, adormideras, lo-
tos, margaritas y acianos.

El silencio se impuso cuando Ramses subio por la escali-
nata que llevaba a su trono de oro, cuyo ultimo peldano es-
taba decorado con un leon que cerraba sus fauces sobre el enemigo surgido de las tinieblas, el desorden que intentaba destruir sin cesar la armonia de Maat.

Tocado con la doble corona, la blanca del Alto Egipto en-
cajada en la roja del Bajo Egipto, Ramses llevaba asi en la cabeza <<las Dos Poderosas>>, cargadas de magia. En su fren-
te, el uraeus de oro, cobra hembra que escupia el fuego que
dispersaba las tinieblas. El rey tenia en su mano derecha el cetro <<magia>>, que se parecia al cayado de un pastor; al igual
que este ultimo reunia a sus animales y buscaba a los extra-
viados, tambien el faraon debia reunir las energias dispersas.

Del delantal de oro de Ramses parecian brotar rayos de luz.
Durante unos segundos, la mirada del monarca se poso en una sublime pintura que representaba el rostro de una muchacha meditando ante un macizo de malvarrosas; ~no evocaba a Nefertari, cuya belleza, mas alla de la muerte, ilu-
minaba el reinado de Ramses el Grande? El faraon no tenia oportunidad de ser nostalgico; el navio del Estado avanza-ba; el gobernalle debia ser manejado.

-Os he reunido aqui para que el pais entero, a traves de todos vosotros, este informado de los hechos importantes. Por todas partes circulan enloquecidos rumores, y quiero restablecer la verdad de la que sereis eco.

Ameni estaba en la ultima fila, con los demas escribas, como si solo ocupara un puesto secundario; asi estaria me-jor informado de las reacciones de la concurrencia. Serraman-
na, por el contrario, habia elegido observar desde primera fila. A la menor manifestacion de hostilidad, intervendria. Setau, por su parte, ocupaba el lugar jerarquico que le co-rrespondia, a la izquierda del virrey de Nubia, entre los dig-
natarios de mayor relieve, muchos de los cuales lanzaban con frecuencia miradas a Loto, que vestia una tunica rosa de
tirantes que dejaba los pechos al descubierto.

El jefe de la provincia del Delfin, en el Bajo Egipto, avan-zo y se inclino ante el monarca.

-~Puedo tomar la palabra, majestad?

-Te escuchamos.

-~Es cierto que el ministro de Asuntos Exteriores, Acha, esta, en realidad, prisionero en Hattusa y que el tratado de paz con los hititas se ha roto?

-Mi amigo Acha fue asesinado cuando regresaba a Pi-

Ramses. Reposa para siempre en tierra de Egipto. La inves-
tigacion esta en marcha, los culpables seran identificados y castigados. La paz con el Hatti es, en gran parte, obra de Acha, y la proseguiremos. El tratado de no beligerancia con
los hititas sigue en vigor y lo seguira siendo por mucho tiempo aun.

-Majestad... ~Podemos saber quien sera la proxima gran esposa real?

-La hija de Hattusil, emperador del Hatti.

Distintos murmullos recorrieron la concurrencia. Un ge-
neral del cuerpo de ejercito pidio la palabra.

-~Majestad, no sera ofrecer demasiado a nuestro antiguo enemigo ?

-Mientras Iset la bella reinaba, rechace la proposicion de Hattusil, hoy, esta boda es el unico medio de restablecer la paz que desea el pueblo de Egipto.

-~Tendremos que tolerar la presencia de un ejercito hiti-
ta en nuestro suelo?

-No, general, solo la de una mujer.

-Perdonadme la osadia, majestad, pero una hitita en el trono de las Dos Tierras... ~No sera una provocacion para quienes combatieron contra los guerreros anatolios? Gra-
cias a vuestro hijo Merenptah, nuestras tropas estan listas y
bien equipadas. ~Que podemos temer de un conflicto con los hititas? En vez de ceder a sus insoportables exigencias, mas valdria afrontarlas.

La arrogancia del oficial podia costarle su puesto.

-Tus palabras no carecen de inteligencia-estimo Ram-
ses-, pero tu mirada es en exceso parcial; si Egipto provo-

cara un conflicto, romperia el tratado de paz y traicionaria su palabra. ~Crees que un faraon puede comportarse de este
modo ?

El general retrocedio y se perdio entre los cortesanos convencidos por los argumentos del monarca.

El supervisor de los canales pidio la palabra.

-~Y si el emperador del Hatti reconsiderara su decision y se negara a enviar a su hija a Egipto? ~No os pareceria intolerable esta actitud, majestad?

Vestido con una piel de pantera, el sumo sacerdote de Menfis, Kha, se adelanto.

-~Me permite el faraon que responda?

Ramses asintio.

-A mi modo de ver -declaro el primogenito del rey-, la politica y la diplomacia no ofrecen suficientes garantias para
tomar una decision vital. El respeto a la palabra dada y a la Regla de Maat prevalece sobre todas las cosas; pero hay que
poner en practica tambien las leyes de la magia de Estado, que nos ensenaron nuestros ancestros. En el ano 30 de su reinado, Ramses el Grande vivio su primera fiesta de regeneracion; en adelante, sera preciso dar con frecuencia a nuestro soberano las fuerzas invisibles que necesita para gobernar. Por ello, en este trigesimo tercer ano, lo mas urgente es preparar su segunda fiesta de regeneracion. Luego, el horizonte se aclarara y las respuestas a nuestras preguntas llegaran por si solas.

-Es una organizacion larga y costosa -protesto el direc-

tor de la Casa del Oro y de la Plata-; ~no seria conveniente
retrasar esa fecha?

-Imposible -repuso el sumo sacerdote-; el estudio de los
textos y los calculos de los astrologos llegan a la misma
con-
clusion: la segunda fiesta de regeneracion de Ramses el
Grande debe celebrarse en menos de dos meses. Que nues-
tros esfuerzos se conjuguen para hacer venir a los dioses y
las diosas, y que nuestros pensamientos se consagren a la
salvaguarda del faraon.

El comandante en jefe de las fortalezas que jalonaban la
frontera del Nordeste considero oportuno dar testimonio.
Militar de carrera, hombre de experiencia, numerosos
nota-
bles le escuchaban.

-Respeto la opinion del sumo sacerdote, ~pero que ha-
remos en caso de ataque hitita? Cuando Hattusil sepa que
Egipto prepara esa gran fiesta, sin preocuparse de la boda
con
su hija, se sentira mas humillado todavia e iniciara el
asalto.
Mientras el faraon celebre los ritos, ~quien dara las
ordenes?

-La propia practica de los ritos nos protegera-afirmo Kha
con su hermosa voz grave y melodiosa-; siempre ha sido
asi.

-Es la certidumbre de un iniciado acostumbrado a los se-
cretos de los templos; pero un militar experimentado no
creo
que este tan seguro de lo que decis. Hattusil vacila en ata-
carnos porque teme a Ramses, el vencedor de Kadesh; le
sabe capaz de hazanas sobrenaturales. Si el rey no esta a
la
cabeza de sus tropas, el emperador del Hatti lanzara a sus
soldados a la batalla.

-La mejor proteccion de Egipto es de caracter magico -es-

timo Kha-; los destructores, hititas o no, son solo instrumentos
de las fuerzas tenebrosas. Ningun ejercito humano las deten-
dra. ~Acaso no fue Amon quien durante la batalla de Kadesh
dio al brazo de Ramses mas fuerza que miles de agresores?

El argumento dio en el blanco, ningun oficial formulo
mas objeciones.

-Me gustaria estar en el ritual -preciso Merenptah-,
pero mi lugar esta en la frontera, por orden del faraon.
-Tu, junto con diez hijos reales, te encargaras de la segu-
ridad del territorio mientras dure la fiesta.

La decision de Ramses tranquilizo a la concurrencia, pero el
superior de los ritualistas, visiblemente irritado, se abrio paso
hasta la primera fila. El personaje llevaba el craneo afeitado,
su rostro era largo y fino y su silueta mas bien ascetica.

-Si vuestra majestad me lo autoriza, tengo algunas pre-
guntas que hacerle al sumo sacerdote Kha.

El rey no manifesto oposicion alguna. Kha esperaba tener
que sufrir esta prueba, pero habia deseado que tuviera lugar
fuera de la corte.

-~Donde piensa celebrar la segunda fiesta de regeneracion
el sumo sacerdote de Menfis?

-En el templo de Pi-Ramses, construido a este efecto.

-~Posee el rey el testamento de los dioses?

-Lo posee.

-~Quien presidira el ritual?

-El alma inmortal de Seti.

-~De donde procede la luz que ofrecera al faraon la ener-
gia celeste?

-Esta nace de si misma y renace a cada instante en el co-
razon del faraon.

El superior de los ritualistas renuncio a hacer mas pre-
guntas; no conseguiria coger en falta a Kha.

Con el rostro grave, el dignatario se volvio hacia Ramses.

-Pese a la competencia del sumo sacerdote, majestad, creo
que es imposible celebrar la fiesta de regeneracion.

-~Por que? -se extrano Kha.

-Porque la gran esposa real desempena en ella un papel
esencial. Pero el faraon es viudo y no ha tomado aun, por
esposa, a la princesa hitita. Ademas, nunca extranjera
algu-
na tuvo acceso a los misterios de la regeneracion.

Ramses se levanto.

-~Crees que el faraon no es consciente de esta dificultad?

I4I
Techonq trabajaba el cuero desde su infancia. Hijo de un li-
bio detenido por la policia egipcia tras un robo de corderos
y condenado a varios anos de trabajos forzados, no habia
seguido a su padre cuando regreso a su pais para predicar
la
lucha armada contra el faraon. Primero en Bubastis y luego
en Pi-Ramses, Techonq habia encontrado trabajo y, poco a
poco, habia adquirido incluso cierto renombre en su espe-
cialidad. Ahora, cerca de los cincuenta, le habian asaltado
los remordimientos. ~Acaso el, con su redonda panza y su
floreciente aspecto, no habia traicionado a su pais de
origen,

olvidando con mucha facilidad las derrotas militares de su
pueblo y las humillaciones que Egipto le habia infligido?
Convertido en un artesano acomodado, a la cabeza de una
empresa de treinta trabajadores, abria de buena gana sus
puertas a los libios en dificultades. Con el transcurso de los
meses, se habia revelado como un hombre providencial
para
sus companeros en exilio. Algunos se integraban deprisa
en
la sociedad egipcia. Otros conservaban un espiritu revan-
chista. Pero estaba naciendo otro movimiento; un movi-
miento que asustaba a Techonq, al que no le apetecia en
ab-
soluto ver desaparecer las Dos Tierras. ~Y si Libia vencia
por fin, y si un libio ascendia al trono de Egipto? Pero para
ello primero habia que eliminar a Ramses.

Para expulsar esa quimera, Techonq se concentro en su
trabajo. Comprobo la calidad de las pieles de cabra, de cor-
dero, de antilope y demas animales del desierto que aca-
baban de entregarle; despues del secado, de salarlas y ahu-
marlas, un equipo de especialistas aplicaria tierra ocre y
les
daria flexibilidad con orines, gallinaza y excrementos. Era
la
operacion mas maloliente que se efectuaba en aquel taller,
que recibia las regulares visitas del servicio de higiene.

Al curtido provisional con aceite y alumbre sucedia el au-
tentico curtido, con un producto rico en acido tanico, ex-
traido de las vainas de la acacia del Nilo. Si era necesario,
zambullirian de nuevo las pieles en aceite, las golpearian y
estirarian para darles flexibilidad. Techonq era uno de los
mejores, pues no se limitaba a un vulgar curtido con grasa;
ademas, tenia una habilidad particular durante el doblado
en
caballete y el corte de las pieles. Por ello su clientela era
numerosa y variada; el taller de Techonq fabricaba bolsas,
collares y correas para perro, cuerdas, sandalias, estuches
y
vainas para las dagas y espadas, cascos, carcajes, escudos
e,

incluso, soportes para la escritura. Con una cuchilla de hoja semicircular, Techonq cortaba una tira en una piel de antilope de primera calidad cuando un gigante bigotudo entro en su taller.

Serramanna, el jefe de la guardia personal de Ramses... La cuchilla resbalo por la piel, abandono su recorrido e hirio el dedo medio de la mano izquierda del artesano, que no pudo contener un grito de dolor. Broto la sangre, Techonq ordeno a un ayudante que limpiara la piel mientras el se lavaba la herida antes de cubrirla con miel.

El gigante sardo habia presenciado la escena sin moverse. Techonq se inclino ante el.

-Perdonad que os haya hecho esperar... Un estupido accidente.

-Es curioso... Sin embargo se afirma que tienes la mano muy segura.

Techonq temblaba de miedo. El, un descendiente de guerreros libios, deberia haber abrumado al adversario solo con

la mirada. Pero Serramanna era mercenario, sardo y colosal.

-~Necesitais mis servicios?

-Necesitaria una munequera de excelente cuero. Cuando manejo el hacha, ultimamente, noto cierta debilidad.

-Voy a mostraros algunas y podreis elegir.

-Estoy convencido de que las mas solidas estaran en la trastienda.

-No, yo...

-Claro que si, Techonq. Ya te he dicho que estoy con-
vencido de ello.

-jSi, si, lo recuerdo!

-Pues bien, vamos.

Techonq sudaba la gota gorda. ~Que habria descubierto Serramanna? Nada, no podia saber nada. El libio tenia que sobreponerse y dejar de manifestar un temor desprovisto de cualquier fundamento. Egipto era un verdadero Estado de
derecho; el sardo no se atreveria a utilizar la violencia, te-
miendo ser severamente condenado por un tribunal.

Techonq precedio a Serramanna hasta la pequena estancia donde conservaba las obras maestras que no tenia intencion
de vender. Entre ellas habia una esplendida munequera de cuero roJo.

-~Acaso intentas corromperme, Techonq?

-jCIaro que no!

-Una pieza de este valor... Es digna de un rey.

-jVuestras palabras me honran!

-Eres un artesano de elite, Techonq; tu carrera es brillan-
te, tu clientela notable, tu porvenir prometedor... jQue las-
tima!

El libio palidecio.

-No comprendo...

-~Por que extraviarte cuando la vida te sonreia?

-Extraviarme, yo...

Serramanna palpo un magnifico escudo de cuero marron, digno de un general en jefe.
-Lo siento mucho, Techonq, pero puedes tener graves problemas .
-~Yo? ~Pero por que?
-~Reconoces este objeto?
Serramanna enseno al artesano un cilindro de cuero que servia como estuche para papiros.
-~Ha salido de tu taller?
-Si, pero...
-~Si o no?
-Si, lo admito.
-~A quien estaba destinado?
-Al ritualista encargado de los secretos del templo.
El sardo sonrio.
-Eres un hombre sincero y recto, Techonq; estaba seguro de ello.
-jNo tengo nada que ocultar, senor!
-Y sin embargo has cometido una falta grave.
-~ Cual?
-Utilizar ese estuche para transmitir un mensaje subver-

SIV0.

Al libio le faltaba el aire. La lengua se le hincho en la boca y comenzaron a dolerle las sienes.

-Es... Es...

-Es un error de manipulacion -preciso Serramanna-. Al ritualista le extrano bastante encontrar en su estuche una lla-
mada a los libios de Egipto, conminandoles a que se prepararan para una revuelta armada contra Ramses.

-No, no... jEs imposible!

-El estuche procede de tu taller, Techonq, y tu redactaste el mensaje.

-jNo, senor, os juro que no!

-Me gusta tu trabajo, Techonq; te has equivocado metiendote en una conspiracion que te supera. A tu edad, y en tu situacion, es un error imperdonable. No tienes nada que ganar y mucho que perder. ~Que locura se ha apoderado de ti?

I45

-Senor, yo...

-No hagas falsos juramentos, serias condenado por el tribunal del mas alla. Elegiste el mal camino, amigo mio, pero quiero creer que fuiste enganado. En ciertos momentos, todos carecemos de lucidez.

-Es un malentendido, yo...

-No pierdas el tiempo mintiendo, Techonq, mis hombres te espian desde hace mucho tiempo y saben que eres el protector de los libios rebeldes.

-jRebeldes no, senor! Solo hombres en dificultades a quienes un compatriota intenta ayudar... ~No es muy natural ?

-No minimices tu papel. Sin ti, ninguna red oculta podra formarse.

-Soy un honesto comerciante, yo...

-Seamos precisos, amigo mio: tengo contra ti una prueba que te enviara a la muerte o, en el mejor de los casos, a pasar el resto de tu vida en el penal. Me basta con entregar este texto al visir para que de la orden de que te encarcelen. Hay un ejemplar proceso a la vista y un castigo a la altura de la falta.

-Pero... jSoy inocente!

-Vamos, Techonq, a mi no tienes que convencerme. Con una prueba semejante, los jueces no vacilaran. No tienes po-
sibilidad alguna de librarte. Salvo si yo intervengo.

Un denso silencio se instalo en el reducto donde el libio conservaba sus mas hermosas obras.

-~De que intervencion se trata, senor?

Serramanna palpo el escudo de cuero.

-Sea cual sea su posicion, todo hombre tiene deseos insa-tisfechos; y yo igual que los demas. Tengo una buena paga, vivo en una agradable mansion oficial, tengo tantas mujeres
como quiero, pero me gustaria ser mas rico y no preocu-parme por mi vejez. Ciertamente, podria callar y olvidar esa
prueba... Pero todo tiene un precio, Techonq.
-~Un precio... muy alto?

-No olvides que debo hacer callar, tambien, al encargado de los secretos. Un honesto porcentaje sobre tus beneficios me bastaria.

-~Me dejareis en paz si nos ponemos de acuerdo?

-De todos modos, tengo que hacer mi trabajo, ami-
go mio.

-~Que exigis?

-El nombre de los libios que asesinaron a Acha.

-Senor... ¡Lo ignoro!

-Si dices la verdad, lo conoceras muy pronto. Convierte-te en mi principal investigador, Techonq, y no tendras que lamentarlo.

-~Y si no consigo satisfaceros?

-Que lastima, amigo mio... Pero estoy convencido de que evitaras el desastre. De modo oficial, te encargo un centenar
de escudos y vainas para las espadas de mis hombres. Cuan-
do vengas a palacio, pregunta por mi.

Serramanna salio del taller, dejando a su espalda a un Te-
chonq desamparado. Ameni habia convencido al sardo para que se hiciera pasar por un hombre venal, dispuesto a trai-
cionar al rey para enriquecerse; si Techonq mordia el an-
zuelo, tendria menos miedo a hablar y pondria a Serraman-
na sobre la pista.
En el trigesimo tercer ano del reinado de Ramses el Gran-
de, el invierno tebano, proveedor a veces de vientos gelidos,
se mostraba clemente. Un vasto cielo azul sin nubes, un Nilo apacible, riberas sobre los cultivos verdeaban tras una buena inundacion, asnos cargados de forraje que trotaban de una aldea a otra, vacas de ubres hinchadas de leche que se dirigian a los pastos, enmarcadas por boyeros y perros, ninas jugando a munecas en el umbral de casas blancas mientras ~os muchachos corrian tras una pelota de tela... Egipto vivia a su ritmo eterno como si nada, nunca, fuera a cambiar. Ramses disfruto aquel momento inmovil inscrito en la cotidianidad. Que razon habian tenido sus antepasados
al elegir la orilla de Occidente para construir alli los templos
de millones de anos y excavar las moradas de vida donde, todas las mananas, los cuerpos de luz de los reyes y las rei-
nas eran regenerados por el sol naciente. En aquel lugar se habia abolido la frontera entre el aqui y el mas alla; lo hu-
mano era absorbido por el misterio. Tras haber celebrado el
ritual del alba en el templo del ka de Seti, en Gurnah, Ram-
ses se recogio en la capilla donde el alma de su padre se ex-
presaba en cada jeroglifico grabado en las paredes. En el co-

razon del silencio percibio la voz del faraon convertido en estrella. Cuando avanzo por el gran patio, banado por una suave luz, cantantes y tanedoras salian en procesion de la sala de columnas. Cuando Meritamon diviso a su padre se

separo del grupo, se dirigio hacia el y se inclino cruzando los brazos sobre su pecho.

Cada dia se parecia mas a Nefertari. Clara como una manana de primavera, su belleza parecia haberse alimentado con la sabiduria del templo. Ramses tomo el brazo de su hija
y ambos caminaron lentamente por la avenida de las esfinges, bordeada de acacias y tamariscos.

-~Te mantienes informada de los acontecimientos del mundo exterior?

-No, padre mio; tu haces reinar a Maat, tu combates el desorden y las tinieblas. ~No es eso lo esencial? Los ruidos del mundo profano no cruzan los muros del santuario, y es bueno que asi sea.

-Tu madre habia deseado esta vida, pero el destino le impuso otra.

-~No eras acaso dueno de ese destino?

-El faraon tiene el deber de actuar en este mundo, aunque su pensamiento permanezca en el secreto del templo. Hoy tengo que preservar la paz, Meritamon; para lograrlo, desposare a la hija del emperador del Hatti.

-~Sera gran esposa real?

-En efecto, pero tengo que celebrar mi segunda fiesta de regeneracion antes de la boda. Por ello debo tomar una decision que no puede ser efectiva sin tu conformidad.

-No deseo desempenar ningun papel en la direccion de los asuntos del pais, ya lo sabes.

-El ritual no puede cumplirse sin la participacion activa
de una gran esposa real egipcia. ~Es pedirte demasiado
que
cumplas con ese papel simbolico?

-Eso significa... salir de Tebas, ir a Pi-Ramses, y ~que
mas ?

-Aunque reina de Egipto, volverias aqui para vivir la
existencia que has elegido.

-~No me impondrias cada vez mas a menudo tareas pro-
fanas ?

I49
-Solo recurriria a ti para mis fiestas de regeneracion que,
segun Kha, tendran que celebrarse cada tres o cuatro anos,
hasta que mi tiempo de vida se haya agotado. Eres libre de
aceptar o rechazarlo, Meritamon.

-~Por que me has elegido?

-Porque anos de recogimiento te han dado la capacidad
espiritual y magica de desempenar un abrumador papel ri-
tual.

Meritamon se inmovilizo y se volvio hacia el templo de
Gurnah.

-Me pides demasiado, padre mio, pero eres el faraon.

Setau refunfunaba. Lejos de su querida Nubia, paraiso de
las
serpientes, se sentia como exiliado; y, sin embargo, no le
fal-
taba trabajo. Con la ayuda de Loto, que perseguia cada
noche
por el campo reptiles de buen tamano, habia dado un
nuevo
dinamismo al laboratorio encargado de preparar remedios
a

base de venenos. Y, por consejo de Ameni, aprovechaba la estancia en Pi-Ramses para completar sus conocimientos de administrador. Con la edad, Setau iba admitiendo que el ardor no bastaba para convencer a los altos funcionarios de que le concedieran creditos y el material que necesitaba en su provincia nubia; sin convertirse en cortesano, aprendia a presentar mejor sus peticiones y obtenia resultados positivos.

Al salir del despacho del encargado de la marina mercante, que habia aceptado la construccion de tres barcos cargueros especialmente destinados a Nubia, Setau se encontro con Kha, cuyo rostro parecia menos sereno que de costumbre.

-~ Problemas ?

-La organizacion de esa fiesta exige una constante atencion... y me acabo de llevar una sorpresa muy desagradable. El supervisor de los almacenes divinos del Delta, con el que contaba para proporcionar gran cantidad de sandalos, piezas de lino y copas de alabastro, casi no me ofrece nada. Eso complica especialmente mi tarea.

-~Te ha dado explicaciones?

-Su esposa me ha dicho que esta de viaje.

-jDesenvuelta actitud! Solo soy un administrador principiante, pero esto no me convence. Vayamos a ver a Ameni.

Mientras degustaba un muslo de oca asada mojandolo en una salsa de vino tinto, Ameni leia con rapidez los informes

redactados por el supervisor de los divinos almacenes del Delta, cuya sede administrativa se hallaba al norte de Menfis. La conclusion del secretario particular de Ramses estuvo desprovista de ambiguedades.

-Algo no funciona. Kha no se ha equivocado dirigiendo-se a ese funcionario y este no deberia tener dificultad alguna para proporcionarle todo lo necesario para la fiesta de re-
generacion. Esto no me gusta... jEn absoluto!

-~No se habra producido un error en los expedientes de la Administracion? -sugirio Kha.

-Es posible, pero no en mis expedientes.

-La fiesta puede verse comprometida en parte -reconocio el sumo sacerdote-; para acoger a los dioses y las diosas, ne-
cesitamos las mas hermosas piezas de lino, las mejores san-
dalias, los...

-Voy a poner en marcha una investigacion tecnica en profundidad-anuncio Ameni.

-jEsa es una idea de escriba! -se rebelo Setau-. Sera largo y complicado, Kha tiene prisa. Debemos actuar de modo mas sutil; nombrame supervisor especial y obtendre rapida-
mente la verdad.

Ameni puso mala cara.

-Estamos al limite de la legalidad... ~Y si hubiera peligro?

-Dispongo de auxiliares seguros y eficaces. No perdamos tiempo en vanas palabras y dame un nombramiento escrito.
En los almacenes del norte de Menfis, la dama Cherit dirigia
la maniobra con la autoridad de un aguerrido general. Pe-

quena, morena, hermosa, autoritaria, orientaba a los conductores de rebanos de asnos cargados de productos diversos, distribuia las tareas de manutencion, comprobaba las listas y no vacilaba en blandir su baston en las narices de los
raros respondones.

Una mujer de caracter, como a Setau le gustaban.

Con sus cabellos despeinados, su barba de varios dias y su nueva tunica de piel de antilope, que parecia mas andrajosa aun que la antigua, Setau fue descubierto enseguida.

-~Que haces por aqui, holgazan?

-Me gustaria hablar con vos.

-Aqui no se habla, se trabaja.

-Precisamente quisiera hablaros de vuestro trabajo.

La dama Cherit solto una maligna sonrisa.

-Tal vez te disgusta mi modo de mandar...

-Lo que me preocupa es vuestra cualificacion exacta.

La morenita se sintio extranada; un vagabundo no se expresaba de aquel modo.

-~ Quien eres ?

-El supervisor especial nombrado por la Administracion central.

-Perdonadme... Pero con ese atavio...

-Mis superiores me lo reprochan, pero toleran esa fantasia gracias a mis excelentes resultados.

-Como pura formalidad, ~podeis mostradme vuestras credenciales ?

-Aqui estan.

El papiro tenia todos los sellos indispensables, incluso el del visir que aprobaba la iniciativa de Ameni y de Setau.

La dama Cherit leyo una y otra vez el texto que daba al supervisor poder para inspeccionar a su guisa los almacenes.

-En realidad deberia haber ensenado el documento a vuestro rnarido.
-Esta de viaje.

-~Y no tendria que estar en su puesto?

-Su madre es muy anciana, le necesitaba.

-Habeis ocupado pues el lugar de vuestro esposo.

-Conozco el trabajo y lo hago bien.

-Tenemos un grave problema, dama Cherit; no pareceis en condiciones de entregar a palacio lo que exige para la fiesta de regeneracion del rey.

-Bueno... Es una peticion imprevista... y, de momento, por desgracia es cierto.

-Necesito explicaciones.

-No estoy al corriente de todo, pero se que se efectuo un importante traslado de material a otro paraje.

-~ Cual ?

-Lo ignoro.

-~Por orden de quien?

-Lo ignoro tambien; en cuanto mi marido regrese, podra

responderos y todo volvera a su cauce, no me cabe la menor
duda.

-Manana por la manana examinare vuestros inventarios y el contenido de los almacenes.

-Manana habia previsto hacer limpieza y...

-Tengo prisa, dama Cherit. Mis superiores exigen un informe en el mas breve plazo. Pondreis pues vuestros archivos a mi disposicion.

-¡Hay tantos!

-Ya me las arreglare. Hasta manana, dama Cherit.

I 5 3
La dama Cherit no tenia tiempo que perder. Una vez mas, su marido habia actuado como un imbecil dando una respuesta demasiado rapida a los cuestionarios de la Administracion. Cuando le habia mostrado la copia de su carta, ella habia montado violentamente en colera. Demasiado tarde para interceptar el correo... Cherit habia enviado de inmediato a su marido a una aldea, al sur de Tebas, esperando que el incidente quedara enterrado en la arena y el palacio recurriera a otros almacenes.

Por desgracia, la reaccion de las autoridades habia sido muy distinta. Pese a su extrano aspecto, aquel supervisor parecia decidldo e intratable. Por un instante, Cherit habia pensado en sobornarle, pero era una solucion demasiado arriesgada. Ahora lo unico que podia hacer era aplicar el plan de urgencia previsto para dicho contratiempo .

A la hora de cerrar los almacenes, retuvo a su lado a cuatro mantenedores. Iba a perder mucho en la manipulacion, pero era el unico medio de escapar a la justicia. Doloroso sa-
crificio que la privaria de considerables beneficios en las mercancias pacientemente acaparadas.

-En plena noche -ordeno Cherit a sus empleados-, entrareis en el edificio, a la izquierda del almacen central.

-Siempre esta cerrado -objeto un mantenedor.

-Yo lo abrire. Transportareis todo lo que hay en su interior hasta el almacen central lo mas rapidamente que podais
y en silencio.

-Esas no son horas normales, patrona.

-Por eso os dare un salario equivalente a una semana de trabajo. Y si quedo realmente satisfecha, anadire una prima.

Una amplia sonrisa aparecio en el rostro de los cuatro hombres.

-Luego olvidareis esta noche de trabajo. ~Estamos de acuerdo ?

En la cortante voz de Cherit, la amenaza estaba apenas velada.

-De acuerdo, patrona.

El barrio de los almacenes estaba desierto. A intervalos regulares, rondas de policias, acompanados por perros, recorrian el lugar.

Los cuatro hombres se habian ocultado en un vasto edificio donde se guardaban las narrias de madera utilizadas para el transporte de materiales pesados. Tras haber bebido
cerveza y comido pan fresco, habian dormido por turnos.

En mitad de la noche resono la voz imperiosa de la dama Cherit.

-Venid.

Habia corrido los cerrojos de madera y hecho saltar los sellos de barro seco que impedian el paso al edificio donde, oficialmente, su marido conservaba los lingotes de cobre destinados a los talleres de los templos. Sin hacer preguntas,
los mantenedores transportaron un centenar de jarras de vino de primera calidad, cuatrocientas cincuenta piezas de lino fino, seiscientos pares de sandalias de cuero, piezas de
carro, mil trescientos pequenos bloques de mineral de co-bre, trescientos rollos de lana y un centenar de copas de ala-
bastro.

Mientras los mantenedores depositaban las ultimas copas, Setau aparecio al fondo del almacen, donde se habia oculta-
do para presenciar la escena.

-Bien hecho, dama Cherit -afirmo-. De este modo resti-tuis lo que habiais robado, para echar tierra a mi investiga-cion. Bien hecho-repitio-, pero demasiado tarde.

La mujercita morena mantuvo su sangre fria.

-~Que exigis a cambio de vuestro silencio?

-El nombre de vuestros complices: ~a quien vendeis los objetos robados?

-No tiene importancia.

-Hablad, dama Cherit.

-~Os negais a negociar?

-No forma parte de mi temperamento.

-Peor para vos... jNo deberiais haber venido solo!

-Tranquilizaos, tengo una aliada.

En el umbral del almacen aparecio Loto. Con los pechos desnudos, la delgada y hermosa nubia vestia solo un corto taparrabos de papiro y sujetaba un cesto de mimbre cubier-
to por una tapa de cuero.

Dama Cherit sintio ganas de reir.

-¡Poderosa aliada! -se burlo.

-Que vuestros esbirros se larguen-dijo Setau con calma.

-Apoderaos de esos dos -ordeno secamente la dama Cherit a los mantenedores.

Loto dejo el cesto en el suelo, lo abrio e inmediatamente salieron de el cuatro viboras sopladoras, muy excitadas, reconocidas por las tres zonas de color azul y verde que ador-
naban sus cuellos. Expulsando el aire contenido en sus pulmones, emitieron un terrorifico ruido.

Saltando por encima de los montones de telas, los cuatro mantenedores pusieron pies en polvorosa.

Las viboras rodearon a la dama Cherit, a punto de desmayarse.

-Mejor sera que hableis -aconsejo Setau-; el veneno de esos reptiles es muy toxico. Tal vez no murais, pero los daños provocados en vuestro organismo serian irreparables.

-Lo dire todo -prometio la morenita.

-~Quien tuvo la idea de acaparar los bienes destinados a los templos?

-Fue... mi marido.

-~ Estais segura ?

-Mi marido... y yo.

-~Desde cuando dura este trafico?

-Hace algo mas de dos anos. Si no hubiera existido esa fiesta de regeneracion, no nos habrian pedido nada y todo habria proseguido.

-Tuvisteis que sobornar a algunos escribas.

-jNo hizo falta! Mi marido falsificaba los inventarios, e ibamos sacando los objetos en lotes mas o menos importan- tes, segun las oportunidades. El que me disponia a vender estaba bien provisto.

-~Su comprador?

-Un capitan de barco.

-~ Su nombre ?

-Lo ignoro.

-Describidle.

-Alto, barbudo, con una cicatriz en el antebrazo izquier- do y los ojos marrones.

-~Os paga el?

-Si, con piedras preciosas y un poco de oro.

-~Fecha de la proxima transaccion?

-Pasado manana.

-Pues bien-concluyo Setau alegre-, tendremos el placer de conocerle.

La chalana atraco tras una jornada de navegacion sin inci- dentes. Transportaba grandes jarras de terracota que, gracias

a un secreto de fabricacion de los alfareros del Medio Egipto, conservaba el agua potable y fresca durante un ano. Pero las jarras estaban vacias pues servirian para ocultar los objetos comprados a la dama Cherit.

El capitan habia hecho toda su carrera en la marina mercante, y sus colegas le consideraban un profesional excelente. Ningun accidente grave, una autoridad bien aceptada por sus tripulaciones, un retraso minimo en las entregas... Pero sus amantes costaban muy caras y los gastos aumentaban con mucha mas rapidez que su salario; tras algunas reticencias, se habia visto obligado a aceptar el trato que le ofrecian: transportar mercancias robadas. La importancia de las primas le permitia darse la gran vida que tanto le gustaba.

La dama Cherit era tan concienzuda como el. El cargamento estaria dispuesto, como de costumbre, y seria necesario poco tiempo para transportarlo del almacen a la chalana. Una actividad banal, que no extranaba a nadie, tanto menos cuanto las inscripciones, en los cofres de madera y los cestos, se referian a productos alimenticios.

Antes, el capitan tendria una aspera batalla. Por un lado, la dama Cherit se volvia cada vez mas avida, por el otro, el comandatario del marido queria pagar cada vez menos. La discusion podia ser larga, pero los interlocutores estaban obligados a llegar a un entendimiento.

El capitan se dirigio hacia la casa oficial de Cherit. Como ya habian convenido, ella le dirigio una breve senal con la mano desde lo alto de su terraza. Todo era normal pues.

El marino cruzo cl jardincillo y entro en la sala de recep-

cion, con dos columnas pintadas de azul. A lo largo de las paredes habia diversas banquetas. Enseguida distinguio los ligeros pasos de la dama Cherit bajando la escalera. Tras ella
aparecio una soberbia nubia.

-Pero... ~quien es esta mujer?

-No os volvais, capitan -dijo la voz grave de Setau-; a vuestra espalda hay una cobra.

-Es cierto -confirmo la dama Cherit.

-~Quien sois? -pregunto el marino.
-Un enviado del faraon. Mi mision consistia en poner fin a vuestras malversaciones. Pero quiero conocer tambien el nombre de tu patron.

El capitan se creyo victima de una pesadilla. El mundo se derrumbaba sobre su cabeza.

-El nombre de tu patron -repitio Setau.

El capitan sabia que la condena seria pesada; no iba a ser el unico en sufrir el castigo.

-Solo lo he visto una vez.

-~Dijo su nombre?

-Si... Se llama Ameni.

Estupefacto, Setau dio unos pasos y se puso delante del capitan.

- jDescribele!

El capitan veia, por fin, al hombre que queria detenerle. jLa cobra era el! Convencido de que Setau habia inventado la presencia del reptil para asustarle, dio media vuelta e intento huir. La serpiente se lanzo y le mordio en el cuello. Por efecto del dolor y la emocion, el marino perdio el co-

nocimiento y se derrumbo.

Segura de que el camino estaba libre, la dama Cherit corrio
hacia el jardincillo.

-jNo! -aullo Loto, desprevenida.

La segunda cobra, una hembra, mordio a la hermosa morena en las caderas cuando cruzaba el umbral de su mansion.
Sin aliento, con el corazon oprimido, la dama Cherit se arras-
tro aranando la tierra con sus unas y, luego, se inmovilizo mientras el reptil regresaba lentamente hacia su companero.

-No hay posibilidad de salvarlos -deploro Loto.

-Robaron a su pais, y los jueces del mas alla no seran indulgentes -recordo Setau, y se sento, trastornado-. jAmeni... Ameni, un corrupto!

1 59

La ultima carta del emperador Hattusil era una obra maes tra de la diplomacia. Ramses la habia leido con atencion ma
de diez veces y no conseguia formarse una opinion. ~El em perador deseaba la paz o la guerra? ~Queria aun casar a su
hija con Ramses o se escondia tras su dignidad ultrajada.t

-~Que te parece, Ameni?

El portasandalias y secretario particular del rey parecia haber adelgazado, a pesar de lo mucho que comia durante la
jornada. Tras un profundo examen, la doctora Neferet le habia afirmado que no sufria ninguna enfermedad grave, pero que debia trabajar menos.

-Necesitarialnos a Acha; el sabria descifrar esta prosa.

-~ Tu que opinas ?

-Bueno, soy mas bien pesimista por naturaleza, teng~
la sensacion de que Hattusil te abre una puerta. Tu fiest
de regeneracion se inicia manana; la magia te dara la res
puesta.

-Me satisface ir al encuentro de la comunidad de los dio-
ses y las diosas.

-Kha ha actuado de un modo admirable -considero Ame-
ni-; no faltara nada. Por lo que a Setau se refiere, acaba de
poner fin a un robo sistematico. Los objetos encontrados
estan ya en Pi-Ramses.

-~ Los culpables ?

-Perecieron en un accidente. Su caso sera sometido al tri-
bunal del visir, que se pronunciara sobre la probable ani-
quilacion de su nombre.

-Me retiro hasta que amanezca.

-Que el ka te ilumine, majestad; y que puedas asi llenar
de sol Egipto.

La noche del agonizante estio era calida y clara. Como la ma-
yoria de sus compatriotas, Ramses habia decidido dormir al
aire libre, en la terraza de palacio. Tendido en una simple es-
tera, contemplaba el cielo donde brillaban las almas de los fa-
raones convertidos en luz. El eje del universo pasaba por la
estrella polar, alrededor de la cual se desplegaba la corte de
las inmortales estrellas, mas alla del tiempo y del espacio.
Desde la epoca de las piramides, el pensamiento de los sabios
se inscribia en el cielo. A sus cincuenta y cinco anos, tras

treinta y tres de reinado, Ramses detenia el flujo de las horas
y se interrogaba sobre sus actos. Hasta entonces no habia de-
jado de avanzar, de franquear obstaculos, de hacer que retro-
cedieran los limites de lo imposible; aunque su energia no fla-
queara en absoluto, no veia ya el mundo al modo de un
carnero que corriera con los cuernos por delante, sin preocu-
parsc de quien le seguia. Reinar en Egipto no consistia en im-
ponerle la ley de un hombre, sino en hacer que respirara el
aliento de Maat, cuyo primer servidor era el faraon. Joven
rey, Ramses habia esperado cambiar las mentalidades, arras-
trar a toda una sociedad detras de su estela, liberarla para
siempre de la mezquindad, de la bajeza, ensanchar el corazon
de los seres. Con la experiencia, el sueno se habia disipado.
Los humanos siempre se sentirian atraidos por la mentira y el
mal; ninguna doctrina, ninguna religion, ninguna politica mo-
dificaria su naturaleza. Solo la practica de la justicia y la per-
manente utilizacion de la regla de Maat evitaban el caos.

Ramses se habia esforzado por respetar lo que su padre,
Seti, le habia ensenado. Su deseo de ser un gran faraon, que

marcara con su sello el destino de las Dos Tierras, no con
taba ya. Tras haber conocido todas las felicidades, tras ha
ber conocido el apogeo del poder, solo tenia ya una ambi
cion: servir.

Setau estaba ebrio, pero seguia bebiendo el macerado vino
de los oasis. Con las piernas rigidas, recorria la estancia.

-¡No te duermas, Loto! No es momento de descansar... Tenemos que reflexionar y decidir.

-¡Hace horas que repites la misma frase!

-Y harias bien escuchandome, no hablo a la ligera... Sabemos que Ameni es un corrupto. Detesto al pequeno escriba, le maldigo, quisiera verle hirviendo en los calderos de los ase-
sinos de almas... Pero es mi amigo y el de Ramses. Y mientras mantengamos silencio, no sera condenado por robo.

-~No esta el robo vinculado a una conspiracion contra Ramses ?

-Tenemos que reflexionar y decidir... Si fuera a ver al rey... No, imposible. Se prepara para su fiesta de regeneracion. No puedo estropear ese momento. Si hablara con el vi-
sir... ¡Haria detener a Ameni! ¡Y tu no dices nada!

-Duerme un poco, luego pensaras mejor.

-¡No basta con pensar, es preciso decidir! Y para eso no es necesario dormir. Ameni... ¡Que has hecho Ameni!

-Por fin la pregunta adecuada -observo Loto.

Rigido como una estatua, a pesar de sus temblorosas manos, Setau contemplo a la nubia.

-~Que quieres decir?

-Antes de torturar tu espiritu, preguntate que ha hecho realmente Ameni.

-Esta claro, el capitan de la chalana confeso. Ameni es el cabecilla de una red que se dedicaba a traficar con objetos valiosos. Mi amigo Ameni-se lamento.
Scrramanna dormia solo. Tras una jornada agotadora, du-

rante la que habia comprobado la puesta a punto de los dis-
tintos elementos del dispositivo de seguridad alrededor del tcmplo de regeneracion, se habia derrumbado en la cama, sin
pensar siquiera en aprovecharse del delicioso cuerpo de su ultima amante oficial, una joven siria flexible como una cana.

Le despertaron unos gritos.

Saliendo a duras penas de las profundidades del sueno, el gigante sardo se desperezo y se lanzo al corredor, donde su
intendente se las veia con un Setau visiblemente borracho.

-jHay que investigar enseguida!

Serramanna aparto al intendente, agarro a Setau por el cuello de su tunica, le arrastro hasta su habitacion y le ver-
tio en la cabeza el contenido de una jarra de agua fresca.
-t Que... pero que...?

-Agua. Has olvidado beberla desde hace algun tiempo.
Setau se dejo caer en la cama.

-Te necesito.

-t Quien es la nueva victima de tus malditas serpientes?
-Tienes que investigar.

-t Sobre que?

Setau vacilo por ultima vez, pero se decidio.

-La fortuna de Ameni.

-~ Como ?

-Ameni tiene una fortuna oculta.

-~Pero que has bebido, Setau? jDebe de ser peor que el

veneno de serpiente!

-Ameni tiene una fortuna ilegal... jY podria ser mas gra-
ve aun! Supon que Ramses este amenazado...

-Explicate.

Desordenadamente, pero sin omitir detalle, Setau le relato co-
mo Loto y el habian acabado con el trafico de la dama Cherit.

-t Que vale la confesion de un bandido como ese capitan?
Habra dicho un nombre al azar!

-Parecia sincero-objeto Setau.
marcara con su sello el destino de las Dos Tierras, no con-
taba ya. Tras haber conocido todas las felicidades, tras ha-
ber conocido el apogeo del poder, solo tenia ya una ambi-

cion: servir.

Setau estaba ebrio, pero seguia bebiendo el macerado vino
de los oasis. Con las piernas rigidas, recorria la estancia.

-jNo te duermas, Loto! No es momento de descansar...
Tenemos que reflexionar y decidir.

-jHace horas que repites la misma frase!

-Y harias bien escuchandome, no hablo a la ligera... Sabe-
mos que Ameni es un corrupto. Detesto al pequeno escriba,
le maldigo, quisiera verle hirviendo en los calderos de los ase-
sinos de almas... Pero es mi amigo y el de Ramses. Y mien-
tras mantengamos silencio, no sera condenado por robo.

-~No esta el robo vinculado a una conspiracion contra
Ramses ?

-Tenemos que reflexionar y decidir... Si fuera a ver al
rey... No, imposible. Se prepara para su fiesta de regenera-

cion. No puedo estropear ese momento. Si hablara con el vi-
sir... ¡Haria detener a Ameni! ¡Y tu no dices nada!

-Duerme un poco, luego pensaras mejor.

-¡No basta con pensar, es preciso decidir! Y para eso no es necesario dormir. Ameni... ¡Que has hecho Ameni!

-Por fin la pregunta adecuada -observo Loto.

Rigido como una estatua, a pesar de sus temblorosas manos, Setau contemplo a la nubia.

-~Que quieres decir?

-Antes de torturar tu espiritu, preguntate que ha hecho realmente Ameni.

-Esta claro, el capitan de la chalana confeso. Ameni es el cabecilla de una red que se dedicaba a traficar con objetos valiosos. Mi amigo Ameni -se lamento.
Serramanna dormia solo. Tras una jornada agotadora, durante la que habia comprobado la puesta a punto de los dis-
tintos elementos del dispositivo de seguridad alrededor del templo de regeneracion, se habia derrumbado en la cama, sin
pensar siquiera en aprovecharse del delicioso cuerpo de su ultima amante oficial, una joven siria flexible como una cana.

Le despertaron unos gritos.

Saliendo a duras penas de las profundidades del sueno, el gigante sardo se desperezo y se lanzo al corredor, donde su
intendente se las veia con un Setau visiblemente borracho.

-¡Hay que investigar enseguida!

Serramanna aparto al intendente, agarro a Setau por el

cuello de su tunica, le arrastro hasta su habitacion y le vertio en la cabeza el contenido de una jarra de agua fresca.
-t Que... pero que...?

-Agua. Has olvidado beberla desde hace algun tiempo.
Setau se dejo caer en la cama.

-Te necesito.

-t Quien es la nueva victima de tus malditas serpientes?
-Tienes que investigar.

-t Sobre que?

Setau vacilo por ultima vez, pero se decidio.

-La fortuna de Ameni.

-t Como?

-Ameni tiene una fortuna oculta.

-t!Pero que has bebido, Setau? jDebe de ser peor que el veneno de serpiente!

-Ameni tiene una fortuna ilegal... jY podria ser mas grave aun! Supon que Ramses este amenazado...

-Explicate.

Desordenadamente, pero sin omitir detalle, Setau le relato como Loto y el habian acabado con el trafico de la dama Cherit.

-t Que vale la confesion de un bandido como ese capitan? Habra dicho un nombre al azar!

-Parecia sincero-objeto Setau.
Serramanna estaba aterrado.

-Ameni... El ultimo del que habria sospechado que trai-

cionase al rey y su pais.

-~Porque de mi lo habrias sospechado?

-jNo me vcngas con susceptibilidades! Estamos hablan-
do de Ameni.

-Ticncs que investigar, Serramanna.

-jInvestigar, investigar! Es facil decirlo. Debo encargar-
me de la scguridad de Ramses durante la ficsta de
regenera-
clon. jY Ameni lo domina todo! Si ha cometido deshones-
tidadcs, debemos evitar ponerle en aviso y permitirle
acabar
con las pruebas. ~Imaginas que le acusaramos a la ligera?

Sctau se cubrio la cabeza con las manos.

-Loto y yo somos testigos. El capitan acuso a Ameni.

El sardo sintio nauseas. Que un hombre como Ameni, fiel
entre los fieles, hubiera pensado solo en enriquecerse le
daba asco; decididamcnte, no habia humano alguno que
sal-
vara a otro. Lo pcor cra la eventual complicidad de Ameni
con los conspiradores; ~servia su fortuna oculta para
armar
cl brazo dc los adversarios de Ramses?

-Estoy borracho -admitio Setau-, pero lo he dicho todo.
Ahora ya lo sabemos tres personas: tu, Loto y yo.

-Habria preferido otra clase de confidencia.

-~Que picnsas hacer?

-Amelli dispone de un alojamiento oficial en palacio,
pcro duerme casi siempre en su despacho. Tendremos quc
hacerle salir y llevar a cabo un rcgistro discreto... Si ha
ocul-

tado alli oro o piedras preciosas, lo descubriremos. En cuan-
to salga, le seguiremos permanentemente e identificaremos a
todas las personas que reciba. Es evidente que debe mante-
ner contactos con otros miembros de la red. Esperemos que
mis hombres no metan la pata... Si la policia del visir se hue-
le la invcstigacion, tendre problemas.

-Debcmos pensar en Ramscs, Serramanna.

-~Y en quien crees que pienso?

1 64

Aquella manana, todo Egipto oro por Ramses. Tras tan lar-
go reinado, ~de que modo absorberia la formidable energia
que emanaba de la comunidad de dioses y diosas? Si su
cuerpo fisico no estaba ya en condiciones de servir de re-
ceptaculo para el ka seria destruido, como un recipiente de-
masido fragil. El fuego del reinado de Ramses volveria al
fuego celestial, y su momia a la tierra. Pero si el rey era re-
generado, una nueva sangre circularia por las venas del pais.

Procedentes de las provincias del Norte y del Sur, las efi-
gies de las divinidades se habian reunido en el templo de
regeneracion de Pi-Ramses, donde Kha las habia recibido.
Mientras durara la fiesta, el faraon seria su huesped y mora-
ria en el regazo de lo sobrenatural, en un espacio sagrado al
margen del mundo profano.

Mientras se vestia, al amanecer, Ramses penso en Ameni.
jQue interminables debian de parecerle esas jornadas a su
secretario particular! Mientras se celebraban las ceremonias,

no podria pedir consejo al rey y se veria obligado a clasifi-
car como <<pendientes~> muchos asuntos que
consideraba ur-
gentes. Segun Ameni, Egipto no estaba nunca bien
adminis-
trado y ningun funcionario se tomaba su papel lo bastante

Tocado con la doble corona, vestido con una tunica de
lino plisado y un pano dorado, calzado con sandalias de
oro,
Ramses se presento en el umbral de palacio.

Dos hijos reales se inclinaron ante el monarca. Ataviados
con una peluca de largos colgantes, una camisa de anchas
y
plisadas mangas y una falda larga, mantenian un asta cuyo
extremo superior habia sido tallado en forma de carnero,
una de las encarnaciones de Amon, el dios oculto.

Lentamente, los dos portaensena condujeron al faraon
hasta el portal de granito del templo de regeneracion, de
doce metros de alto, que estaba precedido por obeliscos y
colosos que simbolizaban, como los de Abu Simbel, el ka
real. Desde el inicio de la construccion de su capital, Ram-
ses habia previsto el emplazamiento de este templo, como
si
creyera en su capacidad para reinar mas de treinta anos.

Dos sacerdotes con el rostro cubierto con mascaras de
chacal recibieron al monarca; uno era el que abria los
cami-
nos del Sur, el otro los del Norte. Guiaron a Ramses a tra-
ves de una sala de columnas, de diez metros de alto, y le
lle-
varon a la sala de las telas. El rey se desnudo alli y se puso
una tunica de lino que le llegaba por encima de las rodillas
y que mas bien parecia un sudario. Con la mano izquierda
cogio el cayado del pastor y con la derecha, el cetro de tres
azotes, que evocaba los tres nacimientos del faraon, en el
reino bajo tierra, en la tierra y en el cielo.

Ramses habia vivido ya muchas pruebas fisicas, ya fuera el combate con un toro salvaje o la batalla de Kadesh donde, solo en el tumulto, habia tenido que enfrentarse con miles de hititas desencadenados; pero la fiesta de regeneracion le invitaba a un combate distinto en el que intervenian energias invisibles. Muriendo para si mismo, regresando a lo no creado, de donde habia salido, Ramses debia renacer del amor de los dioses y las diosas, y sucederse a si mismo. Por aquel acto alquimico, tejia inalterables vinculos entre su persona simbolica y su pueblo, entre su pueblo y la comunidad de potencias creadoras.

Los dos sacerdotes con mascara de chacal condujeron al soberano hasta un gran patio al aire libre que evocaba el del faraon ~oser en Saqqara; era obra de Kha, que admiraba tanto la arquitectura antigua que habia hecho construir aquella reproduccion en el interior del recinto del templo de regeneracion de Ramses.

Ella salio a su encuentro.

Ella, Meritamon, la hija de Nefertari, la propia Nefertari, resucitada para resucitar a Ramses estaba deslumbradora. La gran esposa real, ataviada con una larga tunica blanca, discreto collar de oro, tocada con dos altas plumas que simbolizaban la vida y la Regla, se coloco detras del monarca. Durante todas las etapas del ritual, le protegeria con la magia del verbo y del canto.

Kha prendio la llama que ilumino las estatuas de las divinidades, las capillas donde se habian colocado y el trono real en el que se instalaria Ramses si salia vencedor de las pruebas. El sumo sacerdote seria ayudado por el consejo de

grandes del Alto y el Bajo Egipto, entre los que se encon-
traban Setau, Ameni, el sumo sacerdote de Karnak, el visir,
la medico en jefe del reino, Neferet, algunos <<hijos e
hijas
reales>>. Sobrio ya, Setau no queria pensar en el
despreciable
comportamiento de Ameni; solo importaba el ritual que de-
bia realizarse a la perfeccion, para renovar la potencia vital
de Ramses.

Los grandes del Alto y el Bajo Egipto se prosternaron ante
el faraon. Luego, Setau y Ameni, actuando como <<amigo
unico~, lavaron los pies del rey. Purificados, le permitirian
recorrer todos los espacios, de agua, tierra o fuego. La
jarra
de donde brotaba el agua tenia la forma del signo jeroglifi-
co sema, que representaba el conjunto formado por el
cora-
zon y la arteria, y significaba <<reunir>>. Por este liquido
sa-
cralizado, el faraon se convertia en un ser coherente y en
el
unificador de su pueblo.

Kha habia regulado tan bien las ceremonias que los dias
y las noches de la fiesta transcurrieron como una hora.

Obligado a caminar lentamente, debido a su cenida tuni-

ca, Ramses hacia eficaces las ofrendas alimenticias
deposita-
das en los altares de las divinidades; con su mirada y con la
formula <<ofrenda que da el faraon>>, hizo surgir el ka
inma-
terial de los alimentos. La reina cumplia la funcion de vaca
celestial, encargada de alimentar al rey con la leche de las
es-
trellas, con el fin de expulsar de su cuerpo la debilidad y la
enfermedad.

Ramses venero cada una de las potencias divinas, para que

fuese preservada la multiplicidad de la creacion que alimen-
taba su unidad. Haciendolo, desprendia precisamente la uni-
dad inalterable oculta en cada forma y comunicaba a cad estatua una vida magica.

Durante tres dias, procesiones, letanias y ofrendas se su cedieron en el gran patio donde estaban presentes las divi-nidades. Albergadas en capillas a las que se accedia por pe quenas escaleras, delimitaban el espacio sagrado y difundiar
su energia. Viva unas veces, recogida otras, la musica de lo~
tamboriles, las arpas, los laudes y los oboes acompasaba los episodios que se precisaban en el papiro que iba desen-rollando el portador del rito.

Asimilando el alma de las divinidades, dialogando con el toro Apis y el cocodrilo Sobek, manejando el arpon para im-
pedir que el hipopotamo perjudicara, el faraon tejia vincu-los entre el mas alla y el pueblo de Egipto. Por la accion del
rey, lo invisible se hacia visible y se edificaba una relacion de armonia entre la naturaleza y el hombre.

En un patio anejo se habia levantado un estrado en el que habia dos tronos unidos; para llegar a ellos, Ramses tenia que subir unos peldanos. Cuando se sentaba en el trono d~ Alto Egipto, se ponia la corona blanca; cuando lo hacia e el del Bajo Egipto, la corona roja. Y cada fase ritual era lle vada a cabo por uno y otro aspecto de la persona real, dua lidad en movimiento, oposicion aparentemente reductible apaciguada sin embargo en el ser del faraon. Asi las Do Tierras se hacian una sin confundirse. Sentandose alternati vamente en uno y otro trono, Ramses era unas veces Horus,
el de la penetrante mirada, otros Set, el de la inigualable po-
tencia, y siempre el tercer termino que conciliaba a ambos hermanos.

El penultimo dia de la fiesta, el rey abandono su tunica blanca para revestir el taparrabos tradicional de los monarcas del tiempo de las piramides, que llevaba prendida una cola de toro. Habia llegado la hora de comprobar si el far~on reinan~e hab~a asimilado correctamente la ene~rg~a de
las divinidades y si era capaz de tomar posesion del cielo y de la tierra.

Puesto que habia vivido el secreto de los dos hermanos enemigos, Horus y Set, el faraon era apto para recibir de nuevo el testamento de los dioses que le convertia en heredero de E~ipto. Cuando los dedos de Ramses se cerraron sobre el pequeno estuche de cuero en forma de cola de milano que contenia el inestimable documento, todos los corazones se sintieron oprimidos. cTendria la mano de un ser humano, por muy dueno de las Dos Tierras que fuese, suficiente fuerza para apoderarse de un objeto sobrenatural?

Sujetando con firmeza el testamento de los dioses, Ramses empuno el gobernalle quc revelaba su aptitud para dirigir el navio del Estado en la direccion adecuada. Luego, con
grandes zancadas, recorrio el patio, asimilado a la totalidad
de Egipto como reflejo del cielo y la tierra. Como rey del Bajo Egipto, llevo a cabo la carrera ritual cuatro veces, cada
una de ellas dirigida a un punto cardinal; y cuatro mas como
rey del Alto Egipto. Las provincias de las Dos Tierras fueron asi transfiguradas por los pasos del faraon, que afirmaba el reinado de los dioses y la presencia de la jerarquia ce-
lestial; en el, la totalidad de los faraones difuntos volvia a la
vida y Egipto se convertia en fecundo campo de lo divino.

-He corrido -proclamo Ramses-, he tenido en la mano el testamento de los dioses. He atravesado la tierra entera y to-

cado sus cuatro esquinas. La he recorrido segun mi
corazon.

I69He corrido, he atravesado el oceano de los origenes, he
to-
cado las cuatro esquinas del cielo, he llegado tan lejos
como
la luz y ofrecido la fertil tierra a su soberana, la regla
de vida.

El ultimo dia de la fiesta de regeneracion se preparaban los
regocijos en ciudades y pueblos; se sabia que Ramses
habia
triunfado y que su energia para reinar se habia renovado.
Sin embargo, la alegria no podia estallar antes de que el
mo-
narca regenerado mostrara a su pueblo el testamento de
los
dioses.

Al alba, Ramses se sento en una silla de manos que le-
vantaron los grandes del Alto y el Bajo Egipto; la espalda
de
Ameni sufria, pero quiso realizar su parte en la labor. El fa-
raon fue llevado a los cuatro puntos cardinales y, en cada
uno de ellos, tenso un arco y disparo una flecha para anun-
ciar al universo entero que el faraon seguia reinando.

Luego, el monarca subio a un trono cuya base estaba
adornada con doce cabezas de leon y se dirigio a todos los
puntos del espacio para anunciar que la regla de Maat aca-
llaria las fuerzas del mal.

Coronado de nuevo, como la primera vez, Ramses rindio
homena)e a sus ancestros. Ellos habian abierto caminos en
lo invisible y formaban el zocalo de la realeza. Setau, que
se
felicitaba por la fuerza de su caracter, no pudo contener
las
lagrimas; nunca Ramses habia sido tan grande, nunca el fa-
raon habia encarnado hasta ese punto la luz de Egipto.

El rey abandono el gran patio donde el tiempo habia sido
abolido. Atraveso la sala hipostila y subio la escalera que
lle-
vaba a la cima del pilono. Aparecio entre las dos altas
torres,
como el sol de mediodia, y mostro a su pueblo el testamen-
to de los dioses.

Un inmenso clamor broto de la muchedumbre. Ramses
fue reconocido, por aclamacion, digno de gobernar; sus pa-

I70

labras serian vida, sus actos unirian la tierra y el cielo. El
Nilo seria fecundo, alcanzaria la base de las colinas,
deposi-
taria en las tierras el fertil limo, ofreceria a los hombres el
agua pura e innumerables peces. Como las divinidades
esta-
ban de fiesta, la felicidad se derramo en los corazones; gra-
cias al rey, el alimento seria tan abundante como los
granos
de arena en las riberas del rio. ~Acaso no se decia de Ram-
ses el Grande que amasaba con sus manos la prosperidad?
Dos meses y un dia.

Un dia tormentoso, tras dos meses de investigacion dis-
creta y minuciosa. Serramanna no habia escatimado
medios;
sus mejores hombres, mercenarios experimentados, se ha-
bian encargado de seguir a Ameni y registrar sus locales
sin
llamar la atencion. El gigante sardo les habia avisado: si
les
cogian, el se desentenderia; y si le comprometian, los es-
trangularia con sus propias manos. Prometio, como prima,
vacaciones suplementarias y vino de primera calidad.

Alejar a Ameni de su despacho habia resultado dificil.
Una gira de inspeccion por el Fayyum habia proporcionado
al sardo una inesperada ocasion; pero el registro no habia
dado resultado alguno. El secretario particular de Ramses
no ocultaba objetos ilicitos ni en su morada oficial, casi

siempre vacia, ni en sus arconcs, ni en su biblioteca, ni detras de los anaqueles. Ameni seguia trabajando dia y noche,
comia mucho y dormia poco. Por lo que a sus visitantes se refiere, pertenecian a la Alta Administracion, y el escriba solia encontrarse con ellos para exigir cuentas y avivar su ardor al servicio del Estado.

Escuchando los informes negativos del sardo, Setau se preguntaba si no habria sonado; pero Loto, al igual que el, habia oido, efectivamente, como pronunciaba el nombre de Ameni el capitan de la chalana. Le resultaba imposible borrar de su memoria aquella mancilla.
Serramanna pensaba desmantelar el dispositivo que habia puesto en marcha; sus hombres se ponian nerviosos y no tardarian en meter la pata.

Y aquel dia de tormenta se produjo el tan temido accidente. A primera hora de la tarde, mientras Ameni estaba solo en su despacho, recibio a un visitante insolito: un hombre mal afeitado, tuerto, basto, con el rostro profundamente marcado.

El mercenario a las ordenes de Serramanna le habia seguido hasta el puerto de Pi-Ramses y no tuvo dificultad alguna en identificarle: un capitan de chalana.

-~Estas seguro? -pregunto Setau a Serramanna.

-El tipo ha zarpado hacia el Sur con un cargamento de jarras. La conclusion es evidente.

Ameni a la cabeza de una pandilla de ladrones, el, que conocia la Administracion mejor que nadie y abusaba de ello en beneficio personal... Y tal vez peor aun.

-Ameni ha esperado bastante -advirtio el sardo-, pero se ha visto obligado a ponerse de nuevo en contacto con sus complices.

-No quiero creerlo.

-Lo siento, Setau. Debo decir a Ramses lo que se.

~<OIvida tus agravios -escribia cl cmpcrador Hattusil al fa-
raon de Egipto-, reten tu brazo y pcrmitcnos respirar el aliento de vida. ;En verdad eres hijo del dios Set! El te prometio el pais de los hititas, y te daran como tributo todo lo que desees. cNo estan acaso a tus pies?>>

Ramses mostro la tablilla a Ameni.

-Lee tu mismo... jSorprendente cambio de tono!

-Los partidarios de la paz han prevalecido, la influencia de la reina Putuhepa ha sido decisiva. Majestad, ya solo te queda redactar una invitacion oficial para que una princesa hitita se convierta en reina de Egipto.

I7~
-Preparame algunas hermosas formulas a cuyo pie pondre mi sello. Acha no murio por nada; la obra de su vida queda asi coronada.

-Me voy a mi despacho a preparar la misiva.

-No, Ameni; escribela aqui. Sientate en mi silla para gozar de los postreros rayos del sol.

El secretario particular del rey se quedo petrificado.

-Yo... En la silla del faraon... ;Nunca!

-~Tienes miedo?

-jCIaro que tengo miedo! Otros fueron fulminados por haber cometido este tipo de locura.

-Subamos a la terraza.
-Pero... Ia carta...

-Puede esperar.

El panorama era arrobador. Suntuosa y tranquila, la capital de Ramses el Grande se entregaba a la noche.

-~ La paz que tanto deseamos, Ameni, no estara aqui, ante nuestros ojos? Tendriamos que saber saborearla a cada instante, como un fruto raro, y evaluar su autentico valor. Pero los hombres solo piensan en turbar la armonia, como si no la soportaran. cPor que, Ameni?

-Lo... Lo ignoro, majestad.

-~Nunca te has hecho esta pregunta?

-No he tcnido tiempo. Y ahi esta el faraon para responder a las preguntas.

-Serramanna ha hablado conmigo -revelo Ramses.

-cHablado...? ~De que?

-De una soprendente visita a tu despacho.

Ameni no parecio turbado.

-~De quien se trata?

-~No podrias decirmelo tu mismo?

El escriba reflexiono unos instantes.

-Pienso en ese capitan de chalana que no tenia cita y se abrio paso a la fuerza; ciertamente no suelo recibir a ese tipo de personajes. Su discurso era incoherente, hablaba de los descargadores y de algunos cargamentos que se retrasan... Le puse en la puerta con la ayuda de un guardia.

-~Era la primera vez que le veias?

-;Y la ultima! Pero... ~A que vienen esas preguntas?

La mirada de Ramses se hizo tan penetrante como la de Set; los ojos del monarca fulguraron, atravesando el crepusculo.

-~Me has mentido alguna vez, Ameni?

-jNunca, majestad! ;Y nunca te mentire! ;Que mis palabras valgan como juramento por la vida del faraon!

Durante unos largos segundos, Ameni no respiro. Sabia que Ramses estaba juzgandole e iba a pronunciar su veredicto.

La mano diestra del faraon se poso en el hombro del escriba, que sintio inmediatamente el efecto bienhechor de su
magnetismo.

-Confio en ti, Ameni.

-~De que me acusaban?

-De organizar un robo de bienes destinados a los templos y enriquecerte.

Ameni estuvo a punto de desfallecer.

-~ Enriquecerme, yo ?

-Tenemos trabajo; la paz parece al alcance de la mano, sin embargo, debemos reunir inmediatamente un consejo de guerra.

Setau se arrojo en brazos de Ameni, Serramanna mascullo unas excusas.

-;Evidentemente, si el propio faraon te ha absuelto definitivamente.. . !

-~Creiste que era culpable? -se extrano el secretario par-

ticular del rey, quien observaba la escena con aire grave.

-Traicione nuestra amistad -reconocio Setau-, pero solo
pensaba en la seguridad de Ramses.

17S
-En ese caso -considero Ameni-, actuaste bien. Y vuelve
a hacerlo si sospechas de nuevo. Salvaguardar la persona
del
faraon es nuestro mas imperioso deber.

-Alguien ha intentado desacreditar a Ameni ante su ma-
jestad -recordo Serramanna-; alguien cuyos manejos desba-
rato Setau.

-Quiero conocer todos los detalles -exigio Ameni.

Setau y Serramanna narraron los episodios de su investi-

gaclon .

-El jefe de la red se hizo pasar por mi -concluyo el es-
criba-, y engano al capitan de la chalana que la cobra de
Se-
tau mando al infierno de los ladrones. Propagando esa
falsa
informacion, lanzaba sospechas sobre mi persona y mis
ser-
vicios. Basto la visita de otro capitan para convenceros de
mi culpabilidad. Si me eliminaban a mi, la Administracion
del pais quedaria desorganizada.

Ramses abandono su mutismo.

-Mancillar a mis amigos es ensuciar el gobierno del pais
del que soy responsable. Han intentado debilitar Egipto
precisamente cuando se juega una dificil partida con el
Hat-
ti. No es un simple asunto de robo, ni siquiera a gran esca-
la, sino una gangrena que debe ser detenida en el acto.

-Encontremos al marino que me visito -recomendo

Ameni.

-Yo me encargo -di~o Serramanna; el tipo nos llevara hasta su autentico patron.

-Me pongo a disposicion de Serramanna-ofrecio Setau-. Se lo debo a Ameni.

-Nada de fallos -exigio Ramses-; quiero la cabeza organizadora.

-~Y si se tratara de Uri-Techup? -intervino Serramanna-. Estoy convencido de que desea vengarse.

-Imposible -objeto Ameni-; no conoce suficientemente el funcionamiento de la Administracion egipcia como para haber organizado ese robo.
Uri-Techup decidido a impedir la boda de Ramses con la hija de Hattusil, el tirano que le habia apartado del poder...
El rey no rechazo la sugerencia del jefe de su guardia.

-Alguien pudo actuar por ordenes de Uri-Techup -insistio Serramanna.

-Basta de discusiones -interrumpio Ramses-; seguid el hilo, y enseguida. Tu, Ameni, trabajaras en una sala aneja a palacio.

-~Pero... por que?

-Porque eres sospechoso de corrupcion y has sido aislado. El adversario debe estar convencido de que su plan ha tenido exito.

I77
Un viento helado y violento barria las murallas de Hattusa, la capital fortificada del Imperio hitita. En la altiplanicie de Anatolia, el otono se habia transformado bruscamente en invierno. Lluvias torrenciales embarraban los caminos y dificultaban los desplazamientos de los comerciantes. Friolento, el emperador Hattusil se agazapaba junto al hogar be-

biendo vino caliente.

La carta que acababa de recibir de Ramses le alegraba en sumo grado. El Hatti y Egipto nunca estarian ya en guerra; aunque el ejercicio de la violencia fuera a veces necesario, Hattusil preferia la diplomacia. El Hatti era un imperio envejecido, cansado de excesivos combates; desde el tratado firmado con Ramses, el pueblo se acostumbraba a la paz. Finalmente regreso Putuhepa. La emperatriz habia pasado varias horas en el templo de la Tempestad, para consultar alli los oraculos. Bella, majestuosa, la suma sacerdotisa era una soberana respetada, incluso por los generales.

-~Traes nuevas noticias? -pregunto Hattusil, inquieto.

-Si, pero desafortunadamente son malas. Aumentara la intemperie, descenderan las temperaturas.

-;Yo puedo anunciarte un milagro!

El emperador blandio el papiro procedente de Pi-Ramses.

-~Ha dado Ramses la conformidad definitiva?

-Puesto que se ha celebrado su fiesta de regeneracion y, simbolicamente, se desposo con su hija para celebrar los ritos, el faraon de Egipto, nuestro amado hermano, acepta desposarse con nuestra hija. Una hitita soberana de las Dos Tierras... ;Nunca hubiera creido que el sueno fuera a realizarse !

Putuhepa sonrio.

-Supiste humillarte ante Ramses.

-Gracias a tus consejos, querida... A tus juiciosos consejos. Las palabras no tienen importancia alguna; lo esencial era alcanzar nuestro objetivo.

-Desgraciadamente, el cielo se desencadena contra nosotros.

-El tiempo acabara mejorando.

-Los oraculos son pesimistas.

-Si tardamos demasiado en enviarle a nuestra hija, Ramses creera que es una maniobra.

-~Que podemos hacer, Hattusil?

-Decirle la verdad y solicitar su ayuda. La ciencia de los magos de Egipto es incomparable; que apaciguen los elementos y liberen el camino. Escribamos ahora mismo a nuestro amado hermano.

Con el rostro anguloso y severo, el craneo afeitado, los andares rigidos a veces, a causa de las doloridas articulaciones,
Kha vagabundeaba por la inmensa necropolis de Saqqara, donde se sentia mas a gusto que en el mundo de los vivos. Sumo sacerdote de Ptah, el primogenito de Ramses pocas veces salia de la antigua ciudad de Menfis. La epoca de las piramides le fascinaba; Kha pasaba largas horas contemplando los tres gigantes de piedra de la meseta de Gizeh, las
piramides construidas por Keops, Kefren y Mikerinos. Cuando el sol llegaba a su cenit, sus caras cubiertas de calcareo blanco reflejaban la luz e iluminaban los templos funerarios, los jardines y el desierto. Encarnacion de la piedra
primordial surgida del oceano de los origenes, en el primer amanecer del mundo, las piramides eran tambien rayos de sol petrificados que conservaban una energia inalterable. Y Kha habia percibido una de sus verdades: cada piramide era
una letra en el gran libro de la sabiduria que el estaba buscando en los archivos de los antiguos.

Pero el sumo sacerdote de Menfis estaba preocupado;

proxima al inmenso conjunto arquitectonico de Zoser, do-
minado por la piramide escalonada, la piramide del rey
Unas exigia trabajos de restauracion. El venerable monu-
mento, que databa del final de la quinta dinastia, es decir,
que tenia mas de un milenio de antiguedad, sufria serias
he-
ridas. Era indispensable reemplazar cuanto antes varios
blo-
ques de paramento.

Aqui, en Saqqara, el sumo sacerdote Kha dialogaba con
los antepasados. Instalandose en las capillas de las
moradas
de eternidad, leia las columnas de jeroglificos que
evocaban
los hermosos caminos del mas alla y el feliz destino de
quie-
nes poseian una <~voz justa~, porque habian llevado una
existencia conforme a la regla de Maat. Descifrando
aquellas
inscripciones, Kha devolvia la vida a los propietarios de las
tumbas, que permanecian presentes en la tierra del
silencio.

El sumo sacerdote de Ptah estaba dando la vuelta a la pi-
ramide de Unas cuando vio que su padre se le acercaba.
~No
parecia Ramses uno de aquellos espiritus luminosos que, a
ciertas horas del dia, se aparecian a los videntes?

-~Cuales son tus proyectos, Kha?

-De momento, acelerar la restauracion de las piramides
del Imperio Antiguo que exigen una intervencion urgente.

-~Has encontrado el libro de Thot?

-Fragmentos... pero soy tenaz. Hay tantos tesoros en
Saqqara que tal vez necesitare una larguisima vida para
ha-
llarlos todos.

-Solo tienes treinta y ocho anos; ~no espero Ptah-hotep a tener ciento diez para redactar sus Maximas?

-En este lugar, padre, la eternidad se nutre del tiempo de

I80

los hombres y lo ha transformado en piedras vivas; estas ca-
pillas, estos jeroglificos, estos personajes que veneran el se-
creto de la vida y le hacen ofrendas son lo mejor de nuestra
civilizacion.

-~Piensas en alguna ocasion en los asuntos del Estado, hijo mio?

-~Por que preocuparse si tu reinas?

-Los anos pasan, Kha, y yo tambien partire hacia el pais que ama el silencio.

-Tu majestad acaba de ser regenerada, y yo organizare me-
jor aun tu proxima fiesta de regeneracion, dentro de tres anos.

-Lo ignoras todo de la Administracion, la economia, el e~ercito...

-No siento aficion alguna por estas materias. ~No es la ri-
gurosa practica de los ritos la base de nuestra sociedad? La
felicidad de nuestro pueblo depende de ello y quiero consa-
grarme a eso cada dia mas. ~Crees que me estoy equivocan-
do al elegir este camino?

Ramses levanto la mirada hacia la cumbre de la piramide de Unas.

-Buscar lo mas alto, lo mas vital, es siempre seguir el buen camino. Pero el faraon esta obligado a descender al

mundo subterraneo y enfrentarse con el monstruo que in-
tenta secar el Nilo y destruir la barca de luz; si no librara
ese combate cotidiano, ~que rito celebrariamos?

Kha toco la piedra milenaria, como si alimentara su pen-
samiento.

-~De que modo puedo servir al faraon?

-El emperador del Hatti desea enviar a su hija a Egipto
para que me case con ella; pero el tiempo es tan malo en
Anatolia que hace imposible el viaje de un convoy. Hattusil
reclama una intervencion de nuestros hechiceros para que
obtengan de los dioses la mejoria del clima. Descubre lo
an--
tes posible el texto que te permita satisfacerle.

I8I

Nadie podria encontrar a Rerek, el capitan de la chalana,
en
el lugar donde se habia ocultado. Por consejos de su patron
se habia instalado por algun tiempo en el barrio asiatico de
Pi-Ramses, tras haber visitado a un escriba de tez palida
para soltarle un discurso sin pies ni cabeza. Pero estaba
bien
pagado, mucho mejor pagado que tres meses de trabajo en
el Nilo. Rerek habia visto de nuevo a su patron, muy satis-
fecho de sus servicios; segun el, se habia obtenido el resul-
tado esperado. Solo existia un pequeno inconveniente: el
pa-
tron exigia que Rerek cambiase de apariencia. Orgulloso
de
su barba y de su velluda epidermis, el marino habia
intenta-
do discutir. Pero tratandose de su seguridad, se habia de-
jado convencer. Lampino, reanudaria el servicio en el Sur
con
otro nombre, y la policia perderia para siempre su rastro.

Rerek se pasaba el dia durmiendo en el primer piso de
una casita blanca. Su casera le despertaba al pasar el
aguador

y le proporcionaba unas deliciosas tortas rellenas de ajo y cebolla.

-El barbero esta en la plazoleta -le aviso.

El marino se desperezo. Afeitado, pareceria menos viril y le seria mas dificil seducir a las mozas; afortunadamente, le quedaban otros argumentos igual de convincentes.

Rerek miro por la ventana.

En la plazoleta, el barbero habia instalado cuatro estacas que aguantaban un toldo, para evitar las quemaduras del sol; bajo ese refugio habia dos taburetes, el mas alto para el, el mas bajo para su cliente.

Una decena de hombres acudian ya, por lo que la espera seria larga; tres de ellos jugaban a los dados, los demas se sentaron con la espalda apoyada en la pared de una casa. Rerek volvio a acostarse y se durmio.

Su casera le sacudio.

-¡Vamos, bajad! Sois el ultimo.

Esta vez no habia escapatoria. Con los ojos entornados, el marino bajo por la escalera, salio de la modesta morada

y se sento en el taburete de tres patas, que rechino bajo su peso.

-~Que deseas? -pregunto el barbero.

-Me afeitas por completo el menton y las mejillas.

-~Una barba tan hermosa?

-Es cosa mia.

-Como quieras, amigo; ~como vas a pagar?

-Un par de sandalias de papiro.

-Es mucho trabajo...

-Si no te conviene, buscare a otro.

-Bueno, bueno...
El barbero humedecio la piel con agua jabonosa, hizo resbalar la navaja por la mejilla izquierda para comprobar su eficacia y luego, con un gesto brusco pero preciso, la aplico a la garganta del marino.
-Si intentas huir, Rerek, si mientes, te rebano el gaznate.
-~Quien... quien eres?
Setau arano la piel, una gota de sangre cayo en el pecho del marino.
-Alguien que te matara si te niegas a contestar.
- ¡Pregunta!
-~Conoces a un capitan de chalana con una cicatriz en el antebrazo izquierdo y ojos marrones?
-Si...
-~Conoces a la dama Cherit?
-Si, trabajo para ella.
-~Como ladron?
-Hemos hecho negocios.
-~Quien es vuestro patron?
-Se llama... Ameni.
-Llevame hasta el.
Con el grave rostro iluminado por una leve sonrisa, Kha se presento ante Ramses, sentado a su mesa de despacho.

-He buscado tres dias y tres noches en la biblioteca de la Casa de Vida de Heliopolis, majestad, y he encontrado el libro de los conjuros que disipara el mal tiempo sobre el Hatti: son los mensajeros de la diosa Sekhmet quienes propagan los miasmas en la atmosfera e impiden al sol atravesar las nubes.

-~Que podemos hacer?

-Recitar permanentemente y durante tanto tiempo como sea necesario las letanias destinadas a apaciguar a Sekhmet; cuando la diosa reclame a sus emisarios que se han dirigido al Asia, el cielo se aclarara. Los sacerdotes y las sacerdotisas

de Sekhmct han puesto ya manos a la obra. Gracias a las vi-
braciones de sus cantos y al efecto invisible de los ritos, podemos esperar un rapido resultado.

Kha se retiro cuando aparecia Merenptah. Ambos hermanos se saludaron.

El rey observo a sus hijos, tan distintos y tan complementarios. Ni el uno ni el otro le decepcionaban; ~no acaba-
ba Kha, a su modo, de actuar como un hombre de Estado? Kha tenia la altura de pensamiento necesaria para gobernar,
Merenptah la fuerza necesaria para el mando. En cuanto a la
hija del monarca, Meritamon, se habia instalado en Tebas, donde dirigia los ritos de animacion de las estatuas reales, en
el santuario de Seti y en el templo de millones de anos de Ramses, al mismo tiempo.

El faraon agradecio a los dioses que le hubieran ofrecido tres hijos excepcionales que, cada uno a su modo, transmitian el espiritu de la civilizacion egipcia y sentian mas apego por sus valores que por su propia persona. Nefertari e Iset la bella podian descansar en paz.

Merenptah se inclino ante el faraon.

-~Me has llamado, majestad?

-La hija de Hattusil y de Putuhepa se dispone a salir de la capital hitita hacia Pi-Ramses. A titulo diplomatico se convertira en gran esposa real, y la union sellara de modo definitivo la paz entre el Hatti y Egipto. El pacto podria disgustar a ciertos grupos de interes. Tu mision consistira en velar por la seguridad de la princesa en cuanto abandone los
territorios controlados por el Hatti y entre en nuestros protectorados .

-Que su majestad cuente conmigo. ~De cuantos hombres puedo disponer?

-Tantos como sean necesarios.

-Un ejercito seria inutil, demasiado lento y pesado de mover. Reunire un centenar de aguerridos soldados, espe-
cialistas en estas regioncs y bien armados, y a varios mensa-
jeros provistos de los mejores caballos. En caso de ataque, resistiremos; informare a su majestad regularmente. Si algun
correo se retrasara, la fortaleza mas cercana podra enviar ayuda de inmediato.

-Tu mision es de suma importancia, Merenptah.

-No te decepcionare, padre.

Desde primeras horas de la manana, un diluvio caia sobre Hattusa, amenazando con inundar la ciudad baja. Comen-
zaba a reinar el desconcierto, por lo que la emperatriz Pu-
tuhepa hablo a la poblacion. No solo los sacerdotes del Hat-
ti no dejaban de implorar la clemencia del dios de la Tor-
menta sino que se habia apelado tambien a los hechiceros de
Egipto.

El discurso de Putuhepa tranquilizo. Horas mas tarde, la lluvia ceso; grandes nubes negras cubrian el cielo, pero por el sur aparecio un claro. Podian pensar en la partida de la princesa. La emperatriz se dirigio a los aposentos de su hija.

A sus veinticinco anos de edad, tenia la salvaje belleza de las anatolias. Los cabellos rubios, los ojos negros y almen-
drados, la nariz fina, casi puntiaguda, una tez de nacar, bas-
tante alta, con delicadas articulaciones y el porte digno de su

alta cuna, la princesa era la sensualidad personificada. En el
menor de sus gestos, un toque languido revelaba la feminidad
dispuesta a ofrecerse y, al mismo tiempo, a escabullirse. No
existia un solo dignatario que no hubiera sonado con desposarla.

-El tiempo mejora-dijo Putuhepa.

La princesa peinaba personalmente sus largos cabellos antes de perfurmarlos.

-Asi pues, debo disponerme a partir.

-~Estas angustiada?

-jAI contrario! Ser la primera hitita que se casa con un faraon, jy que faraon!, Ramses el Grande, cuya gloria apago el ardor guerrero del Hatti... ~Como iba yo a imaginar mas fabuloso destino?

Putuhepa se sorprendio.

-Vamos a separarnos para siempre y nunca volveras a tu pais... ~No te duele eso?

-Soy una mu~er y voy a casarme con Ramses, a vivir en la tierra amada por los dioses, a reinar sobre una corte fastuosa, a gozar de un lujo inaudito, a disfrutar los encantos de un clima inigualable y muchas cosas mas. Pero unirme a Ramses no me basta.

-~Que quieres decir?

-Que tambien deseo seducirle. El faraon no piensa en mi, sino en la diplomacia y la paz, como si yo fuera solo la frase de un tratado. Le hare cambiar de opinion.

-Puedes llevarte una decepcion.

-~Soy fea y estupida?

-Ramses ya no es joven. Tal vez ni siquiera pose su mirada en ti.

-Mi destino me pertenece, nadie podra ayudarme. Si no soy capaz de conquistar a Ramses, ~ de que servira este exilio ?

-Tu matrimonio garantizara la prosperidad de dos grandes pueblos.

-No sere una sierva ni una reclusa, sino una gran esposa real. Ramses olvidara mis origenes, reinare a su lado y todos
los egipcios se prosternaran ante mi.

-Eso espero, hija mia.

-Es mi voluntad, madre. Y no es inferior a la tuya.

Aunque no muy vigoroso, el sol reaparecio. El invierno se instalaba, con su cortejo de vientos y heladas, pero la ruta
que llevaba a los protectorados egipcios pronto seria practi-
cable. A Putuhepa le hubiera gustado hacerse confidencias con su hija, pero la futura esposa de Ramses se habia convertido en una extrana en su propia morada.

Raia no conseguia calmarse.

Una violenta disputa le habia enfrentado a Uri-Techup y ambos hombres se habian distanciado, incapaces de llegar a
un entendimiento. Para el ex general en jefe del ejercito hitita, la boda de la hija de Hattusil con Ramses podia ser utilizada contra el faraon, por lo que no debian impedir que la princesa cruzara la frontera de Egipto. Para Raia, por el con-
trario, aquel matrimonio diplomatico acababa con las ultimas veleidades guerreras.

Renunciando a combatir, Hattusil le seguia el juego a Ramses. Aquella perspectiva le torturaba tanto que Raia sin-

1 87

tio deseos de arrancarle la pequena barba puntiaguda y des-
garrar su tunica de coloreadas franjas. El odio hacia Ram-
ses se habia convertido en la razon principal de su vida, y estaba dispuesto a correr cualquier riesgo para derribar a aquel faraon cuyas colosales estatuas se hallaban en los grandes templos del pais. No, el monarca no seguiria te-
niendo exito en todo lo que intentaba.

Uri-Techup se adormecia, ahito de comodidad y de luju-
ria; Raia, en cambio, no habia perdido el sentido del comba-
te. Ramses era solo un hombre y sucumbiria a una sucesion
de golpes propinados con fuerza y precision. Ahora lo mas urgente era impedir que la princesa hitita llegara a Pi-Ramses.

Sin avisar a Uri-Techup y a sus amigos hititas, Raia orga-
nizaria un atentado con la ayuda de Malfi. Cuando el jefe de
las tribus libias supiera que Merenptah, el hijo de Ramses, iba a la cabeza del cuerpo expedicionario egipcio, se le ha-
ria la boca agua. Suprimir, al mismo tiempo, a la princesa hi-
tita, futura esposa de Ramses, y al hijo menor del rey, seria un golpe espectacular.

Ningun miembro del convoy sobreviviria y el faraon achacaria el atentado al orgulloso respingo de alguna frac-
cion del ejercito hitita, hostil a la paz. Seria necesario dis-
persar por el terreno armas caracteristicas y abandonar al-
gunos cadavcres de campesinos vestidos como soldados del ejercito de Hattusil. Ciertamente la batalla seria feroz y se producirian bajas en las filas libias; pero a Malfi no le de-

tendria ese detalle. La perspectiva de una accion brutal, san-
grienta y victoriosa inflamaria al jefe guerrero.

Hattusil perderia a su hija y Ramses a su hijo. Y ambos so-
beranos vengarian la afrenta en un conflicto mas acerbo que
los precedentes. Acha ya no estaba alli para calmar las ten-
siones. En cuanto a Uri-Techup, se veria ante el hecho con-
sumado. O cooperaba y reconocia su error o seria eliminado.
A Raia no le faltaban ideas para corroer el Estado egipcio
desde el interior; Ramses no tendria ni un solo dia de reposo.

I88
Llamaron a la puerta del almacen donde el mercader
guardaba sus mas preciosos jarrones. A una hora tan tardia
solo podia tratarse de un cliente.

-c Quien es ?

-El capitan Rerek.

-jNo quiero verte por aqui!

-He recibido un duro golpe, pero me he librado... Tengo
que hablar con vos.

Raia entreabrio la puerta.

El mercader sirio apenas tuvo tiempo de distinguir el ros-
tro del marino. Empujado por la espalda, este atropello a
Raia, que cayo de culo mientras Serramanna y Setau se me-
tian en el almacen.

El gigante sardo se dirigio a Rerek.

-cComo se llama este hombre? -pregunto senalando
a Raia.

-Ameni -respondio el marino.

Con las manos inmovilizadas por unas esposas de madera y los tobillos atados con una cuerda, Rerek estaba reducido a la inmovilidad. Aprovechando la oscuridad que reinaba en el fondo del almacen, Raia se escabullo como un reptil y trepo por la escalera que llevaba al techo. Con un poco dc sucrte, despistaria a sus perseguidores.

Sentada en una dc las csquinas del techo, una hermosa nubia le dirigio una severa mirada.

-No sigais adelante.

Raia sac(') un punal de la manga derecha de su tunica.

-jApartate o te mato!

Cuando levanto el brazo dispuesto a golpear; una vibora jaspeada le mordio en el talon derecho. El dolor fue tan intenso que Raia solto el arma, tropezo con un reborde, perdio el equilibrio y cayo al vacio.

Cuando Serramanna se inclino sobre el mercader sirio, hizo una mueca de despecho. En su caida, Raia se habia desnucado.

Languida, colmada, con el cuerpo embriagado por el ardor de su amante, la dama Tanit se tendio sobre el poderoso torso de Uri-Techup.

-jHazme otra vez el amor, te lo suplico!

El hitita habria cedido de buena gana, pero el ruido de unos pasos le alerto. Se levanto y saco una corta espada de su vaina.

Llamaron a la puerta de la alcoba.

-cQuien esta ahi?

-El intendente.

-¡Te habia prohibido que nos molestaras! -se encolerizo la dama Tanit.

-Se trata de un amigo de vuestro marido... Afirma que es muy urgente.

La fenicia retuvo por la muneca a Uri-Tcchup.

-Tal vez sea una trampa.

-Se defenderme.

Uri-Techup llamo a un hitita que montaba guardia en el jardin de la mansion. Orgulloso de servir al ex general en jefe, presento su informe en voz baja y desaparecio.

Cuando su amante entro de nuevo en la habitacion, la dama Tanit, desnuda, se le arrojo al cuello y le cubrio de be-
sos. Como enseguida se dio cuenta de que estaba preocupa-
do, se aparto para servirle una copa de vino fresco.

-¿Que ocurre?
-Nuestro amigo Raia ha muerto.

-¿ Un accidente ?

-Ha caido del techo intentando escapar de Serramanna.

La fenicia palidecio.

-¡Maldito sardo! Pero... acabara llegando hasta ti.

-Es posible.

-¡Hay que huir ahora mismo!

-De ningun modo. Serramanna acecha el menor fallo; si Raia no ha tenido tiempo de hablar, sigo fuera de su alcan-

ce. Despues de todo, la desaparicion del mercader sirio es una buena noticia. Comenzaba a perder la sangre fria. Ahora ya no le necesito, puesto que estoy en contacto directo con los libios.

-cY si... nos limitaramos a nuestra felicidad?

Uri-Techup manoseo con violencia los pechos de la dama Tanit.

-Limitate a ser una esposa docil y silenciosa, y te hare feliz.

Cuando la devoro como una golosina, ella desfallecio de placer.

Los cazadores presentaron las pieles de animales a Techonq.
El libio elegia personalmente la materia prima; solo confiaba en su propio juicio y se mostraba extremadamente severo, rechazando tres cuartas partes de la mercancia ofrecida.
Por la manana, habia abroncado a dos cazadores que le suministraron pieles de mala calidad.

De pronto, alguien arrojo a sus pies una tunica de coloreadas franjas.

-cLa reconoces? -pregunto Serramanna.

Con un subito dolor en el abdomen, el libio poso las manos en su redonda panza.

-Es... una prenda corriente.

-Examinala con atencion.

-Os aseguro... No veo nada mas...
-Voy a ayudarte, Techonq, porque me caes simpatico.
Esta tunica pertenecia al mercader sirio Raia, un turbio personaje que no tenia la conciencia tranquila y se mato, estu-

pidamente, intentando huir. Su pasado de espia ha subido de
pronto a la superficie, segun parece. Estoy seguro de que
erais amigos o, mas bien, complices.

-Yo no trataba a ese...

-No me interrumpas, Techonq. No tengo pruebas, pero no
dudo de que el difunto Raia, tu y Uri-Techup os habiais alia-
do para eliminar a Ramses. La muerte del sirio es una adver-
tencia: si tus hombres siguen intentando perjudicar al rey, aca-
baran como Raia. Ahora, me gustaria cobrar lo que me
debes.

-Hare que lleven a vuestra casa un escudo de cuero y
unas sandalias de lujo.

-Satisfactorio inicio... cTienes algun nombre que darme?

-Entre los libios todo esta tranquilo, senor Serramanna.
Reconocen la autoridad de Ramses.

-Pues que siga asi. Hasta pronto, Techonq.

Apenas se hubo alejado el caballo de Serramanna cuando
el libio, con las manos crispadas sobre su vientre, corrio ha-
cia los excusados.

El emperador Hattusil no estaba de acuerdo con su esposa
Putuhepa. Por lo gcneral, la emperatriz apreciaba la sagaci-
dad de su esposo y lo acertado de sus opiniones; pcro esta
vez habian mantenido una violenta pelea.

-Hay que avisar a Ramses de la partida de nuestra hija
-insistio Putuhepa.

-No -repuso el emperador-; es preferible aprovechar la

ocasion para saber si algunos militares facciosos tienen capacidad para actuar contra nosotros.

-Contra nosotros... jContra tu hija y su escolta, querras decir! cTe das cuenta de que pretendes utilizar a tu propia hija como cebo?
-No correra riesgo alguno, Putuhepa; en caso de agresion, los mejores soldados hititas la protegeran y aniquilaran a los rebeldes. Asi mataremos dos pajaros de un tiro: eliminaremos los restos de la oposicion militar a nuestra po-
litica y sellaremos la paz con Ramses.

-Mi hija no debe correr riesgo alguno.

-Mi decision esta tomada: partira manana. Solo cuando haya llegado a la frontera de la zona de influencia egipcia, tras haber cruzado el Hatti, avisaremos a Ramses de la llegada de su futura esposa.

jQue fragil parecia la joven princesa entre oficiales y soldados hititas de pesadas corazas y amenazadores cascos! Pro-
visto de armas nuevas, dotado de caballos jovenes y en plena salud, el destacamento de elite encargado de escoltarla parecia invencible. El emperador Hattusil sabia que su hija corria riesgos, pero la ocasion era demasiado buena. ~Acaso
un jefe de Estado no debia dar primacia a su poder, en detrimento, a veces, de su propia familia?

Varios carros transportaban la dote de la princesa y las ofrendas a Ramses el Grande: oro, plata, bronce, telas, joyas. Y un regalo al que el faraon seria especialmente sensible: diez magnificos caballos que el mismo cuidaria y que, cn adelante, tendrian el honor de tirar de su carro.

El cielo estaba despejado, el calor era anormal. Bajo sus mantos de invierno, los soldados se asfixiaban y sudaban. Febrero parecia, de pronto, un mes de estio. La anomalia no

podia durar; dentro de unas horas, sin duda alguna, la lluvia
caeria y llenaria las cisternas.

La princesa se arrodillo ante su padre, que la ungio con el oleo de los esponsales.

-El propio Ramses celebrara la uncion del matrimonio -anuncio-; buen viaje, futura reina de Egipto.

El convoy se puso en marcha. Tras el carro donde se ha-

I93
bia instalado la muchacha, otro vehiculo del mismo tamano e igualmente confortable.

Detras, sentada en un tronco de madera ligera, la emperatriz Putuhepa.

-Parto con mi hija -le dijo al emperador al pasar ante el- y la acompanare hasta la frontera.

Montanas hostiles, caminos escarpados, inquietantes gargantas, espesos golpes en los que oia ocultarse el agresor...
La emperatriz Putuhepa tenia miedo de su propio pais. Ciertamente, los soldados permanecian ojo avizor y su numero deberia haber desalentado a cualquier asaltante. Pero
el Hatti habia sido, durante mucho tiempo, teatro de luchas intestinas y sangrientas; tal vez el propio Uri-Techup o uno de sus emulos intentara suprimir a la princesa, simbolo de la paz.

Lo mas penoso era la ausencia de invierno, pues preparados para este periodo, sus cuerpos sufrian el ardiente sol y la sequia; una insolita fatiga se acumulaba, haciendo abrumador el viaje. Putuhepa advirtio que la vigilancia de la escolta disminuia y declinaban las fuerzas de los of iciales. cSerian capaces de enfrentarse a un ataque masivo?

La princesa permanecia imperturbable, como si la prueba no hiciera mella en su cuerpo. Altiva, iluminaba el camino con la hosca voluntad de alcanzar su objetivo. Cuando los pinos rumoreaban, cuando el canto de un torrente recordaba la carrera de hombres armados, Putuhepa se sobresaltaba. cDonde se ocultaban los sediciosos? cQue estrategia habia adoptado? La emperatriz del Hatti despertaba a menudo, acechando el menor ruido sospechoso, y se pasaba el dia escrutando los bosques, las abruptas laderas y las orillas de los arroyos.

La princesa y su madre no hablaban. Encerrada en su silencio, la hija de Putuhepa rechazaba cualquier contacto con

su antigua existencia; para ella, el Hatti habia muerto y el porvenir se llamaba Ramses.

Sufriendo de calor, sediento, agotado, el convoy dejo atras Kadesh y llego al puesto fronterizo de Aya, en Siria del Sur. Alli se levantaba una fortaleza egipcia, en el lindero del territorio controlado por el faraon.

Unos arqueros ocuparon las almenas, la gran puerta se cerro. La guarnicion creia que era un asalto. La princesa bajo de su carro y cabalgo en uno de los caballos destinados a Ramses. Ante la estupefacta mirada de su madre y del jefe del destacamento hitita, galopo hacia la plaza fuerte y se detuvo al pie de las murallas. Ningun arquero egipcio se habia atrevido a disparar.

-Soy la hija del emperador del Hatti, futura reina de Egipto -declaro-; Ramses el Grande me aguarda para celebrar nuestros esponsales. Hacedme un buen recibimiento; de lo contrario, la colera del faraon os abrasara como el fuego.

Aparecio el comandante de la fortaleza.

-¡Llevais con vos un ejercito!

-No es un ejercito sino una escolta.

-Esos gucrreros hititas parecen amenazadores.

-Os equivocais, comandante; os he dicho la verdad.

-No he recibido orden alguna de la capital.

-Avisad inmediatamente a Ramses dc mi presencia.
Jadeante, con los ojos enrojecidos y el pecho cargado, Ameni habia cogido frio. Las noches de febrero eran glaciales y el palido sol de la jornada no bastaba para caldear la atmosfera. Ameni, sin embargo, habia encargado gran cantidad de lena para el hogar, pero la entrega se demoraba. De muy mal humor, se disponia a descargar su colera en uno de sus subordinados cuando un correo del ejercito deposito en su mesa un mensaje procedente de la fortaleza de Aya, en Siria del Sur.

Pese a una serie de estornudos, Ameni descifro el texto codificado, se puso un manto de lana sobre su tunica de grueso lino, se cubrio el cuello con un panuelo y, a pesar de sus ardientes bronquios, corrio hacia el despacho de Ramses.

-Majestad... ¡Una noticia increible! La hija de Hattusil ha llegado a Aya. El comandante de la fortaleza aguarda vuestras instrucciones.

A hora tan avanzada, el rey trabajaba a la luz de candiles de aceite cuya mecha no producia humo alguno. Colocados en altos soportes de madera de sicomoro, dispensaban una luz suave y bien distribuida.

-Se trata forzosamente de un error -considero Ramses-;

Hattusil me habria avisado de la partida de su hija.

-El comandante de la fortaleza se halla ante un ejercito
hitita que se presenta como... un cortejo nupcial.

I96
El rey se levanto y comenzo a caminar por el vasto des-
pacho, caldeado por unos braseros.

-Una artimana, Ameni; una artimana del emperador para
comprobar la extension de su poder en el propio interior
del
Hatti. El convoy podria haber sido atacado por militares in-
sumisos.

-jY como cebo... su propia hija!

-Ahora, Hattusil debe sentirse tranquilo; que Merenptah
salga inmediatamente hacia Siria con el cuerpo
expediciona-
rio previsto para proteger a la princesa. Ordena al coman-
dante de la fortaleza de Aya que abra sus puertas y reciba
a
los hititas.

-cY si...?

-Correre ese riesgo.

Tan sorprendidos los unos como los otros, hititas y egipcios
confraternizaron, festejaron, bebieron y comieron juntos
como viejos companeros de armas. Putuhepa podia
regresar
tranquila a Hattusa, mientras su hija, acompanada por dig-
natarios y algunos soldados hititas, seguiria su camino
hacia
Pi-Ramses, bajo la proteccion de Merenptah.

Manana tendria lugar la separacion definitiva; con los
ojos llenos dc lagrimas, la emperatriz contemplo a su hija,
bella y conquistadora.

-cNo lo lamentas en absoluto? -pregunto Putuhepa.

-jNunca he estado tan contenta!

-No volveremos a vernos.

-Es ley de vida. A cada cual su destino... jY el mio es fabuloso !

-Se feliz, hija mia.

-jYa lo soy!

Herida, Putuhepa ni siquiera beso a su hija. El ultimo vinculo acababa de romperse.
-Es por completo anormal -advirtio el comandante de la fortaleza de Aya, un militar de carrera con el rostro cuadra-
do y la voz enronquecida-. En esta estacion las montanas deberian estar cubiertas de nieve y deberia llover cada dia. Si prosigue la canicula, nos faltara agua para las cisternas.

-Hemos avanzado a marchas forzadas -recordo Merenptah-, y debo lamentar varios enfermos. Por el camino, muchas fuentes y pozos se han secado, temo arrastrar a la prin-
cesa a una aventura muy peligrosa.

-Muy anormal -repitio el comandante-; solo una divinidad puede provocar esta perturbacion.

Merenptah temia escuchar esta opinion.

-Temo que tengais razon. cDisponeis de una estatua protectora en esta fortaleza?

-Si, pero solo nos libra de los malos espiritus de los alrededores; no es lo bastante potente como para modificar el clima. Seria preciso implorar a una divinidad cuya energia pueda compararse a la del cielo.

-cTeneis reservas de agua suficientes para nuestro viaje de

regreso ?

-jLamentablemente, no! Tendreis que quedaros aqui y esperar la lluvia.

-Si el falso estio dura, no habra suficiente agua para los egipcios y los hititas.

-Estamos en invierno, la sequia tiene que terminar pronto.

-Vos mismo lo habeis advertido, comandante: no es natural. Partir es arriesgado, pero quedarse no lo es menos.

El oficial fruncio el entrecejo.

-Entonces... cque pensais hacer?

-Informar a Ramses. Solo el sabra actuar.

Kha desenrollo sobre la mesa de Ramses los tres largos papiros que habia descubierto en los archivos de la Casa de Vida de Heliopolis.
-Los textos son muy claros, majestad; un solo dios reina sobre el clima de Asia: Set. Pero ningun colegio de magos esta cualificado para ponerse directamente en contacto con
el. A ti, y solo a ti, corresponde dialogar con Set para que las estaciones vuelvan a la normalidad. Sin embargo...

-Habla, hijo mio.

-Sin embargo, soy hostil a esta gestion. El poder de Set es peligroso e incontrolable.

-cTemes acaso mi propia debilidad?

-Eres el hijo de Seti, pero modificar el clima exige manejar el relampago, el rayo y la tempestad... Ahora bien, Set es
imprevisible. Y Egipto te necesita. Enviemos a Siria varias estatuas divinas y un convoy de reavituallamiento.

-cCrees que Set los dejara pasar?

Kha inclino la cabeza.

-No, majestad.

-Asi pues, no tengo eleccion. O venzo en el combate que me ofrece, o bien Merenptah, la princesa hitita y todos sus companeros moriran de sed.

El primogenito de Ramses no podia oponer a su padre argumento alguno.

-Si no regreso del templo de Set -le dijo el faraon a Kha-, se mi sucesor y entrega tu vida a Egipto.

La princesa hitita, alojada en los aposentos del comandante de la fortaleza, exigio hablar con Merenptah. Este enseguida descubrio que era nerviosa y autoritaria, pero se comporto con la consideracion que merecia una gran dama.

-cPor que no salimos inmediatamente hacia Egipto?

-Porque es imposible, princesa.

-El tiempo es magnifico.

-Nos amenaza una fuerte sequia en la estacion de las lluvias, y nos falta agua.

-jPero no vamos a echar raices en esta horrible fortaleza!

-El cielo nos es adverso; una voluntad divina nos tiene clavados aqui.

-cAcaso vuestros magos son unos incapaces?

-He recurrido al mas importante de todos ellos: el propio Ramses.

La prmcesa sonno.

-Sois un hombre inteligente, Merenptah; le hablare de vos a mi esposo.

-Esperemos, princesa, que el cielo escuche nuestras plegarias.

-jNo lo dudeis! No he llegado hasta aqui para morir de sed. ~Acaso no estan el cielo y la tierra en manos del faraon?

Ni Setau ni Ameni habian conseguido modificar la decision del soberano. Durante la cena, Ramses habia comido un pe-
dazo de carne cortada del muslo de un buey, animal que en-
carnaba el poder de Set, y bebido el fuerte vino de los oasis,
colocado bajo la proteccion del mismo dios. Luego, tras haber purificado su boca con sal, exudacion de sed, portador de este fuego terrestre indispensable para la conservacion de
los alimentos, se habia recogido ante la estatua de su padre
que, con su nombre, se habia atrevido a proclamarse el representante terrenal del scnor de la tornnenta.

Sin la ayuda de Seti, Ramses no tenia posibilidad alguna de convencer a Set. Un solo error, un gesto ritual aproximado, un pensamiento desviado y el rayo caeria. Frente al poder en estado bruto, una sola arma: la rectitud. Aquella rectitud que Seti habia ensenado a Ramses al iniciarle en las
funciones de faraon.

En mitad de la noche, el rey entro en el templo de Set, erigido en el paraje de Avaris, la hollada capital del invasor hicso. Un lugar consagrado al silencio y a la soledad, un lugar donde solo el faraon podia penetrar sin temor a ser aniquilado.
Frente al dios Set, era preciso vencer el miedo, lanzar luego una ignea mirada al mundo, conocerlo en su violencia y

sus convulsiones, y convertirse en la fuerza en sus origenes,
en el corazon del cosmos, alli donde no penetraba la inteligencia humana.

En el altar, Ramses deposito una copa de vino y una miniatura de acacia que representaba un orix. Capaz de resistir los extremados calores del desierto y de sobrevivir en aquel medio hostil, el orix estaba habitado por la llama de Set.

-El cielo esta en tus manos -dijo el rey al dios-, la tierra bajo tus pies. Lo que ordenas se produce. Tu provocaste ca-
lor y sequia, devuelvenos la lluvia de invierno.

La estatua de Set no reacciono, sus ojos siguieron frios.

-Soy yo, Ramses, hijo de Seti, el que habla. Ningun dios tiene derecho a perturbar el orden del mundo y el curso de las estaciones, toda divinidad debe someterse a la Regla. Y tu debes respetarla igual que los demas.

Los ojos de la estatua se enrojecieron; un brusco calor invadio el santuario.

-No dirijas tu poder contra el faraon; en el se reunen Horus y Set. Estas en mi y utilizo tu fuerza para combatir las tinieblas y apartar el desorden. ;Obedeceme Set, haz que llueva en las regiones del Norte!

Los relampagos surcaron el cielo y estallo el trueno sobre Pi -Ramses.

Comenzaba una noche de combate.
La princesa se enfrento a Merenptah.

-jEsta espera me resulta insoportable! Llevadme inmediatamente a Egipto.

-Tengo orden de garantizar vuestra seguridad; mientras dure esta sequia anormal, seria imprudente ponerse en ca-

mino.

-~Por que no interviene el faraon?

Una gota cayo en el hombro izquierdo de la princesa, la segunda se aplasto en su mano diestra. Merenptah y ella le-
vantaron al mismo tiempo los ojos al cielo, cubierto de pronto de negras nubes. Zigzagueo un relampago, seguido del estruendo de un trueno, y se inicio una abundante llu-via. En pocos minutos descendio la temperatura.

El invierno, frio y lluvioso, de acuerdo con la ley de las cstaciones, termino con el estio y la sequia.

-He aqui la respuesta de Ramses -dijo Merenptah.

La princesa hitita echo la cabeza atras, abrio la boca y be-bio glotonamente el agua dcl cielo.

-jPartamos, partamos pronto!

Ameni iba y venia ante la puerta de la alcoba del rey. Sen-tado, con los brazos cruzados, hurano, Setau miraba fija-mente al frente. Kha leia un papiro magico cuyas formulas salmodiaba interiormente. Por decima vez, por lo menos, Serramanna limpiaba su corta espada con un trapo empapa-
do en aceite de linaza.

-~A que hora ha salido el faraon del templo de Set? -pre-gunto el sardo.

-Al amanecer-respondio Ameni.

-~Ha hablado con alguien?

-No, no ha dicho una sola palabra -declaro Kha-. Se ha encerrado en su habitacion, he llamado a la medico en jefe del reino y ha aceptado recibirla.

-¡Hace mas de una hora que esta examinandole! -protesto Setau.

-Visibles o no, las quemaduras de Set son temibles -advirtio el sumo sacerdote-. Confiemos en la ciencia de Neferet.

-Le he proporcionado varios remedios para la salud del corazon-recordo Setau.

Por fin se abrio la puerta.

Los cuatro hombres rodearon a Neferet.

-Ramses esta fuera de peligro -afirmo la medico en jefe del reino-; una jornada de reposo y el rey reanudara el curso normal de sus actividades. Abrigaos: el tiempo sera fresco y humedo.

La lluvia comenzaba a caer sobre Pi-Ramses.

Unidos como hermanos bajo el mando de Merenptah, egipcios e hititas cruzaron Canaan, tomaron la ruta costera presidida por el Sinai y entraron en el Delta. A cada alto se iniciaba la fiesta en los fortines; durante el viaje, varios soldados cambiaron sus armas por trompetas, flautas y tamboriles.

La princesa hitita devoro con la mirada los verdeantes paisajes, se admiro ante las palmeras, los fertiles campos, los canales de irrigacion, los bosques de papiro. El mundo que iba descubriendo en nada se parecia a la ruda meseta anatolia de su juventud.

~o3

Cuando el cortejo llego a la vista de Pi-Ramses, las calles estaban llenas de gente; nadie podia decir como habia corrido la noticia, pero todos sabian que la hija del emperador del

Hatti iba a entrar muy pronto en la capital de Ramses el Gran-
de. Los ricos se mezclaban con los pobres, los notables se co-
deaban con los peones, la alegria ensanchaba los corazones.

-Es extraordinario -comento Uri-Techup, situado en pri-
mera fila entre los espectadores-. Este faraon ha conseguido
lo imposible.

-Ha dominado al dios Set y nos ha devuelto la lluvia
-comento la dama Tanit, deslumbrada tambien-. Sus poderes
son infinitos.

-Ramses es el agua y el aire para su pueblo -anadio un ta-
llador de piedra-; su amor es parecido al pan que comemos
y a las telas que nos visten. Es el padre y la madre de todo
el pais.

-Su mirada sondea los espiritus y hurga en las almas
-anadio una sacerdotisa de la diosa Hator.

Uri-Techup estaba vencido. ~Como luchar contra un fa-
raon poseido por un poder sobrenatural? Ramses dominaba
los elementos, modificaba el tiempo en la propia Asia, rei-
naba sobre una cohorte de genios capaces de vencer a cual-
quier ejercito. Y, como el hitita presentia, nada habia po-
dido oponerse al buen desarrollo del viaje de la hija del
emperador. Cualquier ataque contra el convoy habria sido
condenado al fracaso.

El antiguo general en jefe de los guerreros de Anatolia se
sobrepuso. No iba a sucumbir, tambien el, a la magia de
Ramses. Su unico objetivo era terminar con aquel hombre
que habia arruinado su carrera y reducido el orgulloso Hat-
ti al estado de vasallo. Fueran cuales fuesen sus poderes,
aquel faraon no dejaba de ser un humano, con sus debili-
dades y sus insuficiencias. Embriagado por sus victorias y

su popularidad, Ramses acabaria perdiendo la lucidez; el tiempo corria en su contra.
jE iba a desposarse con una princesa hitita! Por sus venas corria la sangre de una nacion indomable y avida de revancha. Creyendo sellar la paz con esta union, Ramses cometia tal vez una grave equivocacion.

-jAqui esta! -grito la dama Tanit, y su aclamacion fue repetida por miles de entusiasmados pechos.

La princesa acababa de maquillarse en el interior de su carro. Se pinto los parpados con pigmento verde a base de silicato de cobre hidratado y trazo un ovalo negro alrededor de sus ojos, aplicando con un bastoncillo un maquillaje compuesto por sulfuro de plomo, plata y carbon vegetal. Contemplo su obra en un espejo y quedo satisfecha. Su mano no habia temblado.

Ayudada por Merenptah, la joven hitita bajo del carro.

Su belleza dejo pasmada a la muchedumbre. Vestida con una larga tunica verde que ponia de relieve su tez de nacar,
la princesa tenia el porte de una reina.

De pronto, todas las cabezas se volvieron hacia la avenida principal de la ciudad, por donde ascendia el caracteristico ruido formado por el galope de los caballos y el chirrido de las ruedas de un carro.

Ramses el Grande salia al encuentro de su futura esposa.

Los dos caballos, jovenes y fogosos, eran descendientes de la pareja que, junto con el leon Matador, habian sido los unicos aliados del faraon en Kadesh, cuando sus soldados le
habian abandonado frente a la marea hitita. Los dos soberbios corceles iban engalanados con un penacho de plumas rojas con el extremo azul; en el lomo, una manta de algodon, rojo, azul y verde. Las riendas estaban atadas a la cintura del monarca, que llevaba en la mano diestra el cetro de

iluminacion.

Chapado de oro, el carro avanzaba rapidamente, sin so-
bresaltos. Ramses dirigia los caballos con la voz, sin que le
fuera necesario alzar el tono. Tocado con la corona azul,
que recordaba el origen celestial de la monarquia
faraonica,
el soberano parecia ir vestido de oro de la cabeza a los
pies.
Si, el sol seguia su curso iluminando con sus rayos a sus
subditos. Cuando el carro se detuvo, a pocos metros de la
princesa hitita, las nubes grises se desgarraron y el sol
reino
como dueno absoluto de un cielo de nuevo azul. ~No era
Ramses, el Hijo de la Luz, autor de ese nuevo milagro?

La muchacha mantuvo los ojos bajos. El rey advirtio que
habia optado por la sencillez. Un discreto collar de plata,
pequenos brazaletes del mismo metal, un simple vestido...
La ausencia de artificios ponia de manifiesto su soberbio
cuerpo.

Kha se aproximo a Ramses y le entrego un jarro de loza
azul .

Ramses ungio la frente de la princesa con oleo fino.

-He aqui la uncion de esponsales -declaro el faraon-. Este
gesto te convierte en la gran esposa real del senor de las
Dos
Tierras. Que las fuerzas malignas se aparten de ti. Naces,
en
este dia, a tu funcion, de acuerdo con la regla de Maat, y
to-
mas el nombre de <<La que ve a Horus y la perfeccion de
la
luz divina~l. Mirame, Mat-Hor, esposa mia.

Ramses tendio los brazos hacia la joven que, muy lenta-
mente, puso sus manos en las del faraon. Ella, que nunca
ha-

bia conocido cl miedo, estaba aterrori~ada. Tras haber espe-
rado tanto ese momento, en el que iba a desplcgar todos sus
encantos para seducirle, ahora temia desvanecerse como una
ninita asustada. Se desprcndia de Ramses tal magnetismo que tuvo la impresion dc tocar la carne de un dios y zambullirsc cn otro mundo, en el que no tenia punto de orientacion alguno. Seducirle... La muchacha mesuraba ahora la vanidad de sus designios, pero era demasiado tarde para re-
troceder, aunque hubiese deseado huir y regresar al Hatti, lejos, muy lejos de Ramses.

n egipcio: Mat-Hor-neferu-Ra, que nosotros abreviamos como
Mat-Hor.
Con las manos prisioneras de las del rey, se atrevio a levantar los ojos y a mirarle.

A los cincuenta y seis anos, Ramses era un hombre magnifico de inigualable prcstancia. Con la frente amplia, despejada, la arcadas superciliares sobresalientes, abundantes cejas, penetrantes los ojos, pomulos prominentes, la nariz larga, delgada y aguilena, las orejas redondas y finamente di-
bujadas, ancho el busto, era la union sonada de la fuerza y el refinamiento.

Mat-Hor, la hitita convertida en egipcia, se enamoro de el inmediatamente con la violencia de las mujeres de su sangre.

Ramses la invito a subir a su carro.

-En el trigesimo cuarto ano de mi reinado, la paz con el Hatti queda firmada para siempre -declaro el faraon con una voz sonora que llego hasta el cielo-. Se depositaran estelas consagradas a este matrimonio en Karnak, Pi-Ramses, Elefantina, Abu Simbel y en todos los santuarios de Nubia. Se celebraran festejos en todas las ciudades y todas las al-

deas, y se bebera el vino ofrecido por palacio. A partir de hoy,
las fronteras entre Egipto y el Hatti quedan abiertas; que circulen libremente las personas y los bienes por el interior de un vasto espacio del que cstaran ausentes la guerra y el odio.

Un formidable clamor acogi~') las palabras dc Ramscs.

Presa, a su pesar, de la emocion, Uri-Techup unio su voz al regocijo.
Saliendo de ia extremidad superior del mastil doble y llegando hasta la boveda, la vela de lino rectangular era hinchada por el viento norte, y la embarcacion r~al, rapidamente, remontaba la corriente en direccion a Tebas. En la proa, el capitan sondeaba de nuevo el Nilo por medio de una larga pertiga; conocia tan bien la corriente y el emplazamiento de los bancos de arena que ninguna maniobra en falso comprometeria el viaje de Ramses y de Mat-Hor. El propio faraon habia izado la vela, mientras su joven esposa descansaba en una cabina adornada de flores y el cocinero desplumaba un pato que prepararia para la cena. Tres timoneles mantenian el gobernalle, provisto de dos ojos magicos
que indicaban la direccion correcta, un marinero tomaba agua del rio agarrandose con una mano a la batayola, un grumete agil como un mono trepaba hasta lo alto del mastil para ver a lo lejos y avisar al capitan de la eventual presencia de hipopotamos.

La tripulacion habia bebido, deleitandose, un caldo excepcional del gran vinedo de Pi-Ramses, que databa del ano 22 del reinado, ano memorable durante el que se habia firmado el tratado de paz con el Hatti. De incomparable calidad, el vino habia sido conservado en jarras de terracota rosada, de forma conica y gollete recto cerrado por un tapon de arcilla y paja. En los flancos, flores de loto y una representacion de Bes, el senor de la iniciacion a los grandes mis-

terios, personaje achaparrado de gran torso y piernas cortas,
que sacaba la lengua roja para expresar la omnipotencia del
Verbo.

Tras haber saboreado el aire vivificador que corria por el rio, Ramses entro en la cabina principal, Mat-Hor ya estaba despierta. Perfumada con jazmin, con los pechos desnudos y vestida tan solo con una falda muy corta, era la seduccion en persona.

-El faraon es el senor del fulgor -dijo con voz suave-, la estrella fugaz seguida por surcos de fuego, el toro indomable de acerados cuernos, el cocodrilo en las aguas al que na-
die puede acercarse, el alcohol que se apodera de su presa, el divino grifo al que nadie puede vencer, la tempestad que estalla, la llama que atraviesa las espesas tinieblas.

-Conoces bien nuestros textos tradicionales, Mat-Hor.

-La literatura egipcia es una de las disciplinas que he estudiado. Todo lo que se ha escrito sobre el faraon me apasiona, cno es acaso el hombre mas poderoso del mundo?

-Entonces tambien debes saber que el faraon detesta el halago.

-Soy sincera; este es el instante mas feliz de mi vida. He sonado con vos, Ramses, micntras mi padre os combatia. Estaba convencida de que solo el sol de Egipto me haria tan
dichosa. Hoy se que tenia razon.

La muchacha se acurruco contra la pierna derecha de Ramses y la abrazo con ternura.

-~Se me prohibe amar al senor de las Dos Tierras?

El amor de una mujer... Hacia mucho tiempo que Ram-

ses ni siquiera pensaba en ello. Nefertari habia sido el amor;
Iset la bella la pasion, y aquellas dos felicidades pertenecian
ya al pasado. La joven hitita despertaba en el el deseo que creia extinguido. Sabiamente perfumada, ofrecida sin mos- trarse languida, sabia hacerse atractiva sin perder su noble-
za; a Ramses le conmovio su salvaje belleza y el encanto de sus almendrados ojos negros.
-Eres muy joven Mat-Hor.

-Soy una mujer, majestad, y tambien vuestra esposa; ~no tengo el deber de conquistaros?

-Ven a proa y descubre la tierra de Egipto; ella es mi esposa.

El rey cubrio con un manto blanco los hombros de Mat- Hor y la llevo a la proa del barco. Le indico el nombre de las provincias, las ciudades y las aldeas, describio sus rique-
zas, detallo el sistema de irrigacion, evoco las costumbres y
las fiestas.

Y llegaron a Tebas.

En la orilla de Oriente, los ojos maravillados de Mat-Hor contemplaron el inmenso templo de Karnak y el santuario del ka de los dioses, el luminoso Luxor. En la orilla de Oc- cidente, dominada por la Cima donde residia la diosa del silencio, la hitita enmudecio de admiracion ante el Rames- seum, el templo de millones de anos de Ramses, y el gigan- tesco coloso que encarnaba en la piedra el ka del rey, asi- milado a una potencia divina.

Mat-Hor comprobo que uno de los nombres del faraon, <<el que se parece a la abcja>>, estaba plenamente justificado,
pues Egipto era una colmena donde la ociosidad estaba de

mas. Todos tenian una funcion que cumplir, respetando una
jerarquia de deberes. En el propio templo, la actividad era incesante: cerca del santuario se atareaban los cuerpos de oficios, mientras que, en el interior, los iniciados celebraban
los ritos. Durante la noche, los observadores del cielo hacian sus calculos astronomicos.

Ramses no concedio tiempo alguno de adaptacion a la nueva gran esposa real. Alojada en el palacio del Ramesseum,
tuvo que someterse a las exigencias de su cargo y aprender su oficio de reina. Enseguida comprendio que obedecer era indispensable para conquistar a Ramses.
El carro real se detuvo ante la entrada de la aldea de Deir-el-Medineh, custodiada por la policia y el ejercito. Le seguia un convoy que aportaba a los artesanos, encargados de excavar y decorar las tumbas de los Valles de los Reyes y las Reinas, los alimentos habituales: hogazas de pan,
sacos de habichuelas, verduras frescas, pescado de primera calidad, bloques de carne seca y adobada. La Administracion proporcionaba tambien sandalias, tejidos y unguentos .

Mat-Hor se apoyo en el brazo de Ramses para bajar del carro.

-~Que venimos a hacer aqui?

-Algo esencial para ti.

Bajo las aclamaciones de los artesanos y sus familias, la pareja real se dirigio hacia la casa blanca de dos pisos del jefe
de la comunidad, un cincuenton cuyo genio de escultor despertaba la admiracion de todo el mundo.

-cComo agradecer a vuestra majestad su generosidad?
-pregunto inclinandose.

-Conozco el valor de tu mano, se que tu y tus hermanos
ignorais la fatiga. Soy vuestro protector y enriquecere a
vuestra comunidad para que sus obras scan inmortales.

-Ordenad, majestad, y actuaremos.

-Ven conmigo, te mostrare el emplazamiento dc las dos
obras que deben iniciarse inmediatamente.

Cuando el carro real tomo la ruta que llevaba al Valle de
los Reyes, Mat-Hor fue presa de la angustia. La vision
de los acantilados abrumados por el sol, de los que toda
vida
parecia ausente, le puso el corazon en un puno. Arrancada
del lujo y las comodidades de palacio, sufria el choque de
la
piedra y el desierto.

En el umbral del Valle de los Reyes, custodiado dia y no-
che, unos sesenta dignatarios, de diversas edades,
aguarda-
ban a Ramses. Con la cabeza afeitada, el pecho cubierto
por
un ancho collar, vestidos con un pano lago y plisado, suje-
taban un baculo cuyo mango de sicomoro era coronado por
una pluma de avestruz.

-Son mis <<hijos reales>> -explico Ramses.

Los dignatarios levantaron sus baculos, formaron un arco
de honor y, luego, siguieron en procesion al monarca.

Ramses se inmovilizo cerca de la entrada de su propia
tumba.

-Aqui excavaras una inmensa tumba' con salas de colum-
nas y tantas camaras funerarias como <<hijos reales>>
haya. En
compania de Osiris, les protegere para siempre -le ordeno
al jefe de la comunidad de Deir-el-Medineh.

Ramses entrego al maestro de obras el plano que el mis-
mo habia trazado sobre papiro.

-He aqui la morada de eternidad de la gran esposa real
Mat-Hor; excavaras la tumba en el Valle de las Reinas, a
cierta distancia de la de Iset la bella y lejos de la de Nefer-
tari.

La joven hitita palidecio.

-Mi tumba, pero...

-Esa es nuestra tradicion-preciso Ramses-. En cuanto un
ser recibe la carga de pesadas obligaciones, debe pensar
en
el mas alla. La muerte es nuestra mejor consejera, pues
situa
nuestras acciones en su justo lugar y permite distinguir lo
esencial de lo secundario.

-jPero yo no quiero sumirme en tristes pensamientos!

-Ya no eres una mujer como las demas, Mat-Hor, no eres
ya una princesa hitita a la que solo preocupa su placer,
eres
la reina de Egipto. Por lo tanto, solo cuenta tu deber; para
comprenderlo, debes encontrarte con tu propia muerte.

-jMe niego!

1. Esta tumba del Valle de los Reyes, que lleva el numero
5, fue descu-
bierta en 1820 por James Burton. Un equipo americano ha
reanudado
recientemente las excavaciones, sorprendido ante la
magnitud del monu-
mento. Se trata de la mayor tumba egipcia conocida.
La mirada de Ramses hizo que Mat-Hor lamentara, de in-
mediato, haber pronunciado estas palabras. La hitita cayo
de
rodillas.

-Perdonadme, majestad.

-Levantate, Mat-Hor; no eres mi sierva sino la de Maat, la Regla del universo que creo Egipto y le sobrevivira. Ahora, vayamos hacia tu destino.

Orgullosa a pesar de su miedo, consiguiendo dominar su angustia, la joven hitita descubrio el Valle de las Reinas que,
a pesar de su caracter desertico, le parecio menos austero que el de los Reyes. Como el paraje no estaba rodeado por altos acantilados, sino abierto al mundo de los vivos, al que sentia cercano, Mat-Hor se concentro en la pureza del cielo y recordo la belleza de los paisajes del verdadero valle, el del
Nilo, donde pensaba vivir innumerables horas de alegria y de placer.

Ramses pensaba en Nefertari, que descansaba alli, en la sala de oro de una magnifica morada de eternidad donde re-
sucitaba a cada instante en forma de fenix, de rayo de luz o de soplo de viento, elevandose hasta las extremidades del mundo. Nefertari, que bogaba en una barca, por el fluido celestial, en el corazon de la luz.

Mat-Hor permanecio silcnciosa, sin atrevcrsc a interrumpir la meditacion del rey. Pese a la gravedad del lugar y del momento, se sinti~') profundamente turbada por su prestan-
cia y su poder. Fueran cuales fucsen las pruebas que debiera superar~ la hitita lograria su objetivo: seducir a Ramses.
La paciencia de Serramanna se habia agotado. Puesto que la
astucia y la suavidad no daban ningun resultado, el gigante sardo habia decidido utilizar un metodo mas directo. Tras haber degustado una costilla de buey y unos garbanzos, se dirigia a caballo al taller de Techonq.

Esta vez, el libio diria todo lo que supiera y, especialmente, el nombre del asesino de Acha.

Cuando descabalgo, a Serramanna le sorprendieron los grupos que se habian formado ante el taller del curtidor. Mujeres, ninos, ancianos y obreros charlaban por los codos.

-Apartaos y dejadme pasar -ordeno el sardo.

El gigante no tuvo que rcpetir sus ordenes; se hizo el si-

lencio.

En el interior del local cl olor seguia siendo espantoso; Serramanna, que se habia acostumbrado a perfumarse a la egipcia, vacilo antes de entrar. Pero la vision del equipo de curtidores, reunidos junto a las pieles de antilope saladas, le
incito a aventurarse por aquel lugar nauseabundo. Aparto las ristras de vainas de acacia, ricas en acido tanico, rodeo una cubeta de tierra ocre y poso sus enormes manos en los hombros de dos aprendices.

-~ Que ocurre ?

Los aprendices se apartaron. Serramanna descubrio el cadaver de Techonq, con la cabeza hundida en un estanque lleno de orina y excrementos.
-Un accidente, un terrible accidente -explico el jefe del taller, un robusto libio.

-cCømø ha ocurrido?

-Nadie sabe nada... El patron tenia que venir a trabajar muy pronto y, cuando hemos llegado, lo hemos encontrado asi.

-~ Ningun testigo ?

-Ninguno.

-Me sorprende... Techonq era un tecnico demasiado ex-

perimentado como para morir de una manera tan tonta.
No,
esto es un crimen y uno de vosotros sabe algo.

-Os equivocais -protesto con cautela el jefe de taller.

-Lo comprobare yo mismo -prometio Serramanna-; os
espera un largo interrogatorio.

El mas joven de los aprendices se escurrio como una an-
guila y salio del taller poniendo pies en polvorosa. La bue-
na vida no habia embotado los reflejos del sardo, que se
lan-
zo tras el inmediatamente.

Las callejas del barrio obrero no tenian secretos para el
joven, pero la potencia fisica del jefe de la guardia personal
de Ramses le permitia no perder el contacto. Cuando el
aprendiz intentaba escalar un muro, el pesado puno de Se-
rramanna se cerro sobrc su taparrabos.

Lanzado por los aires, el fugitivo aullo y cayo pesada-
mente al suelo.

-Mis rinones... ¡Tengo rotos los rinones!

-Ya los cuidaras cuando me hayas dicho la verdad. Y no
tardes, granuja; de lo contrario te rompere tambien las mu-
necas.

Aterrorizado, el aprendiz hablo entrecortadamente.

-El que ha matado al patron ha sido un libio... Un hom-
bre de ojos negros, rostro cuadrado y cabellos ondulados...
Ha tratado a Techonq de traidor... El patron ha protestado,
ha jurado que no os habia dicho nada... pero el otro no le
ha
creido... Le ha estrangulado y le ha metido la cabeza en el
estanque de estiercol... Luego, se ha vuelto hacia nosotros
y
nos ha amenazado: <<Tan cierto como que me llamo Malfi
y

soy el senor de Libia, os matare si hablais con la
policia...>>.
Y ahora que os lo he dicho todo, jsoy hombre muerto!

-No hables por hablar, muchacho; no volveras a poner
los pies en tu taller y trabajaras en los dominios del inten-
dente de palacio.

-~No... no me enviareis a presidio?

-Me gustan los muchachos valerosos. jVamos, en pie!

Cojeando como pudo, el aprendiz consiguio seguir al gi-
gante, que parecia muy enojado. Al reves de lo que habia
es-
perado, no habia sido Uri-Techup el que habia suprimido a
Techonq .

Uri-Techup, el hitita felon socio de Malfi, un libio asesi-
no, enemigo hereditario de Egipto... Si, eso estaba traman-
dose en las sombras. Seria preciso convencer a Ramses.

Setau lavaba los boles de cobre, las calabazas y los filtros
de
distintos tamanos mientras Loto limpiaba los anaqueles del
laboratorio. Luego, el especialista en venenos de serpiente
se
quito la piel de antilope, la zambullo en el agua y la retor-
cio para extraer la soluciones medicinales de las que
estaba
saturada. Le correspondia a Loto transformar de nuevo la
tunica en una verdadera farmacia ambulante gracias a los
tesoros que ofrccian la cobra negra, la vibora sopladora, la
vibora cornuda y sus semejantes. La hermona nubia se in-
clino sobre el liquido pardo y viscoso; diluido, seria un
remedio eficaz para los trastornos de la circulacion sangui-
nea y las debilidades del corazon.

Cuando Ramses entro en el laboratorio, Loto se inclino
pero Setau siguio con su tarea.

-Estas de mal humor-advirtio el rey.

-Exacto.

-Desapruebas mi boda con esa princesa hitita.
-Exacto otra vez.

-cpor que razon?

-Te traera la desgracia.

-cNo exageras, Setau?

-Loto y yo conocemos muy bien las serpientes; para descubrir la vida en el corazon de su veneno es preciso ser un especialista. Y esta vibora hitita es capaz de atacar de un
modo que ni siquiera el mejor especialista sabria prever.

-cNo estoy, gracias a ti, inmunizado contra los reptiles?

Setau refunfuno. De hecho, desde su adolescencia y durante numerosos anos, habia hecho absorber a Ramses una pocion que contenia infimas dosis de veneno para permitirle sobrevivir a cualquier tipo de mordedura.

-Confias demasiado en tu poder, majestad... Loto cree que eres casi inmortal, pero yo estoy convencido de que esta
hitita intentara perjudicarte.

-Se murmura que esta muy enamorada-susurro la nubia.

-jY que! -exclamo el encantador de serpientes-; cuando el amor se transforma en odio, es un arma terrorifica. Es evidente que esta mujer intentara vengar a los suyos. cNo dispone, acaso, de un inesperado campo de batalla, el palacio real? Naturalmente, Ramses no va a escucharme.

El faraon se volvi(') hacia Loto.

-cQue opinais?

-Mat-Hor es bella, inteligcnte, astuta y ambiciosa... pero es hitita.

-No lo olvidare-prometio Ramses.

El rey leyo con atencion el informe que le habia entregado Ameni. Con la tez palida y los cabellos cada vez mas escasos, el secretario particular del monarca habia anotado con precision las inflamadas declaraciones de Serramanna.

-Uri-Techup, el asesino de Acha, y Malfi, el libio, su complice... Pero no tenemos prueba alguna.
-Ningun tribunal les condenaria -reconocio Ameni.

-cHas oido tu hablar de ese tal Malfi?

-He consultado los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, las notas de Acha, y he interrogado a los especialistas en Libia. Malfi es el jefe de una tribu guerrera, par-
ticularmente vindicativa para con nosotros.

-cSimple pandilla de locos o peligro real?

Ameni se tomo un tiempo de reflexion.

-Me gustaria darte una respuesta tranquilizadora, pero el rumor afirma que Malfi ha conseguido federar varios clanes
que, hasta hoy, se desgarraban mutuamente.

-cRumor o certeza?

-La policia del desierto no ha conseguido descubrir el emplazamiento de su campamento.

-Y, sin embargo, Malfi ha entrado en Egipto, ha asesinado a uno de sus compatriotas en su propio taller y ha vuelto a salir impunemente.

Ameni temia sufrir la violenta, aunque rara, colera de Ramses.

-Ignorabamos su capacidad para hacer dano -preciso el escriba.

-Si ya no sabemos descubrir el mal ccomo gobernaremos el pais?

Ramses se levanto y camino hacia la gran ventana de su despacho, desde la que contemplaba el sol de frente sin abrasarse los ojos. El sol, su astro protector, le proporcionaba cada dia energias para asumir su tarea, fueran cuales fuesen sus dificultades.

-No hay que desdenar a Malfi -declaro el rey.

-jLos libios son incapaces de atacarnos!

-Un punado de demonios puede sembrar la desgracia, Ameni; este libio vive en el desierto, capta alli las fuerzas destructoras y suena con utilizarlas contra nosotros. No se tratara de una guerra como la que libramos contra los hititas, sino de otra clase de enfrentamiento, mas solapado pero no menos violento. Siento el odio de Malfi. Aumenta, se acerca.

Antano era Nefertari quien ejercia sus dones de vidente para orientar la accion del rey; desde que ella brillaba en el
cielo, entre las estrellas, Ramses tenia la sensacion de que su
espiritu vivia en el y seguia guiandole.

-Serramanna llevara a cabo una minuciosa investigacion -indico Ameni.

-cTienes otras preocupaciones, amigo mio?

-Apenas un centenar de problemas, como cada dia, y todos urgentes.

-Supongo que seria inutil pedirte que reposaras un poco.

-El dia que no haya ningun problema que resolver, des-
cansare.
Con cenizas y natron, mezcla de carbonato y bicarbonato
de sodio, la mas habil de las masajistas de palacio froto la
piel de Mat-Hor para librarla de sus impurezas. Luego en-
jabono a la joven hitita con un jabon a base de corteza y
car-
ne de balanites, arbol rico en saponina, y le rogo que se
ten-
diera en las losas calientes para darle unas fricciones. La
pomada odorifera aliviaba los dolores, suprimia las tensio-
nes y perfumaba el cuerpo.

Mat-Hor estaba en el paraiso. En la corte de su padre, el
emperador del Hatti, nunca se habian ocupado de ella con
tanto cuidado y destreza. Maquilladoras, manicuras y pedi-
curas practicaban su arte a la perfeccion, y la nueva reina
de
Egipto sc sentia mas hermosa dia tras dia. ~No era esa
una
condicion indispensable para conquistar el corazon de
Ram-
ses? Resplandeciente juventud y felicidad, Mat-Hor se con-
siderable irresistible.

-Ahora la pomada antiarrugas -decidio la masajista.

La hitita se rebelo.

-~A mi edad? ¡Estas loca!

-A vuestra edad hay que empezar a luchar contra el en-
vejecimiento, y no cuando ya es demasiado tarde.

-Pero...

-Confiad en mi, majestad; para mi, la belleza de una rei-
na de Egipto es un asunto de Estado.

Vencida, Mat-Hor abandono su rostro en manos de la
masajista, que le aplico una costosa pomada compuesta
por

miel, natron rojo, polvo de alabastro, semillas de fenugreco y leche de burra.

A la primera sensacion de frescor le sucedio un suave calor, que alejaba la fealdad y la vejez.

Mat-Hor iba de banquete en recepcion, era recibida en casa de los nobles y los ricos, visitaba los harenes donde en-
senaban a tejer y donde tambien se aprendia musica y poesia, y se iniciaba dia tras dia, voluptuosamente, en el arte de
vivir a la egipcia.

jTodo era mas hermoso aun que en sus suenos! Ya no pensaba en Hattusa, la gris y triste capital de su infancia, consagrada a la afirmacion del poderio militar. Aqui, en Pi-Ramses, no habia altas murallas, sino jardines, estanques y moradas adornadas con tejas barnizadas que convertian la capital de Ramses en la ciudad de turquesa, donde la alegria
de vivir se mezclaba con el canto de los pajaros.

La princesa hitita habia sonado con Egipto, jy Egipto le pertenecia! Era la reina respetada por todos.

~Pero reinaba realmente? Sabia que Nefertari habia actuado cotidianamente junto a Ramses, tomado realmentc parte en
la direccion de los asuntos del Estado y habia sido, incluso, la
principal artifice del tratado de paz firmado con los hititas.

Ella, Mat-Hor, se aturdia con cl lujo y los placeres, jpero vcia tan poco a Ramses! Ciertamente, el le hacia el amor con
deseo y ternura, pero permanccia alejado y ella no ejercia sobre el rey poder alguno ni se enteraba del menor secrcto del gobicrno.

Aquel fracaso era solo provisional. Mat-Hor seduciria a

Ramses, le dominaria. La inteligencia, la belleza y la astucia
serian sus tres armas. La batalla seria larga y dificil, pues el
adversario era de peso; sin embargo, la joven hitita no du-
daba de su exito. Siempre habia obtenido lo que deseaba con
ardor. Y hoy queria convertirse en una reina tan prestigiosa
que borrara hasta el menor recuerdo de Nefertari.
-Majestad -murmuro la camarera-, creo... creo que el fa-
raon se halla en el jardin.

-Ve a ver y, si es el, vuelve inmediatamente.

~Por que no le habia avisado Ramses de su presencia? A
aquellas horas, al finalizar la manana, el monarca no solia
concederse un descanso. ~Que insolito acontecimiento jus-
tificaba esa actitud? La camarera regreso asustada.

-Es el faraon, majestad.

-~Y... esta solo?

-Si, solo.

-Dame mi tunica mas sencilla y ligera.
-~No quereis la de lino fino, con bordados rojos y...?

-Apresurate.

-~Que joyas deseais?

-Nada de joyas.

-~Y... la peluca?

-Sin peluca. ~Pero vas a apresurarte?

Ramses estaba sentado con las piernas cruzadas al pie de un
sicomoro de amplia copa y brillantes frondas, cargado de

frutos verdes y rojos. El rey vestia el pano tradicional que llevaban los faraones del Imperio Antiguo, en la epoca en que sc construyeron las piramides. En sus munecas lucia dos
brazaletcs de oro.

La hitita le observo.

Sin duda alguna, hablaba con alguien.

Descalza, se aproximo sin hacer el menor ruido. Una ligera brisa hacia susurrar las hojas del sicomoro, cuyo canto
tenia la untuosidad de la miel. Estupefacta, la joven descubrio al interlocutor del monarca: su perro, Vigilante, tendido de espaldas.
-Majestad. . .

-Ven, Mat-Hor.

-~Sabiais que estaba aqui?
-Tu perfume te traiciona.

Se sento junto a Ramses. Vigilante se dio la vuelta y tomo la postura de la esfinge.

-~Hablabais... hablabais con este animal?

-Todos los animales hablan. Cuando nos son proximos, como lo eran mi leon y lo es este perro, heredero de una dinastia de Vigilantes, pueden decirnos muchas cosas si sabe-
mos escucharles.

-Pero... ~que os cuenta?

-Me transmite la fidelidad, la confianza y la rectitud, y me describe los hermosos caminos del mas alla por los que va a gularme.

Mat-Hor hizo una mueca.

-La muerte... ~por que hablar de ese horror?

-Solo los humanos cometen horrores; la muerte es una simple ley fisica, y el mas alla de la muerte puede convertir-
se en plenitud si nuestra existencia ha sido justa y conforme
a la regla de Maat.

Mat-Hor se aproximo a Ramses y le contemplo con sus soberbios ojos negros almendrados.

-~No temes ensuciarte el vestido?

-Todavia no me he vestido, majestad.

-Una austera tunica, sin joyas ni peluca... ~Por que tanta sencillez?

-~Me lo reprocha vuestra majestad?

-Tienes que mantener tu rango, Mat-Hor, y no puedes comportarte como una mujer cualquiera.

La hitita se rebelo.

-~Lo he hecho alguna vez? Soy la hija de un emperador y, ahora, la esposa del faraon de Egipto. Mi existencia ha estado
siempre sometida a las exigencias de la etiqueta y el poder.

-La etiqueta, es cierto; pero ~por que hablar del poder? No ejercias responsabilidad alguna en la corte de tu padre.

Mat-Hor sintio que habia caido en la trampa.

-Era demasiado joven... Y el Hatti es un Estado militar donde las mujeres son consideradas seres inferiores. ¡Aqui todo es distinto! ~No tiene la reina de Egipto el deber de servir a su pais?

La joven deplego sus cabellos en las rodillas de Ramses.

-~Realmente te sientes egipcia, Mat-Hor?

-jNo quiero oir hablar del Hatti!

-~Reniegas de tu padre y de tu madre?

-No, claro que no... jPero estan tan lejos!

-Vives una dificil prueba.

-~Una prueba? De ningun modo, es lo que siempre he deseado. No quiero hablar mas del pasado.

-~Como preparar el manana si no se han descubierto los secretos del ayer? Eres joven, Mat-Hor y te agitas buscando tu equilibrio. No sera facil de descubrir.

-Mi porvenir esta trazado: jsoy la reina de Egipto!

-Reinar es una funcion que se edifica dia tras dia y nunca se domina.

La hitita se sintio despechada.

-No... no comprendo.

-Ercs el cmblcma vivo dc la paz entre el Hatti y Egipto -dcclaro Ramses-; muchos muertos han jalonado la ruta que
llevaba al final de un largo conflicto. Gracias a ti, Mat-Hor, la alegria ha reemplazado el sufrimiento.
~Solo soy... un simbolo?

-Necesitaras muchos anos para penetrar en los secretos de Egipto; aprende a servir a Maat, la diosa de la Verdad y de
la Justicia, y tu existencia sera luminosa.

La hitita sc lcvanto e hizo frente al senor de las Dos Tierras.

-Deseo reinar a vuestro lado, Ramses.

-No eres mas que una nina, Mat-Hor; renuncia primero
a tus caprichos, manten tu rango y deja que el tiempo reali-
ce su obra. Ahora, dejame solo; Vigilante tiene que
hacerme
muchas confidencias.

Vejada, la hitita volvio corriendo a sus aposentos; Ram-
ses no la veria llorar de rabia.
Durante los meses que siguieron a esta entrevista con
Ram-
ses, Mat-Hor se mostro deslumbradora. Luciendo suntuo-
sos vestidos, ilumino con su belleza y su encanto las
veladas
tebanas, desempenando a la perfeccion el papel de una rei-
na consagrada a las mundanidades. Atenta a los consejos
del
rey, se familiarizo con las costumbres de la corte y profun-
dizo en el conocimiento de la cultura del viejo Egipto, de la
que quedo absolutamente fascinada.

Mat-Hor no se enfrento a hostilidad alguna, pero no con-
siguio ganarse las simpatias de Ameni, de quien todos de-
cian que era el mas intimo amigo del monarca; en cuanto a
Se-
tau, otro de los confidentes de Ramses, se habia marchado
de nuevo a Nubia en compania de Loto, para coscchar el
ve-
neno de sus queridos reptiles y poner en practica sus ideas
referentes al desarrollo de la region.

La joven hitita lo tenia todo y no poseia nada. El poder se
le escapaba de las manos, y la amargura comenzaba a
invadir
su corazon. Buscaba en vano un medio para conquistar a
Ramses y, por primera vez, dudaba de si misma. Pero no le
daria al rey la posibilidad de descubrirle; asi pues, se
aturdia
con fiestas y regocijos de los que era la reina indiscutible.

Aquel anochecer de otono, Mat-Hor se sintio cansada;

despidio a sus siervas y se tendio en la cama, con los ojos abiertos, para sonar con Ramses, aquel hombre omnipotente e inaprensible.
Una rafaga de viento levanto el velo de lino colocado ante la ventana. Al menos eso fue lo que creyo la hitita por unos instantes, hasta que aparecio un hombre de largos cabellos y torso imponente.

Mat-Hor se incorporo y cruzo los brazos sobre su pecho.

-~ Quien sois ?

-Un compatriota.

La luz de la luna permitio a la reina discernir mejor los rasgos del inesperado visitante.

- jUri-Techup!

-~Te acuerdas de mi, muchacha?

-jHas osado penetrar en mi habitacion!

-No ha sido facil, y hace horas que estoy acechandote. Puesto que ese demonio de Serramanna no deja de hacer que me vigilen, he esperado mucho antes de acercarme a ti.

-Uri-Techup... jMataste al emperador Muwattali e intentaste suprimir a mi padre y a mi madre!

-Todo eso queda muy lejos... Hoy somos dos hititas exiliados en Egipto.

-~Olvidas quien soy?

-Una mujer hermosa condenada a embriagarse en un mundo artificial.

-jSoy la esposa de Ramses y la reina de este pais!

Uri-Techup se sento al pie de la cama.

-Abandona tu sueno, nina.

-jLIamare a la guardia!

-Muy bien, llamala.

Uri-Techup y Mat-Hor se desafiaron con la mirada. La muchacha se levanto y se sirvio una copa de agua fresca.

-jNo eres mas que un monstruo y un animal! ~Por que voy a escuchar al general felon?

-Porque pertenecemos al mismo pueblo, que sera siempre enemigo del maldito Egipto.

-Deja ya de divagar: se ha firmado el tratado de paz.

-Deja tu de hacerte ilusiones, Mat-Hor; para Ramses, solo eres una extranjera que pronto sera encerrada en un haren.

-jTe equivocas!

-~Te ha concedido la menor parcela de poder?

La muchacha permanecio muda.

-Para Ramses, tu no existes. No eres mas que una hitita y el rehen de una paz que el faraon acabara rompiendo para
aplastar a un enemigo desprevenido. Ramses es artero y cruel, le ha tendido una sutil trampa a Hattusil y el ha caido en ella a la primera. jY tu fuiste sacrificada por tu propio padre! Apresurate, Mat-Hor, vive los buenos tiempos pues la juventud pasa deprisa, mucho mas deprisa de lo que
imaginas.

La reina volvio la espalda a Uri-Techup.

-~Has terminado?

-Piensa en lo que acabo de decirte y advertiras la veraci- dad de mis palabras; si deseas volver a verme, arreglatelas para hacermelo saber sin alertar a Serramanna.

-~Que razon puedo tener para querer volver a verte?

-Amas a tu pais tanto como yo. Y no aceptas la derrota ni la humillacion.

Mat-Hor vacilo largo tiempo antes de volverse.

Una ligera brisa levantaba la cortina dc lino, Uri-Techup habia dcsaparecido. ~ Era solo un demonio nocturno o acababa de recordarle la realidad?

Los seis hombres cantaban a pleno pulmon, agitando acom- pasadamente sus pies metidos en una amplia tina llena de uva. Entre todos pisoteaban con ardor los racimos madu- ros, que darian un excelente vino. Medio ebrios por los va- pores que se exhalaban de la cuba, se sujetaban con manos mas o menos vacilantes a las ramas de la parra. El mas en- tusiasta era Serramanna, que imponia el ritmo a sus compa- neros.

227

-Alguien pregunta por vos -dijo un vinatero.

-Seguid -ordeno Serramanna a sus hombres-, y no aflo- jeis.

El hombre era un guardia que pertenecia a la policia del desierto. Con el rostro cuadrado, de marcados rasgos, nun- ca se separaba de su arco, sus flechas y su corta espada.

-Vengo a informaros -le dijo a Serramanna-; nuestras pa- trullas recorren el desierto de Libia desde hace meses, bus- cando a Malfi y a sus sediciosos.

-~Los habeis localizado por fin?

-Desgraciadamente no. El desierto es inmenso, solo controlamos la zona proxima a Egipto. Aventurarse mas lejos seria arriesgado. Los beduinos nos espian y avisan a Malfi cuando nos acercamos. Para nosotros se ha convertido en una sombra inaprensible.

Serramanna se sintio decepcionado y contrariado. La competencia de los policias del desierto era indiscutible; su fracaso demostraba hasta que punto era Malfi un adversario temible.

-~Es cierto que Malfi ha federado varias tribus?

-No estoy seguro de ello -respondio el oficial-. Tal vez se trate solo de un rumor como tantos otros.

-~Ha alardeado Malfi de poseer una daga dc hierro?

-No he oido nada asi.

-No bajes la guardia; al menor incidente, avisa a palacio.

-Como querais... ~Pero que podemos temer de los libios?

-Estamos seguros de que Malfi intentara perjudicarnos de un modo u otro. Es sospechoso de asesinato.

Ameni no tiraba documento alguno. Con el transcurso de los anos, su despacho de Pi-Ramses se habia llenado de archivos, en forma de papiro y tablillas de madera. Tres habitaciones contiguas albergaban los antiguos expedientes. Sus subordinados le habian recomendado varias veces que se librara de los textos sin importancia, pero Ameni queria tener a mano el maximo de informaciones, sin verse obligado a recurrir a las distintas administraciones, cuya lentitud le exasperaba.

El escriba trabajaba deprisa; a su modo de ver, cualquier problema cuya solucion se demorase tendia a envenenarse.

Y en la mayoria de las ocasiones era mejor contar solo con uno mismo, sin pensar en las innumerables relaciones dispuestas a esfumarse en cuanto la dificultad parecia insuperable.

Saciado por un enorme plato de carne hervida, que no le engordaria mas que las otras comidas, Ameni trabajaba a la
luz de los candiles de aceite cuando Serramanna entro en su
despacho.

-Leyendo todavia...

-Alguien tiene que ocuparse de los detalles en este pais.

-Acabaras con tu salud, Ameni.

-Zozobro hace ya tiempo.

-~Puedo sentarme?

-Siempre que no toques nada.

El gigante sardo permanecio de pie.

-Nada nuevo sobre Malfi -deploro-; se esconde en el desicrto de Libia.

-~ Y U ri-Techup ?

-Se da la gran vida con su rica fenicia. Si no le conociera como un cazador conoce su prcsa, juraria que se ha conver-
tido en un respetable rico sin mas ambiciones que la felicidad conyugal y la buena carne.

-~Por que no, a fin de cuentas? Otros extranjeros fueron seducidos por una exis~encia Iranquii;

El tono del sardo intrigo a Ameni.

-~Que quieres decir?

-Eres un excelente escriba, pero el tiempo pasa y ya no
eres un joven.

229
Ameni dejo su pincel y se cruzo de brazos.

-He conocido a una mujer encantadora y muy timida
-confeso el sardo-; es evidente que no me conviene. En
cambio, tu sabrias apreciarla...

-~ Quieres... casarme ?

-Yo necesito cambiar a menudo... Pero tu le serias fiel a
una buena esposa.

Ameni monto en colera.

-Mi existencia es este despacho y la gestion de los asun-
tos publicos. ~Imaginas a una mujer aqui? Pondria orden a
su modo y todo seria jaleo y caos.
-Pense que...

-No pienses mas y procura, mas bien, identificar al asesi-
no de Acha.
El templo de millones de anos de Ramses, en la orilla oeste
de Tebas, se extendia por una superficie de cinco
hectareas.
De acuerdo con los deseos del faraon, los pilonos parecian
ascender hasta el cielo, los arboles daban sombra a
estanques
de agua pura, las puertas eran de bronce dorado, las losas
de
plata y estatuas vivientes, animadas por la presencia del
ka,
residian en sus patios. Alrededor del santuario, una biblio-
teca y almacenes; en el corazon del edificio, las capillas de-
dicadas a Seti, el padre de Ramses, a Tuya, su madre, y a
Nefertari, su gran esposa real.

El senor de las Dos Tierras acudia frecuentemente a

aquel dominio magico que pertenecia a las divinidades. Alli veneraba la memoria de sus seres mas queridos, presentes para siempre en el; pero aquel viaje tenia un caracter excepcional.

Meritamon, la hija de Ramses y de Nefertari, debia llevar a cabo un rito que inmortalizaria al faraon reinante.

Cuando la vio, a Ramses le impresiono de nuevo el parecido con su madre. Con su vestido cenido, adornado con dos rosetas a la altura del pecho, Meritamon encarnaba a Sechat, la diosa de la Escritura. Su fino rostro, enmarcado por dos pendientes en forma de disco, era fragil y luminoso.

El rey la tomo en sus brazos:

-~Como estas, querida hija?

-Gracias a ti puedo meditar en este templo y toco musica para los dioses. Siento a cada instante la presencia de mi madre.

-Me has pedido que viniera desde Tebas. ~Que misterio deseas desvelarme, tu, la unica reina de Egipto reconocida por los templos?

Meritamon se inclino ante el soberano.

-Que su majestad me siga.

La diosa a la que encarnaba Meritamon condujo a Ramses hasta una capilla donde le aguardaba un sacerdote con la mascara de ibis del dios Thot. Ante los ojos de Ramses, Thot y Sechat inscribieron los cinco nombres del rey en las hojas de un gran arbol grabado, en relieve, en la piedra.

-De ese modo -dijo Meritamon-, tus anales quedan establecidos millones de veces, asi duraran para siempre.

Ramses sintio una extrana emocion. Era solo un hombre a quien el destino habia confiado una pesada carga, pero la pareja divina evocaba otra realidad, la del faraon, cuya alma
pasaba de rey en rey, desde el origen de las dinastias.

Ambos celebrantes sc retiraron, permitiendo que Ramses contemplara el arbol de millones de anos en el que acababa
de inscribirse su eternidad.

Cuando Meritamon regresaba al dominio de las interpretes de musica del templo, una muchacha rubia, suntuosamente vestida, le cerro el paso.

-Soy Mat-Hor -declaro agresiva-; no nos conocemos, pero tengo que hablaros.

-Sois la esposa oficial de mi padre, no tenemos nada que decirnos.

-jVos sois la verdadera reina de Egipto!

-Mi papel es estrictamente teologico.

-Es decir, esencial.

-Interpretar los hechos como os plazca, Mat-Hor; para mi, nunca habra mas esposa real que Nefertari.

2 3 ~

-Ella ha muerto y yo estoy viva. Y puesto que os negais a reinar, ~por que impedis que lo haga yo?

Meritamon sonrio.

-Vuestra imaginacion es en exceso fertil. Vivo recluida aqui y no me interesan los asuntos del mundo.

-Pero asistis a los ritos de Estado, jcomo reina de Egipto!

-Esa es la voluntad del faraon. ~La discutis acaso?

-Habladle, convencedle de que me de el lugar que me corresponde; vuestra influencia sera decisiva.

-~Que deseais en realidad, Mat-Hor?

-Tengo derecho a reinar, mi boda me autoriza a hacerlo.

-Egipto no se conquista por la fuerza, sino por el amor. En esta tierra, si desdenais la regla de Maat, sufrireis penosas desilusiones.

-Vuestros discursos no me interesan, Meritamon; exijo vuestra ayuda. Yo no renuncio al mundo.

-Teneis mas valor que yo; buena suerte, Mat-Hor.

Ramses medito largo rato en la inmensa sala hipostila del templo de Karnak que su padre, Seti, habia iniciado y que el, en calidad de hijo y sucesor, habia concluido. Filtrada por las ventanas consimetricas y petreas celosias, la luz iluminaba sucesivamente las escenas esculpidas y pintadas en las que se veia al farac n haciendo ofrendas a las divinidades para que aceptaran residir en la tierra.

Amon, la gran alma de Egipto que daba el aliento a todos los seres vivos, permanecia misterioso, pero actuaba en todas partes; <<viene en el viento -afirmaba un himno-, pero no se le ve. La noche se llena con su presencia. Todo lo que sucede arriba y abajo, el lo lleva a cabo>>. Intentar conocer a Amon, sabiendo que escaparia siempre a la inteligencia humana, era, como afirmaba el Libro de salir a la luz, apartar el mal y las tinieblas, penetrar en el porvenir y organizar el pais para que fuera a imagen del cielo.

23 3

El hombre que avanzaba hacia Ramses tenia el rostro cua-

drado y desagradable, que la edad no habia dulcificado. An-
tiguo supervisor de los establos del reino, habia entrado al
servicio de Amon de Karnak y habia ascendido por los pel-
danos de la jerarquia hasta convertirse en el segundo. profe-
ta del dios. Con el craneo afeitado, vestido con una tunica
de lino inmaculado, Bakhen se detuvo a pocos pasos del
monarca.

-Cuanto me alegra volver a veros, majestad.

-Gracias a ti, Karnak y Luxor son dignos de las divinida-
des que los habitan. ~Como esta Nebu?

-El sumo sacerdote no sale ya de su casita, junto al lago
sagrado; pero a pesar de su avanzada edad, sigue dando or-
denes.

Ramses apreciaba la fidelidad de Bakhen; era uno de esos
seres excepcionales, desprovistos de ambicion y cuya prin-
cipal preocupacion era actuar con rectitud. La administra-
cion del mayor dominio sagrado de Egipto estaba en buenas
manos.

Pero Bakhen parecia menos sereno que de costumbre.

-~Te inquieta algun asunto grave? -pregunto Ramses.

-Acabo de recibir quejas procedentes de los pequenos
santuarios de la region tebana. Pronto careceran de olibano,
incienso y mirra, indispensables para la practica cotidiana de
los ritos. De momento, las reservas de Karnak bastaran para
ayudarles, pero mis propias existencias se agotaran en dos o
tres meses.

-~No deben recibir los templos provisiones antes de que
comience el invierno?

-Ciertamente, majestad, ~pero que cantidad nos suminis-
traran? Las ultimas cosechas han sido tan escasas que
corre-
mos el riesgo de carecer de tan esenciales sustancias. Si el
ri-
tual no se celebra de modo satisfactorio, ~que sucedera
con
la armonia del pais?

En cuanto Ramses regreso a la capital, Ameni se presento
en
su despacho, con los brazos cargados de papiros adminis-
trativos. Debido a su fragil apariencia, todos se
preguntaban
de donde sacaba el escriba la energia necesaria para llevar
tan pesadas cargas.

-jMajestad, hay que intervenir enseguida! La tasa sobre
los barcos mercantes es excesiva y...

Ameni se callo. La gravedad del rostro de Ramses le di-
suadio de importunarle con pequenos detalles.

-~Cual es el estado de nuestras reservas de olibano, in-
cienso y mirra?

-No puedo contestarle de momento, debo comprobarlo...
Pero no es alarmante.

-~Como puedes estar tan seguro?

-Porque organice un sistema de control. Si las existencias
hubieran disminuido de modo significativo, lo sabria.

-En la region tebana pronto reinara la escasez.

-Utilicemos las reservas de los almacenes de Pi-Ramses y
deseemos que las proximas cosechas sean abundantes.

-Delega las tareas secundarias y encargate inmediatamente de este problema.

Ameni convoco en su despacho al director de las reservas de
la Doble Casa blanca, al jefe del Tesoro y al superior de la Casa del Pino, encargado de comprobar las entregas de mer-
cancias procedentes del extranjero. I.os tres notables habian
llegado a una floreciente cincuentena.

-Me he visto obligado a abandonar una reunion importante -se quejo el jefe del Tesoro-, y espero que no nos molesteis por una tonteria.

-Los tres sois responsables de nuestras reservas de olibano, incienso y mirra -recordo Ameni-. Puesto que nadie me ha avisado, supongo que la situacion no es preocupante.

-Casi no me queda olibano -reconocio el director de las reservas de la Doble Casa blanca-; pero ciertamente no les ocurre eso a mis dos colegas.

-Yo tengo pequenas existencias -preciso el jefe del Tesoro-, pero como el nivel de alerta no se habia alcanzado por completo, no considere oportuno enviar un informe a mis colegas.

-Mi declaracion es identica -dijo el director de la Casa del Pino-. Si mis existencias hubieran seguido bajando durante los proximos meses, sin duda se habrian terminado.

Ameni estaba aterrorizado.

Los tres altos funcionarios habian sacrificado el espiritu a la letra y, como sucedia a menudo, sin comunicarse entre si.

-Dadme el estado exacto de vuestras reservas.

Los calculos de Ameni fueron rapidos: antes de la proxi-
ma primavera no quedaria ni un grano de incienso en Egip-
to, la mirra y el olibano habrian desaparecido de los labora-
torios y de los templos.

Y en todo el pais naceria e iria creciendo un sentimiento
de revuelta contra la imprevision de Ramses.

236
Siempre mas hermosa que un amanecer de primavera,
Nefe-
ret, la medico jefe, acabo de preparar una amalgama com-
puesta por resina de pistacho, miel, pedazos de cobre y un
poco de mirra, destinada a cuidar una muela de su ilustre
paclente.

-Ningun absceso -explico a Ramses-, pero las encias son
fragiles y hay una tendencia cada vez mas acusada a la
artri-
tis, vuestra majestad no debe olvidar los enjuagues bucales
y las decocciones de corteza de sauce.

-He hecho plantar miles de sauces a lo largo del rio y al-
rededor de los estanques; pronto dispondreis de gran
canti-
dad de productos antiinflamatorios.

-Gracias, majestad; os prescribo tambien una pasta para
masticar, a base de brionia, enebro, frutos del sicomoro e
in-
cienso. Y hablando del incienso y la mirra, cuya accion so-
bre el dolor cs notable, deseo informaros de que estos pro-
ductos pronto van a escasear.

-Lo se, Neferet, lo se...

-~Cuando seran aprovisionados los medicos y los ciru-
j anos ?

-Tan pronto como sea posible.

Percibiendo la turbacion del monarca, Neferet no hizo las

preguntas que le quemaban los labios. El problema debia de
ser grave, pero confiaba en que Ramses sacaria el pais de aquel
mal paso.
Ramses habia meditado mucho tiempo ante la estatua de su
padre, cuyo rostro de piedra estaba animado por una vida
intensa, gracias a la maestria del escultor. En el austero des-
pacho de blancas paredes, la presencia de Seti unia el pensa-
miento del faraon reinante con el de su predecesor; cuando
era preciso tomar decisiones que comprometian el porvenir
del reino, Ramses nunca dejaba de consultar el alma del mo-
narca que le habia inciado en su funcion, a costa de una edu-
cacion rigurosa que pocos seres habrian tolerado.

Seti habia tenido razon. Si Ramses soportaba el peso de
un largo reinado, se lo debia a aquella exigente formacion.
Con la madurez, el ardor que le animaba no habia perdido
intensidad, pero la pasion de la juventud se habia metamor-
foseado en un ardiente deseo de edificar su pais y a su pue-
blo como habian hecho sus antepasados.

Cuando los ojos de Ramses se posaron en el gran mapa
del Proximo Oriente que consultaba a menudo, el faraon
penso en Moises, su amigo de infancia. Tambien en el ardia
un fuego abrasador, su verdadero guia en el desierto, en
busca de la Tierra Prometida.

Varias veces, a pesar dc la opinion de sus consejeros mi-
litares, cl faraon se habia negado a actuar contra Moises y
los hebreos; ~acaso no debian llcvar a cabo su destino?

Ramses hizo entrar a Ameni y Serramanna.

-He tomado varias decisiones. Una de ellas deberia satis-
facerte, Serramanna.

Escuchando al rey, cl gigante sardo sintio una intensa alegria.

Tanit, la ardientc fenicia, no se cansaba del cuerpo de Uri-Techup. Aunque el hitita la trataba con brutalidad, ella se doblegaba a todas sus exigencias; gracias a el, descubria dia
tras dia los placeres de la union carnal y vivia una nueva ju-
vcntud. Uri-Techup se habia convertido en su dios.
El hitita la beso salvajemente, se levanto y se desperezo como una fiera, en el esplendor de su desnudez.

-jEres una yegua soberbia, Tanit! A veces casi me harias olvidar mi pais.

Tanit abandono a su vez el lecho y, agachada, beso las pantorrillas de su amante.

-jSomos felices, tan felices! Pensemos solo en nosotros y en nuestro placer...

-Manana salimos hacia tu mansion del Fayyum.

-No me gusta, querido; prefiero Pi-Ramses.

-En cuanto hayamos llegado, volvere a marcharme; sin embargo, tu haras saber que estamos juntos en aquel nido de amor.

Tanit se incorporo y pego sus pesados pechos al torso de Uri-Techup, abrazandolo con ardor.

-~Adonde vas y cuanto tiempo estaras ausente?

-No necesitas saberlo. A mi regreso, si Serramanna te in-terroga, solo tendras que decir unas palabras: no nos hemos
separado ni un solo segundo.

-Confia en mi, querido, yo...

El hitita abofeteo a la fenicia, que lanzo un grito de
dolor.

-Tu no eres mas que una hembra, y como tal no debes
meterte en los asuntos de los hombres. Obedece y todo ira
bien.

Uri-Techup tenia pensado partir a reunirse con Malfi
para interceptar el convoy de olibano, mirra e incienso, y
destruir los preciosos productos. Tras aquel desastre, la
po-
pularidad de Ramses se veria muy afectada y la turbacion
se
apoderaria del pais, creando las condiciones propicias para
un ataque sorpresa de los libios. En el Hatti, el partido hos-
til a la paz con Egipto expulsaria a Hattusil de su trono y
llamaria a Uri-Techup, el unico jefe guerrero capaz de ven-
cer al ejercito del faraon.

Una sierva aterrorizada aparecio en el umbral de la alcoba.

~39
-;Senora, es la policia! Un gigante armado, con casco...
-Despidelo -ordeno Tanit.

-No-intervino Uri-Techup-; veamos que quiere nuestro
amigo Serramanna. Que espere, ya vamos.

-jMe niego a hablar con ese patan!

-jNi lo suenes, hermosa! ~OIvidas que somos la pareja
mas enamorada del pais? Ponte un vestido que deje los pe-
chos desnudos y rociate de perfume.

-~Un poco de vino, Serramanna? -pregunto Uri-Techup es-
trechando en sus brazos a una languida Tanit.

-Estoy en mision oficial.

-~Y en que nos concierne? -quiso saber la fenicia.

-Ramses dio derecho de asilo a Uri-Techup en tiempos dificiles, y hoy se felicita de su integracion en la sociedad egipcia. Por eso el rey os concede un privilegio del que podeis sentiros orgullosos.

Tanit se extrano.

-~De que se trata?

-La reina inicia una visita a todos los harenes de Egipto donde, en su honor, se organi7.aran numerosos festejos. Tengo el placer dc anunciaros que estais entre los invitados
y que la acompanareis durante todo su viaje.

-jEs... maravilloso! -cxclamo la fenicia.

-No pareces satisfecho, Uri-Techup -observo el sardo.

-Claro que si... Yo, un hitita...

-~Acaso la reina Mat-Hor no es de origen hitita? Y estas casado con una fenicia. Egipto es muy acogedor cuando se respetan sus leyes. Y puesto que en tu caso es asi, estas con-
siderado como un autentico subdito del faraon.

-~Por que te han encargado que nos comuniques la noticia?

-Porque soy responsable de la seguridad de nuestros huespedes distinguidos -respondio el sardo con una gran sonrisa-. Y no te perdere de vista ni un solo instante.
Eran solo un centenar, pero muy bien armados y perfectamente entrenados. Malfi habia formado un comando en el que solo figuraban sus mejores hombres, mezcla de guerreros experimentados y jovenes combatientes de inagotable energia.

Tras una ultima sesion de entrenamiento, que habia provocado la muerte de una decena de incapaces, el comando habia abandonado el campamento secreto, en pleno desier-

to de Libia, para ponerse en camino hacia el Norte, en direccion a la franja occidental del delta de Egipto. Unas veces en barca, otras por lodosos caminos, los libios cruzaron el delta de oeste a este, luego bifurcaron hacia la peninsula arabiga para atacar el convoy de sustancias preciosas. Uri-Techup y sus partidarios se reunirian con ellos antes de llegar a la frontera y les darian informaciones precisas que les
permitirian evitar las patrullas egipcias y escapar a la vigilancia de los vigias.

La primera etapa de la conquista seria un triunfo. Los libios oprimidos recuperarian la esperanza y Malfi se conver-
tiria en el heroe de un pueblo vengador, avido de revancha. Gracias a el, el Nilo se transformaria en un rio de sangre. Pero primcro era preciso golpear a Egipto erl sus valorcs esenciales: la celebracion de los ritos y el culto que sc rendia a las divinidades, expresiones de la regla dc Maat. Sin olibano, mirra e incienso, los sacerdotes se sentirian abandonados y acusarlan a Ramses de habcr roto el pacto con el
cielo.

El explorador volvio sobre sus pasos.

-No podemos seguir adelante -le dijo a Malfi.

-~Has perdido el valor?

-Venid a ver vos mismo, senor.

Boca abajo sobre un cerro de blanda tierra, oculto por los espinos, Malfi no creia lo que estaba viendo.

El ejercito egipcio se habia desplegado en una amplia franja de tierra, entre el mar y las marismas surcadas por pe-
quenas barcas ocupadas por arqueros. Torres de madera ~ permitian a los vigias observar un vasto horizonte. Habia, varios miles de hombres, al mando de Merenptah, hijo menor de Ramses.

-Es imposible pasar -opino el explorador-; seriamos des-
cubiertos y aniquilados.

Malfi no podia arrastrar a la muerte a sus mejores hom-
bres, la futura punta de lanza del ejercito libio. Destruir
una
caravana era facil, pero enfrentarse con tan gran numero
de
soldados egipcios seria suicida.

Rabioso, el libio empuno una mata de espinos y la des-
trozo con sus manos.

242
El patron de las caravanas que partian hacia Egipto estaba
atonito. El, un aguerrido comerciante sirio de cincuenta y
ocho anos, que habia surcado por su negocio todas las
rutas
del Proximo Oriente, nunca habia visto semejante tesoro.
Habia pedido a los productores que se reunieran con el en
la punta noroeste de la peninsula arabiga, en una region
ari-
da y desolada, donde la temperatura diurna era torrida y la
nocturna a menudo gelida, por no hablar de las serpientes
y
los escorpiones. Pero el lugar era ideal para albergar un al-
macen secreto donde, desde hacia tres anos, el sirio
acumu-
laba las riquezas robadas al tesoro egipcio.

Habia afirmado a sus complices, el libio Malfi y el hitita
Uri-Techup, con toda conviccion, que las reservas de pro-
ductos preciosos, muy escasos por otra parte dadas las po-
bres cosechas, habian sido destruidas. Malfi y Uri-Techup
eran guerreros, no comerciantes; ignoraban que un buen
ne-
gociante nunca sacrifica una mercancia.

De cabellos negros y pegajosos puestos sobre un craneo
redondo, de rostro lunar, con un amplio busto plantado so-

bre cortas piernas, el sirio mentia y robaba desde su adoles-
cencia, sin olvidar comprar el silencio de quienes podrian haberle denunciado a las autoridades.

Amigo de otro sirio, Raia, espia a sueldo de los hititas, que habia sufrido una muerte brutal, el patron de las cara-
vanas habia reunido, con el transcurso de los anos, una her-

mosa fortuna oculta. cPero no era ridicula comparada con el
cuerno de la abundancia que acababan de depositar en su al-
macen? De tres metros de altura, por termino medio, los ar-
boles de incienso de Arabia habian producido tres cosechas tan abundantes que habia sido necesario contratar el doble de trabajadores temporales que de ordinario; las hojas verde
oscuro y las flores doradas de corazon purpura eran solo un
ornamento junto a la soberbia corteza parda. Rascandola se
lograba que brotaran gotitas de resina que, aglutinadas en duras bolitas por los especialistas, exhalarian al arder un ma-
ravilloso perfume.

jY que decir de la increible cantidad de olibano! Su resi-
na blancuzca, lechosa y perfumada habia brotado con una generosidad digna de la edad de oro; pequenas lagrimas en forma de pera, blancas, grises o amarillas, habian hecho llo-
rar de gozo al patron de las caravanas. Conocia las numero-
sas virtudes de aquel producto costoso y buscado. Debido a sus propiedades antisepticas, antiinflamatorias y analgesicas,
los medicos egipcios lo utilizaban en unciones, en emplas-

tos, en polvo o, incluso, como bebida, para luchar contra los
tumores, las ulceras, los abscesos, la oftalmias y las otitis. El
olibano detenia las hemorragias y aceleraba la cicatrizacion
de las heridas; era incluso un contra-veneno. Neferet, la ce-
lebre medico en jefe de las Dos Tierras, pagaria a precio de oro el indispensable olibano.

Y la gomorresina verde del galbano, y la resina oscura de ladano, y el aceite espeso y resinoso del balsamo, y la mi-rra... El slrio estaba extasiado. cQue comerciante habria creido poseer algun dia semejante fortuna?

El sirio no habia dejado de disponer un senuelo para sus aliados, y por ello habia enviado una caravana a la ruta en la que aguardaban Uri-Techup y Malfi. cNo habria cometido un error confiandole solo una modesta carga. Lamentablemente, el rumor ya habia comenzado a circu-lar. Se hablaba de una cosecha excepcional y aquel chisme podia llegar demasiado pronto a oidos del hitita y del libio. cComo ganar tiempo? Dentro de dos dias, el sirio recibi-ria a mercaderes griegos, chipriotas y libaneses, a quienes venderia el contenido de su almacen antes de huir a Creta, donde viviria una feliz jubilacion. Dos dias interminables, durante los que temia ver aparecer a sus temibles aliados.

-Un hitita desea hablar con vos -le aviso uno de sus ser-vidores.

La boca del sirio se seco y sus ojos ardieron. jLa catas-trofe! Desconfiado, Uri-Techup venia a pedirle explicacio-nes. Y le obligaria a abrir el almacen... cTenia que empren-der la huida o intentar convencer al ex general en jefe del ejercito hitita?

Petrificado, el sirio fue incapaz de tomar una decision.

El hombre que se acercaba a el no era Uri-Techup.

-c Eres . . hitita ?

-Lo soy.

-Y amigo de...

-Nada de nombres. Si, soy un amigo del general, del unico hombre capaz de salvar al Hatti del deshonor.

-Bien, bien... jQue los dioses le sean favorables! cCuando volvere a verle?

-Tendras que ser paciente.

-cNo le habra ocurrido nada malo?

-No, tranquilizate; pero debe permanecer en Egipto para unas ceremonias oficiales y cuenta contigo para respetar, al pie de la letra, los terminos de vuestro contrato.

-jQue no se preocupe en absoluto! El contrato ha sido ejecutado, todo se ha llevado a cabo como el deseaba.

-cPuedo pues tranquilizar al general?

-Que lo celebre: jsus deseos se han visto cumplidos! En cuanto llegue a Egipto, me pondre en contacto con el.

Inmediatamente despues de la marcha del hitita, el patron de las caravanas se bebio de golpe tres copas de fuerte licor.
jLa suerte le sonreia mas alla de lo esperado! Uri-Techup

retenido en Egipto... Estaba claro, jhabia un genio bueno para los ladrones!

Quedaba Malfi, un loco peligroso animado, a veces, con fulgores de lucidez. Por lo general, la vision de la sangre bastaba para embriagarle. Asesinando a algunos mercaderes,

sin duda se habia complacido tanto como con una mujer y habria olvidado examinar de cerca las mercancias. Pero si se
habia mostrado suspicaz, buscaria al jefe de las caravanas con la rabia de un demente.

El sirio tenia muchas cualidades, pero entre ellas no destacaba el valor fisico; enfrentarse con Malfi estaba por enci-
ma de sus fuerzas.

A lo lejos distinguio una nube de polvo.

El negociante no esperaba a nadie... Solo podia tratarse del libio y su comando de asesinos.

Abrumado, el sirio se derrumbo en una estera; la suerte acababa de cambiar. Malfi le degollaria con deleite y su muerte seria lenta.

La nube de polvo se desplazaba poco a poco. cCaballos? No, se habrian movido mas deprisa. Asnos... Si, eran asnos. Una caravana, pues! cPero de donde salia?

Tranquilizado pero intrigado, el mercader se levanto y no perdio ya de vista el cortejo de cuadrupedos pesadamente cargados, que avanzaban a su ritmo, con un paso muy seguro. Y reconocio a los caravaneros: eran los mismos que el,
supuestamente, habia enviado a la muerte, por el camino donde Malfi les aguardaba.

cNo seria victima de un espejismo? No, llegaba tambien el jefe del convoy, un compatriota de mas edad.

-cHas tenido buen viaje, amigo?

-Ningun problema.

El patron de las caravanas no disimulo su extraneza.

-CNi el menor incidente?

-Ni el mas minimo. Tenemos ganas de beber, comer, lavarnos y dormir. tTe ocupas tu de la carga?

~46
-Claro, claro... Vete a descansar.

La caravana sana y salva, el cargamento intacto... Solo habia una explicacion posible: Malfi y sus libios habian sido detenidos. Tal vez aquel loco por la guerra habia muerto en manos de la policia del desierto.

La suerte y la fortuna... La existencia colmaba al sirio con todos los dones. jQue bien habia hecho corriendo riesgos!

Algo embriagado, corrio hacia el deposito del que solo el tenia la llave.

El cerrojo de madera estaba roto.

Livido, el patron de las caravanas empujo la puerta. Frente a el, ante el amontonamiento de tesoros, habia un hombre de craneo afeitado que vestia una piel de pantera.

-tQUien... quien sois?

-Kha, sumo sacerdote de Menfis y primogenito de Ramses. He venido a buscar lo que pertenece a Egipto.

El sirio empuno su daga.

-Nada de gestos estupidos... el faraon te observa.

El ladron se dio la vuelta. De todas partes, tras los monticulos de arena, brotaban arqueros egipcios. Y, bajo el sol, Ramses el Grande, tocado con la corona azul, de pie en su carro.

El patron de las caravanas cayo de rodillas.

-Perdon... No soy culpable... Me obligaron...

-Seras juzgado-anuncio Kha.

La mera idea de comparecer ante un tribunal que pro-
nunciara el castigo supremo enloquecio al sirio. Con la daga
levantada, se lanzo contra un arquero que se acercaba a el
para ponerle las esposas de madera y le clavo la hoja en el
brazo.

Creyendo que su camarada estaba en peligro de muerte,
otros tres arqueros no vacilaron en disparar sus saetas; con
el cuerpo atravesado por las flechas, el ladron se derrumbo.

Pese a la opinion contraria de Ameni, Ramses habia que-
rido ponerse personalmente a la cabeza de la expedicion.
Gracias a las informaciones proporcionadas por la policia
del desierto y a la utilizacion de su varilla de raidestesista, el
rey habia localizado el punto de llegada, clandestino, de las
caravanas desaparecidas. Y habia advertido tambien otra
anomalia, cuya realidad queria comprobar.

El carro del faraon corrio por el desierto, seguido por una
cohorte de vehiculos militares. Los dos caballos de Ramses
eran tan rapidos que distanciaron al resto de la escolta.

Hasta el horizonte solo se divisaba arena, piedras y mon-
ticulos.

-cPor que se pierde el rey en estas soledades? -pregunto
un teniente de carros al arquero que formaba equipo con
el.

-Participe en la batalla de Kadesh; Ramses nunca actua al
azar. Le guia una fuerza divina.

El monarca paso una duna y se detuvo.

Delante de el, y hasta donde le alcanzaba la vista, magni-
ficos arboles de corteza amarillenta y gris, de madera blan-

ca y suave. Una extraordinaria plantacion de olibanos que ofrecerian a Egipto su preciosa resina durante anos y anos.

248

Los nervios de Uri-Techup estaban sometidos a una dura prueba. Ni la belleza de los jardines, ni la calidad de los alimentos, ni el encanto de los conciertos podian hacerle olvidar la obsesiva presencia de Serramanna y su insoportable sonrisa. Tanit, en cambio, apreciaba aquella visita a los harenes en compania de una reina deslumbradora que seducia a los mas ariscos admiradores. Mat-Hor parecia encantada por los halagos de los cortesanos en busca de sus gracias.

-Excelente noticia-anuncio Serramanna-: Ramses acaba de realizar un nuevo milagro. El faraon ha descubierto una enorme plantacion de olibanos y las caravanas han llegado sanas y salvas a Pi-Ramses.

El hitita apreto los punos. cPor que no habia intervenido Malfi? Si el libio habia sido detenido o muerto, Uri-Techup ya no tenia posibilidad alguna de sembrar la discordia en Egipto.

Mientras Tanit discutia con algunas mujeres de negocios, invitadas por la reina al haren de Mer-Ur, el mismo del que Moises habia sido administrador, Uri-Techup se sento aparte, en un murete de piedra seca, a orillas de un lago de recreo .

-cEn que piensas, querido compatriota?

El ex general en jefe del ejercito hitita levanto los ojos para contemplar a una Mat-Hor en el apogeo de su belleza.

-Estoy triste.
-cCual es la causa de esta pesadumbre?

-Tu, Mat-Hor.

-cYo? ;Pues te equivocas!

-c Pero no has comprendido todavia la estrategia de Ramses ?

-Revelamela, Uri-Techup.

-Estas viviendo los ultimos instantes de tu sueno. Ramses acaba de realizar una expedicion militar para someter mas aun a la poblacion de sus colonias; hay que estar ciego para no advertir que esta consolidando sus bases de partida para un ataque contra el Hatti. Antes de lanzarse a la ofensiva, se librara de dos molestos personajes: tu y yo. A mi me pondra en arresto domiciliario, vigilado por la policia, y probablemente sere victima de un accidente; a ti te encerrara en uno de esos harenes que con tanto placer visitas.

-jLos harenes no son prisiones!

-Te confiaran una carga honorifica y ficticia, y nunca mas veras al rey. Ramses solo piensa en la guerra.

-cComo puedes estar tan seguro?

-Tengo una extensa red de amistades que me proporciona verdaderas informaciones, aquellas a las que tu no tienes acceso.

La reina parecio turbada.

-c Que propones ?

-El rey es un goloso, y le gusta especialmente una receta que el mismo creo, la <<delicia de Ramses>>, un adobo con ajo dulce, cebolla, vino tinto de los oasis, carne de buey y filetes de perca del Nilo. Es una debilidad que una hitita deberia saber explotar.

-cTe atreves a proponerme que...?

-jNo te hagas la ingenua! En Hattusa aprendiste a mane-
Jar el veneno.

-;Eres un monstruo!

-Si no suprimes a Ramses, te destruira.

-No vuelvas a dirigirme la palabra, Uri-Techup.
El hitita apostaba fuerte. Si no habia conseguido introdu-
cir la duda y la angustia en el espiritu de Mat-Hor, ella le
denunciaria a Serramanna. En caso contrario, habria reco-
rrido buena parte del camino.

Kha estaba inquieto.

Sin embargo, el programa de restauracion que habia em-
prendido en el paraje de Saqqara se traducia ya en unos
no-
tables resultados. La piramide escalonada de Zoser, la de
Unas, en el interior de la cual se habian inscrito los prime-
ros Textos de las Piramides que revelaban los modos de re-
surreccion del alma real, y los monumentos de Pepi I
habian
gozado de sus atentos cuidados.

Y el sumo sacerdote de Menfis no se habia detenido ahi:
tambien habia pedido a sus equipos de maestros de obras y
talladores de piedra que vendaran las heridas de las
pirami-
des y los templos de los faraones de la quinta dinastia, en
el
paraje de Abusir, al norte de Saqqara.

En la propia Menfis, Kha habia hecho ampliar el templo
de Ptah, que ahora albergaba una capilla en memoria de
Seti
y seria completado, en un futuro proximo, por un santuario
a la gloria de Ramses.

Cuando la pesada fatiga le vencia, Kha se dirigia al lugar

donde habian sido excavadas las tumbas de los reyes de la
pri-
mera dinastia, junto a la desertica llanura de Saqqara,
domi-
nando palmerales y cultivos. La sepultura del rey Djer,
senala-
da por trescientas cabezas de toro de terracota, que
sobresalian
del contorno provistas de verdaderos cuernos, le
transmitian la
energia necesaria para consolidar los vinculos del presente
con
el pasado. Kha no habia descubierto todavia el libro de
Thot y
se resignaba, a veces, al fracaso. cNo se deberia a su falta
de
atencion y a su negligencia para con el culto del toro? El
sumo
sacerdote se prometia corregir sus errores, pero primero
tenia
que llevar a cabo su programa de restauracion.
cLo lograria? Por tercera vez desde que comenzo el ano,
Kha se hizo llevar en carro hasta la piramide de Mikerinos
donde, una vez concluida la restauracion, deseaba grabar
una inscripcion conmemorativa.

Y por tercera vez la obra estaba vacia, a excepcion de
un viejo tallador de piedra que comia pan fresco untado
con a)o.

-cDonde estan tus colegas? -pregunto Kha.

-Han vuelto a casa.

-;De nuevo el fantasma!

-Si, el fantasma ha reaparecido. Muchos lo han visto; lleva-
ba serpientes en la mano y amenazaba con matar a quien
se le
acercase. Mientras ese espectro no sea expulsado, nadie
acep-
tara trabajar aqui, ni siquiera a cambio de un gran salario.

Ese era el desastre que Kha temia: verse ante la imposibilidad de poner en condiciones los monumentos de la llanura de Gizeh. Y aquel fantasma hacia caer piedras y provocaba accidentes. Todos sabian que se trataba de un alma atormentada, vuelta a la tierra para sembrar la desgracia en-
tre los vivos. A pesar de toda su ciencia, Kha no habia logrado impedir que hiciera dano.

Cuando vio acercarse el carro de Ramses, al que habia pedido ayuda, Kha recupero la esperanza. Pero si el rey fracasaba, seria necesario declarar zona prohibida parte de la llanura de Gizeh y resignarse a ver como aquellas obras maestras se degradaban.

-La situacion empeora, majestad; ya nadie acepta traba-
~ar aqui.

-cHas pronunciado los conjuros habituales?

-No han hecho efecto.

Ramses contemplo la piramide de Mikerinos, de poderoso basamento de granito. Cada ano, el faraon acudia a Gizeh para obtener la energia de los constructores que habian
plasmado en piedra los rayos de luz que unen la tierra y el cielo.
-cSabes donde se oculta el fantasma?

-Ningun artesano se ha atrevido a seguirle.

El rey descubrio al viejo tallador de piedra, que seguia comiendo, y se acerco a el. Sorprendido, este dejo caer su mendrugo de pan y se arrodillo, con las manos hacia delante y la frente en el suelo.

-,~Por que no has huido con los demas?

-No... No lo se, majestad.

-Conoces el lugar donde se esconde el fantasma, cno es cierto ?

Mentir al rey suponia condenarse por toda la eternidad.

-Conducenos.

Temblando, el anciano guio al rey por las calles de tumbas donde descansaban los fieles servidores de Mikerinos, quienes seguian formando la corte real en el mas alla. El atento ojo de Kha advirtio que algunas de ellas, de mas de mil anos de antiguedad, exigian reparaciones.

El tallador de piedra entro en un pequeno patio al aire libre, cuyo suelo estaba cubierto de restos calcareos. En una esquina habia un monton de pequenos bloques.

-Es aqui, pero no sigais adelante.

-~Quien es ese fantasma? -pregunto Kha.

-Un escultor cuya memoria no ha sido honrada y que se venga agrediendo a sus colegas.

Segun las inscripciones jeroglificas, el difunto habia dirigido un equipo de constructores en tiempos de Mikerinos.

-Apartemos estos bloques -ordeno Ramses.

-Majestad...

-Manos a la obra.

Aparecio la boca de un pozo rectangular; Kha arrojo un guijarro cuya caida aprecio interminable.

-Mas de quince metros -concluyo el tallador de piedra al oir el ruido del impacto del proyectil contra el fondo del pozo-. No os aventureis por esas fauces de infierno, majestad.
Una cuerda con nudos colgaba a lo largo de la pared.

-Pues hay que bajar -estimo Ramses.

-En ese caso, yo correre el riesgo -decidio el artesano.

-Si te encuentras con el espectro -se opuso Kha-, ~sabras pronunciar las formulas que le impidan hacer dano?

El anciano agacho la cabeza.

-Como sumo sacerdote de Ptah -dijo el primogenito de Ramses-, me corresponde efectuar esta tarea. No me lo pro-
hibas, padre.

Kha inicio el lento descenso. El fondo del pozo no esta-
ba a oscuras: de las paredes calcareas emanaba un extrano fulgor. El sumo sacerdote puso por fin el pie en un suelo de-
sigual y tomo un estrecho corredor que llegaba a una falsa puerta en la que se habia representado al difunto, rodeado de columnas de jeroglificos.

Entonces Kha lo comprendio.

Una larga grieta atravesaba la piedra grabada en toda su longitud y desfiguraba al beneficiario de los textos de resu-
rreccion. Al no poder encarnarse ya en una imagen viva, su espiritu se habia transformado en un fantasma agresivo que
reprochaba a los vivos el desprecio por su memoria.

Cuando Kha volvio a salir del pozo estaba derrengado pero radiante. Cuando la falsa puerta fuera restaurada y el rostro del difunto esculpido de nuevo con amor, el malefi-

Ci0 desapareceria.

2 S4
Desde su regreso a Pi-Ramses, Uri-Techup se sentia colerico.
Vigilado sin cesar por Serramanna durante un interminable

viaje, reducido a la inactividad, privado de informaciones, te-
nia ganas de destrozar todo Egipto, comenzando por Ramses.
Y encima tenia que soportar los asaltos amorosos de la empa-
lagosa Tanit, que necesitaba su cotidiana racion de placer.

Y aparecia de nuevo, medio desnuda, en su nube de per-
fume...

-;Querido... Ios hititas!

-~De que estas hablando?

-Centenares... Centenares de hititas han invadido el cen-
tro de Pi-Ramses.

Uri-Techup agarro a la fenicia de los hombros.

-~Te has vuelto loca?

-;Me lo han dicho mis siervas!

-Los hititas han atacado, y han golpeado de lleno el co-
razon del reino de Ramses... jEs fabuloso, Tanit!

Uri-Techup rechazo a su esposa y se puso una corta tu-
nica a rayas negras y rojas. Exaltado como en tiempos de su
esplendor, salto a lomos de un caballo, dispuesto a lanzarse
a la batalla.

Hattusil habia sido derribado, los partidarios de la guerra
a ultranza habian triunfado, las lineas de defensa egipcias
habian sido atravesadas con un ataque sorpresa y el destino
del Proximo Oriente cambiaba.
En la gran avenida que llevaba al templo del dios Ptah, en
el palacio real, una abigarrada muchedumbre se entregaba a

la fiesta.

Ni un solo soldado a la vista, ni el menor rastro de com-
bate.

Atonito, Uri-Techup se dirigio a un policia bonachon
que participaba en el jolgorio.

-jAI parecer los hititas han invadido Pi-Ramses!

-Es verdad.

-~ Pero... donde estan ?

-En palacio.

-~Han matado a Ramses?

-~Pero que estais diciendo?... Son los primeros hititas que
vienen a visitar Egipto, y han traido regalos para nuestro
so-
berano.

Turistas... Atonito, Uri-Techup se abrio paso entre la
muchedumbre y se presento ante la puerta principal de pa-
lacio.

-;Te estabamos esperando! -clamo la voz atronadora de
Serramanna-. ~Quieres asistir a la ceremonia?

Atontado, el hitita se dejo arrastrar por el gigante sardo
hasta la sala de audiencias en la que se apretujaban los
cor-
tesanos.

En primera fila distinguio a los delegados de los visitan-
tes con los brazos cargados de regalos. Cuando Ramses
apa-
recio, las charlas cesaron. Uno a uno, los hititas
presentaron
al faraon lapislazuli, turquesas, cobre, hierro, esmeraldas,
amatistas, cornalina y jade.

El rey se detuvo ante algunas soberbias turquesas; solo podian proceder del Sinai adonde, en su juventud, Ramses habia ido en compania de Moises. Resultaba imposible olvidar la montana roja y amarilla, sus inquietantes rocas y sus secretos barrancos.

-~Tu, que me traes estas maravillas, has encontrado en tu camino a Moises y el pueblo hebreo?
-No, majestad.

-~Has oido hablar de su exodo?

-Todos los temen, pues de buena gana entablan combate; pero Moises afirma que llegaran a su pais.

De modo que el amigo de infancia de Ramses seguia persiguiendo su sueno. Pensando en los lejanos anos en que sus
respectivos destinos se habian edificado, el monarca presto solo una distraida atencion a aquel cumulo de presentes.

El jefe de la delegacion fue el ultimo en inclinarse ante Ramses.

-~Podemos ir y venir libremente por todo Egipto, majestad ?

-Esa es la consecuencia de la paz.

-~Podremos honrar a nuestros dioses en vuestra capital?

-A oriente de la ciudad se levanta el templo de la diosa siria Astarte, companera del dios Set y protectora de mi carro
y mis caballos. A ella le rogue que velara por la seguridad del puerto de Menfis. El dios de la Tormenta y la diosa del Sol, que vosotros venerais en Hattusa, son tambien bienvenidos en Pi-Ramses.

Cuando la delegacion hitita hubo abandonado la sala de audiencias, Uri-Techup se dirigio a uno de sus compa-

triotas .

-~Me reconoces?

-No.

-Soy Uri-Techup, el hijo del emperador Muwattali.

-Muwattali ha muerto, el que reina es Hattusil.

-~Esta visita... es una trampa, no es cierto?

-~Que estas diciendo? Venimos a visitar Egipto, y muchos otros hititas nos seguiran. La guerra ha terminado de verdad.

Durante largos minutos, Uri-Techup permanecio inmovil en la gran avenida de Pi-Ramses.
El director del Tesoro que acompanaba a Ameni se atrevio, finalmente, a presentarse ante Ramses. Hasta entonces habia
preferido contener su lengua a la espera de que el escandalo
no estallara y prevaleciese la razon. Pero la llegada de los vi-
sitantes hititas o, mas exactamente, los regalos que aportaban, habia provocado tal exceso que el alto funcionario no podia ya callar. Enfrentarse con Ramses estaba por encima de sus fuerzas y el director del Tesoro se habia dirigido a Ameni, que le habia escuchado sin decir palabra. Terminadas las explicaciones, el secretario particular del monarca habia pedido inmediatamente audiencia, ordenando al dignatario que repitiese sus acusaciones, palabra por palabra, sln omitir el menor detalle.

-~No tienes nada que anadir, Ameni?

-~Realmente es necesario, majestad?

-~Estabas al corriente de todo?

-Mi vigilancia no ha sido suficiente, lo reconozco; pero

de todos modos habia hecho algunas advertencias.

-Considerad ambos que el problema esta resuelto.

Aliviado, el director del Tesoro evito la severa mirada del rey; afortunadamente, este no habia formulado condena alguna contra el. Por lo que a Ameni se refiere, contaba con Ramses para restablecer la regla de Maat en el corazon de su
propio palacio.

-;Por fin, majestad! -exclamo Mat-Hor-; ya perdia las esperanzas de veros. ~Por que no estaba yo a vuestro lado cuando habeis recibido a mis compatriotas? Les habria encantado admirarme.

Soberbia con su vestido rojo adornado con rosetas de plata, Mat-Hor revoloteo entre una nube de siervas. Como todos los dias, buscaban la menor brizna de polvo, aportaban nuevas joyas y suntuosos vestidos, y cambiaban los centenares de flores que perfumaban los aposentos de la reina.

-Despide a tu personal-ordeno Ramses.

La reina se quedo perpleja.

-Pero... no puedo quejarme de ellos.

Mat-Hor no estaba ante un hombre enamorado, sino ante el faraon de Egipto. Debia de tener aquella mirada cuando contraataco, en Kadesh, lanzandose solo contra miles de hi-
titas.

-;Marchaos todas! -grito la reina.

Poco acostumbradas a ser tratadas de aquel modo, las siervas se retiraron sin apresurarse, dejando en el suelo los objetos que llevaban.

Mat-Hor intento sonreir.

-~Que ocurre, majestad?

-~Crees que tu comportamiento es propio de una reina de Egipto ?

-Estoy en mi lugar~ como vos exigisteis.

-Al contrario, Mat-Hor, te comportas como un tirano de inaceptables caprichos.

-~Que me reprochas?

-Asaltas al director del Tesoro para obtener de sus reser-vas las riquezas que pertenecen a los templos y, ayer, te atreviste a dictar un decreto por el que te apoderas de los metales preciosos ofrecidos al Estado por tus compatriotas.

La joven se rebelo.

-;Soy la reina, todo es mio!

-Te equivocas gravemente. Egipto no esta regido por la avidez y el egoismo, sino por la ley de Maat. Esta tierra es propiedad de los dioses; ellos la transmiten al faraon, cuyo deber es mantenerla en buena salud, prospera y feliz. Debes
mostrar, en cualquier circunstancia, tu rectitud. Cuando un jefe deja de ser un modelo, todo el pais corre hacia la de-cadencia y la ruina. Al actuar de ese modo, atentas contra la
autoridad del faraon y el bienestar de su pueblo.

Ramses no habia levantado la voz, pero sus palabras eran mas cortantes que el filo de una espada.

2 S9
-Yo... No creia que...

-Una reina de Egipto no debe creer sino actuar. Y actuas mal, Mat-Hor; he anulado tu inicuo decreto y tomado dis-

posiciones para impedirte hacer dano. En adelante residiras
en el haren de Mer-Ur y solo vendras a la corte si te lo ordeno. No careceras de nada, pero en adelante se te impedira cualquier exceso.

-Ramses... ¡No puedes rechazar mi amor!

-Mi esposa es la tierra de Egipto, Mat-Hor, y tu eres incapaz de comprenderlo.
El virrey de Nubia ya no soportaba la presencia y la actividad de Setau, el amigo de infancia de Ramses. Eficazmente aconsejado por su esposa, Loto, una hechicera nubia, Setau
se habia implicado tanto en el desarrollo economico de la provincia del Gran Sur que habia conseguido poner a trabajar a todas las tribus, sin provocar conflictos entre ellas. Una hazana que el virrey creia irrealizable.

Ademas, Setau era querido por los talladores de piedra, y cubria la region de templos y capillas a la gloria del faraon y de sus dioses protectores. Y el mismo Setau velaba por la buena organizacion de los trabajos agricolas, estableciendo un catastro y encargandose de los impuestos.

El virrey tenia que afrontar la realidad: aquel encantador de serpientes, a quien el alto funcionario habia considerado
un excentrico sin porvenir alguno, se imponia como un administrador riguroso. Si Setau seguia obteniendo tan notables
resultados, la posicion del virrey se haria muy incomoda; acusado de incapacidad y de pereza, perderia su puesto.

Negociar con Setau resultaba imposible. Obstinado, rechazando el ocio y negandose a reducir su programa de trabajo,
el amigo de infancia de Ramses evitaba cualquier compromiso. El virrey ni siquiera habia intentado corromperle; a pesar de su rango, Setau y Loto vivian con sencillez, en contacto con los indigenas, y no manifestaban aficion alguna

por el lujo.
Solo quedaba una solucion: un accidente mortal, cuidadosamente organizado para que nadie pudiera dudar de las causas de la muerte de Setau. Por ello, el virrey habia llamado a Abu Simbel a un mercenario nubio que acababa de salir de la carcel. El hombre tenia un pasado muy turbio y carecia de cualquier conciencia moral. Una buena retribucion le convenceria de que actuara sin tardanza.

La noche era oscura. Formando la fachada del gran templo, los cuatro colosos sentados que encarnaban el ka de Ramses miraban a lo lejos, atravesando tiempos y espacios que los ojos humanos no podian ver.

El nubio, de frente estrecha, pomulos salientes y gruesos labios, aguardaba alli armado con una azagaya.

-Soy el virrey.

-Te conozco. Te vi en la fortaleza donde estaba preso.
-Necesito tus servicios.

-Cazo para mi aldea... Ahora soy un hombre tranquilo.
-Mientes. Te acusan de robo y hay pruebas contra ti.

Rabioso, el nubio clavo su azagaya en el suelo.

-~Quien me acusa?

-Si no colaboras conmigo, volveras a presidio y no saldras nunca mas de alli; si me obedeces, seras rico.

-~Que esperais de mi?

-Alguien se ha atravesado en mi camino; me libraras de el.
-~Un nubio?

-No, un egipcio.

-Entonces, va a costar caro.

-No estas en condiciones de negociar-declaro secamen-

te el virrey.

-~A quien debo suprimir?

-A Setau.

El nubio recupero su azagaya y la blandio hacia el cielo.
-jEso vale una fortuna!

-Se te pagara generosamente, siempre que la muerte de
Setau parezca un accidente.

-De acuerdo.

Como si estuviera ebrio, el virrey vacilo y cayo sobre sus
nalgas; el nubio no tubo tiempo de soltar la carcajada pues
fue victima de la misma desventura.

Ambos hombres intentaron levantarse, pero perdieron el
equilibrio y cayeron de nuevo.

-jEI suelo tiembla-exclamo el nubio-, el dios Tierra se
ha encolerizado!

La colina solto un grunido, los colosos se movieron. Pe-
trificados, el virrey y su complice vieron como se despren-
dia la gigantesca cabeza de uno de ellos.

El rostro de Ramses cayo hacia los criminales y los aplas-
to con su peso.

La dama Tanit estaba desesperada. Hacia una semana que
Uri-Techup no le habia hecho el amor. Se marchaba por la
manana temprano, galopaba por la campina durante todo
el
dia, regresaba molido, comia por cuatro y se dormia sin de-
cir palabra.

Tanit se habia atrevido a interrogarle solo una vez, pues
la habia golpeado con violencia hasta hacerle perder el
sen-

tido. La fenicia solo encontraba consuelo junto a su gato ati-
grado y ni siquiera tenia animos para administrar su patri-
monio.

Concluia una nueva jornada, vacia y languida. El felino
ronroneaba en el regazo de Tanit.

El trote de un caballo... ;Uri-Techup regresaba! Aparecio
el hitita, inflamado.

-;Ven, hermosa!

Tanit se lanzo en brazos de su amante, que le arranco el
vestido y la tumbo sobre unos almohadones.

-;Querido, al fin te recupero!

El furor de su amante la colmo de satisfaccion; Uri-Te-
chup la devoro.

-~Que preocupacion te corroia?

-Me creia abandonado... ;Pero Malfi esta vivo y sigue fe-
derando las tribus libias! Uno de sus emisarios se ha puesto
en contacto conmigo. La lucha prosigue, Tanit, y Ramses no
es invulnerable.

-Perdona que te lo repita, querido... Pero ese Malfi me da
miedo.

-Los hititas se confinan en su cobardia. Solo los libios les
obligaran a salir de su sopor y Malfi es el hombre adecuado
para lograrlo. No tenemos mas salida que la violencia y el
combate a ultranza... ;Y cuenta conmigo para vencer!

Tanit dormia, ahita de placer; sentado en una silla de paja,
en el jardin, Uri-Techup, con la cabeza llena de suenos
sanguinolentos, contemplaba la luna ascendente y le pedia

ayuda.

-Yo seria mas eficaz que ese astro -murmuro a sus espal-
das una voz femenina.

El hitita se dio la vuelta.

-Tu, Mat-Hor... ;Corres un gran riesgo!

-La reina todavia puede ir a donde quiere.

-Pareces desenganada... ~Te ha repudiado Ramses?

-jNo, claro que no!

-Y entonces, ~por que estas aqui con tanto secreto?

La hermosa hitita levanto sus ojos al cielo estrellado.

-Tenias razon, Uri-Techup. Soy una hitita y seguire sien-
dolo. Ramses nunca va a reconocerme como su gran
esposa
real. Jamas igualare a Nefertari.

Mat-Hor no pudo contener unos sollozos. Uri-Techup
quiso tomarla en sus brazos, pero ella se aparto.

-Soy estupida... ~Por que llorar por un fracaso? jEs la ac-
titud de los debiles! Una princesa hitita no tiene derecho a
compadecerse por su destino.

-Tu y yo hemos nacido para vencer.

-Ramses me ha humillado -reconocio Mat-Hor-, ;me ha
tratado como a una sierva! Le queria, estaba dispuesta a
convertirme en una gran reina, me doblegue a su voluntad,
pero el me ha pisoteado con desden.

-~Estas decidida a vengarte?

-No lo se... Ya no lo se.

-;Manten tu lucidez, Mat-Hor! Aceptar la humillacion sin reaccionar seria una cobardia indigna de ti. Y si estas aqui es porque has tomado una decision.

-;Callate, Uri-Techup!

-No, no callare. El Hatti no esta vencido, todavia puede levantar la cabeza. Cuento con poderosos aliados, Mat-Hor, y tenemos un enemigo comun: Ramses.

-Ramses es mi marido.

-No, es un tirano que te desprecia y que ya ha olvidado tu existencia. Actua, Mat-Hor, actua como te he propuesto. El veneno esta a tu disposicion.

Matar su sueno... cPodia Mat-Hor destruir el porvenir que tanto habia deseado, poner fin a los dias del hombre por
el que habia sentido una enloquecida pasion, el faraon de Egipto ?

-Decidete -ordeno Uri-Techup.

La reina huyo en la noche.

Con la sonrisa en los labios, el guerrero hitita subio a la terraza de la mansion para acercarse a la luna y darle las
gracias.

-~Quien me sigue?

-Soy yo, Tanit.

El hitita agarro a la fenicia por la garganta.

-~ Nos espiabas ?
-No, yo...

-~Lo has oido todo, no es cierto?

-Si, pero callare, ;te lo juro!

-Claro, querida, no ibas a cometer un error fatal. ;Mira, hermosa mia, mira!
Uri-Techup saco de su tunica una daga de hierro y apun-
to con ella al astro nocturno.

-Mira bien esta arma. Es la que mato a Acha, el amigo de Ramses; y matara al faraon y te cortara la garganta si me

traicionas .

266
Para festejar su aniversario, Ramses habia sentado a su mesa
a dos de sus hijos, Kha y Merenptah, asi como a Ameni, el fiel entre los fieles, al que se le habia ocurrido solicitar al co-
cinero de palacio que preparara, para la ocasion, una <<deli-
cia de Ramses>> servida con un estupendo caldo del ano tres
de Seti.

Afortunadamente para el porvenir de Egipto~ no existia disension alguna entre Kha y Merenptah. El hijo mayor, teo-
logo y ritualista, proseguia su busqueda del conocimiento estudiando los viejos textos y los monumentos del pasado; el mayor ejercia las funciones de general en jefe y velaba por
la seguridad del reino. Ningun otro <<hijo real>> poseia su
madurez~ su rigor y su sentido del Estado. Cuando consi-
derara llegado el momento, Ramses designaria a su sucesor
con toda serenidad.

~Pero quien podia pensar en suceder a Ramses el Grande, cuyos rutilantes sesenta anos atraian las miradas de las her-

mosas de palacio? Desde hacia mucho tiempo, el prestigio del monarca habia superado las fronteras de Egipto, y su le-
yenda corria en los labios de los narradores, desde el sur de
Nubia hasta la isla de Creta. ~No era acaso el soberano mas
poderoso del mundo, el Hijo de la Luz, el constructor infa-
tigable? Los dioses jamas habian concedido tantos dones a un ser humano.

-Bebamos a la gloria de Ramses -propuso Ameni.
-No-objeto el monarca-; celebremos mas bien a nuestra madre, la tierra de Egipto, una tierra que es el reflejo del

cielo.

Los cuatro hombres brindaron por una civilizacion y un pais que les ofrecia tantas maravillas y a los que consagra-
ban su existencia.

-~Por que no nos acompana Meritamon? -pregunto Kha.

-En estos momentos esta tocando musica para los dioses; es su voluntad y la respeto.

-No has invitado a Mat-Hor -observo Merenptah.

-Ahora reside en el haren de Mer-Ur.

-Sin embargo -se extrano Ameni-, la he encontrado en las cocinas.

-Pues ya deberia haber abandonado el palacio; manana mismo, Ameni, procura que mi decision se haga efectiva. ~Alguna informacion sobre Libia, Merenptah?

-Nada nuevo, majestad; al parecer Malfi es un loco y su sueno de conquista se limita a su cerebro enfermo.

-El fantasma de Gizeh ha desaparecido -revelo Kha-; los talladores de piedra trabajan en paz.

El intendente de palacio entrego una misiva al rey. El
monarca distinguio el sello de Setau y la indicacion de
<<ur-
gente~ .

Ramses rompio el sello, desenrollo el papiro, leyo el bre-
ve mensaje de su amigo e, inmediatamente, se levanto.

-Salgo de inmediato a Abu Simbel; terminad la comida
sin mi.

Ni Kha ni Merenptah ni Ameni tuvieron ganas de sabo-
rear el adobo. Por unos instantes, el cocinero sintio la ten-
tacion de probarlo con sus ayudantes; pero se trataba de la
comida real. Tocarla hubiera sido, a la vez, un insulto y una
rapina. Desolado, el cocinero tiro el plato de fiesta en el
que
Mat-Hor habia vertido el veneno que Uri-Techup le habia
entregado.
Una vez mas, Nubia hechizo a Ramses. La pureza del
aire, el azul absoluto del cielo, el verde encantador de
las palmeras y la franja cultivada que se alimentaba del
Nilo para luchar contra el desierto, las bandadas de peli-
canos, de grullas reales, de flamencos rosas y de ibis, el
aroma de las mimosas y la magia ocre de las colinas per-
mitian al alma comunicarse con las fuerzas ocultas de la
naturaleza.

Ramses no abandonaba la proa de la rapida embarcacion
que le llevaba a Abu Simbel. Habia reducido al maximo su
escolta y elegido personalmente una tripulacion
infatigable,
formada por marineros de elite, acostumbrados a los
riesgos
de la navegacion por el Nilo.

No lejos de su meta, cuando el monarca descansaba en su
cabina, sentado en una silla plegable cuyos pies tenian for-
mas de cabezas de pato con incrustaciones de marfil, la
em-
barcacion redujo su velocidad.

Ramses interrogo al capitan.

-~Que ocurre?

-En la ribera hay un ejercito de cocodrilos de siete me-
tros de largo, por lo menos. E hipopotamos en el agua. De
momento, no podemos proseguir. Aconsejo incluso a vues-
tra majestad que desembarque. Los animales parecen ner-
viosos, podrian tomarla con nosotros.

-Avanza sin temor; capitan...

-Majestad, os aseguro que...

-Nubia es tierra de milagros.

Con un nudo en la garganta, los marineros prosiguieron
la maniobra.

Los hipopotamos se agitaron. En la ribera, un enorme
cocodrilo sacudio la cola, avanzo algunos metros como un
rayo, se detuvo de nuevo.

Ramses habia advertido la presencia de su aliado antes de
verlo incluso. Apartando con la trompa las ramas bajas de
una
acacia, un gran elefante macho lanzo un bramido que hizo
emprender el vuelo a centenares de pajaros y dejo
petrifica-
dos a los marineros.

Algunos cocodrilos se refugiaron en una zona herbosa,
medio sumergida; otros se arrojaron contra los hipopota-
mos, que se defendieron con vigor. El combate fue breve y
violento, luego el Nilo recupero su quietud.

El elefante lanzo un segundo bramido dirigido a Ramses,
quien le saludo con la mano. Hacia ya muchos anos, el hijo
de Seti habia salvado a un elefante herido; adulto ya, el
ani-

mal de grandes orejas y pesados colmillos se manifestaba en
favor del rey cada vez que este lo necesitaba.

-~No deberiamos capturar a ese monstruo y llevarlo a Egipto? -sugirio el capitan.

-Venera la libertad y guardate mucho de ponerle trabas.

Dos altozanos que sobresalian mucho, una cala de arena do-
rada, un valle separando las dos prominencias de la montana,
acacias cuyo perfume embalsamaba el aire ligero, la hechiza-
dora belleza del gres nubio... La vision del paraje de Abu Simbel hizo que Ramses sintiera su corazon en un puno. Alli
habia creado dos templos que encarnaban la union de la pa-
reja real, formada para siempre con Nefertari.

Como el rey temia, la carta de Setau no exageraba en ab-
soluto: el paraje habia sido victima de un temblor de tierra. El rostro y cl torso de uno de los cuatro colosos sentados se habian derrumbado.

Setau y Loto recibieron al monarca.

-~ Heridos ? -pregunto Ramses.

-Dos muertos: el virrey de Nubia y un antiguo presi-
diano.

-~Que hacian juntos?

-Lo ignoro.

-~Danos en el interior de los templos?

-Compruebalo tu mismo.
Ramses entro en el santuario. Los talladores de piedra es-

taban trabajando ya; habian apuntalado los pilares danados de la gran sala y enderezado los que amenazaban con derrumbarse.

-~Ha sufrido algun desperfecto el edificio dedicado a Nefertari ?

-No, majestad.

-Demos gracias a los dioses, Setau.

-Los trabajos se realizaran rapidamente y desaparecera todo rastro del desastre. Lo del coloso sera mas dificil. Tengo varios proyectos que consultarte.

-No intentes repararlo.

-cNo... no dejaras asi la fachada?

-Ese terremoto ha sido un mensaje del dios de la Tierra; puesto que el ha creado la fachada, no contrariemos su voluntad.

La decision del faraon habia sorprendido a Setau, pero Ramses se habia mostrado inflexible. Solo tres colosos perpetuarian la presencia del ka real; mutilado, el cuarto se-
ria testimonio del envejecimiento y la imperfeccion inherentes a cualquier obra humana. La fractura del gigante de piedra, en vez de perjudicar la majestad del conjunto, ponia
de relieve el poderio de sus tres companeros.

El rey, Setau y Loto cenaron al pie de una palmera. El encantador de serpientes no habia solicitado al monarca que se
untara con assa foetida, la gomorresina de la ferula de Persia, cuyo espantoso olor apartaba a los reptiles, pero le habia ofrecido los rojos frutos de un arbusto' que contenia un antidoto contra el veneno.

-Has aumentado la cantidad de ofrendas divinas -dijo

Ramses a Setau-, acumulado el producto de las cosechas en

1. El capparis decidua.
graneros reales, establecido la paz en esta provincia turbulenta, construido santuarios en todo Nubia y preferido, siempre, la verdad a la mentira; ~que te pareceria convertirte, aqui, en representante de la justicia de Maat?

-Pero... jeso es prerrogativa del virrey!

-No lo he olvidado, amigo mio, ~no eres acaso el nuevo virrey de Nubia, nombrado por un decreto fechado el ano treinta y ocho de mi reinado?

Setau busco palabras para protestar, pero Ramses no le dio tiempo.

-No puedes negarte; el temblor de tierra tambien ha sido una senal para ti. Tu existencia toma hoy otra dimension. Sabes como amo esa region; cuidala mucho, Setau.

El encantador de serpientes se alejo por la noche perfumada; necesitaba estar solo para asimilar la decision que le convertia en uno de los primeros personajes del Estado.

-~Me autorizais a haceros una pregunta insolente? -pregunto Loto.

-~No es esta una velada excepcional?

-~Por que habeis aguardado tanto tiempo antes de nombrar a Setau virrey de Nubia?

-Tenia que aprender a administrar Nubia sin pensar en ello; hoy vive su vocacion y responde a una llamada que le invadio poco a poco. Nadie ha conseguido corromperlo ni envilecerle, porque la voluntad de servir esta provincia anima cada uno de sus actos. Y necesitaba tiempo para ser consciente de ello.

Ramses entro solo en el gran templo de Abu Simbel para ce-
lebrar los ritos del alba. El monarca siguio el camino de luz
que llegaba hasta el naos para iluminar primero las estatuas
sentadas de Amon y del ka real, luego las del ka real y de
Ra. El faraon, y no el hombre encargado de cumplir esta
funcion en la tierra, estaba asociado al dios oculto y la luz
divina, a los dos grandes dioses creadores que, reunidos bajo
el nombre de Amon-Ra, formaban un ser consumado.

La cuarta estatua, la del dios Ptah, seguia en la penumbra.
Como hijo de Ptah, Ramses era el constructor de su reino y
de su pueblo, y tambien el que transmitia el Verbo gracias
al cual todas las cosas se hacian reales. El rey penso en su
hijo Kha, sumo sacerdote de Ptah, que habia elegido la via
de ese misterio.

Cuando el monarca salio del gran templo, una dulce cla-
ridad banaba la explanada arbolada y comenzaba a hacer
cantar el calido color del gres nubio, cuyo oro mineral evo-
caba la carne de los dioses. Ramses se dirigio hacia el tem-
plo dedicado a Nefertari, aquella por la que el sol se levan-
taba.

Y aquel sol, padre nutricio de Egipto, se levantaria hasta
el final de los tiempos para la gran esposa real que habia ilu-
minado las Dos Tierras con su belleza y su sabiduria.

La reina, inmortalizada por los escultores y los pintores,
desperto en Ramses el deseo de pasar al mas alla y reunirse
con ella por fin; el le imploro que le tomara de la mano, que
brotara de aquellos muros donde vivia, eternamente joven y
bella, en compania de sus hermanos los dioses y de sus her-
manas las diosas, ella, que hacia reverdecer el mundo y ful-

gurar el Nilo. Pero Nefertari, navegando en la barca del sol,
se limito a sonreir a Ramses. La tarea del rey no habia concluido; un faraon, fueran cuales fuesen sus sufrimientos de hombre, se debia a las potencias celestiales y a su pueblo. Estrella imperecedera, Nefertari, la de dulce rostro y palabra justa, seguiria guiando los pasos de Ramses para que el
pais permaneciera en el camino de Maat, hasta que esta le concediera el descanso.

La jornada concluia cuando la magia de Nefertari incito al rey a regresar al mundo exterior, a ese mundo en el que no tenia derecho a flaquear.

En la explanada habia centenares de nubios vestidos de gala. Ataviados con pelucas tenidas de rojo, pendientes de oro,
una tunica blanca hasta los tobillos y taparrabos adornados con motivos florales, los jefes de tribu y sus dignatarios tenian los brazos llenos de regalos: pieles de pantera, anillos de oro, marfil, ebano, plumas y huevos de avestruz, sacos llenos de piedras preciosas, abanicos.

Acompanado por Setau, el decano de la asamblea avanzo hacia Ramses.

-Que se rinda homenaje al Hijo de la Luz.

-Que se rinda homenaje a los hijos de Nubia que han elegido la paz-dijo Ramses-; que estos dos templos de Abu Simbel, tan caros a mi corazon, sean simbolo de su union con Egipto.

-Majestad, toda Nubia sabe ya que habeis nombrado virrey a Setau.

Un denso silencio reino en la concurrencia. Si los jefes de tribu desaprobaban la decision, renaceria el desorden. Pero
Ramses no destituiria a Setau; sabia que su amigo habia na-

cido para administrar aquella region y que la haria feliz.
El decano se volvio hacia Setau~ que vestia su tunica de piel de antilope.

-Agradecemos a Ramses el Grande que haya elegido al hombre que sabe salvar vidas, habla con su corazon y conquista el nuestro.

Conmovido hasta las lagrimas, Setau se inclino ante Ramses.

Y lo que vio le dejo aterrado: una vibora cornuda se aproximaba al pie del rey, serpenteando por la arena.

Setau quiso gritar y avisar al monarca, pero sus advertencias se ahogaron en el concierto de aclamaciones con que lo
recibieron los nubios.

Cuando la vibora se irguio para golpear, un ibis blanco bajo del azur y clavo su pico en la cabeza del reptil, emprendiendo de nuevo el vuelo con su presa.

Quienes habian visto la escena no lo dudaron; era el dios Thot en forma de ibis quien habia salvado la vida del monarca. Y puesto que Thot se habia manifestado asi, el modo de gobernar del virrey Setau seria justo y sabio.

Abandonando la muchedumbre de sus partidarios, este pudo por fin aproximarse al rey.

-Y pensar que esa vibora...

-~Pero que temias, Setau, si ya me has inmunizado? Debes confiar en ti, amigo mio.

jDos veces peor, si no tres, si no diez! Si, era peor de lo que
Setau habia imaginado. Desde su nombramiento, el trabajo le abrumaba y debia conceder audiencia a mil y un solicitantes, cuyas demandas eran igual de urgentes. En pocos dias comprobo que los humanos no tenian pudor alguno

cuando se trataba de defender sus propios intereses, aun en detrimento de los de otro.

A pesar de su deseo de obedecer al rey y cumplir la mision que le habia confiado, Setau sintio la tentacion de renunciar. Capturar peligrosos reptiles era mas facil que resolver conflictos entre facciones rivales.

Pero el nuevo virrey de Nubia conto con la ayuda de dos colaboradores que no esperaba. En primer lugar, Loto, cuya metamorfosis le sorprendio; ella, la enamorada de deliciosas iniciativas, la liana nubia que sabia extraer del cuerpo de su amante un placer encantador, la hechicera capaz de hablar el lenguaje de las serpientes, le ayudaba con la frialdad de una mujer de poder. Su belleza, intacta a pesar de los anos, fue una preciosa ventaja en las discusiones de los dignatarios de las tribus que, olvidando sus querellas y algunas de sus exigencias, contemplaban las encantadoras formas de la esposa del virrey. En resumen, encantaba otros reptiles.

El segundo aliado, mas sorprendente todavia, fue el propio Ramses. La presencia del monarca, durante las primeras discusiones de Setau con los oficiales superiores de las fortalezas egipcias, resulto decisiva, y los oficiales comprendieron enseguida que Setau no era un fantoche y que tenia el apoyo del rey. Ramses no dijo una sola palabra, permitiendo a su amigo expresarse y demostrar su valor.

Al finalizar la ceremonia de instalacion del virrey en la fortaleza de Buhen, Setau y Ramses pasearon por las murallas.

-Nunca he sabido dar las gracias -confeso Setau-, pero...

-Nadie podria haber impedido que te impusieras; te he hecho ganar algo de tiempo, eso es todo.

-Me has dado tu magia, Ramses, y esa fuerza es irreemplazable.

-Es el amor a este pais que ha captado tu existencia, y has aceptado la realidad porque eres un autentico guerrero, ardiente y sincero como esta tierra.

-jUn guerrero al que pides que consolide la paz!

-~No es acaso el mas suave de los alimentos?

-Pronto vas a marcharte, ~no es cierto?

-Eres virrey, tu esposa es notable; vuestro deber consiste en dar prosperidad a Nubia.

~76
-~Volveras, majestad?

-Lo ignoro.

-Y sin embargo, tu tambien amas este pais.

-Si viviera aqui, me sentaria bajo una palmera, a orillas del Nilo, frente al desierto, y contemplaria el curso del sol pensando en Nefertari, sin preocuparme por los asuntos del
Estado.

-Hoy, solo hoy, comienzo a sentir algo del peso que gravita sobre tus hombros.

-Porque ya no te perteneces, Setau.

-Carezco de tu poderio, majestad; ~no sera el fardo demasiado pesado para mi?

-Gracias a las serpientes, has vencido el miedo; gracias a Nu-
bia, viviras la practica del poder sin convertirte en su esclavo.

Serramanna practicaba el boxeo con un maniqui de trapo, ti-
raba al arco, corria y nadaba; sin embargo, aquella orgia de
ejercicio fisico no agotaba su exceso de rabia contra Uri-Te-
chup. A pesar de lo que habia esperado, el hitita no perdia
su sangre fria ni cometia la falta que hubiera permitido al
sardo detenerle. Y su grotesca union con Tanit acababa pa-
reciendo un matrimonio respetable al que se acostumbraban
las grandes familias de Pi-Ramses.

Cuando el jefe de la guardia personal de Ramses estaba
despidiendo a una soberbia danzarina nubia, cuya alegre
sensualidad le habia calmado un poco, uno de sus subordi-
nados cruzo la puerta.

-~Has almorzado ya, muchacho?

-Bueno...

-Perca del Nilo, rinones en salsa, pichon relleno, legum-
bres frescas... ~Te apetece?

-Claro, jefe.

-Cuando tengo hambre, mis orejas estan tapadas; coma-
mos y ya hablaras luego.
Concluida la comida, Serramanna se tendio en unos al-
mohadones .

-~Que te trae aqui, muchacho?

-Como me pedisteis, jefe, monte discretamente guardia
ante la mansion de la dama Tanit durante su ausencia. Un
hombre de cabellos rizados y tunica multicolor se ha pre-

sentado tres veces al portero.

-~Le has seguido?

-No eran esas vuestras instrucciones, jefe.

-Asi pues, no puedo reprocharte nada.

-Pero... pero la tercera vez le segui, y me preguntaba si no habria metido la pata.

Serramanna se levanto y su enorme mano cayo sobre el hombro del mercenario.

-jBravo, pequeno! A veces es preciso saber desobedecer. Dime que has averiguado.

-Se donde vive.
Serramanna habia vacilado mucho. ~Tenia que llevar a cabo
una accion brutal y hacer hablar al sospechoso o debia consultar primero a Ameni?

Antano, no habria dudado; pero el antiguo pirata se habia convertido en un egipcio, y el respeto por la justicia le parecia ahora un valor que permitia a los humanos cohabitar sin excesivos choques y sin insultar a los dioses. Asi pues, el jefe de la guardia personal de Ramses penetro en el
despacho de Ameni, cuando el secretario particular y porta-
sandalias del monarca trabajaba solo, a la luz de los candiles de aceite.

Sin dejar de leer tablillas de madera, Ameni devoraba un pure de habas, pan fresco y pastelillos de miel. Y el milagro proseguia: ningun alimento le hacia engordar.

-Cuando me visitas tan tarde, no es buena senal -dijo a Serramanna.

-Te equivocas. Tal vez tenga una pista interesante, pero

no he hecho nada todavia.

Ameni se sorprendio.

-~Acaso el dios Thot te ha tomado bajo la proteccion de su ala de ibis para insuflarte cierta prudencia? Has obrado bien, Serramanna. El visir no bromea con el respeto a los demas.

-Se trata de un rico fenicio, Narish, que vive en una gran mansion. Ha acudido varias veces a la casa de la dama Tanit.
-Visita de cortesia entre compatriotas.

-Narish ignoraba que Tanit y Uri-Techup estuvieran en viaje oficial acompanando a la reina. Desde que han regresado, solo ha ido una vez, y en plena noche.

-~Acaso estas vigilando la mansion de Tanit sin autorizacion ?

-En absoluto, Ameni; la informacion me la ha confiado el vigilante que se encarga de la seguridad del barrio.

-No solo me tomas por imbecil sino que, ademas, juegas al diplomatico. Ha nacido un nuevo Serramanna... -El escriba dejo de comer-. Me quitas el apetito.

-~He cometido algun error grave? -se preocupo el sardo.

-No, tu presentacion de los hechos es astuta y adecuada... Io que me inquieta es el nombre de Narish.

-Es un hombre acomodado y, sin duda, influyente; ~pero por que va a escapar de la justicia?

-Es mas influyente de lo que crees. Narish es un comerciante de la ciudad de Tiro que se encarga de preparar, jun-
to con nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, la visita del rey a Fenicia.

El sardo se enfurecio.

-¡Es una trampa! Narish esta en contacto con Uri-
Techup.

-Hace negocios con su compatriota, la dama Tanit, rica
comerciante tambien; nada prueba que conspire con el
hitita.

-No seamos ciegos, Ameni.

-Estoy en una situacion dificil. Tras varios meses pasados
en Nubia para asentar la autoridad de Setau, Ramses ha
to-
mado de nuevo el expediente de nuestros protectorados del
Norte y nuestras relaciones comerciales. Los vinculos con
Fenicia se han relajado un poco y ha decidido hacerlos mas
estrechos con un viaje oficial. Ya conoces al rey, el riesgo
de
un atentado no le hara retroceder.

-Es preciso proseguir la investigacion y demostrar que el
tal Narish es un complice de Uri-Techup.

2 80
-~No creeras que vamos a permanecer con los brazos
cruzados ?

Las aguas del Nilo reflejaban el oro del sol poniente; se
pre-
paraba la comida en casa de los ricos y en la de los humil-
des. Las almas de los muertos, tras haber navegado en
com-
pania del astro del dia y haberse alimentado con su
energia,
regresaban a sus moradas de eternidad para regenerarse
con
otra forma de energia, el silencio.

Sin embargo, aquella noche, los perros encargados de cus-
todiar la inmensa necropolis de Saqqara permanecian ojo
avizor, pues el paraje recibia a dos distinguidos visitantes,

Ramses el Grande y su hijo Kha, presa de insolita exal-
tacion.

-jQue feliz me siento recibiendote en Saqqara, majestad!

-~Has descubierto por fin el libro de Thot?

-La mayoria de los antiguos monumentos se han restau-
rado ya, estamos en los acabados; por lo que al libro de
Thot se refiere, tal vez este reconstruyendolo pagina a
pagi-
na, y, precisamente, me gustaria mostrarte una de ellas.
Du-
rante tu larga estancia en Nubia, maestros de obra y
artesa-
nos del dios Ptah han trabajado sin descanso.

La alegria de su hijo colmaba a Ramses de felicidad. Po-
cas veces le habia visto tan feliz.

En el vasto dominio de Saqqara reinaba la piramide ma-
dre de ~oser y de Inhotep, la primera construccion de pie-
dras talladas cuyos peldanos formaban una escalera hacia
el
cielo; pero Kha no llevo a su padre hacia el extraordinario
monumento, sino que siguio un camino desconocido que
serpenteaba hacia el noroeste de la piramide.

Una capilla de columnas sobrealzadas, cuya base estaba
adornada con estelas dedicadas a las divinidades por
grandes
personajes del Estado, senalaba la entrada de un
subterraneo
custodiada por sacerdotes provistos de antorchas.

28
-El pano de ceremonia del faraon incluye una cola de
toro, pues es el poderio por excelencia -recordo Kha-. Y
este poderio es el del toro Apis, que permite al senor de las
Dos Tierras franquear todos los obstaculos. Apis lleva en
sus

lomos la momia de Osiris, para resucitarle en su carrera
ce-
lestial. Hice el juramento de construir para los toros Apis
un
santuario adecuado a la grandeza de su dinastia; la obra ya
esta terminada.

Precedidos por los portadores de antorchas, el monarca y
su primogenito penetraron en el templo subterraneo de los
toros Apis. Durante generaciones, el alma del dios habia
pa-
sado de animal en animal, sin que la transmision de su
fuer-
za sobrenatural se interrumpiese. Cada uno de ellos
descan-
saba en un enorme sarcofago depositado en una capilla;
momificados como humanos, los toros Apis eran inhumados
con los tesoros de su reinado, joyas, preciosas jarras e, in-
cluso, pequenas figuritas con cabeza de toro que se ani-
marian magicamente en el mas alla para evitarles
cualquier
fatiga. Los constructores habian excavado y practicado im-
presionantes galerias que unian entre si las capillas donde
los toros momificados dormian su apacible sueno.

-Todos los dias -preciso Kha-, unos sacerdotes especia-
lizados presentaran ofrendas en cada una de las capillas,
para que la gran alma de Apis conceda al faraon la fuerza
que necesita. He hecho construir tambien un sanatorio
don-
de los enfermos se alojaran en habitaciones con los muros
cubiertos de yeso blanco; alli haran curas de sueno. ~No
se
sentira encantada Neferet, la medico en jefe?

-Tu obra es magnifica, hijo mio; atravesara los siglos'.

-Apis acude a ti, majestad.

Saliendo de las tinieblas, un colosal toro negro avanzo

1. El egiptologo frances Mariette descubrio, en 1850, el

emplazamien-
to de las capillas funerarias de los toros Apis, conocido con el
nombre de
Serapeum.

2 82
lentamente hacia el faraon. El Apis reinante tenia aspecto de
monarca pacifico. Ramses recordo el terrorifico momento cuando, en Abydos, su padre, Seti, le habia enfrentado a un toro salvaje. Habian transcurrido muchos anos desde aquel episodio que habia decidido el destino del Hijo de la Luz.

El toro se aproximo, Ramses permanecio inmovil.

-Acercate en paz a mi, hermano mio.

Ramses toco el cuerno del toro, que lamio la mano del monarca con su rasposa lengua.

Los altos funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores habian aprobado con muchas alabanzas el proyecto de Ramses, felicitando al faraon por su notable iniciativa, apre-
ciada por todos los principados colocados bajo la protec-
cion de Egipto y el Hatti. Nadie habia emitido ni la sombra de una critica, ni tampoco una sugerencia; ~no era divino el
pensamiento de Ramses el Grande?

Cuando Ameni entro en el despacho del monarca, perci-
bio enseguida su contrariedad.

-~Debo llamar a la medico en jefe, majestad?

-Sufro de un mal que ella no podra curar.

-Dejame adivinarlo: no soportas el halago.

-Hace casi treinta y nueve anos que reino, treinta y nue-

ve anos de cortesanos volubles e hipocritas, de notables que
me echan incienso en vez de reflexionar por si mismos, de supuestos responsables que solo existen por mis decisiones... ~Puedo alegrarme de eso?

-~Y has necesitado superar los sesenta para descubrir la verdadera naturaleza de los cortesanos? Este momento de debilidad no es digno de ti, majestad. ~Por quien me tomas?
Los dioses no me concedieron tu altura ni tu gran vision, pero de todos modos expreso mi opinion.

Ramses sonrio.

-Y desapruebas mi viaje oficial a Fenicia.
-Segun Serramanna, podrias ser victima de un atentado.
-Es el riesgo inherente a todo desplazamiento por la region; si mi magia es eficaz, ~que puedo temer?

-Como sin duda tu majestad no va a renunciar a su proyecto, reforzare el dispositivo de seguridad tanto como sea posible. ~Pero realmente es indispensable ir a Tiro? Nuestros agentes comerciales son capaces de resolver muy bien los problemas.

-~Vas a subestimar la importancia de mi intervencion?

-Asi pues, tienes una intencion oculta.

-La inteligencia es una virtud consoladora, Ameni.
Uri-Techup se levanto tarde y desayuno en el jardin, al sol.

-~Donde esta mi mujer? -pregunto al intendente.

-La dama Tanit tenia asuntos que resolver en la ciudad.
Al hitita no le gusto. ~Por que no le habia hablado la fenicia de ellos?

-~De donde vienes? -le pregunto en cuanto estuvo de regreso.

-Alguna vez tengo que ocuparme de mis bienes.

-~A quien has visto?

-A un rico compatriota.

-~ Su nombre ?

-~Estas celoso, querido?

Uri-Techup abofeteo a Tanit.

-No quieras desafiarme y responde cuando te pre-
gunto.

-jMe... me has hecho dano!

-jSu nombre!

-Narish. Desea desarrollar el volumen de intercambio con Egipto y se sirve incluso de intermediario en el proxi-
mo viaje de Ramses a Fenicia.

Uri-Techup beso a la fenicia en los labios.

-Apasionante, mi pequena codorniz... Podrias habermelo dicho enseguida, sin provocarme estupidamente. ~Cuando debes ver de nuevo al tal Narish?
-Hemos firmado un contrato y...

28 S
-Encuentra otra idea para trabajar con el y sacale el ma-
ximo de informacion sobre ese viaje. Gracias a tu poder de seduccion, te sera facil.

Tanit intento protestar, pero Uri-Techup se tendio sobre ella. Hechizada, la hermosa fenicia se abandono; le era im-
posible luchar contra el deseo de su amante.

-Han sido anulados todos los banquetes -le anuncio Tanit a Uri-Techup, que habia confiado sus manos a los cuidados de una manicura.

-~Por que razon?

-El toro Apis acaba de morir. Durante el periodo de luto
no se autoriza festividad alguna.

-¡Ridicula costumbre!

-No para los egipcios.

Tanit despidio a la manicura.

-La propia fuerza del faraon esta en juego -preciso la fe-
nicia-; debe descubrir un toro en cuyo cuerpo se encarne
Apis. De lo contrario, su prestigio declinara.

-Ramses no tendra dificultad alguna.

-La tarea no es tan sencilla, pues el animal debe tener
unas caracteristicas concretas.

-~ Cuales ?

-Es prcciso consultar con un sacerdote especializado en
el culto de Apis.

-Haz que nos inviten a los funerales.

Los despojos del viejo toro Apis, muerto en su recinto del
templo de Menfis, habian sido depositados en un lecho fu-
nerario en <<la sala pura~>, donde, como un Osiris, habia
re-
cibido los honores de una velada funebre a la que asistian
Ramses y Kha. Se habian recitado las formulas de resurrec-
cion por el difunto; Apis, la potencia magica de Ptah, el
dios
de los constructores, habia sido tratado con todas las
consi-
deraciones que merecia.

Terminada la momificacion, Apis habia sido depositado
en una solida narria de madera y transportado hasta la em-

barcacion real, en la que habia atravesado el Nilo. Luego se habia organizado una procesion hacia la necropolis de Saqqara y la sepultura subterranea de los toros.

Ramses habia abierto la boca, los ojos y los oidos del toro resucitado en <<la morada del oro>>. Ni a Uri-Techup ni a Tanit se les habia permitido contemplar los misteriosos ritos, pero consiguieron hacer hablar a un sacerdote charlatan, satisfecho de demostrar su ciencia.

-Para convertirse en un Apis, el toro debe tener el pelaje negro sembrado de marcas blancas, un triangulo blanco en la frente, un creciente lunar en el pecho y otro en el flanco, y los pelos de la cola alternativamente negros y blancos.

-~Hay muchos animales que cumplan estos requisitos? -pregunto el hitita.

-No, solo existe un toro asi creado por los dioses.

-~Y si el faraon no lo encontrase?

-Perderia todo el vigor y numerosas desgracias caerian sobre el pais; pero Ramses no fallara en su tarea.

-Todos estamos convencidos de ello.

Uri-Techup y Tanit se alejaron.

-Si el animal existe-dijo el hitita-, debemos encontrarlo antes que Ramses y matarlo.

El rostro de Ameni parecia inquieto y fatigado. ~Como no estar fatigado? Ni siquiera el propio Ramses habia conseguido nunca que su amigo, a pesar de sus multiples dolores, aceptara reducir su ritmo de trabajo.

-jNumerosas y buenas noticias, majestad! Por ejemplo...

-Comienza por las malas, Ameni.

-~Quien te ha informado?
-Nunca has sabido disimular tus sentimientos.

-Como quieras... El emperador Hattusil te ha escrito.

-Nuestros diplomaticos se escriben con regularidad; ~que hay de anormal en ello?

-Se dirige a ti, su hermano, porque Mat-Hor se ha queja-do del destino que le has reservado. Hattusil se sorprende y
exige explicaciones.

La mirada de Ramses fulguro.

-Sin duda esa mujer te ha calumniado para provocar el furor de su padre y encender de nuevo la discordia entre nuestros dos pueblos.

-Respondamos adecuadamente a mi hermano Hattusil.

-Me he inspirado en textos redactados por Acha y te propongo una misiva que deberia apaciguar al emperador del Hatti.

Ameni mostro al rey un borrador, una tablilla de madera muy gastada a fuerza de haber sido borrada y rascada nu-merosas veces.

-Hermoso estilo diplomatico -juzgo Ramses-; nunca de-Jas de progresar.

-~Puedo confiar la redaccion definitiva a un escriba de perfecta caligrafia?

-No, Ameni.

-~Pero... por que?

-Porque yo mismo redactare la respuesta.

-Perdonadme, majestad; pero temo que...

-~Temes acaso la verdad? Me limitare a explicar a Hattu-
sil que su hija es incapaz de asumir las funciones de gran
es-
posa real y que, en adelante, vivira apacibles dias en un do-
rado retiro, mientras Meritamon estara a mi lado en las
ceremonias oficiales.

Ameni estaba palido.

-Tal vez Hattusil sea tu hermano, pero es un monarca
muy susceptible... Esa respuesta puede provocar una reac-
cion realmente brutal.

-La verdad no debe ofuscar a nadie.

-Majestad...

-Regresa a tus ocupaciones, Ameni; mi carta saldra hacia
el Hatti manana mismo.

Uri-Techup habia elegido bien a su esposa. Hermosa, sen-
sual, enamorada, admitida en la alta sociedad y rica, muy
rica. Gracias a la fortuna de la dama Tanit, el hitita habia
po-
dido contratar un considerable numero de indicadores en-
cargados de informarles de las localidades donde vivian to-
ros machos, adultos, de pelaje negro sembrado de manchas
blancas. Como Ramses aun no habia iniciado la busqueda,
Uri-Techup esperaba beneficiarse de su ventaja.

Oficialmente, la fenicia deseaba comprar rebanos y pen-
saba adquirir potentes reproductores antes de lanzarse a la
cria. La busqueda se habia iniciado en los alrededores de
Pi-
Ramses y, luego, se habia extendido a las provincias entre
la
capital y Menfis.

-~ Que hace Ramses ? -pregunto Uri-Techup a Tanit
cuando esta regresaba de palacio, donde habia hablado
con
algunos funcionarios de la Doble Casa blanca, encargados
de aplicar la politica economica del soberano.

-Pasa la mayoria de su tiempo en compania de Kha; pa-
dre e hijo reformulan el antiquisimo ritual de entronizacion
del nuevo Apis.

-~Ha sido descubierto el maldito toro?

-Solo el faraon puede identificarlo.

-~Por que permanece inactivo pues?

-El periodo de luto no ha terminado.

-Si pudieramos depositar ante la entrada del templo sub-
terraneo el cadaver del nuevo Apis... jLa fama de Ramses
quedaria destruida!

-Mi intendente tiene un mensaje para ti.

-jMuestramelo, pronto!

289
Uri-Techup arranco un pedazo de calcareo de las manos
de Tanit. Segun uno de los buscadores, un toro que
cumplia
las condiciones exigidas habia sido descubierto en una pe-
quena aldea al norte de Menfis. Su propietario exigia por el
un precio exorbitante.

-Parto inmediatamente -anuncio Uri-Techup.
En aquella soleada tarde, la aldea dormitaba. Cerca del
pozo, bajo un bosquecillo de palmeras, dos ninas jugaban a
las munecas. No lejos, su madre reparaba cestos de
mimbre.

Cuando el caballo de Uri-Techup hizo irrupcion en aquel

mundo apacible, las dos ninas, asustadas, se refugiaron jun-
to a su madre, aterrorizada tambien por la violencia que emanaba del jinete de largos cabellos.

-Tu, mujer, dime donde se halla el propietario de un vigoroso toro negro.

La madre de familia retrocedio, estrechando contra si a sus hijas.

-jHabla o probaras mis punos!

-En la salida sur de la aldea, una granja, con una cerca...

El caballo galopo en la direccion indicada. Unos minutos despues Uri-Techup distinguio la cerca.

Un toro esplendido, de pelaje negro sembrado de manchas blancas, rumiaba, inmovil.

El hitita descabalgo y le examino de cerca: tenia ciertamente todos los signos distintivos de un Apis.

Uri-Techup corrio hacia el edificio principal de la granja, donde los obreros agricolas estaban almacenando forraje.

-~Donde esta el patron?

-En la pergola.

Uri-Techup estaba llegando al final; pagaria el precio sin discutir.
Tendido en una estera, el patron abrio los ojos.

-~Has tenido un buen viaje?

El hitita se quedo petrificado.

-Tu...

Serramanna se levanto lentamente, desplegando su in-

menso esqueleto.

-~Te interesa ahora la cria, Uri-Techup? ¡Excelente idea! Es uno de los puntos fuertes de Egipto.

-Pero tu no eres...

-~El propietario de esta granja? ¡Ya lo creo! Una hermo-sa propiedad que pude comprar gracias a la generosidad de
Ramses. Pasare aqui una vejez tranquila. ~No deseas adqui-
rir mi mas hermoso toro?

-No, te equivocas...

-Cuando Ameni y yo advertimos que estabas moviendo-te, el secretario particular del rey tuvo la genial idea de pin-
tar en el pelaje de este animal los simbolos caracteristicos del toro Apis. Esta broma quedara entre nosotros, ~verdad?

El periodo de luto terminaria muy pronto y los ritualistas comenzaban a preocuparse: ~por que no buscaba el rey un nuevo Apis? Tras haber visitado varias veces el templo sub-terraneo de los toros momificados y trabajado dias enteros en el ritual de la primera dinastia que permitia resucitar a los
Apis, Ramses escuchaba a su hijo, el sumo sacerdote de Path, que le hablaba de la accion incesante del dios de los constructores, actuando en los espacios celestiales tanto como en las colmenas o en el vientre de las montanas. El verbo creador de Ptah se revelaba en el corazon y se for-mulaba con la lengua, pues todo pensamiento vivo debia en-
carnarse en una forma justa y bella.

Una semana antes de la fecha fatidica, ni el propio Kha ocultaba su inquietud.

-Majestad, el luto...

-Ya lo se, hijo mio; el sucesor del difunto Apis existe, no te preocupes.

-Si esta lejos de aqui, el viaje requerira tiempo.

-Esta noche dormire en el templo subterraneo y solicitare a los dioses y a Nefertari que me guien.

Al caer la tarde, el rey se quedo solo con la dinastia de los Apis. Conocia a cada cual por su nombre y apelo el alma unica que les unia unos a otros. Tendido en el austero lecho de una celda de sacerdote, Ramses confio su espiritu al sueno. No al simple reposo del cuerpo y los sentidos, sino al sueno capaz de viajar al modo de un pajaro infatigable. Como si su ser tuviera repentinamente alas, el rey abandono la tierra, se elevo en el cielo y vio.

Vio el Alto y el Bajo Egipto, las provincias, las ciudades y las aldeas, los grandes templos y los pequenos santuarios, el Nilo y los canales de irrigacion, el desierto y los cultivos.

Un fuerte viento procedente del norte empujaba hacia Abydos la embarcacion con dos velas blancas. En la proa, Ramses disfrutaba el nunca saciado placer de admirar su pais desde el agua. Con gran autoridad, Kha habia afirmado a los ritualistas y a la corte que partia con su padre para identificar al toro Apis y llevarlo a Saqqara. Conociendo las dramaticas consecuencias de un fracaso, el sumo sacerdote se negaba a pensar en ello.

-Estamos llegando -le dijo al monarca.

-El viaje me ha parecido tan corto... Cuando te invade tanta belleza, el tiempo queda abolido.

El clero de Abydos al completo recibio al rey en el embarcadero; el sumo sacerdote saludo a Kha.

-~Viene su majestad a preparar los misterios de Osiris?

-No -respondio Kha-; Ramses esta convencido de que la nueva encarnacion del toro Apis se encuentra aqui.
-jSi asi fuera, habriamos avisado a su majestad! ~En que informaciones se basa?

-Solo el lo sabe.

El sumo sacerdote de Abydos se quedo consternado.

-~Habeis intentado convencer a vuestro padre?

-Es Ramses.

Todos esperaban que el monarca explorase la campina de los alrededores, pero, por el contrario, se dirigio sin vacilar hacia el desierto, hacia las tumbas de los faraones de las pri-
meras dinastias. En Saqqara descansaban sus momias, en Abydos perduraba su ser luminoso. Algunos tamariscos daban sombra a las sepulturas.

Ramses lo vio bajo su follaje: un magnifico toro negro cuyo hocico se levanto hacia el hombre que se acercaba a el.

Esa era la escena que el faraon habia contemplado en el sueno ofrecido por la comunidad de los Apis.

El cuadrupedo no manifesto agresividad alguna. Habriase dicho que volvia a encontrarse con un viejo amigo tras una larga separacion.

En la frente del toro distinguio un triangulo blanco. En su pecho y su flanco, un creciente lunar; y los pelos de su cola eran, altcrnativamcnte ncgros y blancos.

-Ven, Apis; te llevare a tu morada.

Cuando la embarcacion real atraco en el muelle principal del
puerto de Menfis, la ciudad entera estaba ya en fiestas. Los dignatarios de Pi-Ramses habian abandonado la capital para
admirar al nuevo Apis, cuya fuerza permitiria al faraon reinar todavia largos anos. Incluso Ameni habia efectuado el desplazamiento, no con la intencion de participar en los fes-
tejos sino porque era portador de malas noticias.

Aclamados, el toro y el rey, uno junto a otro, desembarcaron y caminaron hacia el templo de Ptah, donde, en un vasto recinto cercano al santuario, viviria en adelante la encarnacion de Apis, rodeado de vacas a cual mas hermosa.
Ante la puerta del recinto tuvo lugar un antiguo rito: una mujer de honrosa fama y que gozaba de excelente reputacion se puso frente al toro, se levanto la tunica hasta el vien-
tre y desvelo su sexo. De ese modo, la sacerdotisa de Hator recibia, entre las risas de la muchedumbre, al fecundador que prenaria las vacas, animales sagrados de la diosa, y ase-
guraria la descendencia de los Apis.

En primera fila entre los espectadores, Uri-Techup ya no sabia a donde mirar. Aquella escena insolita, aquella mujer impudica riendose tambien a carcajadas, aquel toro impasible y aquel pueblo venerando a Ramses... jUn Ramses que parecia indestructible!

Cualquier otro habria renunciado; pero Uri-Techup era un hitita, un jefe guerrero, y Ramses le habia robado el trono. Jamas le perdonaria haber convertido a la nacion hitita, antano conquistadora y victoriosa, en un monton de cobardes que inclinaban la cabeza ante el adversario de ayer.

La doble gran puerta del templo se cerro. Mientras la poblacion danzaba, cantaba, comia y bebia a costa del faraon,

Ramses, Kha y un colegio de ritualistas celebraron los ritos de entronizacion del nuevo Apis, cuyo punto culminante era
la carrera del toro llevando en sus lomos la momia de Osiris, el cuerpo recompuesto y vivificado del dios vencedor de
la muerte.

-~Como te pueden gustar tanto los viajes? -gruno Ameni-. Y, mientras, los problemas y las urgencias se acumulan en mi despacho.

-Si te has desplazado -observo Ramses-, debes de tener un motivo importante.

-De nuevo me acusaras de perturbar un periodo de festividades.

-~Te he hecho alguna vez algun reproche serio?
El portasandalias del rey mascullo una respuesta ininteligible.

-El emperador Hattusil ha respondido con sorprendente rapidez -prosiguio-; basta leer entre lineas para percibir su colera. Desaprueba tu actitud y sus amenazas apenas estan veladas.

Por unos momentos, Ramses permanecio en silencio.

-Puesto que mis argumentos no le han convencido, vamos a utilizar una estrategia distinta. Toma un papiro nuevo, Ameni, y tu mejor pincel; mis proposiciones van a sorprender a mi hermano Hattusil.

-Las negociaciones han terminado -revelo Tanit a Uri-Techup-, y el mercader Narish ha regresado a Tiro para recibir a Ramses con el alcalde de la ciudad y las personalidades
locales.

El hitita apreto el puno de la daga de hierro que nunca le

abandonaba.

-~No has podido obtener informaciones mas confiden-
ciales ?

-El itinerario no es secreto y el monarca ira acompanado por su hijo Merenptah, general en jefe del ejercito egipcio, a la cabeza de dos regimientos de elite. Cualquier ataque contra ellos estaria condenado al fracaso.

Uri-Techup rabiaba; Malfi no disponia aun de bastantes hombres para librar un combate de aquella envergadura.

-De todos modos es curioso -anadio la fenicia-; los altos funcionarios de la Doble Casa blanca no han mani-
festado exigencia especial alguna, como si al faraon no le afectaran demasiado los problemas economicos. Y sin em-
bargo, existen puntos entre litigio que Egipto no suele si-
lenciar.

-~Que conclusion sacas?

-Ramses oculta el verdadero objeto de su viaje.

Uri-Techup se quedo perplejo.

-Probablemente tienes razon. Pues bien, descubrelo.

-~De que modo?

-Ve a palacio, haz hablar a los cortesanos, roba docu-
mentos, que se yo... ¡Arreglatelas, Tanit!

-Pero, querido...

-No discutas. Tengo que saberlo.

Amplia y segura, la pista seguia la ladera del Monte Carme-
lo y descendia suavemente hacia el mar. El mar... una vision

extrana para muchos soldados egipcios, una increible llanu-
ra de agua, sin limites. Los veteranos advertian a los mas jo-
venes: si poner el pie en la espuma de las olas no presenta-
ba peligro alguno, no debian nadar muy lejos, so pena de ser
arrastrados hasta el fondo por un genio malefico.

Ramses marchaba a la cabeza de su ejercito, justo detras
de Merenptah y los exploradores. El hijo menor del rey no
habia dejado de verificar, a lo largo de todo el viaje, su dis-
positivo de seguridad. El monarca, por su parte, no habia
manifestado signo alguno de inquietud.

-Si reinas -le dijo a Merenptah-, no olvides viajar regu-
larmente a nuestros protectorados; y si lo hace tu hermano
Kha, recuerdaselo. Cuando el faraon esta demasiado tiempo
alejado y ausente, la revuelta intenta romper la armonia;
cuando esta cerca, los corazones se apaciguan.

Pese a las reconfortantes palabras de los veteranos, los jo-
venes reclutas no se sentian tranquilos; una sucesion de vio-
lentas olas, rompiendo contra los espolones rocosos que se
adentraban en el mar, les hicieron anorar las orillas del
Nilo.

La campina les parecio menos hostil: campos cultivados,
vergeles y olivares atestiguaban la riqueza agricola de la re-
gion. Pero la vieja ciudad de Tiro estaba de vuelta hacia mar
abierto; un brazo de mar formaba una especie de foso in-
franqueable, proteccion contra el ataque de una flota ene-
miga. Tiro, la nueva, habia sido edificada sobre tres islotes
separados por canales poco profundos, a lo largo de los cua-
les se hallaban las calas sccas.

Desde lo alto de las torres de vigia, los tirios observaron
al faraon y sus soldados. Dirigida por Narish, una delega-
cion salio al encuentro del dueno de Egipto. Los saludos
fueron calurosos y Narish, con entusiasmo, condujo a Ram-
ses por las callejas de su ciudad. Merenptah mantenia la
mi-
rada clavada en los tejados, de donde en cualquier instante
podia surgir el peligro.

Tiro estaba consagrada al comercio; alli se vendian vidrios,
jarros de oro y de plata, tejidos tenidos con purpura y mu-
chas otras mercancias que transitaban por su puerto. Las
ca-
sas, de cuatro o cinco pisos de altura, estaban muy juntas.

Amigo intimo de Narish, el alcalde habia ofrecido a Ram-
ses su lujosa mansion como lugar de residencia; construida
en el punto culminante de la ciudad, dominaba el mar. Su
florecida terraza era una maravilla, y el propietario del
lugar
habia llevado el refinamiento hasta tal punto que habia
amueblado la vasta mansion al estilo egipcio, para que el
fa-
raon no se sintiera extrano.

-Espero que os sintais satisfecho, majestad -declaro Na-
rish-. Vuestra visita es un grandisimo honor; esta misma
no-
che presidireis un banquete que sera recordado en
nuestros
anales. ~Podemos esperar que se desarrollen nuestras
rela-
ciones comerciales con Egipto?

-No soy hostil a ello, pero con una condicion.

-La reduccion de nuestros beneficios... Lo sospechaba.
No nos oponemos, siempre que lo compensemos con el vo-
lumen de los intercambios.

-Estaba pensando en otra condicion.

Pese a la suavidad del aire, el comerciante fenicio sintio que la sangre se helaba en sus venas. A consecuencia del tra-
tado de paz, Egipto habia admitido que la region permaneciera bajo control hitita aunque, en realidad, gozara de una real independencia. ~Una desastrosa voluntad de poder incitaria a Ramses a poner las manos en Fenicia, a riesgo de denunciar el tratado y provocar un conflicto?
-~Cuales son esas condiciones, majestad?

-Vayamos al puerto, Merenptah nos acompanara.

Por ordenes del rey, su hijo menor tuvo que limitarse a una reducida escolta.

En el extremo occidental del puerto habia un centenar de hombres de edad y origenes diversos, desnudos y encadena-
dos. Unos intentaban mantener una apariencia de dignidad,
otros tenian la mirada vacia.

Unos tirios de rizada cabellera discutian precios, por individuo o por todo un lote; pensaban realizar importantes beneficios con la venta de aquellos esclavos en perfecto estado de salud. Las justas oratorias y financieras iban a ser duras.

-Que se libere a esos hombres -exigio Ramses.

Narish parecio divertido.

-Cuestan caros... Permitid que la ciudad de Tiro os los ofrezca, majestad.

-He aqui la verdadera razon de mi viaje: ninguno de los tirios que quiera comerciar con Egipto podra ser mercader de esclavos.

Sorprendido, el fenicio tuvo que recurrir a toda su sangre fria para no prorrumpir en vigorosas protestas.

-Majestad... La esclavitud es una ley natural, las socieda-
des mercantiles la practican desde siempre.

-No hay esclavitud en Egipto -dijo Ramses-; los seres humanos son el rebano de Dios, ningun individuo tiene derecho a tratar a otro como un objeto sin alma o una mercancla.

El fenicio nunca habia escuchado un discurso tan aberrante; si su interlocutor no hubiera sido el faraon de Egipto, le habria creido loco.

-~Majestad, acaso vuestros prisioneros de guerra no fueron reducidos a la esclavitud?

-En funcion de la gravedad de los hechos que se les reprochaban, fueron sometidos a periodos de trabajos forzados mas o menos largos. Recuperada la libertad, actuaron como quisieron; la mayoria de ellos se quedaron en Egipto, muchos han fundado alli una familia.

-jLos esclavos son indispensables para muchos trabajos!

-La ley de Maat exige un contrato entre el que ordena un trabajo y el que lo lleva a cabo; de lo contrario, la alegria no puede circular ni en la obra mas sublime ni en el trabajo mas modesto. Y ese contrato se basa en la palabra dada por una y otra parte. ~Crees acaso que las piramides y los templos podrian haber sido construidos por cohortes de esclavos ?

-Majestad, no es posible modificar tan antiguas costumbres...

-No soy ingenuo y se que la mayoria de los paises seguiran practicando la esclavitud. Pero ahora ya conoces mis

exigencias.

-Egipto podria perder importantes mercados.

-Lo esencial es que preserve su alma; el faraon no es el patron de los mercaderes, sino el representante de Maat en
la tierra y el servidor de su pueblo.

Las palabras de Ramses se grabaron en el corazon de Merenptah; para el, el viaje a Tiro seria una etapa importante.

Uri-Techup estaba tan enojado que, para calmarse, habia derribado con el hacha un sicomoro centenario que daba sombra a un estanque donde retozaban algunos patos. Asus-
tado, el jardinero de la dama Tanit se habia refugiado en la cabana donde guardaba sus herramientas.

-jPor fin has llegado! -exclamo el hitita cuando su esposa cruzo el umbral de su propiedad.

Tanit contemplo el desolador espectaculo.

-~Has sido tu el que...?

-jEsta es mi casa y hago lo que me place! ~Que has sabido en palacio?
-Deja que me siente, estoy cansada.

El pequeno gato atigrado salto al regazo de su duena; ella le acaricio maquinalmente el craneo mientras el animal ron-
roneaba.

-jHabla, Tanit!

-Te llevaras una decepcion: el verdadero objetivo del viaje de Ramses es luchar contra la esclavitud, que no deja de desarrollarse en Tiro y en toda la region.

Uri-Techup abofeteo con violencia a Tanit.

-jNo me tomes el pelo!

Intentando defender a su duena, el gatito arano a Uri-Techup, quien agarro al animal por la piel del cuello y, con el filo de su daga de hierro, lo degollo.

Salpicada de sangre, horrorizada, Tanit corrio a refugiarse en su alcoba.
Ameni se sentia aliviado, Serramanna rabiaba.

-Ramses ha regresado sano y salvo de Fenicia, ahora respiro mejor -reconocio el secretario particular del rey-. ~Por que estas de tan mal humor, Serramanna?

-Porque la pista de Narish termina en un callejon sin salida.

-~Y que esperabas?

-Tener la prueba de que el fenicio tenia negocios sucios con la dama Tanit. Podria haberla amenazado con inculparla
si no me decia la verdad sobre Uri-Techup.

-jEI hitita te obsesiona! Acabara volviendote loco.

-~Olvidas que es el asesino de Acha?

-Falta la prueba.

-Por desgracia, tienes razon, Ameni.

El sardo sentia que se estaba haciendo viejo. jRespetar una ley! Debia resignarse y admitir su fracaso: Uri-Techup se habia mostrado lo bastante astuto como para escapar a la
justicia egipcia.

-Regreso a casa.

-~Una nueva conquista?

-Ni siquiera eso, Ameni; estoy muy cansado y voy a dormir.

-Os espera una dama-anuncio el intendente de Serra-
manna.

-jNo he citado a moza alguna!
-No se trata de una <<moza>> sino de una dama. Le he ro-
gado que se instalara en la sala de huespedes.

Intrigado, Serramanna cruzo el recibidor a grandes zan-
cadas.

- jTanit!

La hermosa fenicia se levanto y, llorando, se arrojo en
brazos del gigante. Iba despeinada y en las mejillas tenia se-
nales de golpes.

-jProtegedme, os lo suplico!

-De buena gana, ~pero de que... o de quien?

-jDel monstruo que me ha convertido en su esclava!

Serramanna se guardo mucho de manifestar su satisfac-
cion.

-Si deseais que actue de un modo oficial, dama Tanit, de-
beis presentar denuncia.

-Uri-Techup ha degollado mi gato, ha derribado un sico-
moro de mi jardin y no deja de maltratarme.

-Son delitos por los que sera condenado a una multa, tal
vez a trabajos forzados. Pero no bastara para impedirle que
siga haciendo dano.

-~Velaran vuestros hombres por mi?

-Mis mercenarios forman la guardia personal del rey y no
podrian intervenir en un asunto privado... A menos que se

convirtiera en un asunto de Estado.

Secando sus lagrimas, Tanit se aparto del gigante y le
miro a los ojos.

-Uri-Techup quiere asesinar a Ramses. Esta compincha-
do con el libio Malfi, con el que hizo una alianza en mi pro-
pia casa. Uri-Techup fue quien mato a Acha con una daga
de hierro de la que nunca se separa. Y con esa misma daga
quiere matar al rey. ~Es ahora un asunto de Estado?

Un centenar de hombres se desplegaron alrededor de la
mansion de la dama Tanit. Algunos arqueros treparon a los

arboles que daban al jardin de la fenicia, otros a los tejados
de las casas vecinas.

~Uri-Techup estaba solo o con los libios? ~Tomaria a los
criados como rehenes si descubria el cerco? Serramanna
ha-
bia exigido un completo silencio mientras se aproximaban,
consciente de que el menor incidente alertaria al hitita.

Y no dejo de producirse.

Al escalar el muro del recinto, un mercenario no pudo
asegurar la presa y cayo a un bosquecillo.

Ululo una lechuza, los hombres de Serramanna se inmo-
vilizaron. Unos minutos despues, el sardo dio la orden de
avanzar.

Uri-Techup ya no tenia posibilidad alguna de huir, pero
no se rendiria sin combate; Serramanna esperaba
capturarle
vivo y hacerle comparecer ante el tribunal del visir.

En la alcoba de Tanit habia luz.

Serramanna y una decena de mercenarios se arrastraron
por el suelo humedo de rocio, llegaron al enlosado que ro-

deaba la mansion y se lanzaron al interior.

La sierva lanzo un grito de espanto y solto su candil de te-
rracota, que se quebro al caer al suelo. Durante unos
instan-
tes, reino la confusion; los mercenarios lucharon contra
invi-
sibles adversarios y rompieron los muebles a mandobles.

-jCalma! -aullo Serramanna-. jLuz pronto!

Encendieron otras lamparas. Temblorosa, la sierva era pri-
sionera de los soldados que la amenazaban con sus
espadas.

-~Donde esta Uri-Techup? -interrogo Serramanna.

-Cuando ha descubierto que la ama habia desaparecido,
ha saltado a lomos de su mejor caballo y se ha lanzado a
todo galope.

Despechado, el sardo rompio de un punetazo una vasija
cretense. El instinto guerrero del hitita le habia dictado su
conducta; sintiendose en peligro, habia emprendido la
fuga.

3øS
Para Serramanna, ser admitido en el austero despacho de
Ramses equivalia a penetrar en el corazon del santuario
mas
secreto del pais.

Estaban presentes Ameni y Merenptah.

-La dama Tanit ha regresado a Fenicia tras haber decla-
rado ante el visir -indico Serramanna-. Segun varios testi-
gos, Uri-Techup se dirigio hacia Libia, de modo que se ha
reunido con su aliado Malfi.

-Simple hipotesis -estimo Ameni.

-jNo, certeza! A Uri-Techup ya no le queda otro refugio

y nunca renunciara a combatir Egipto.

-Por desgracia -deploro Merenptah-, no logramos localizar su campamento; el libio se mueve sin cesar. Pensandolo bien, nuestro fracaso es tranquilizador: demuestra que Malfi no consigue reunir un verdadero ejercito.

-Que nuestra vigilancia no se relaje-ordeno Ramses-; la alianza de dos seres maleficos y violentos constituye un verdadero peligro.

-Majestad, tengo una peticion que formularos -anuncio Serramanna con dignidad.

-Te escucho.

-Estoy convencido de que nos cruzaremos de nuevo en el camino de ese monstruo de Uri-Techup. Solicito el privilegio de combatirle, esperando matarle con mis propias manos.

-Concedido.

-Gracias, majestad. Sea cual sea el porvenir, mi existencia, gracia a vos, habra sido realmente hermosa.

El sardo se retiro.

-Pareces contrariado -le dijo Ramses a Merenptah.

-Tras interminables trayectos a traves de regiones mas o menos hostiles, Moises y los hebreos se acercan a Canaan, a la que consideran su Tierra Prometida.

-Que feliz debe sentirse Moises...

-Pero no las tribus de la region; temen la presencia de ese pueblo belicoso. Por eso solicito, una vez mas, autorizacion para intervenir militarmente y acabar de raiz con el pro-

blema.

-Moises llegara al final de su busqueda y creara un pais en el que sus fieles viviran a su guisa; y eso esta bien, hijo mio, y no intervendremos. Manana dialogaremos con el nuevo Estado y tal vez seamos sus aliados.

-~Y si se convierte en enemigo?

-Moises no sera enemigo de su tierra natal. Preocupate de los libios, Merenptah, no de los hebreos.

El hijo menor de Ramses no insistio; aunque el argumento de su padre no le convenciera~ se doblego ante el deber de la obediencia.

-Hemos recibido noticias de tu hermano Hattusil -revelo Ameni.

-~Buenas o malas?

-El emperador del Hatti reflexiona.

Incluso cuando el sol abrasaba, Hattusil tenia frio. Ni siquiera en el interior de su ciudadela de espesos muros de picdra lograba calentarse. Pegado al fuego que crepitaba en
una gran chimenea, volvio a leer para su esposa Putuhepa las
proposiciones del faraon de Egipto.

-jLa audacia de Ramses es increible! Le envio una carta de reconvenciones y eso es lo que se atrevc a responderme:
que le mande otra princesa hitita para contraer un nuevo matrimonio diplomatico y reforzar la paz. Mas aun, jque yo mismo vaya a Egipto!

-Maravillosa idea -considero la emperatriz Putuhepa-; tu visita oficial demostrara, de modo evidente, que la paz firmada entre ambos pueblos es irreversible.

-¡Ni lo suenes! Yo, el emperador de los hititas, no voy a presentarme como subdito del faraon.

-Nadie pide que te humilles; no te quepa duda de que se-

3ø7

remos recibidos con los honores debidos a nuestro rango. La carta de aceptacion ya esta redactada; solo debes colocar tu sello.

-Debemos pensarlo mejor e iniciar conversaciones.

-El tiempo de las palabras ha pasado ya; preparemonos para el viaje a Egipto.

-~Diriges tu ahora la diplomacia hitita?

-Mi hermana Nefertari y yo edificamos la paz; que el emperador del Hatti la consolide.

Putuhepa consagro un ferviente pensamiento al hombre mas seductor que nunca hubiera conocido, Acha, el amigo de infancia de Ramses, que vivia hoy en el paraiso de los justos. Para el, ese dia seria de autentico gozo.
Cuando Mat-Hor se entero de la noticia que conmocionaba a todo Egipto, es decir, el anuncio de la visita oficial de sus padres, creyo que su desgracia habia terminado. Ciertamente, gozaba de una dorada existencia en el haren de Mer-Ur y disfrutaba, sin hastiarse, de los innumerables placeres de su condicion; pero no reinaba y era solo una esposa diplomatica, privada de cualquier poder.

La hitita escribio una larga carta a Ameni, secretario particular del monarca; exigia, con virulentos terminos, ocupar la funcion de gran esposa real para recibir al emperador y la emperatriz del Hatti, y reclamaba una escolta para regresar al palacio de Pi-Ramses.

La respuesta de Ramses fue cortante: Mat-Hor no asistiria a las ceremonias y permaneceria en el haren de Mer-Ur.

Tras una violenta colera, la hitita reflexiono: ~de que modo podria perjudicar al faraon, sino impidiendo la llegada de Hattusil? Obsesionada por este proyecto, se las arreglo para cruzarse en el camino de un sacerdote del dios cocodrilo, con una solida reputacion de ritualista.

-En el Hatti -le dijo-, consultamos con frecuencia a los adivinos para conocer el porvenir; leen en las entranas de los animales.

-~No es eso algo... grosero?

-~Utilizais vosotros otros metodos?

-Al faraon le toca discernir el manana.
-Pero vosotros, los sacerdotes, conoceis el secreto de

ciertas tecnicas.

-Existe un cuerpo de magos del Estado, majestad, pero su formacion es larga y exigente.

-~No interrogais a los dioses?

-En ciertas circunstancias, el sumo sacerdote de Amon formula una pregunta a la potencia creadora, con autorizacion del rey, y el dios responde por su oraculo.

-Y todos aceptan su decision, supongo.

-~Quien podria levantarse contra la voluntad de Amon?

Advirtiendo las reticencias del sacerdote, Mat-Hor no le molesto mas.

Aquel mismo dia, tras haber ordenado a su personal que no revelara su ausencia, se dirigio a Tebas.

La muerte de dulce sonrisa habia acabado recordando la edad del venerable Nebu, el sumo sacerdote de Amon, que se habia extinguido en su pequena casa, junto al lago sagra-
do de Karnak, con la seguridad de haber servido bien al dios
oculto, principio de toda vida, y al faraon Ramses, su re-
prcscntantc cn la tierra.

Bakhen, el segundo profeta de Amon, habia avisado en-
seguida al rcy, quien habia acudido a rendir homenaje a Nebu, uno de aqucllos hombres integros gracias a quienes se perpetuaba la tradicion egipcia, fueran cuales fuesen los asaltos de las fuerzas del mal.

El silencio del luto gravitaba sobre el inmenso templo de Karnak; tras haber celebrado los ritos del alba, Ramses se encontr(j con Bakhen junto al escarabeo gigante que, en el angulo noroeste del lago sagrado, simbolizaba el renaci-
miento del sol tras su victoria sobre las tinieblas.

-Ha llegado la hora, Bakhen. Desde nuestro lejano en-
frentamiento, has recorrido un largo camino sin pensar nun-
ca en ti mismo. Si los templos de Tebas son esplendidos, lo deben en parte a ti; tu gestion es irreprochable y todo el mun-
do se felicita por tu autoridad. Si, ha llegado la hora de nom-
brarte sumo sacerdote de Karnak y primer profeta de Amon.

La voz grave y ronca del antiguo supervisor de los esta-
blos temblo de emocion.

-Majestad, no creo que... Nebu...

-Nebu te propuso como sucesor hace ya mucho tiempo y sabia juzgar a los hombres. Te entrego el baston y el ani-
llo de oro, insignias de tu nueva dignidad; gobernaras esta ciudad santa y procuraras que no se aparte de su funcion.

Bakhen se sobreponia ya; Ramses advirtio que se uncia a sus innumerables tareas, sin pensar en el prestigio que el tan deseado titulo le conferia.

-Mi corazon no puede permanecer mudo, majestad. Aqui, en el Sur, algunos nobles se sienten escandalizados por vuestra decision.

-~Estas hablando del viaje oficial del emperador y la emperatriz del Hatti?

-Exactamente.

-Varios notables del Norte comparten su opinion, pero la visita se celebrara pues consolida la paz.

-Muchos religiosos desean la intervencion del oraculo. Si el dios Amon os da su conformidad, cesara cualquier protesta.

-Prepara la ceremonia del oraculo, Bakhen.

Aconsejada por un administrador del haren de Mer-Ur, Mat-Hor habia llamado a la puerta adecuada: la de un rico comerciante sirio a quien no se le escapaba el menor acontecimiento de la vida tebana. Vivia en una suntuosa propiedad de la orilla este, no lejos del templo de Karnak, y recibio a la reina en una sala con dos columnas, decorada con pinturas que representaban iris y acianos.

-jQue honor, majestad, para un modesto comerciante!

-Esta entrevista no se ha celebrado nunca y nunca nos hemos encontrado: ~queda claro?

La hitita ofrecio un collar de oro al sirio, que se inclino sonriente.

-Si me proporcionas la ayuda que necesito, sere muy ge-

nerosa.

-~ Que deseais ?

-Me interesa el oraculo de Amon.

-El rumor se ha confirmado: precisamente Ramses va a consultarlo .

-~Por que motivo?

-Pedira al dios que apruebe la venida a Egipto de vues-
tros padres.

La suerte ayudaba a Mat-Hor; el destino habia hecho el trabajo y solo tenia que terminarlo.

-~Y si Amon se niega? -pregunto.

-Ramses tendra que inclinarse... jY no me atrevo a ima-
ginar la reaccion del emperador del Hatti! ~Pero no es el fa-
raon hermano de los dioses? La respuesta del oraculo no puede ser negativa.

-Pues exijo que lo sea.

-~ Como?

-Te lo repito: ayudame y te hare muy rico. ~Como res-
ponde el dios?

-Unos sacerdotes llevan la barca de Amon, el primer pro-
feta interroga al dios. Si la barca avanza, su respuesta es <<si~;
Si retrocede, <<no~.

-Compra a los portadores de la barca y que Amon re-
chace la respuesta de Ramses.

-Es imposible.

-Arreglatelas para que los mas reticentes sean sustituidos por hombres seguros, utiliza pociones que enfermen a los incorruptibles. Consiguelo y te cubrire de oro.

-Los riesgos...

-Ya no tienes eleccion, mercader: ahora eres mi complice. No renuncies y no me traiciones; de lo contrario, sere implacable.

Solo ante las bolsas repletas de pepitas de oro y piedras preciosas que la hitita le ofrecia como un adelanto de su futura fortuna, el sirio reflexiono largo rato. Algunos afirmaban que Mat-Hor nunca recuperaria la confianza del rey, otros estaban convencidos de lo contrario. Y ciertos sacerdotes de Karnak, celosos por el ascenso de Bakhen, estaban dispuestos a hacerle una jugarreta.

Sobornar a todos los portadores de la barca sagrada era imposible, pero bastaba con comprar los brazos mas robustos; el dios vacilaria, dividido entre avanzar y retroceder, luego manifestaria claramente su negativa.

Era una partida que podia jugarse... ¡Y es tan tentadora la riqueza!

Tebas estaba conmocionada. Tanto en la campina como en los barrios de la ciudad se sabia que iba a celebrarse <<la hermosa fiesta de la audiencia divina>> durante la que Amon y Ramses demostrarian, una vez mas, su comunion.

En el patio del templo donde se desarrollaba el ritual no faltaba una sola personalidad de la gran ciudad del Sur. El alcalde, los administradores, los terratenientes no querian perderse en modo alguno aquel excepcional acontecimiento.

Cuando la barca de Amon salio del templo cubicrto para mostrarse a plena luz, todos contuvieron el aliento. En el

centro de la barca de madera dorada se situaba el naos
que
contenia la estatua divina, oculta a las miradas humanas.
Y,
sin embargo, ella, efigie viva, iba a tomar la decision.

Avanzando por el suelo de plata, los portadores camina-
ban con lentitud. El nuevo sumo sacerdote de Amon, Ba-
khen, vio caras nuevas; ~pero no le habian hablado ya de
una indisposicion alimentaria que habia impedido a varios
titulares participar en la ceremonia?

La barca se detuvo frente al faraon, Bakhen tomo la pa-
labra.

3 1 3
-Yo, servidor del dios Amon, le interrogo en nombre
de Ramses, el Hijo de la Luz; ~hace bien el faraon de Egip-
to invitando a esta tierra al emperador y la emperatriz del
Hatti ?

Incluso las golondrinas habian dejado su enloquecida ca-
rrera por el azul del cielo; cuando el dios hubiera respondi-
do afirmativamente, los pechos se liberarian para aclamar
a
Ramses.

Sobornados por el mercader sirio, los portadores mas ro-
bustos se consultaron con la mirada e intentaron dar un
paso atras.

En vano.

Creyeron que sus colegas, decididos a avanzar, manifes-
taban una resistencia que duraria muy poco; desplegaron
pues una energia que iba a ser decisiva. Sin embargo, una
fuerza extrana les obligo a avanzar. Deslumbrados por una
luz
que procedia del naos, renunciaron a luchar.

El dios Amon habia aprobado la decision de su hijo Ram-
ses, el regocijo podia comenzar.

Era el.

Algo encorvado, con los cabellos canosos y la mirada in-
quisitiva como siempre, tenia, a primera vista, el aspecto
de
un hombre bastante ordinario del que nadie desconfiaba.
El,
Hattusil, emperador del Hatti, envuelto en un grueso man-
to de lana para luchar contra la sensacion de frio que,
tanto
en invierno como en verano, nunca le abandonaba.

El, jefe de una nacion guerrera y conquistadora, coman-
dante supremo de las tropas hititas en Kadesh, pero
tambien
negociador del tratado de paz; el, Hattusil, dueno indiscuti-
ble de un pais dificil en el que habia aniquilado cualquier

oposicion.

Y Hattusil acababa de poner el pie en la tierra de Egipto,
seguido por dos mujeres, su esposa Putuhepa y una joven
princesa hitita, hurana.

-Es imposible -murmuro el emperador del Hatti-, del
todo imposible... No, esto no es Egipto.

Y sin embargo, no sonaba: el propio Ramses el Grande se
acercaba a su antiguo adversario para darle un abrazo.

-~Como esta mi hermano Hattusil?

-Envejezco, hermano Ramses.

La huida de Uri-Techup, enemigo comun de Egipto y del
Hatti buscado por asesinato, habia terminado con los obs-
taculos a la visita oficial de Hattusil.

-A Nefertari le habria gustado este momento extraordi-
nario -dijo Ramses a Putuhepa, soberbia con su larga tuni-
ca roja y adornada con joyas egipcias de oro que el faraon
le habia ofrecido.

-A lo largo de todo nuestro viaje, no he dejado de pensar en ella -confeso la emperatriz-; independientemente de cuanto dure vuestro reinado, siempre sera vuestra unica es-
posa real.

Las declaraciones de Putuhepa allanaban cualquier dificultad diplomatica. A la luz de un ardiente estio, Pi-Ramses estaba en fiestas; brillando con todos sus fulgores, la ciudad
de turquesa habia recibido miles de dignatarios llegados de todas las ciudades de Egipto para asistir al recibimiento de los
soberanos del Hatti y a las numerosas ceremonias previstas
en su honor.

La belleza y la riqueza de la capital deslumbraron a la pareja imperial. Sabiendo que el dios Amon habia dado su conformidad a Ramses, la poblacion ofrecio una entusiasta acogida a los ilustres visitantes. De pie junto al faraon, en su
carro tirado por dos empenachados caballos, Hattusil iba de
sorpresa en sorpresa.

-~No tiene mi hermano proteccion alguna?

-Mi guardia personal vela -respondio Ramses.

-Pero esa gente, tan cerca... jNuestra scguridad corre peligro !

-Observa la mirada de mi pueblo, Hattusil: no hay en ella odio ni agresividad. Hoy nos agradece que hayamos edificado la paz, su alegria lo demuestra.

-Una poblacion que no esta dominada por el terror...
jQue extrano! ~Y como consiguio Ramses formar un ejercito capaz de resistir los ataques hititas?

-Los egipcios aman su pais tanto como lo aman los dioses.

-Tu, Ramses, me impediste vencer; tu y nadie mas. Des-
de hace unos instantes, ya no lo lamento.

El emperador del Hatti se quito el manto de lana; ya no
tenia frio.

3 1 6

-El clima me conviene -advirtio-. Que lastima... Me hu-
biera gustado vivir aqui.

En el palacio de Pi-Ramses, la primera recepcion fue
grandiosa. Habia tal cantidad de platos deliciosos que Hat-
tusil y Putuhepa solo pudieron picar un poco, humedecien-
do sus labios con un vino excepcional. Encantadoras inter-
pretes de pechos desnudos hechizaron sus oidos y sus ojos,
y la emperatriz disfruto de la elegancia de los vestidos que
llevaban las nobles damas.

-Me gustaria que la fiesta estuviese dedicada a Acha -su-
girio Putuhepa-. Dio su vida por la paz, por esa felicidad
que ahora gozan nuestros dos pueblos.

El emperador lo aprobo, pero parecia contrariado.

-Nuestra hija no esta presente -se lamento Hattusil.

-No cambiare mi decision -declaro Ramses-; aunque
Mat-Hor haya cometido graves errores, seguira siendo el
simbolo de la paz y, por ello, sera honrada como merece.
~Debo darte mas precisiones?

-Es inutil, hermano Ramses; a veces es bueno ignorar
ciertos detalles.

Ramses evito pues mencionar el arresto del mercader si-
rio que habia denunciado a Mat-Hor, creyendo que iba a li-
brarse si calumniaba a la reina.

-~Desea el faraon hablar con su futura esposa?

-No sera necesario, Hattusil; celebraremos con fasto la segunda boda diplomatica, y nuestros dos pueblos nos lo agradeceran. Pero el tiempo de los sentimientos y los deseos ha pasado.

-Nefertari es realmente inolvidable... Y eso es bueno. No creo que la princesa que he elegido, hermosa pero de fragil inteligencia, pueda conversar con Ramses el Grande. Descubrira el placer de vivir a la egipcia y se alegrara por ello. Por lo que a Mat-Hor respecta, ya no amaba el Hatti y disfrutara, cada dia mas, en su pais de adopcion, donde tanto deseaba vivir. Con la edad se hara prudente.

3 17

Hattusil acababa de sellar el destino de ambas princesas hititas. En aquel cuadragesimo ano del reinado de Ramses, ya no existia un solo motivo de querella entre el Hatti y Egipto. Por esta razon, los ojos marrones de la emperatriz Putuhepa se habian iluminado, revelando una intensa alegria.

Los pilonos, los obeliscos, los colosos, los grandes patios al aire libre, las columnatas, las escenas de ofrenda y los suelos de plata fascinaron a Hattusil, quien se intereso tambien por la Casa de Vida, la mansion de los libros, los almacenes, los establos, las cocinas y los despachos donde trabajaban los escribas. El emperador del Hatti salio muy impresionado de sus entrevistas con el visir y sus ministros; la arquitectura de la sociedad egipcia era tan grandiosa como la de sus templos.

Ramses invito a Hattusil a quemar incienso para encantar el olfato de las divinidades y atraerlas hacia la morada que los hombres les habian construido. La emperatriz participo en los ritos de apaciguamiento de las fuerzas peligrosas, di-

rigidos por Kha con su rigor habitual. Y luego se celebro la
visita a los tcmplos de Pi-Ramses, especialmente los
santua-
rios dedicados a los dioses extranjeros; y el emperador dis-
fruto sin ambages unos instantes de reposo en los jardines
de palacio.

-Hubiera sido lamentable que el ejercito hitita destruye-
se tan hermosa ciudad -le dijo a Ramses-; la emperatriz
esta
encantada con el viaje. Puesto que estamos en paz, ~me
per-
mite mi hermano solicitar un favor?

La relativa pasividad de Hattusil comenzaba a intrigar a
Ramses; luchando contra el hechizo de Egipto, el estratega
tomaba la iniciativa.

-La emperatriz y yo mismo estamos deslumbrados por
tantas maravillas, pero a veces hay que pensar en
realidades

3 1 8
menos risuenas -prosiguio Hattusil-; hemos firmado un tra-
tado de ayuda mutua en caso de agresion contra nuestros
respectivos paises, y me gustaria observar el estado del
ejer-
cito egipcio. ~Me autoriza el faraon a visitar el cuartel
prin-
cipal de Pi-Ramses?

Si Ramses respondia que se trataba de un <<secreto mili-
tar>> o dirigia al emperador hacia un cuartel secundario,
Hat-
tusil sabria que estaba preparando una jugarreta; era el
mo-
mento de la verdad, y por ello habia aceptado ese viaje.

-Merenptah, mi hijo menor, es el general en jefe del ejer-
cito egipcio. El acompanara al emperador del Hatti en su
vi-
sita al cuartel principal de Pi-Ramses.

Tras un banquete organizado en honor de la emperatriz Pu-
tuhepa, Hattusil y Ramses dieron un paseo junto a un es-
tanque cubierto de lotos azules y blancos.

-Experimento un sentimiento que me era desconocido hasta ahora-reconocio Hattusil-: la confianza. Solo Egipto sabe crear seres de tus dimensiones, hermano Ramses... Ha-
ber logrado moldear una autentica amistad entre dos sobe-
ranos dispuestos antano a destruirse es un milagro. Pero tu y yo envejecemos y debemos pensar en nuestra sucesion... ~A quien has elegido entre tus innumerables hijos reales?

-Kha es un hombre de ciencia, profundo, ponderado, ca-
paz de apaciguar los espiritus en cualquier circunstancia y de convencer sin forzar; sabra preservar la coherencia del reino y madurar sus decisiones. Merenptah es valeroso. Sabe
mandar y administrar, la casta de los militares le ama y la de
los altos funcionarios le teme. Ambos son aptos para reinar.

-Dicho de otro modo, dudas todavia; el destino te envia-
ra una senal. Con semejantes hombres, no me preocupa el porvenir de Egipto. Sabran prolongar tu obra.

-~Y tu sucesion?

-La tomara un mediocre, elegido entre mediocres. El Hatti declina, como si la paz hubiera cercenado su virilidad y le hubiera arrebatado cualquier ambicion; pero no lo la-
mento en absoluto, pues no habia otra eleccion. Al menos habremos vivido algunos anos tranquilos y habre ofrecido a mi pueblo una felicidad que antes no habia conocido. Por desgracia, mi pais no sabra evolucionar y desaparecera. Ah...
tengo que hacerte otra peticion. En mi capital no suelo ca-
minar tanto y mis pies estan doloridos. Me han insinuado que la medico en jefe del reino es muy competente y que,

por anadidura, se trata de una mujer muy hermosa.

Neferet abandono la gran sala de recepciones de palacio, donde conversaba con Putuhepa, para ocuparse de los dedos
de los pies del emperador.

-Se trata de una enfermedad que conozco y que puedo tratar -afirmo tras examinarlos-. Primero aplicare una po-
mada a base de ocre rojo, miel y canamo. Manana por la ma-
nana utilizare otro remedio compuesto de hojas de acacia y de azufaifo, polvo de malaquita y el interior de un mejillon, todo machacado y pulverizado. Esta segunda pomada os producira una agradable sensacion de frescor, pero tendreis
que caminar con los tobillos vendados.

-Si os of reciera una fortuna, Neferet, ~ querriais venir conmigo al Hatti y ser mi medico personal?

-Bien sabeis que no, majestad.

-De modo que nunca podre vencer a Egipto -dijo Hat-
tusil con una leve sonrisa.
Bellos-Muslos silbaba una cancion a la gloria de Ramses mientras caminaba, con su asno cargado de alfareria, hacia la frontera noroeste del Delta. No lejos de la costa corroida por las olas del Mediterraneo, el mercader ambulante toma-
ba sinuosos senderos para dirigirse a una aldea de pescado-
res donde estaba seguro de vender su produccion.

Bellos-Muslos estaba orgulloso del nombre que le habian puesto las muchachas que presenciaban las carreras de velo-
cidad entre varones por la arena humeda, junto al mar; des-
de hacia mas de dos anos, ningun competidor habia conse-
guido vencerle. Y las admiradoras apreciaban el esfucrzo de

los atletas desnudos, que desplegaban sus energias para se-
ducirlas. Gracias a sus muslos, el corredor mas rapido del oeste del Delta no podia contar sus conquistas.

Pero aquel exito tambien tenia su parte negativa, pues a las damiselas les gustaban los adornos y Bellos-Muslos tenia
que hacer buenos negocios para mantenerse a la altura de su
fama de campeon soberbio y generoso. De manera que re-
corria los caminos con ardor, para obtener el maximo bene-
ficio de su comercio.

Unas grullas pasaron por encima de su cabeza, prece-
diendo las nubes bajas empujadas por el viento; observando
la posicion del sol, Bellos-Muslos comprendio que no llega-
ria a su meta antes de que anocheciese. Mejor seria detener-
se en una de las cabanas de cana que jalonaban la pista, pues
cuando las tinieblas hubieran invadido la zona costera, peli-
grosas criaturas saldrian de sus cubiles y agredirian a los im-
prudentes .

Bellos-Muslos descargo su asno, lo alimento y despues hizo brotar una llama con silex y un baston de fuego. De-
gusto dos pescados asados y bebio el agua fresca conserva-
da en una jarra. Luego se tendio en su estera y se durmio.

Cuando estaba sonando con su proxima carrera y su nue-
vo triunfo, un insolito ruido le desperto. El asno rascaba el suelo con su pezuna delantera. Una senal inequivoca de que
acechaba algun peligro.

Bellos-Muslos se levanto, apago el fuego y se oculto tras unos matorrales espinosos. Hizo bien, pues unos treinta

hombres armados, cubiertos con cascos y corazas, surgieron de la oscuridad. La luna era llena aquella noche y le permitio ver claramente al jefe del grupo. Llevaba la cabeza desnuda, sus cabellos eran largos y tenia el pecho cubierto de bello rojizo.

-Aqui habia un espia y ha huido -exclamo Uri-Techup clavando su lanza en la estera.

-No lo creo -objeto un libio-; mira esos cacharros y el asno: es un mercader ambulante que ha decidido descansar aqui.

-Todas las aldeas al oeste de esta zona estan bajo nuestro control; hay que encontrar al espia y acabar con el. Despleguemonos.

Habian transcurrido cuatro anos desde la visita del emperador Hattusil y la emperatriz Putuhepa. Las relaciones entre Egipto y el Hatti seguian siendo muy buenas y el espectro de la guerra se habia desvanecido. Un regular flujo de visitantes hititas acudia a admirar los paisajes y las ciudades del Delta.

Las dos esposas hititas de Ramses se entendian a las mil maravillas; las ambiciones de Mat-Hor se habian disuelto

debido a su lujosa existencia, y su compatriota saboreaba glotonamente la cotidianidad. Juntas y sin lamentarlo, habian admitido que Ramses el Grande, de setenta anos de edad, se habia convertido en una leyenda viva, fuera de su alcance. Y el faraon, tras descubrir que los fuegos destructores no lamian ya el alma de ambas reinas, habia aceptado su presencia en algunas ceremonias oficiales.

En el ano 43 de su reinado, ante la insistente peticion de Kha, Ramses habia celebrado su quinta fiesta de regeneracion, en presencia de la comunidad de los dioses y las diosas, llegados a la capital en forma de estatuas animadas por el ka. En adelante, el faraon tendria que recurrir frecuentemente al procedimiento ritual para poder soportar el peso de la edad, cada vez mas abrumador.

Y Ramses tenia que ponerse tambien, regularmente, en manos de Neferet, la medico en jefe. Ignorando el mal humor de su ilustre paciente, al que a veces le costaba aceptar el envejecimiento, le evitaba los sufrimientos dentales y frenaba la evolucion de la artrosis. Gracias a sus tratamientos, la vitalidad del monarca seguia intacta y su ritmo de trabajo no se hacia mas lento.

Tras haber despertado el poder divino en su santuario y celebrado los ritos del alba, Ramses hablaba con el visir, Ameni y Merenptah, el trio encargado de concretar sus directrices. Por la tarde, estudiaba con Kha los grandes rituales del Estado y les daba nuevas formulaciones.

El rey iba apartandose poco a poco de la administracion del pais, y acudia a menudo a Tebas para ver a su hija Meritamon y recogerse en su templo de millones de anos.

Cuando Ramses regreso a Karnak, donde el sumo sacerdote Bakhen realizaba su tarea con general satisfaccion, un preocupado Merenptah acudio a recibirlo al puerto de Pi-Ramses.

-Acaban de darme una informacion inquietante, majestad.
El general en jefe del ejercito egipcio condujo personalmente el carro real hasta palacio.

-Si los hechos son ciertos, majestad, debo acusarme de una culpable ligereza.

-Explicate, Merenptah.

-Al parecer, una pandilla armada a las ordenes de Malfi ha atacado el oasis de Siwa, junto a la frontera libia.

-~De cuando data la informacion?

-De hace unos diez dias.

-~Por que dudas de ella?

-Porque la identificacion del oficial encargado de la seguridad del oasis no es correcta; pero tal vez la urgencia y el ardor de la accion sean la causa del error. Si el oasis ha sido
atacado, debemos reaccionar de inmediato; y si se trata de Malfi, hemos de acabar de raiz con su revuelta.

-~Por que te consideras responsable, hijo mio?

-Porque no he estado alerta, majestad; la paz con el Hatti me hizo olvidar que la guerra podria brotar al oeste. Y el maldito Uri-Techup sigue en libertad... Permiteme que vaya
a Siwa con un regimiento y aplaste la sedicion.

-jPese a tus treinta y ocho anos, Merenptah, sigues teniendo el ardor de la juventud! Un oficial experimentado se encargara de la mision. Por tu parte, pon en estado de alerta nuestras fuerzas.

-jOs juro que eran bandidos libios! -le repitio Bellos-Muslos al somnoliento guardia fronterizo.

-No digas tonterias, pequeno; por aqui no hay libio alguno.

-He corrido hasta perder el aliento, jquerian matarme! Si

no hubiera sido un campeon, me habrian alcanzado. Cascos,
corazas, espadas, lanzas... jUn verdadero ejercito!

Tras una serie de bostezos, el guardia fronterizo miro al joven con malos ojos.
-La cerveza fuerte se te ha subido a la cabeza... jDeja de beber! Los borrachos acaban mal.

-Habia luna llena-insistio Bellos-Muslos-; pude ver a su jefe antes de huir. Un coloso de largos cabellos, con el pecho cubierto de bello rojizo.

Aquellos detalles despertaron al funcionario. Como el conjunto de oficiales del ejercito, la policia y las aduanas, habia recibido un dibujo que representaba al criminal Uri-Techup, con la promesa de una buena prima para quien contribuyera al arresto del hitita.

El guardia fronterizo blandio el retrato ante los ojos de Bellos-Muslos.

-~Es el?

-Si, jel es el jefe!

A lo largo de la franja desertica occidental del Delta, entre el territorio egipcio y el mar, la administracion militar habia hecho construir fortines bajo los cuales habian nacido algunas aldeas. Estaban separados unos de otros por una jornada de carrc, o dos dias de marcha rapida. Y las guarniciones tenian la orden de avisar a los generales de Pi-Ramses y Menfis ante el menor movimiento sospechoso de los libios. Aquella era una region que el alto mando consideraba como rigurosamente vigilada.

Cuando el gobernador militar de la zona fronteriza recibio un informe alarmista basado en las declaraciones de un

mercader ambulante, se guardo mucho de transmitirlo a
sus
superiores por temor a ponerse en ridiculo. La
eventualidad
de la captura de Uri-Techup, sin embargo, le incito a enviar
una patrulla al lugar donde, al parecer, el hitita habia sido
descubierto.

Por esa razon Nakti y sus hombres, privados de su habi-
tual tranquilidad, avanzaban a marchas forzadas por una
re-
gion inhospita, infestada de mosquitos, con una sola idea
en
la cabeza: terminar realmente cuanto antes aquella penosa
mision.

Nakti maldecia a cada paso; ~cuando le destinarian por
fin a Pi-Ramses, a un comodo cuartel, en vez de perseguir
a
inexistentes enemigos?

-Fortin a la vista, jefe.

<<Tal vez los guardias fronterizos nos tomen por imbeci-
les -penso Nakti-, pero al menos nos daran bebida y comi-
da, y manana por la manana nos pondremos de nuevo en
marcha. ~>

-jCuidado, jefe!

Un soldado tiro hacia atras de Nakti; en el sendero habia
un enorme escorpion negro, en posicion de ataque. Si el
ofi-
cial, perdido en sus reflexiones, hubiera seguido
avanzando,
sin duda le habria picado.

-Matalo -ordeno Nakti a su salvador.

El soldado no tuvo tiempo de tender su arco. Las flechas
brotaron de las almenas del fortin y se clavaron en la carne
de los egipcios; con la precision de experimentados arque-

ros, los libios al mando de Uri-Techup derribaron a todos
los miembros de la patrulla de Nakti.

Con su daga de hierro, el propio hitita degollo a los he-
ridos.
Como todas las mananas, el gobernador militar de la zona
fronteriza con Libia acudio a su despacho para consultar
los
informes enviados desde los fortines; por lo general, la
tarea
acababa enseguida, pues en las tablillas de madera
figuraba
una sola mencion: <<Sin novedad>>.

Aquella manana, sin embargo, no recibio ningun in-
forme.

Era inutil buscar al culpable: el soldado encargado de la
distribucion del correo oficial todavia no se habria levanta-
do. Furioso, el gobernador militar se prometio privarle de
sus funciones y nombrarle lavandero. En el patio del fortin,
un soldado manejaba sin muchas ganas su escoba; dos
jove-
nes infantes se entrenaban en el manejo de la espada
corta.
El gobernador marcho rapidamente hacia el barrio de los
carteros y los exploradores.

En las esteras no habia nadie.

Estupefacto, el gobernador se pregunto a que se deberia
aquella anomalia; ni informes ni soldados encargados de
transmitirlos... ~Cual seria la causa de tan increible desor-
den?

El oficial se quedo boquiabierto cuando, de pronto, la
puerta del fortin fue derribada por los golpes de un ariete
manejado por desencadenados libios, con una pluma hinca-
da en sus cabellos.

Terminaron a hachazos con el barrendero y los dos in-

fantes, y despues partieron el craneo del gobernador, quien
se habia quedado tan petrificado que ni siquiera habia intentado huir. Uri-Techup escupio sobre el cadaver.

-El oasis de Siwa no ha sido atacado -le dijo el oficial superior a Merenptah-; hemos sido victimas de una informacion falsa.

-~ Muertos ?

-Ni muertos ni sedicion; he ido hasta alli para nada.

A solas, Merenptah fue presa de la angustia; ~no habrian distraido su atencion para poder atacar en otra parte?

Solo Ramses podria apreciar la magnitud del peligro.

Cuando Merenptah subia a su carro, su ayuda de campo corrio hacia el.

-General, hemos recibido un mensaje de una guarnicion cercana a la frontera libia... jUn ataque en masa contra nues-
tros fortines! La mayor parte de ellos ha caido ya y, al parecer, han matado al gobernador de la zona.

Los caballos de Merenptah nunca habian galopado a tanta velocidad. Saltando en marcha de su carro, el hijo menor del rey subio corriendo la escalera de palacio. Con la ayuda de Serramanna, interrumpio la audiencia que el faraon con-
cedia a los jefes de provincia.

A Ramses le basto con ver el rostro descompuesto de Merenptah para comprender que acababa de suceder algo gra-
ve. De modo que despidio a sus huespedes prometiendoles una proxima entrevista.

-Majestad -declaro el general en jefe-, probablemente los

libios han invadido el noroeste del Delta; desconozco la gra-
vedad del desastre.

-¡Uri-Techup y Malfi! -exclamo Serramanna.

-Efectivamente, el hitita aparece mencionado en el desla-
vazado informe que he recibido. Y Malfi ha conseguido reu-
nir los clanes libios que luchaban entre si. Nuestra reaccion

3 28

debe ser violenta y rapida... A menos que se trate de una
nueva trampa, como la de Siwa.

Si el grueso de las tropas corria hacia el noroeste del Del-
ta y se trataba de una anagaza, Malfi atacaria a la altura de
Tebas y no encontraria resistencia alguna. Pasaria a sangre y
fuego la ciudad santa del dios Amon.

La decision de Ramses comprometia el porvenir de todo Egipto.

-Majestad -dijo Serramanna con timidez-, me prometis-
teis...

-No lo he olvidado: vendras conmigo.

Ojos negros y crueles en un rostro cuadrado; Malfi era con-
siderado por sus hombres la encarnacion de un demonio del
desierto, capaz de ver por la espalda y desgarrar a cualquie-
ra de sus adversarios con sus dedos cortantes como dagas.
Despues de largas conversaciones, casi todas las tribus libias
se habian colocado bajo su mando porque habia sabido ati-
zar su viejo odio contra Egipto. Frente a la ferocidad de los
guerreros libios, debilitados tras un largo periodo de paz,

emprenderian la huida. Y la presencia del hitita Uri-
Techup,
cuya valentia era muy conocida, galvanizaba a los conquis-
tadores.

-Alli, a menos de dos horas de marcha-dijo Uri-Techup
tendiendo el brazo derecho-, estan las primeras aldeas del
Delta. Pronto nos apoderaremos de ellas. Luego destruire-
mos Pi-Ramses, cuyas defensas estaran reducidas al
minimo.
Seras proclamado faraon, Malfi, y lo que quede del ejercito
egipcio se colocara a tus ordenes.

-~Es infalible tu estrategia, Uri-Techup?

-Lo es, conozco bien a Ramses. La diversion de Siwa le
habra turbado y convencido de que hemos decidido abrir
varios frentes. Su prioridad sera proteger Tebas y sus tem-
plos; por ello enviara dos regimientos al Sur, sin duda al

mando de Merenptah. El tercero se encargara de la seguri-
dad de Menfis. Y como Ramses tiene la vanidad de creerse
invencible, se pondra a la cabeza del cuarto para aniquilar-
nos. Solo tendremos ante nosotros algunos millares de
hom-
bres, Malfi, y les venceremos facilmente. Solo te pido un
fa-
vor: dejame matar a Ramses con mi daga.

El libio asintio con la cabeza. Habria preferido disponer
de mas tiempo para seguir entrenando a sus tropas, pero la
alerta dada por un mercader ambulante le habia obligado a
adelantar el ataque.

Un solo regimiento no asustaba a Malfi. Los libios desea-
ban combatir; multiplicado por la droga, su ardor les daria
ventaja sobre los timoratos egipcios.

Una sola consigna: sin cuartel.

-Ahi estan -anuncio Uri-Techup.

En los ojos de Malfi brillo un fulgor de deseo.

Por fin iba a vengar el honor de Libia, burlado por los fa-
raones desde hacia tantos siglos, arrasar opulentas aldeas
y
quemar cosechas. Los supervivientes serian esclavos.

-Ramses marcha a la cabeza de sus tropas -advirtio el hi-
tita exaltado.

-~Quien va a su derecha?

El rostro de Uri-Techup se ensombrecio.

-Su hijo menor, Merenptah.

-~Pero no debia mandar las tropas acantonadas en Tebas?

-Mataremos al padre y al hijo.

-~Y el hombre que marcha a la izquierda del rey?

-Serramanna, el jefe de su guardia personal... jEI destino
nos es favorable, Malfi! A este le desollare vivo.

Infantes, arqueros y carros se desplegaban por el hori-
zonte, en perfecto orden.

-No hay un solo regimiento -calculo Malfi.

Consternado, Uri-Techup no se atrevio a responder. Mi-
nuto a minuto, la vasta llanura se cubria de soldados
egipcios.

El libio y el hitita se rindieron a la evidencia: Ramses ha-

bia corrido el riesgo de acudir a su encuentro con los cua-
tro regimientos de los dioses Amon, Ra, Ptah y Set. Era la
totalidad de las fuerzas de ataque egipcias la que se
disponia

a caer sobre sus enemigos.

Malfi apreto los punos.

-jY creias conocer bien a Ramses, Uri-Techup!

-Su estrategia es aberrante... ~como se atreve a correr tan-
to riesgo?

El libio comprobo que la retirada era imposible. Los ar-
queros nubios, al mando del virrey Setau, le cerraban el ca-
m~o .

-Un libio vale, al menos, por cuatro egipcios -aullo Mal-
fi dirigiendose a sus hombres-. jAI ataque!

Mientras Ramses permanecia impasible en su carro, los li-
bios se lanzaron al asalto de la primera linea egipcia; los in-
fantes se arrodillaron, para posibilitar que los arqueros
apuntaran, diezmando con sus disparos al adversario.

Los arqueros libios respondieron, pero con menor efica-
cia; y la segunda oleada de asalto, demasiado desordenada,
se rompio contra los infantes del regimiento de Set; se pro-
dujo el contraataque de los carros: por orden de Merenptah,
destrozaron a los rebeldes, quienes pese a las invectivas de
Malfi, iniciaron la desbandada.

Los fugitivos chocaron con los nubios de Setau, cuyas fle-
chas y lanzas fueron devastadoras. Entonces no cupo nin-
guna duda sobre el resultado del combate; la mayoria de los
libios, abrumados por el numero, depuso las armas.

Ebrio de furor, Malfi reunio a su alrededor a sus ultimos
partidarios; Uri-Techup habia desaparecido. Sin pensar ya en
el cobarde que le habia abandonado, el libio solo tenia una idea

en la cabeza: matar el mayor numero de egipcios. Y su prime-
ra victima seria Merenptah, que estaba al alcance de su lanza.

En pleno combate, las miradas de ambos hombres se cru-
zaron. Pese a la distancia que los separaba, el hijo menor de
Ramses percibio el odio del libio.
Las dos lanzas surcaron el aire al mismo tiempo.

La de Malfi rozo el hombro de Merenptah, la del general
en jefe se clavo en la frente del libio.

Malfi permanecio inmovil unos instantes, vacilo y se de-
rrumbo.

Serramanna estaba pasando una agradable jornada. Mane-
jando la pesada espada de doble filo con notable destreza,
ya habia perdido la cuenta del numero de libios a los que
habia hecho pedazos. La muerte de Malfi desalento a sus ul-
timos partidarios y el gigante sardo pudo detenerse.

Al volverse hacia Ramses, lo que vio le dejo aterrorizado.

Tocado con un casco y protegido por una coraza que cu-
bria su vello rojizo, Uri-Techup habia conseguido infiltrar-
se en las filas egipcias y acercarse, por detras, al carro
real.

El hitita iba a asesinar a Ramses.

Gracias a una carrera enloquecida, derribando a los hijos
reales, Serramanna consiguio interponerse entre el carro y
Uri-Techup, pero no evito el violento golpe que propino el
hitita. La daga de hierro se hundio en el pecho del gigante
sardo.

Mortalmente herido, Serramanna aun tuvo fuerzas para
agarrar el gaznate de su enemigo jurado, al que estrangulo
con sus dos enormes manos.

-jHas fracasado, Uri-Techup, estas vencido!

El sardo solo solto su presa cuando el hitita dejo de respirar. Entonces, como una fiera que sintiera la proximidad de la muerte, se tendio de lado.

Ramses sostuvo la cabeza del hombre que acababa de salvarle.

-Habeis obtenido una gran victoria, majestad... Y que hermosa vida he tenido, gracias a vos...

Orgulloso de su hazana postrera, el sardo partio hacia el mas alla entregando el alma en brazos de Ramses.

3 3Z

Jarros y aguamaniles de plata maciza con bordes de oro y unos quince kilos de peso, mesas de ofrenda de oro y plata de mas de tres quintales, una barca de pino del Libano cubierta de oro de sesenta y cinco metros de largo, chapas de oro destinadas a adornar las columnas, cuatrocientos kilos de lapislazuli, ochocientos de turquesas, esos eran, entre otros muchos mas, los tesoros que Ramses ofrecio a los templos de Tebas y Pi-Ramses para agradecer a las divinidades que le hubieran concedido la victoria sobre los libios y hubieran salvado Egipto de la invasion.

Y el cuadragesimo quinto ano de su reinado habia visto el nacimiento de un nuevo templo de Ptah, en Nubia, en Gerf Hussein, donde una antigua gruta sagrada habia sido trans-
formada por Setau en santuario. El rey habia inaugurado aquel pequeno Abu Simbel, excavado tambien en una montana de gres; alli, como en otros muchos parajes, se habian erigido colosales estatuas del monarca con su forma de Osiris.

Concluidas las festividades, Ramses y Setau contemplaron la puesta de sol sobre el Nilo.

-~Te estas convirtiendo en un constructor infatigable,

Setau ?

-El ejemplo llega de lo alto, majestad: el fuego de Nubia es tan ardiente que debe ser canalizado entre las piedras de
los templos. ~No seran acaso tu voz para la posteridad? Y ademas, ya tendremos tiempo de descansar en la eternidad.
Nuestra corta existencia es lugar de esfuerzo, y solo el esfuerzo nos concede longevidad.

-cTienes dificultades en tus nuevas funciones?

-Nada serio. Durante tu reinado, Ramses, has puesto fin a la guerra. Paz con el Hatti, paz en Nubia, paz impuesta a Libia... Esta obra tiene la belleza de un edificio grandioso y contara entre tus mas hermosas creaciones. jEste donde este,
Acha debe ser muy feliz!

-Pienso a menudo en el sacrificio de Serramanna; ofrecio su vida para salvarme.

-Todos tus amigos habriamos actuado como el, majestad. cComo podria ser de otro modo si eres nuestro portavoz ante el mas alla?

Plantado durante el primer ano del reinado de Ramses, en el
jardin del palacio de Tebas, el sicomoro se habia convertido
en un arbol magnifico que dispensaba una sombra bienhechora. Bajo su follaje, Ramses habia escuchado a su hija tocando el laud, acompanada por el canto de los paros.

Como todos los dias, los sacerdotes de los templos de Egipto se habian purificado con el agua de los lagos sagrados y habian celebrado los ritos en nombre del faraon; como
todos los dias, se habian llevado alimentos a los santuarios, grandes y pequenos, para ofrecerselos a las divinidades antes

de ser distribuidos a los humanos. Como todos los dias, el
poder divino habia despertado y la diosa Maat habia podi-
do decir al rey: <<Vives en mi, el perfume de mi rocio te
vi-
vifica, tus ojos son Maat>>. La hija de Ramses y Nefertari
dejo el laud al pie del sicomoro.

-Eres la reina de Egipto, Meritamon.

-Cuando me hablas asi, majestad, es porque te dispones a
turbar mi quietud.

-La avanzada edad me domina, Meritamon. Bakhen tra-

334
baja mas horas de las que tiene el dia para velar por la
pros-
peridad de Karnak. Se tu, hija mia, la guardiana de mi tem-
plo de millones de anos. Gracias a su magia, tu madre y yo
vencimos la adversidad; procura que los ritos y las fiestas
se
celebren en el momento adecuado, de modo que la energia
del Ramesseum siga irradiando.

Meritamon beso la mano del rey.

-Padre mio... Sabes muy bien que nunca nos abando-
naras.

-Afortunadamente, ningun hombre escapa a la muerte.

-~No triunfaron sobre ella los faraones? Aunque te haya
dado golpes muy duros, has resistido y creo, incluso, que la
has domesticado.

-Pero ella tendra la ultima palabra, Meritamon.

-No, majestad; la muerte dejo pasar la ocasion de aniqui-
larte. Hoy, tu nombre esta en todos los monumentos de
Egipto y tu fama ha superado nuestras fronteras; Ramses
ya
no puede morir.

La revuelta de los libios habia sido aplastada, reinaba la paz, el prestigio de Ramses no dejaba de crecer, pero los asuntos espinosos seguian amontonandose sobre la mesa de Ameni, cada vez mas grunon. Y ni el general en jefe Merenptah ni el sumo sacerdote Kha podrian solucionar el insoluble problema con el que el secretario particular del rey estaba rompiendose la cabeza. El propio visir se habia declarado incompetente. tA quien recurrir, si no a Ramses?

-No reprocho a tu majestad que viaje -declaro Ameni-; pero cuando estas lejos de la capital, los problemas tienden a acumularse.

-cEsta en peligro nuestra prosperidad?

-Sigo pensando que, en una arquitectura monumental, el mas minusculo defecto puede acarrear su ruina. Yo no trabajo con lo grandioso, sino con las dificultades cotidianas.

33 5

-Ahorrame un largo discurso.

-He recibido una queja del alcalde de la ciudad de Sumenu, en el Alto Egipto; el pozo sagrado que alimenta la localidad esta secandose, y el clero local se confiesa incapaz de impedir la catastrofe.

-~Has mandado ya especialistas?

-~Estas acusandome de no cumplir debidamente mis funciones? Todo un ejercito de tecnicos ha fracasado. Y me encuentro con ese pozo recalcitrante y una poblacion angustiada.

Varias amas de casa se habian reunido a orillas de uno de los canales que irrigaban los campos de la ciudad de Sumenu. A

media tarde iban a lavar la vajilla, a una distancia
considera-
ble de las lavanderas, para quienes se reservaba otra
porcion
del canal. Charlaban, se hacian confidencias, murmuraban
chismes y no se privaban de criticar a esta o aquella. La
len-
gua mas viperina de la ciudad era la de Morenita, la
hermo-
sa esposa dc un carpintero.

-Si el pozo se seca -dijo-, tendremos que abandonar la
ciudad.

-jlmposible! -protesto una sirvienta-; mi familia vive
aqui desde hace varias generaciones y no quiero que mis
hi-
jos crezcan lejos de Sumenu.

-~Como lo haras sin el agua del pozo?

-jLos sacerdotes deben intervenir!

-Han fracasado. Incluso los mas sabios de todos ellos han
sido incapaces de remediar la calamidad.

Un anciano ciego y cojo se aproximo al grupo de mu-
J eres.

-Tengo sed... Dadme de beber, os lo ruego.

Morenita intervino con rigor.

-jNo nos molestes, pordiosero! Ganate la vida y podras
beber.

336
-La suerte acabo, la enfermedad me abruma y...

-Ya hemos oido demasiadas fabulas. Largate o te ape-
drearemos.

El ciego se batio en retirada, las conversaciones se reanudaron.

-~A mi tampoco me dareis agua?

Las mujeres se volvieron, subyugadas por el sexagenario que se dirigia a ellas. Era facil reconocer, por su prestancia,
a un poderoso personaje.

-Senor-dijo Morenita-, estamos dispuestas a satisfaceros.

-~Por que habeis rechazado a aquel infeliz?

-Porque es un inutil y nos molesta sin cesar.

-Recordad la ley de Maat: ~No os burleis de los ciegos,
no ridiculiceis a los enanos, no hagais dano alguno a los cojos, pues todos, sanos o tullidos, estamos en manos de Dios.
Que nadie quede abandonado y sin cuidados>>.

Avergonzadas, las amas de casa bajaron los ojos; pero Morenita se rebelo.

-~Quien sois vos para hablarnos en ese tono?

-El faraon de Egipto.

Petrificada, Morenita se refugio entre las faldas de sus companeras.

-Un maleficio pesa sobre el pozo principal de Sumenu a causa de vuestra actitud, despectiva y despreciable, para con
ese infeliz: esa es la conclusion a la que he llegado, tras haber pasado aqui varios dias.

Morenita se prosterno ante Ramses.

-~Bastara con que rectifiquemos nuestra actitud para salvar el pozo?

-Habeis enojado al dios que lo habita y debo apaciguarlo.

Cuando la monumental estatua del dios Sobek, hombre con cabeza de cocodrilo sentado en un trono, salio del taller de los escultores de la Casa de Vida de Sumenu, los habitantes de la ciudad se apretujaron a su paso. Tirada por un equipo de talladores de piedra que la hacian resbalar sobre unos troncos dispuestos en el mojado suelo, la efigie progreso lentamente hacia el pozo principal, donde la aguardaba Ramses, que recito personalmente las letanias rogando a Sobek que hiciera brotar del Nun, el oceano primordial que rodea la tierra, el agua indispensable para la supervivencia de los humanos.

Luego, el rey ordeno a los artesanos que bajaran al dios hasta el fondo del pozo, donde llevo a cabo su obra de vida.

Al dia siguiente, el pozo de Sumenu proporcionaba de nuevo el precioso liquido a los habitantes de la ciudad, que organizaron un banquete en el que se codearon el ciego y la esposa del carpintero.

338

Nacido de padre egipcio y madre fenicia, Hefat habia hecho una brillante carrera. Alumno aplicado, habia ingresado antes de tiempo en la Universidad de Menfis, donde sus dotes en matematicas habian deslumbrado a profesores exigentes.

Al terminar sus estudios habia dudado mucho entre varios puestos antes de entrar en el servicio central de hidrologia que se encargaba de las aguas del Nilo, desde las previsiones sobre la crecida hasta los metodos de irrigacion.

Con el transcurso de los anos, Hefat se habia convertido

en interlocutor obligado del visir, los ministros y los jefes
de
provincia. Su habilidad para halagar a sus superiores le
habia
permitido avanzar regularmente en la jerarquia, haciendo
ol-
vidar que su modelo habia sido Chenar, el hermano primo-
genito del faraon. Chenar, traidor a su patria, pero
cortesano
y politico de fascinante ambicion. Por fortuna, Hefat se ha-
bia mostrado prudente evitando tomar abiertamente
partido
a favor de Chenar, que habia tenido un fin tragico.

Con unos dinamicos cincuenta anos, casado y padre de
dos hijos, Hefat parecia un notable acomodado en lo mas
alto de una administracion cuyos mecanismos controlaba
con mano dura. ~Quien podria haber imaginado que se tra-
taba del ultimo miembro importante de una red de influen-
cias organizada por Chenar con el unico proposito de con-
quistar el trono?

Esos lejanos recuerdos deberian haber permanecido ente-
rrados en el pasado, pero el alto funcionariado habia cono-
cido al mercader fenicio Narish, cuya fortuna le habia des-
lumbrado y Hefat habia llegado a la conclusion de que un
hombre de su calidad, que dispusiera de su competencia,
podia llegar a ser tambien muy rico.

Cenando con el fenicio, a Hefat se le habian abierto los
ojos. Ramses pronto cumpliria los setenta y entregaria el
go-
bierno del pais a hombres convencionales, incapaces de to-
mar iniciativas. Su hijo mayor, Kha, era un mistico alejado
de las exigencias de la Administracion; Merenptah
obedecia
ciegamente a su padre y quedaria desamparado cuando
este
desapareciera; y Ameni, escriba envejecido, seria
marginado.

Pensandolo bien, el poder vigente era mucho mas fragil

de lo que parecia. Obligado a recurrir a la magia de las fies-
tas de regeneracion y a los cuidados de Neferet, la medico en jefe, Ramses declinaba.

~No habia llegado el momento de dar el golpe decisivo y realizar el sueno de Chenar?

Merenptah introdujo al embajador del Hatti en la gran sala de audiencias del palacio de Pi-Ramses. El diplomatico estaba solo, sin la cohorte habitual de portadores de regalos; se inclino ante Ramses.

-Majestad, tengo que comunicaros una triste noticia: vuestro hermano, el emperador del Hatti, acaba de morir.

La memoria del faraon se lleno de numerosas escenas, desde la batalla de Kadesh a la visita a Egipto del emperador del Hatti. Hattusil habia sido un adversario temible antes de comportarse como un aliado leal; con el, Ramses habia edificado un mundo mejor.

-~Ha sido designado su sucesor?

-Si, majestad.

-~Esta decidido a respetar el tratado de paz?

A Merenptah se le hizo un nudo en la garganta.
-Las decisiones de nuestro difunto emperador comprometen a sus sucesores -respondio el embajador-. Ni una sola clausula del tratado sera cuestionada.

-Transmitiras mi pesame y mis afectuosos pensamientos a la emperatriz Putuhepa.

-Lamentablemente, majestad, la emperatriz estaba enferma y la muerte del emperador Hattusil precipito su fin.

-Asegura al nuevo dueno del Hatti mi amistad y mi benevolencia; que sepa que no le faltara la ayuda de Egipto.

En cuanto el embajador se marcho, Ramses se dirigio a
su hijo.

-Ponte inmediatamente en contacto con nuestros infor-
madores y que me envien, en el mas breve plazo, un infor-
me detallado sobre la situacion en el Hatti.

El egipcio Hefat recibio al fenicio Narish en su hermosa
mansion de Pi-Ramses; le presento a su esposa y a sus dos
hijos, se felicito por su excelente educacion y el hermoso
porvenir que les aguardaba. Tras una agradable comida,
du-
rante la que se intercambiaron muchas trivialidades, el jefe
del servicio de hidrologia y el mercader extranjero se
retira-
ron a un quiosco de madera de sicomoro, de columnas fi-
namente trabajadas.

-Vuestra invitacion me honra -reconocio el fenicio-, sin
embargo me gustaria que me dijerais que esperais a
cambio.
Yo me dedico al comercio, vos sois un tecnico superior...
No tenemos ningun punto en comun.

-He oido decir que la politica comercial de Ramses no os
satisfacia.

-Su ridiculo cuestionamiento de las bases de la esclavitud
nos perjudica, es cierto; pero Egipto acabara comprendien-
do que esta aislado y que su posicion es insostenible.

-Eso podria requerir muchos anos... Y a vos, como a mi,
nos gustaria enriquecernos sin tardanza.

34I
El fenicio parecia intrigado.

-Capto mal el sentido de vuestro discurso, Hefat.

-Hoy, Ramses reina sin discusion; pero siempre no fue
asi. Y ese poder absoluto oculta una debilidad grave: su
edad. Y no hablo de la ineptitud de sus dos favoritos para

sucederle, Kha y Merenptah.

-No me meto en politica, y menos aun en la de Egipto.

-Pero creeis en la omnipotencia del beneficio, ~no es cierto?

-~No es acaso el porvenir de la humanidad?

-jPues aceleremos este porvenir! Aunque por distintas razones, tanto vos como yo tenemos que vengarnos de Ramses, un viejo rey incapaz ya de reaccionar. Pero no es esto lo esencial; es posible aprovechar la degeneracion del poder central para realizar una fantastica operacion de comercio.

-~De que tipo?

-Como minimo, triplicar la riqueza de Fenicia. Y sin duda estoy muy por debajo de la verdad. Es inutil decir que el instigador de ese feliz acontecimiento, vos, Narish, llegara a la cima.

-~Y vos, Hefat?

-Al principio, prefiero permanecer en la sombra.

-~Cual es vuestro plan?

-Antes de desvelarlo, debo asegurarme de vuestro silencio.

El mercader sonrio.

-Mi querido Hefat, la palabra dada solo tiene valor en Egipto; si os lanzais a los negocios, tendreis que abandonar muy pronto esta moral arcaica.

El alto funcionario vacilo en dar el paso. Si el fenicio le traicionaba, acabaria sus dias en la carcel.

-De acuerdo, Narish; voy a explicaroslo todo.

A medida que Hefat iba hablando, el fenicio se pregunta-
ba como era posible que semejante locura hubiera germina-
do en la cabeza de un subdito del faraon. Pero el, Narish,
no corria peligro alguno, y el egipcio tenia razon: si la ope-
racion tenia exito, obtendrian una fortuna fenomenal y el
reinado de Ramses terminaria en un verdadero desastre.

Merenptah no conseguia dejar de pensar en el episodio li-
bio. El, general en jefe a cargo de la seguridad del territorio,
no habia podido desbaratar la maniobra de Malfi. Sin la cla-
rividencia y la audacia de Ramses, los rebeldes habrian in-
vadido el Delta, saqueado la capital y matado a miles de
egipcios.

Beneficiandose de la experiencia, el propio Merenptah
habia inspeccionado los fortines encargados de observar los
desplazamientos de las tribus libias y dar la alarma en caso
de peligro. El hijo menor del rey habia procedido a indis-
pensables mutaciones, restablecido la disciplina e insistido
en la mision vital que cumplian los militares destinados a esa
ingrata tarea.

Merenptah no creia en la derrota definitiva de Libia.
Ciertamente Malfi habia desaparecido, pero otros revan-
chistas, tan rabiosos como el, le sustituirian predicando la
guerra a ultranza contra Egipto. De modo que el general en
jefe habia comenzado a reforzar la proteccion del flanco no-
reste del Delta, con la plena conformidad de Ramses.

~ Pero como evolucionaria la situacion en el Hatti ? La
muerte de Hattusil, soberano inteligente y realista, podia se-
nalar el comienzo de una crisis interna, que el embajador
habia intentado disimular con unas tranquilizadoras decla-

raciones. Los hititas no dudarian ni un momento en acceder
al trono utilizando el punal o el veneno, y el anciano emperador tal vez se habia equivocado cuando creyo haber aniquilado cualquier forma de oposicion. Impaciente por conseguir noticias seguras del Hatti, Merenptah mantenia sus regimientos en pie de guerra.

343
Aunque no desdenaba el pescado, Vigilante sentia una evidente preferencia por la carne roja; con la mirada tan vivaz como los precedentes representantes de su dinastia, al perro
de Ramses le gustaban las entrevistas con su dueno; una comida sin buenas palabras no tenia el mismo sabor.

El rey y Vigilante acababan su almuerzo mano a mano cuando Merenptah llego a palacio.

-Majestad, tengo todos los informes de nuestros indicadores y he hablado largo rato con el jefe de nuestros agentes destacados en Hattusa.

Ramses sirvio vino en una copa de plata y se la ofrecio a su hijo.

-No me ocultes nada, Merenptah; quiero saber la verdad.

-El embajador del Hatti no nos mintio: el sucesor de Hattusil esta firmemente decidido a respetar el tratado de paz
y a mantener las excelentes relaciones con Egipto.

344
La crecida del Nilo... Un milagro renovado ano tras ano, un don de los dioses que despertaba el fervor de la poblacion y
su agradecimiento hacia el faraon, el unico ser capaz de hacer que las aguas del rio subieran para fecundar la tierra.

Y la crecida de ese ano era notable: jonce metros! Desde
el comienzo del reinado de Ramses, el agua vivificadora,
que
brotaba de las profundidades del oceano celestial, jamas
ha-
bia faltado a la cita.

Confirmada la paz con el Hatti, el estio se presentaba rico
en festejos y paseos de una poblacion a otra, gracias a mul-
tiples barcas reparadas durante el invierno. Como todos
sus
compatriotas, el alto funcionario Hefat admiraba el gran-
dioso espectaculo que ofrecia el Nilo, transformado en lago
del que emergian los cerros sobre los que se habian cons-
truido las aldeas. Su familia se habia marchado a Tebas
para
pasar unas semanas de vacaciones en casa de sus padres, y
el
tenia las manos libres para actuar a su guisa.

Mientras los campesinos descansaban, los responsables de
la irrigacion trabajaban sin descanso. Pero Hefat
observaba la
crecida con otros ojos. Mientras los estanques de reservas
se
llenaban, separados por diques de tierra que iban rompien-
dose a medida que era necesario, Hefat se felicitaba por la
genial idea que iba a convertirle en un hombre mas rico y
poderoso que Ramses el Grande.

34
Los altos responsables de la Administracion egipcia habian
solicitado audiencia a Ramses para presentarle una
proposi-
cion que consideraban razonable. Sin ponerse de acuerdo,
unos y otros habian llegado a la misma conclusion.

El monarca les habia escuchado atentamente. A pesar de
que no les habia respondido con una negativa categorica,
les
habia desaconsejado la gestion que insinuaban, cuyo exito,

sin embargo, deseaba. Interpretando las palabras de Ramses
como una incitacion, el director del Tesoro, a quienes todos sus colegas apreciaban por su valor, habia ido a ver a Ameni aquella misma noche, cuando el secretario particular del faraon se quedo solo en su despacho.

Cerca ya de los setenta, Ameni seguia siendo como el estudiante que habia jurado fidelidad a Ramses antes incluso de convertirse en faraon. De tez palida, enclenque, siempre tan delgado y tan hambriento a pesar de lo mucho que comia, con perpetuos dolores de espalda que no le impedian soportar fatigas que habrian deslomado a cualquier coloso, trabajador encarnizado, preciso y meticuloso, dormia pocas horas y examinaba pcrsonalmente todos los expedientes.

-~Algun problema? -lc pregunto al director del Tesoro.

-No exactamente.

-~A que se debe esta visita, entonces? Estoy trabajando.

-Nos hemos reunido, bajo la direccion del visir y...

-~Nos? -pregunto Ameni.

-Bueno... El director de la Doble Casa blanca, el ministro de Agricultura, el...

-Ya veo. ~Y cual era el motivo de esta reunion?

-A decir verdad, habia dos.

-Veamos el primero.

-Por los servicios prestados a Egipto, vuestros colegas de la Alta Administracion desean ofreceros una mansion en la localidad que elijais.

Ameni dejo el pincel.

-Interesante... ~Y el segundo motivo?

-Habeis trabajado mucho, Ameni, mucho mas de lo que exige la Administracion. A causa de vuestra abnegacion, sin
duda, no habeis pensado en ello... ~Pero no ha llegado ya, para vos, la hora de retiraros? Una jubilacion apacible, en una casa confortable, sin olvidar la estima general. ~Que os
parece ?
El hombre interpreto el silencio de Ameni como un buen

augurio .

-Sabia que escuchariais la voz de la razon -concluyo el director del Tesoro, encantado-; cuando mis colegas se enteren de vuestra decision, se sentiran muy satisfechos.

-No estoy tan seguro de ello.

-~ Perdon ?

-Nunca voy a jubilarme -declaro Ameni con ardor-, y nadie, a excepcion del faraon, me hara salir de este despacho. Mientras el no exija la dimision, seguire trabajando a mi ritmo y con mis metodos. ~Queda claro?

-Nosotros habiamos pensado que, por vuestro interes...

-Pues no sigais pensandolo.

Hefat y el fenicio Narish volvieron a verse en casa del egipcio, durante una calida jornada de estio. El mercader aprecio la cerveza fresca, ligera y digestiva que le servian.

-No quisiera mostrarme pretencioso -dijo Narish-, pero creo haber hecho un excelente trabajo: los mercaderes feni-
cios estan dispuestos a comprar Egipto. ~Pero estais vos, Hefat, dispuesto a venderlo?

-No he cambiado de opinion.

-~Fecha exacta?

-Me es imposible violar las leyes de la naturaleza, pero no tendremos que esperar mucho.

-~Algun obstaculo serio?

Hefat demostro su confianza.

-Gracias a mi posicion administrativa, ninguno.

347

-~No os sera indispensable el sello del sumo sacerdote de Menfis ?

-Si, pero el sumo sacerdote es Kha y esta sumido en su busqueda espiritual y su amor por las antiguas piedras. Ni siquiera advertira el documento que esta firmando.

-Me preocupa un detalle -reconocio el fenicio-; ~por que odiais a vuestro pais?

-Gracias a nuestro trato, Egipto no sufrira en absoluto y se abrira por fin al mundo exterior, que barrera sus viejas supersticiones y sus antanonas costumbres, como deseaba mi modelo, Chenar. El deseaba abatir a Ramses y yo derribare al tirano. Los hititas, los libios y los hechiceros han fracasado, y Ramses ya no desconfia, pero yo, Hefat, lo vencere.

-La respuesta es no -dijo Ameni al jefe de la provincia de los Dos Halcones, un fuerte moceton de voluntariosa barbilla.

-~Por que razon?

-Porque ninguna provincia gozara de privilegios especiales en detrimento de las demas.

-Sin embargo, he recibido el aliento de la Administracion Central.

-Es posible, pero ninguna Administracion esta autoriza-

da a dictar la ley. Si hubiera seguido siempre a nuestros altos funcionarios, Egipto estaria arruinado.

-~Es una negativa definitiva?

-El sistema de irrigacion no va a modificarse, y el agua de los estanques sera liberada en el periodo establecido, no antes.

-En ese caso, exijo ver al rey.

-Os recibira, pero no le hagais perder el tiempo.

Perjudicado por la desfavorable opinion de Ameni, el jefe de provincia no tenia posibilidad alguna de obtener la con-

formidad de Ramses; ya solo le quedaba regresar a su capital.

Ameni estaba intrigado.

Por correo o durante entrevistas directas, seis jefes de provincias importantes le habian pedido que confirmara la decision tomada por los servicios hidrologicos de Menfis: soltar enseguida el agua de los estanques para aumentar la superficie cultivable.

Doble error, pensaba Ameni, pues, por una parte, semejante desarrollo agricola no era necesario y, por la otra, la irrigacion no podia llevarse a cabo de manera brutal, sino progresivamente. Por fortuna, los tecnicos ignoraban que la mayoria de los jefes de provincia, con ejemplar discrecion, consultaban siempre al secretario particular del rey antes de meterse en terreno resbaladizo.

Si no hubiera tenido tantos problemas que resolver, Ameni habria realizado de buena gana una investigacion para identificar a los responsables de tales aberraciones.

El escriba comenzo a estudiar un informe referente a las
plantaciones de sauce en el Medio Egipto pero, incapaz de
concentrarse, interrumpio su lectura. Decididamente, el in-
cidente era demasiado grave para desdenarlo.

Ramses y Kha cruzaron el pilono de acceso al templo de
Thot en Hermopolis, atravesaron un patio inundado de sol
y fueron recibidos por el sumo sacerdote del dios, en el
um-
bral del templo cubierto. El rey y su hijo admiraron las sa-
las donde solo penetraban los servidores de Thot, patron
de
los escribas y de los sabios, y se recogieron en su
santuario.

-Aqui termina mi busqueda -declaro Kha.

-~Has descubierto el libro de Thot?

-Durante mucho tiempo crei que se trataba de un escrito
muy antiguo, oculto en la biblioteca de un templo. Pero por
fin he comprendido que cada una de las piedras de
nuestros

santuarios era una de las letras de este libro, redactado
por
el dios del Conocimiento para dar sentido a nuestra vida.
Thot ha transmitido su mensaje en cada escultura y cada
je-
roglifico, y es a nuestro espiritu a quien le corresponde la
tarea de reunir lo esparcido, del mismo modo que Isis reu-
nio los fragmentos dispersos del cuerpo de Osiris. Todo
nuestro pais, padre mio, es un templo a imagen del cielo; y
es el faraon quien debe mantener este libro abierto para
que
los ojos del corazon puedan descifrarlo.

Ningun poeta, ni siquiera Homero, habria encontrado
palabras para describir la alegria y el orgullo que sintio
Ramses al escuchar las frases del sabio.

Aunque sencilla, la idea del tecnico Hefat tendria una temi-
ble eficacia: liberar antes de hora las reservas de agua acu-
muladas en los estanques de irrigacion y endosar el error a
la Administracion, y en primer lugar a Kha, el primogenito
de Ramses, encargado de poner su sello en el documento
que comprometia su teorica autoridad de supervisor de los
canales.

Tranquilizados por los falsos estudios que Hefat se habia
encargado de mandarles, los jefes de provincia habian
caido
en la trampa y habian creido que podian disponer de reser-
vas suplementarias para desarrollar sus cultivos y enrique-
cer la region. Cuando fueran conscientes de la
acumulacion
de errores, seria demasiado tarde. Ya no habria suficiente
agua para la irrigacion y la esperanza de las cosechas se
re-
duciria a la nada.

Y los maximos responsables del desastre serian Kha y
Ramses.

Entonces intervendrian Narish y los mercaderes fenicios,
que ofrecerian, a precios exorbitantes, los productos que
Egipto necesitara; el Tesoro estaria obligado a aceptar sus
condiciones y el viejo faraon se veria arrastrado por la tor-
menta, mientras Hefat recogia los enormes beneficios de la
transaccion. Si las circunstancias se prestaban a ello,
expul-
saria al visir para ocupar su lugar; de lo contrario, una vez
conseguida su fortuna, se instalaria en Fenicia.
Ultima formalidad que debia cumplir: pedir a Kha que
pusiera su sello. Hefat ni siquiera tendria que ver al sumo
sacerdote, quien ordenaria a su secretario que se
encargara
de la tarea.

Este recibio calidamente al tecnico.

-Teneis suerte, el sumo sacerdote esta aqui y os recibira
de buena gana.

-No sera necesario -protesto Hefat-; no quisiera moles-
tarle.

-Seguidme, os lo ruego.

Hefat fue conducido a una biblioteca donde Kha, vestido
con una tunica que parecia cortada en una piel de pantera,
estudiaba unos papiros.

-Me satisface veros, Hefat.

-Para mi es un gran honor, principe; pero no deseaba in-
terrumpir vuestros estudios.

-~De que modo puedo seros util?

-Una simple formalidad administrativa...

-Mostradme el documento.

La voz de Kha era grave, su tono autoritario; el sumo
sacerdote no se parecia al sonador que Hefat habia ima-
ginado.

-Es una proposicion insolita que exige un examen atento
-considero Kha.

Al tecnico se le helo la sangre.

-No, principe, solo un metodo trivial para facilitar la irri-

gacion .

-jSois en exceso modesto! Como soy incapaz de dar una
opinion, transmitire el documento a una personalidad com-
petente.

<<Otro especialista>>, penso Hefat, tranquilizado; no le
costaria convencerle, utilizando su posicion preeminente
en
la jerarquia.

-He aqui a quien va a juzgaros -anuncio Kha.

Ramses aparecio en la estancia vestido con una tunica de lino fino de manga larga y ataviado con sus dos famosos brazaletes de oro, cuyo motivo central, de lapislazuli, representaba un pato silvestre.

La mirada del faraon perforo el alma de Hefat y le obligo a retroceder hasta chocar con los anaqueles cargados de papiros.

-Has cometido un grave error al creer que tu saber bastaria para arruinar a tu pais -declaro Ramses-; ~ignoras que la avidez es una enfermedad incurable que vuelve sordo y ciego? Aunque estas considerado como uno de nuestros mejores tecnicos, has sido muy superficial al pensar que Egipto estaba gobernado por unos incapaces.

-Majestad, os suplico que...

-No malgastes tus palabras, Hefat; no eres digno de utilizarlas. En tu comportamiento distingo la marca de Chenar, la abulia que lleva a un hombre a destruirse traicionando a Maat. Tu porvenir esta ahora en manos de los jueces.

Gracias a una rigurosa investigacion, Ameni habia salvado el pais de un peligro inminente. Al rey le habria gustado recompensarle, ~pero como hacerlo sin ofenderle? Entre ambos hombres habia bastado una simple mirada de complicidad. Y Ameni habia vuelto al trabajo.

Habian transcurrido las estaciones y los dias, sencillos y felices, hasta la primavera del quincuagesimo cuarto ano del reinado de Ramses el Grande, quien tras haber consultado a

Neferet, la medico en jefe, habia tomado una decision a pesar de sus consejos. Revitalizado por la celebracion de su novena fiesta de regeneracion, el monarca habia sentido de-
seos de recorrer la campina egipcia.

El mes de mayo suponia el regreso del fuerte calor, benefactor para los reumatismos del rey.

Era el tiempo de las cosechas. Los campesinos avanzaban manejando una hoz con mango de madera y segaban muy altas las espigas de trigo maduras; luego las reunian en haces y las llevaban a las eras a lomos de asnos de inagotable valor. La confeccion de los pajares exigia manos expertas, capaces de erigir piramides truncadas que debian aguantar buena parte del ano. Para reforzar el pajar se plantaban dos
largos bastones.

En cuanto el faraon entraba en una aldea, los notables le presentaban una mesa de ofrenda cargada de espigas y flores; luego el monarca se sentaba en un quiosco y escuchaba
las quejas. Los escribas tomaban notas y las transmitian a Ameni, que habia exigido leer todos los informes redactados
durante cl viaje.

El rey comprobo que, en conjunto, la agricultura iba bien y no existian males sin remedios, aunque no se hubiera alcanzado la perfeccion. Salvo un campesino de Bani Hasan, cuya vehemencia sorprendio al entorno del faraon, los que-
~osos no se mostraban agresivos.

-Me paso el dia cultivando -se lamentaba- y la noche reparando mis hcrramientas, corro detras de mis animales, que no dcjan de huir, y ahora llega el inspector de los impucstos y me desvalija. Con su ejercito de buitres, me trata de ladron, me tunde a golpes porque soy incapaz de pagar y encarcela a mi mujer y a mis hijos. ~Como puedo ser feliz ?

Todo el mundo temio una reaccion violenta de Ramses, pero este permanecio impasible.

-~Deseas formular otra critica?

El campesino se quedo pasmado.

-No, majestad, no...

-Uno de tus intimos es escriba, ~no es cierto?

El hombre no consiguio disimular su turbacion.

-Si, pero...

-Te ha ensenado un texto clasico que se estudia en todas las escuelas de escribas en el que se exalta su oficio para sa-
ber denigrar mejor a los demas, y lo has recitado bastante bien; ~pero realmente sufres todos los males que acabas de
describirme ?

-Siempre hay animales que huyen y pasan de un campo a otro... Y eso supone querellas.

-Si no logras entenderte amistosamente con tus vecinos, recurre al juez de la aldea. Y no aceptes nunca la injusticia, por infima que sea. Asi ayudaras a gobernar al faraon.

Ramses inspecciono numerosos graneros y ordeno a los me-
didores de grano que manejaran con rigor el celemin. Lue-
go inauguro en Karnak la fiesta de las cosechas, comenzan-
do por llenar uno de los grandes graneros del dominio de Amon. Sacerdotes y dignatarios advirtieron que, a pesar de su edad, el senor de las Dos Tierras todavia tenia la mano
firme y seguro el ademan.

Bakhen, el sumo sacerdote, acompano a su ilustre hues-

ped por un camino que atravesaba esplendidos campos, ccr-
canos al templo, antes de llegar a un embarcadero. Fatigado,
Ramses habia aceptado que le transportaran en una silla de
manos.

Bakhen fue el primero quc diviso al perezoso que, en vez
de trabajar con sus camaradas, dormitaba bajo un saucc. Es-
peraba que el rey no le viera, pero los ojos de Ramses eran
agudos aun.

-La falta sera castigada -prometio el sumo sacerdote.

-Se indulgente por una vez; ~acaso no fui yo quien hizo
plantar sauces en todo Egipto?

-Ese hombre nunca sabra lo que os debe, majestad.

-A veces yo tambien siento la tentacion de dormirme
bajo un arbol y olvidar el peso de mi funcion.

No lejos del embarcadero, Ramses ordeno a los portea-
dores que le bajaran.

-Majestad -se preocupo Bakhen-, ~por que vais a ca-
minar?

~ s s
-Mira aquella capillita, alli... Esta en ruinas.

Un modesto santuario de la diosa de la Cosechas, una co-
bra hembra, habia sufrido numerosos desperfectos causados
por el tiempo y la indiferencia; entre las dislocadas piedras
crecian los hierbajos.

-Esa es una verdadera falta -afirmo Ramses-. Haz que
restauren y amplien esta capilla, Bakhen, proporcionale una

puerta de piedra y que una estatua de la diosa, creada por los escultores de Karnak, resida en su seno. Son las divinidades que moldearon Egipto; no debemos desdenarlas, ni si-
quiera en sus aspectos mas modestos.

El senor de las Dos Tierras y el sumo sacerdote de Amon depositaron flores silvestres al pie del santuario, como homenaje al ka de la diosa; en lo alto del cielo, un halcon describia circulos, planeando.
En el camino de regreso a la capital, Ramses se detuvo en Menfis para hablar con su hijo Kha, que acababa de concluir
el programa de restauracion de los monumentos del Imperio Antiguo y embellecer mas aun el templo subterraneo de los toros Apis.

En el embarcadero, fue la medico en jefe Neferet, siempre tan hermosa y elegante, la que recibio al rey.

-~Como estais, majestad?

-Algo cansado y con dolores dorsales, pero el cuerpo aguanta. Pareceis conmovida, Neferet.

-Kha esta muy enfermo.

-~Quereis decir que...?

-Se trata de una enfermedad que conozco pero que no podre curar. El corazon de vuestro hijo esta desgastado, los
remedios ya no actuan.

-~Donde esta?

-En la biblioteca del templo de Ptah, entre los textos que tanto ha estudiado.

El rey acudio inmediatamente junto a Kha.

Proximo a los sesenta, el rostro anguloso y severo del

sumo sacerdote se habia tornado sereno. En sus ojos de un azul oscuro habia florecido la paz interior de un ser que, du-
rante toda su vida, se habia preparado para enfrentarse al mas alla. Ningun temor deformaba sus rasgos.

-jMajestad! Esperaba tanto veros antes de mi partida...

3 S7
El faraon tomo la mano de su hijo.

-Que el faraon permita a su humilde servidor descansar en la montana de vida como un amiKo util a su senor, pues no existe mayor felicidad... Permiteme alcanzar el hermoso Occidente y seguir siendo uno de tus intimos. He intenta-do respetar a Maat, he ejecutado tus ordenes cumpliendo las
misiones que me has confiado...

La voz grave de Kha se extinguio suavemente, Ramses la recogio en su seno como si se tratara de un tesoro inalte-
rable.

Kha habia sido enterrado en el templo subterraneo de los toros Apis, junto a aquellos queridos seres cuya forma ani-mal ocultaba la expresion del poder divino. Ramses habia depositado sobre el rostro de la momia una mascara de oro y habia elegido personalmente las piezas del mobiliario fu-nebre, muebles, jarras y joyas, otras tantas obras maestras creadas por los artesanos del templo de Ptah y destinadas a
acompanar el alma de Kha por los hermosos caminos de la eternidad .

~1 anciano rey habia dirigido la ceremonia de los funera les con sorprendente vigor, dominando su emocion para abrir los ojos y la boca de su hijo, con el fin de que partie-ra vivo hacia cl otro mundo.

Merenptah estaba constalltemente dispuesto a socorrer a su padre, pero Ramses no manifesto dcbilidad alguna. Sin

embargo, Ameni sentia que su amigo de infancia obtenia de
lo mas profundo de si mismo la fuerza necesaria para mos

trar una dignidad ejemplar frente a la nueva tragedia que le
abrumaba.

Se coloco la tapa sobre el sarcofago de Kha, la tumba fue sellada.

Y cuando estuvo fuera de la vista de los cortesanos, Ramses lloro.

3 S 8

Era una de aquellas mananas calidas y soleadas que tanto gustaban a Ramses. Habia cedido a un sumo sacerdote la tarea de celebrar, en su nombre, los ritos del alba y solo hablaria con el visir al finalizar la manana. Para intentar olvidar su sufrimiento, el rey trabajaria como de costumbre, aunque le faltara su habitual energia.

Pero sus piernas estaban paralizadas y no consiguio levantarse. Llamo al mayordomo con su imperiosa voz.

Minutos mas tarde, Neferet estaba a la cabecera del monarca.

-Esta vez, majestad, tendreis que escucharme y obedecerme.

-Me pedis demasiado, Neferet.

-Por si seguiais dudandolo, vuestra juventud se ha esfumado definitivamente y debeis cambiar de comportamiento.

-Sois el adversario mas temible que he debido afrontar.

-Yo no, majestad: la vejez.

-Vuestro diagnostico... jY no me oculteis nada, sobre todo!

-Manana mismo volvereis a caminar, pero utilizando un
baston; y cojeareis un poco a causa de la artrosis de la ca-
dera derecha. Procurare atenuar el dolor, pero el descanso
es indispensable, y en adelante tendreis que evitar
esfuerzos.
No os sorprendais si alguna vez os sentLs anquilosado, con
una sensacion de paralisis; solo sera pasajera, si aceptais
va-
rios masajes cotidianos. Algunas noches tendreis dificulta-
des para tenderos por completo; unas pomadas calmantes
os
ayudaran. Y frecuentes banos con barro del Fayyum com-
pletaran el tratamiento medicinal.

-Medicinas... ~Todos los dLas? jMe considerais pues un
vejestorio impotente!

-Ya os lo he dicho, majestad, ya no sois un joven y no
volvereis a conducir vuestro carro; pero si os comportais
como un paciente docil, evitareis una rapida degradacion
de
vuestro estado de salud. Algunos ejercicios cotidianos,
como caminar o nadar, siempre que no cometais excesos,
preservaran vuestra movilidad. Para ser un hombre que ha
olvidado descansar durante toda su vida, vuestro estado
ge-
neral es mas bien satisfactorio.

La sonrisa de Neferet consolo a Ramses. Ningun enemi-
go habia conseguido vencerle, salvo la maldita vejez de la
que se quejaba el autor preferido de Nefertari, el sabio
Ptah-
hotep. jPero el habia llegado a los ciento diez anos cuando
redacto sus Maximas! Maldita vejez, cuya unica ventaja era
aproximarle a los seres queridos con quienes tanto habia
de-
seado reunirse en los fertiles campos del otro mundo, don-
de no existia la fatiga.

-Vuestro punto mas debil son vuestros dientes -anadio la

medico en jefe-; pero velare por ellos para evitaros cual-
quier riesgo de infeccion.

Ramses accedio a las exigencias de Neferet. En pocas sema-
nas recupero parte de sus fuerzas, pero habia comprendido que su cuerpo, desgastado por el exceso de combates y pruebas, ya solo era una herramienta envejecida, a punto de
quebrarse.

Aceptarlo fue su postrera victoria.

En el silencio y la oscuridad del templo de Set, la formi-
dable potencia del cosmos, Ramses el Grande tomo su ulti-
ma decision.

Antes de hacerla oficial en forma de decreto, que tendria fuerza de ley, el senor de las Dos Tierras convoco al visir, los ministros, los altos funcionarios y todos los dignatarios que ocupaban algun puesto de responsabilidad, a excepcion
de su hijo Merenptah, a quien confio la tarea de establecer el balance de la economia del Delta.

El rey hablo largo rato con los hombres y mujeres que, dia tras dia, seguian edificando Egipto. Durante aquellas en-
trevistas, Ramses fue ayudado por Ameni, cuyas numerosas
notas resultaron preciosas.
-No has cometido demasiados errores -le dijo a su secre-
tario particular.

-~Has descubierto alguno, majestad? ¡En ese caso, indi-
camelo !

-Era solo una formula para testimoniarte mi satisfaccion.

-Admitamoslo -gruno Ameni-; ~pero por que has con-
fiado tan extravagante mision a tu general en jefe?

-~Intentas hacerme creer que no lo has adivinado?

Apoyandose en su baston, Ramses caminaba lentamente
por
una sombreada avenida, en compania de Merenptah.

-~Cuales son los ultimos resultados de tus investigacio-
nes, hijo mio?

-Los impuestos de la region del Delta, que tu me pediste
que controlara, se han establecido sobre la base de 8.760
con-
tribuyentes; cada patron vaquero tiene la responsabilidad
de
quinientos animales, y he contado 1 3.o80 cabreros, 22.430
cui-
dadores de aves de corral y 3.920 arrieros que se encargan
de varios miles de asnos. Las cosechas han sido excelentes,
los defraudadores escasos. Como sucede con excesiva fre-
cuencia, la Administracion se ha mostrado puntillosa, pero
me he mostrado muy firme en que los jefezuelos no deben
importunar a la gente honesta y se preocupen mas por los
tramposos.

-Conoces bien el Delta, hijo mio.

-Esta mision me ha ensenado muchas cosas; hablando
con los campesinos, he sentido latir el corazon del pais.

-~Olvidas acaso a los sacerdotes, los escribas y los mili-
tares ?

-Los he tratado mucho; me faltaba un contacto directo y
prolongado con los hombres y mujeres de la tierra.

-~Que te parece este decreto?

Ramses tendio a Merenptah un papiro escrito por su pro-
pia mano. Su hijo lo leyo en voz alta.
-<<Yo, Ramses, faraon de Egipto, asciendo al principe Me-
renptah, escriba real, custodio del sello y general en jefe
del

ejercito, a la funcion de soberano del Doble Pais.>>

Merenptah contemplo a su padre, apoyado en su baston.

-Majestad...

-Ignoro el numero de anos de existencia que el destino va a concederme, Merenptah, pero ha llegado el momento de asociarte al trono. Actuo de la misma manera que lo hizo mi padre, Seti; soy un anciano, tu eres un hombre maduro que acaba de cruzar el ultimo obstaculo que le habia impuesto. Sabes gobernar, administrar y combatir; toma en tus manos el porvenir de Egipto, hijo mio.

362

Habian transcurrido doce anos y Ramses, con noventa y nueve anos ya, reinaba sobre Egipto desde hacia sesenta y siete. De acuerdo con su decreto, confiaba a Merenptah el cuidado de gobernar. Pero el hijo menor del rey consultaba con frecuencia a su padre que, para los habitantes de las Dos Tierras, seguia siendo el faraon reinante.

El monarca residia parte del ano en Pi-Ramses y la otra en Tebas, siempre acompanado por el fiel Ameni; pese a su avanzada edad y a los multiples dolores, el secretario particular del rey seguia trabajando con los mismos metodos de siempre.

Nacia el estio.

Tras haber escuchado las melodias que su hija Meritamon habia compuesto, Ramses efectuaba su paseo cotidiano por la campina proxima a su templo de millones de anos, donde habia fijado su residencia. El baston era ahora su mejor aliado, pues cada paso se le hacia dificil.

En su decimocuarta fiesta de regeneracion, celebrada el ano anterior, Ramses habia pasado toda una noche conversando con Setau y Loto, que habian hecho de Nubia una provincia rica y feliz. El robusto encantador de serpientes se habia convertido tambien en un anciano, e incluso la hermosa Loto habia cedido a los embates de la avanzada edad. jCuantos recuerdos habian evocado! jCuantas horas exaltantes habian vivido! Y nadie habia hablado de un porvenir que ninguno de ellos podia ya moldear.

Al borde del camino, una anciana cocia pan en un horno; el aroma llego al olfato del rey.

-~Me das una torta?

El ama de casa, con la cabeza gacha, no pudo reconocer al rey.

-Hago un trabajo ingrato.

-Y que merece ser retribuido, claro... ~Te bastara este anillo ?

La vieja miro la joya y la hizo brillar frotandola con el vuelo de su pano.

-jCon esto podria comprarme una hermosa casa! Guardate el anillo y come mi pan... ~Quien eres tu que posee se-
mejantes maravillas?

La corteza estaba convenientemente dorada; sabores de infancia brotaron de ella, borrando por un instante los tormentos de la vejez.

-Guardate el anillo, sabes hacer el pan mejor que nadie.

Ramses paso gustosamente una hora o dos en compania de un alfarero. Le gustaba ver como sus manos amasaban la ar-
cilla para darle la forma de una jarra que serviria para con-

servar el agua o alimentos solidos. ~Acaso el dios de
cabeza
de carnero no creaba, a cada instante, el mundo y la huma-
nidad en su torno de alfarero?

El rey y el artesano no se dijeron ni una palabra. Juntos,
escuchaban la musica del torno, vivian en silencio el miste-
rio de la transformacion de una materia informe en un ob-
jeto util y armonioso.

Nacia el estio y Ramses pensaba en marcharse hacia la ca-
pital, donde el calor seria menos asfixiante. Ameni ya no
sa-
lia de su despacho bien aireado por las altas ventanas, y al
rey le sorprendio no encontrarle en su mesa de trabajo.

364
Por primera vez en su larga carrera, el secretario particu-
lar de Ramses no solo se habia tomado un momento de re-
poso en pleno dia sino que se exponia tambien al sol, a
ries-
go de quemarse la palida piel.

-Moises ha muerto-declaro Ameni trastornado.

-~Lo ha conseguido?

-Si, majestad; ha encontrado su Tierra Prometida, donde
su pueblo vivira en adelante libremente. Nuestro amigo ha
llegado al final de su larga busqueda, el ardor que le
anima-
ba se ha transformado en un paraje donde el agua sera ge-
nerosa y la miel abundante.

Moises... Uno de los arquitectos de Pi-Ramses, el hombre
cuya fe habia derrotado muchos anos de incierta marcha,
el
profeta de indestructible entusiasmo. Moises, hijo de Egip-
to y hermano espiritual de Ramses, Moises, cuyo sueno se
habia convertido en realidad.

El equipaje del rey y su secretario particular estaba listo.

Antes de que terminara la manana, embarcarlan hacia el Norte.

-Acompaname -le pidio el faraon a Ameni.

-~Adonde quieres ir?

-cNo es una jornada esplendida? Me gustaria descansar bajo la acacia de mi templo de millones de anos, bajo el ar-bol plantado durante el segundo ano de mi reinado.

El tono de voz del monarca hizo que Ameni se estreme-ciera.

-Estamos a punto de partir, majestad.

-Ven, Ameni.

La gran acacia del templo de millones de anos brillaba al sol, y sus hojas verdes rumoreaban bajo la ligera brisa.
~Cuantas acacias, tamariscos, higueras, perseas, granados,
sauces y demas representantes del pueblo de los arboles, que
tan querido le era, habia hecho plantar Ramses?

Vigilante, el viejo perro heredero de una dinastia de fie-les companeros del rey, habia olvidado sus dolores para se-guir a Ramses. Ni el ni su dueno se preocuparon por el rui-doso ballet de las abejas que, incansables, recogian el nectar
dc la suntuosa acacia en flor, cuyo sutil perfume alegro el ol-
fato del animal y el del hombre.

Ramses se sento contra el tronco del arbol, Vigi~ante se acurruco a sus pies.

-~Recuerdas, Ameni, las palabras que pronuncia la diosa de la acacia dc Occidente cuando acoge a las almas en el mas

alla?

-<<Recibe esta agua fresca, que tu corazon se apacigue
gra-
cias a ella, gracias a esta agua divina que procede del
estan-
que ritual de la necropolis; acepta esta ofrenda, para que
tu
alma reciba en mi sombra.>~

-Nuestra madre celestial nos ofrece la vida -recordo
Ramses-, y ella coloca el espiritu de los faraones entre las
estrellas infatigables e indestructibles.

-Tal vez tengas sed, majcstad. Voy a buscar...

-Quedate, Ameni. Estoy cansado, amigo mio, una fatiga
mortal me invadc. ~Recucrdas cuando hablabamos del au-
tentico poder? A tu entender, solo el faraon estaba en con-
diciones de ejercerlo, y tcnias razon, siempre que respcte
la
regla de Maat luchando sin cesar contra las tinieblas. Si
ese
poder se debilita, la solidaridad entre el cielo y la tierra de-
saparece y la humanidad es librada a la violencia y la injus-
ticia. La historia de un reinado debe ser la de una fiesta,
de-
cia mi padre; que tanto el pequeno como el grande reciban
del faraon su subsistencia, que no se olvide a uno en bene-
ficio de otro. Hoy, las mujeres van y vienen a su guisa, los
ninos rien, los ancianos descansan a la sombra de los arbo-
les. Gracias a Scti, gracias a Nefertari, gracias a los
intimos
y a los fieles que han trabajado por la grandeza y el brillo
de nuestra civilizacion, he intentado actuar con rectitud
para
que el pais fuera feliz. Ahora, que los dioses me juzguen.
-jNo, majestad, no te vayas!

Vigilante suspiro. Un suspiro intenso, profundo como el
oceano primordial, apaciguado como una puesta de sol en
el Nilo. Y el ultimo representante de la dinastia de los Vigi-

lante se extinguio a los pies de su dueno.

Nacia el estio y Ramses el Grande acababa de entrar en la eternidad, bajo la acacia de Occidente.

Ameni hizo un gesto que nunca habia osado realizar durante ochenta anos de indefectible amistad: tomo las manos
del faraon entre las suyas y las beso con fervor.

Luego, el portasandalias y secretario particular del faraon se sento en la posicion del escriba y, con un pincel nuevo, trazo algunos jeroglificos sobre una tablilla de madera de acacia.

-Consagrare el resto de mi existencia a escribir tu historia -prometio-; en este mundo y en el otro, nadie olvidara al Hijo de la Luz.